Claire Etcherelli

ÉLISE O LA VIDA DE VERDAD

Élise es una joven de veinte años reservada y modesta que apenas si se preocupa por tener una vida propia, subyugada como está por la relación maternal y protectora que la une a su hermano pequeño. Los dos son huérfanos y llevan una existencia precaria pero tranquila junto a su abuela en Burdeos. El hermano, buscando otros horizontes y dispuesto a iniciarse en la vida militante a toda costa, se traslada a París. Élise le sigue los pasos y conseguirá un empleo en la cadena de montaje de una fábrica de automóviles, donde comienza a ser consciente de la vida de verdad: la exigencia productiva implacable para satisfacer un incipiente consumo de masas; la tensión racial entre, por un lado, los trabajadores franceses y, por el otro, los inmigrantes argelinos, marroquíes o españoles; la dificultad de desenvolverse en la gran ciudad y sus periferias, cuya presencia es tan desasosegante y solitaria a veces como fascinante otras.

En la fábrica entra en contacto con Arezki, un compañero argelino que sufre, como la mayoría de sus compatriotas, el trato arbitrario y desconsiderado de los patronos y de la policía, que ve en todos los argelinos de París células subversivas de apoyo a la independencia, por la que en ese momento se libra una cruenta guerra (corre el año 1957). Poco a poco y en secreto, la distancia de sus respectivos mundos se reduce hasta diluirse en una arrebatada y emocionante historia de amor.

Nacida de la propia experiencia de la autora en un entorno laboral parecido al de la protagonista, esta conmovedora novela retrata como pocas la condición de los estratos menos favorecidos de nuestras sociedades.

Al igual que en otras de sus ficciones, Claire Etcherelli pone en pie, con habilidad y sin maniqueísmo, un personaje femenino de clase obrera al que dota de complejidad y sutileza. Su forma de abordar cuestiones como la xenofobia o la explotación laboral invitan, hoy más que nunca, a la reflexión. Su compromiso y sus preocupaciones cívicas no hacen sino potenciar la dimensión artística, el aliento poético y la extrema sensibilidad que Etcherelli le infunde a su literatura.

Claire Etcherelli

Élise o la vida de verdad

ePub r1.0
Titivillus 15.04.2023

Título original: *Élise ou la vrai vie*
Claire Etcherelli, 1967
Traducción: Cecilia F. Santomé
Diseño de cubierta: Julián Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Primera Parte

Segunda Parte

Sobre la autora

PRIMERA PARTE

Ante todo, no pensar. Como le dicen a un herido que tiene los miembros rotos, «Ante todo, no se mueva». No pensar. Poner a raya las imágenes, siempre las mismas, las del ayer, de un tiempo que ya no volverá. No pensar. No repasar las últimas frases de la última conversación, las palabras que la separación ha vuelto definitivas; decirse que hace bueno para la estación en la que estamos, lo tarde que llegan los vecinos; extenderse en los detalles, escudriñarlo todo, mostrar interés por el espectáculo de la calle. Fuera, los transeúntes caminan, se cruzan, entran, salen de casa. Hay obreros que llevan su bolsita del tentempié vacía, enrollada en la mano. Los bares deben de estar llenos: a esta hora la gente suele apiñarse en ellos. Esta noche habrá mujeres que se sientan dichosas en una tierra a la deriva, en una isla flotante, en una habitación para dos. ¿Debería alejarme de la ventana?, ¿bajar? En la calle, seguramente me espere alguna aventura. Las aceras están llenas de hombres de mirada ávida. No me gustan las aventuras. Quiero subir a bordo de un barco que nunca haga escala. Eso de embarcar y desembarcar no va conmigo. Esta imagen del barco la he tomado de mi hermano, Lucien. «Te prometo un navío que trazará en medio del mar una ruta que ningún otro osará seguir». Se lo escribió a Anna. Deben de ser las siete, hace bueno, es un mes de junio como es debido, con sus noches cálidas, que invitan a pensar: «Por fin es verano…». La cadena se detiene a las siete. Los hombres se abalanzarán hacia los vestuarios. Empieza mi última noche aquí. Mañana dejaré la habitación. Anna vendrá a buscar la llave. Tendré que darle las gracias. A ella no le cogerá por sorpresa; nunca hace preguntas. Cuando habla, siempre lo hace en presente. Tampoco es que sea discreta o reservada, sino perfectamente indiferente. Lucien quería que fuéramos amigas, pero ella no necesita ni una confidente, ni una consejera, ni una protectora. Por lo que a mí respecta, he perdido la costumbre de serlo. A los trece años, tenía una de esas amigas que parece que son para toda la vida; a los quince, no me

quedaban más que unas compañeras que cada vez eran más críticas conmigo. De todos modos, yo ya estaba volcada en Lucien. Ese año, el de mis quince, le cedí mi habitación. Hasta entonces, mi hermano había dormido en la cocina, en una cama plegable que recogíamos cada mañana. Para ganármelo, le di lo que él más anhelaba: aquel cuartito cuadrado, soleado hasta el mediodía, que daba al patio. Cuando la abuela nos vio trasladar nuestras cosas de un lado a otro, se enfadó. Para apaciguarla, le prometí que, a partir de entonces, compartiría con ella su enorme cama. Eso le gustó: le encantaba hablar por las noches, a oscuras. Un año antes de la guerra nos habíamos venido a vivir con ella, pues iba a encargarse de criarnos. En el 40, atravesábamos el pont de Pierre cuando llegaron los primeros camiones alemanes. «Los teutones», le dije a Lucien. Se quedó con el nombre, que repetía cada dos por tres. Hubo que enseñarle a olvidarlo. Era la época de la escuela. Por las noches nos peleábamos. Yo le daba una bofetada; él hacía trizas mis papeles. Dibujábamos con tiza una V en nuestros zapatos. Estábamos malnutridos. La abuela se había negado a que nos reubicaran en el campo: no quería separarse de nosotros. Tampoco nos perdimos ni un solo bombardeo ni una sola cola delante de los ultramarinos. Cada mañana Lucien y yo salíamos juntos y, por precaución, me quedaba junto a él hasta llegar a la puerta de su colegio. Después de la guerra, yo seguía queriendo acompañarlo hasta allí. Como él caminaba rápido, yo apretaba el paso. Cruzábamos la place de la Victoire, salpicada de floristas. Cada escaparate estaba presidido por los generales victoriosos. Lucien se detenía, los miraba. Yo me paraba con él. Aguardaba ese momento para lanzarse a la carrera y perderme de vista. Me parecía cínico, astuto. Decidí que mi ejemplo sería para él la mejor de las lecciones.

Lentamente había ido cayendo en una escrupulosa y severa devoción que era la fuente de mi contento. La abuela no pintaba demasiado. Nos había enseñado las oraciones, las palabras *pecado* y *sacrificio*, pero su fe, como su filosofía de la vida, se resumía en esta frase que repetía sin cesar: «Dios Nuestro Señor tiene un cucharón, y a cada cual sirve lo suyo». Las emociones y los placeres se me habían revelado en aquellos jardines del patronato, verdes como un oasis, en los que, los jueves y los domingos, inspirado por las apacibles religiosas, se había modelado mi gusto por las flores,

los tapetes bordados, la tez clara y el alma limpia.

La abuela todavía faenaba un poco en las oficinas del puerto. Su principal preocupación seguía siendo abastecerse de provisiones, que aún era complicado. Desde que tenía su habitación, Lucien se encerraba en ella cada noche. Me arrepentía de habérsela cedido. Dormir con la abuela se me hacía insoportable. A los dieciséis años, dejé el colegio y me puse a trabajar. Unos vecinos comerciantes me habían aconsejado que alquilara una máquina de escribir, que aprendiera por mi cuenta, pues las clases estaban fuera de nuestro alcance, y que me pusiera a mecanografiar manuscritos. Luego, cuando dispusiera de un poco de dinero, podría ir mejorando. No tenía vocación ni ambición. Soñaba con sacrificarme por Lucien. Nadie me guiaba, y yo me consideraba una privilegiada en comparación con las chicas de mi barrio, que, a los quince años, iban de cabeza a la fábrica.

Por las mañanas, me ocupaba de las tareas de la casa y hacía la compra. Cuando Lucien regresaba a mediodía, me sentía orgullosa de que encontrara la mesa puesta, la casa ordenada, unos rostros serenos: imágenes todas ellas de lo que yo llamaba *el buen camino*, que se le quedarían grabadas y lo marcarían al crear en él el hábito, y luego la necesidad, de ese equilibrio.

Mañana llamará a la puerta con suavidad:

—Soy Anna.

Abriré, nos saludaremos.

—¿Se marcha? ¿Ya no necesita la habitación?

—No, he recogido todas mis cosas.

Vendrá lo más difícil: dar las gracias. Deseosas la una y la otra de no volver a vernos más, evitaremos las fórmulas largas. ¿Mencionará a Lucien?

A los catorce años, mi hermano tenía dos pasiones: su amistad con Henri —que era su pasión noble— y unos patines sobre ruedas que se calzaba nada más llegar del colegio. Durante meses, cada noche oíamos rodar los patines en la calle, yendo y viniendo por la acera.

Los domingos se levantaba temprano, desayunaba rápido, regresaba a mediodía y se marchaba de nuevo hasta la noche, momento en que se acostaba temblando de cansancio. Una mañana, por curiosidad, me acerqué hasta la parte trasera de la place des

Quinconces. La fría neblina desdibujaba el tejado de las casas, las ramas de los árboles negros tenían escarcha y las farolas aún estaban encendidas. Me preocupaba Lucien y decidí llevármelo conmigo. Lo vi a lo lejos, solo en la niebla helada, con su abriguito beis, que le cubría nada más que los muslos, sus calcetines hasta las rodillas y los patines. Se había quitado su bufanda roja, que vi en el suelo, cerca de un árbol. Lo miré —las corvas marcadas, la piel de sus muslos desnudos enrojecida, los brazos hacia delante—, listo para lanzarse. Imaginé su felicidad; ese vagabundear en la neblina, lo agradable de la soledad, de la vida al ralentí, la sensación de recuperar la libertad, la embriaguez de correr hacia delante sin obstáculos, con los ojos humedecidos del frío, las manos heladas, los pies ardiendo. Pensé en su regreso a la cocina: la abuela tejiendo, yo enfrascada en la lectura y él yendo de aquí para allá.

Varias veces intenté acompañarlo por las tardes. Sentada entre las madres, esperaba pacientemente durante seis horas con su merienda en el regazo y siempre me encontraba a alguien a quien escuchar. Pero tuve que renunciar incluso a ese placer porque, a la vuelta, me acusaba de vigilarlo, de espiarlo, de molestarlo. Amenazaba con buscarse otro sitio, con no salir más si yo lo seguía a todas partes.

La abuela y él solían pelearse. Ella lo agobiaba con reproches insignificantes; él le respondía con insolencia. Continuó hablando de Henri durante un tiempo, pero con pudor, cambiando la voz, tímido. Esa reserva me demostró cuánto lo quería. Conocí al tal Henri un día a la salida del colegio. Siendo más mayor que Lucien, su frialdad pasaba por autoridad. Hablaba con lentitud; su voz era grave. Me intimidó mucho a pesar de tener solo diecisiete años. Según supe, le parecí pequeña. Es cierto: a mis veinte años, yo parecía muy joven. Estaba orgullosa de mi sosería, llevaba ropa de colores apagados y me vanagloriaba de no ser «como el resto».

—Salvo para ti, no eres extraordinaria —me dijo más tarde Lucien.

Las olimpiadas del colegio estaban a la vuelta de la esquina. Tenían lugar el último domingo de mayo. Henri, atleta consumado, preparaba la competición de gimnasia, y mi hermano esperaba ser su estrella. Ejercitaba sus músculos por la noche, cuando creía que estábamos abajo. Estaba seguro de que lo seleccionarían; me

hablaba de ello, pero con distancia, como de todo lo que le gustaba. No tuvo el honor de que lo eligieran: Henri cogió a un tal Cazale, sin duda mejor que Lucien.

—Tengo que encaramarme al potro y tomar posición —admitió. Cazale salta al cable y comienza sus acrobacias. Yo estoy cerca de él y lo único que tengo que hacer es ayudarlo dos veces a enderezarse. Hago de florero. No pienso participar.

Sin embargo, aceptó. Volvía de cada ensayo insolente y afligido. No deseaba el éxito de Cazale, no quería verlo saludar entre aplausos, ver a Henri dándole palmaditas en el hombro y llevándolo a tomar algo después de la victoria.

Con su maillot azul, saltó nervioso y se quedó inmóvil sobre el potro. En el instante en que Cazale, que lo había seguido, comenzaba sus ejercicios, vimos a Lucien retroceder hasta el borde mismo de la tabla y, como si no fuera consciente del peligro, caer hacia atrás. Todo el mundo gritó y se puso en pie. Cazale bajó temblando. Lucien había ganado. Cazale no participó. Mi hermano hubo de estar tres meses encamado, con la pierna izquierda rota, una muñeca astillada, heridas en la cabeza y en la cara. No aprobó la reválida; no volvió al colegio. Henri no vino nunca a verlo: se limitó a mandarle una tarjeta para disculparse y desearle lo mejor.

Ni cartas ni visitas: tan solo nosotros tres. Sin más vista que la piedra de las casas de enfrente. Lucien leía. Necesitaba muchos libros. Jugaba a las damas. Fumaba. Por las mañanas, me quedaba con él. Admitió la verdad, aquel deseo rabioso suyo: que Cazale no fuera la estrella. Emocionada por aquella confidencia, no me atreví a reconvenirlo. Pasé unas semanas inolvidables. Hablaba conmigo, me llamaba si alguna lectura lo entusiasmaba, intentaba entre risas hacerme partícipe de sus gustos y de sus ideas, que a menudo me resultaban chocantes. Su cama estaba abarrotada de periódicos con el nombre en negrita de MAO-KHE. Saltaba a la vista que había habido guerra, pero a mí no me preocupaba. Él nunca abría un cuaderno; no hablaba de volver al colegio. A veces me decía: «En cuanto me cure y camine, me alisto». La abuela se ponía de los nervios, pues lo veía ya en los arrozales de Indochina (ella decía «China»). Mal curado, cojeó durante todo un invierno.

Nuestros arranques de ternura se habían terminado. No habían durado mucho. De nuevo pasaba el día encerrado y nos amenazaba

a la menor reprimenda: «Si esto sigue así, me alisto…».

En la pared de su habitación, había prendido con chinchetas un mapa con banderitas minúsculas tricolores y negras. La abuela, impresionada, ya no se atrevía a decirle nada. Yo sabía que cuando salía por las noches iba a mirar los barcos, el agua y las farolas del puente que se sumergían en ella. No tenía dinero y rara vez nos lo pedía.

Dos años después del accidente, su salud seguía siendo frágil. No se alistó, no se marchó: se casó con Marie-Louise.

Cuando Lucien aparecía por la mañana, yo volvía la cabeza. Nos daba los buenos días con un gruñido. Nos odiaba por estar allí, por existir, por verlo. Habría preferido que fuéramos indiferentes, ciegas, y que su presencia en la cocina ni siquiera nos hiciera girarnos. Ya de niño, al despertarse y ver nuestras sonrisas acariciadoras, se revolvía: «No, no…».

Había que pasar por aquel momento crítico, el de su entrada, con su frialdad, ese humor de perros que tanto tardaba en sacudirse de encima. Había que evitar cometer errores, dar con el gesto y la palabra que consiguieran relajarlo. Le costaba levantarse y llevar a cabo el ritual íntimo de la mañana delante de nosotras. Me lo imaginaba saliendo sonriente de un cuarto de baño, recién aseado. Había agotado todas las vías —la dulzura, la alegría, la chanza—, pues deseaba a toda costa hacerle agradable nuestra primera hora juntos. Dado que yo necesitaba cierta atmósfera de serenidad y de amabilidad, quería obligarlo a participar de ella.

Llegué a proponerle un empleo en las casas que me daban trabajo a mí. «Pero ¿qué…? ¡No!», me soltaba con ese desprecio propio de quienes, no habiendo trabajado nunca, se pasan la vida esperando una ocupación digna de ellos. Había una sola cosa que lo obsesionaba: su nuevo amor. Sin amigos con los que gastar ironía, hacer burlas, banalizar los primeros deseos, los impulsos y todo lo que a los dieciocho años uno quiere decir con la palabra *amor* él lo había engrandecido sobremanera, lo había sublimado. Su fecunda imaginación y la indiferencia que lo distanciaba de lo que él llamaba *el resto* lo encerraban entre sus gruesas paredes y lo aislaban de nosotras. Al abrir las ventanas tras las lluvias de marzo, al despuntar el día, apareció Marie-Louise, con los brazos en alto,

peinándose el flequillo negro. Primero una sombra, un contorno impreciso; luego, a medida que se acercaba el verano, un rostro dorado a contraluz.

La abuela se dio de bruces con ellos una tarde que estaban besándose detrás de la puerta de la entrada. Se enfadó y le aconsejó que se buscara a las chicas fuera del vecindario.

Yo inspeccionaba a menudo su habitación y su ropa, pero había un desorden tan bien organizado que podía esconder cualquier cosa sin correr ningún riesgo. El mapa de la pared estaba polvoriento. Ya no nos soportaba, nos hacía daño con sus críticas groseras y, cuando nos hablaba —lo que rara vez sucedía—, se perdía en encendidas disertaciones sobre el orgullo de ser un oprimido en aquellos tiempos.

—Sí, claro, pero tú, Lucien, haces lo que quieres. Y, hasta ahora, lo cierto es que has elegido no hacer nada.

Le daba donde le dolía. Lo veía en sus ojos. De buena gana me habría zurrado. Entonces se metía en su habitación. Frente a él, la ventana de Marie-Louise. Aplastaba la frente contra el cristal, esperaba a que ella apareciera, le hacía una seña y salía.

En Nochevieja se arregló temprano.

—¿No cenas con nosotras?

—Sí, pero antes me pasaré por casa de un amigo.

—¿Tienes un amigo?

—Pues sí, tengo un amigo.

Esperamos hasta tarde. Sin él, se diluía la alegría de las cenas especiales, el encanto de la cocina impregnada de aromas con los platos cubiertos hasta el último momento, la sorpresa escondida en el horno.

—Debe de estar con esa de enfrente —dijo la abuela.

Luego se puso a recordar a los difuntos mientras se comía la sorpresa.

En cuanto pasaron las fiestas, tomé una decisión. Fui a Saint-Nicolas y me entrevisté con el director. Lucien había cursado allí sus primeros años (la parroquia solía hacerse cargo de un huérfano en una de sus escuelas). Le expuse el caso de mi hermano. El director me escribió a los dos días y me comunicó que contrataría a Lucien a la vuelta, en enero, para supervisar las clases nocturnas. Era lo único que podía hacer; se pondría en contacto con él en

breve. Cuando recibió la carta, Lucien la leyó, la releyó y se encerró en su habitación. En la mesa no dijo nada y salió como los otros días. Por la noche, le pregunté:

—¿No te ha llegado nada importante esta mañana?

Me miró con dureza.

—¡Ah!, ¿es cosa tuya? Es tu estilo, por supuesto. Pero ¿es que no podéis dejarme en paz? Si es por falta de dinero, haberlo dicho. Tengo los muelles, la fábrica…

Sin embargo, fue a trabajar.

A fin de mes, nos trajo su sobre. Lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué es? —preguntó la abuela, que lo abrió y sonrió—. ¡Los primeros cuartos que ganas!

Temiendo que fuera a ponerse tierna, Lucien se marchó.

Una noche en que, tras la cena, la abuela cabeceaba somnolienta sentada a la mesa, le había dicho:

—Mira, conozco a una chica. Tú sabes quién es. Quiero casarme. Ahora trabajo: sé lo que hago.

En un principio, ella se echó a reír, luego lo amenazó; después, le suplicó y, finalmente, un domingo recibió a Marie-Louise y a su padre. Este nos había enumerado sus gastos, advirtiendo que no podría hacer nada por ellos. Envalentonada por esa conversación, que tenía más de pelea que de acuerdo, la abuela había concluido: «Ya nos veremos, no estamos lejos».

Aquella fue una primavera fría. El rocío del amanecer cubría de escarcha la plaza. Seguí llevando abrigo hasta mayo. Debido a los chaparrones, olía a perro mojado y pesaba, así que lo secaba poniéndolo delante de la cocina. En casa fue una época de discusiones. El frío de las mañanas, los colores apagados bajo un tibio sol, los días precipitándose bajo la pegajosa llovizna, aquel abrigo pesado que me ponía cada mañana, la hosca obstinación de Lucien, sus maneras violentas y su mutismo, el entrechocar de las agujas de ganchillo en la cocina cuando la abuela ya no sabía qué decir; nuestra impotencia, nuestra derrota, el yeso descascarillado del pasillo, que nos seguía hasta el felpudo; la puerta de la entrada, que se cerraba con una ráfaga de viento (había que llamar tres veces, soportar bajo el aguacero, responder al «¿por quién pregunta?» con la cabeza erguida; entonces, desalentada, sentía un nudo en la garganta, tenía la sensación de estar hundida en el fango

y me quedaba unos segundos con la cabeza hacia atrás, los ojos arrasados de lágrimas y de lluvia, esperando una ayuda imaginaria mientras se me congelaba el cuello). Esa fue nuestra primavera.

«Construirme una vida propia y no ocuparme más de él». Lo intenté un par de días. Lo primero era poner orden. Recolocaba mis cosas. El hecho de tocarlas y de asignarles un lugar nuevo producía el espejismo de un cambio. Solo tenía que ponerme a vivir esa vida. Y todo encajaba en el orden, en mi orden. Vigilaba a Lucien y sufría por él. Una noche regresó temprano, a las ocho. Los días iban alargándose; fuera aún había luz. No volvió a salir. Se sentó de espaldas a la ventana con aspecto cansado.

—¿Te agota el trabajo? —dijo la abuela—. Pues acuéstate más temprano. Mira a tu hermana: todas las noches está metida en la cama a las diez. En cualquier caso, Élise, siempre creí que te casaría antes que a tu hermano…

Suspiré. Él se me quedó mirando y de buenas a primeras me señaló la puerta de su habitación. Luego se levantó, se estiró y se metió allí sin quitarme ojo de encima. Cuando me reuní con él, se echó a reír mientras se frotaba las manos.

—¡Habla cuanto quieras! —le dijo a la abuela, fuera ya de su campo de visión.

Pero muy pronto nos sentimos incómodos al encontrarnos juntos y sin saber qué más decirnos. Por el rabillo del ojo, echó un vistazo por la ventana. Quizá ya se había hartado de mi presencia.

—Es verdad que pareces cansado. ¿Es por el trabajo?

Me habló de la clase que vigilaba. Los primeros días los niños habían estado contentos. Ahora, estaban hastiados de él.

—Es oscura, triste. Desde el estrado no veo más que un trozo de cielo. Cuando estuve convaleciente después de aquello, también era lo único que veía desde esta cama. Me pasé días sin perderlo de vista. Habría podido distinguir los átomos que lo componen: tenía los ojos saturados de él.

—Eso ya es agua pasada —dije para animarlo.

—Lo sé. Y no volverá jamás. Me sentía como si estuviera encerrado en una burbuja de cristal y todo el mundo me viera, pero sin oírme. Y yo lo que quería era romper la burbuja para que alguien me escuchara.

Pensé: «¿Acaso es Marie-Louise la que va a escucharte?». Pero no

lo dije: todavía no me atrevía. Del bolsillo de su cazadora sacó un periódico enrollado y lo desplegó.

—¿Lo quieres? Te lo dejo, seguro que te interesa.

—En estos momentos, apenas tengo tiempo para leer —dije.

Me arrepentí de mi respuesta al instante. Iba a decepcionarlo.

—Dame el periódico. ¿Es nuevo? Nunca lo había visto.

—Nuevo y muy importante.

—Ah, ¿sí? —contesté sorprendida.

—Van a muerte contra la guerra.

—¿Qué guerra? Todo el mundo está en contra de la guerra.

—¿Eso crees? ¿No sabes que llevamos cinco años luchando?

—Sí, bueno, ¡pero en Indochina!

Recuerdo el tono ligero con que dije aquello. Una guerra lejana, discreta, de causas difusas, casi tranquilizadora: una prueba de buena salud, de vitalidad.

—Vale, bien —me dijo, como si fuera consciente de estar perdiendo el tiempo—. Hora de dormir.

—Cuando te marches, recuperaré mi habitación.

—¿Cuando me marche adónde?

—Dices que quieres casarte o irte. Ya no digo alistarte, pero bueno, un día te largarás de aquí.

—¿Y tú no? La abuela es muy mayor; cuando te quedes sola… ¿No sientes nunca ganas de irte?

El jersey ahogó su voz cuando, siguiendo su mala costumbre, se lo quitó tirando del cuello. Con los brazos todavía en las mangas, se sentó a mi lado. Escogí bien mis palabras. Quería ser hábil y no pronunciar el nombre de Marie-Louise. Quién sabe, puede que un día su memoria hallara por casualidad esas palabras, como cuando encontramos unas flores secas entre las páginas de un libro.

—La vida de verdad —dijo con delicadeza— es como tú. La calma, la paz interior. Yo también necesito calma. Élise, créeme: estoy impaciente por casarme para tener esa vida. Estoy seguro de que seré feliz: más feliz, para ser exacto. Y tú también serás más feliz; y la abuela, también.

Consiguió enternecerme. Él sabía que esas imágenes de una vida tranquila, recta y sencilla me desarmaban.

Después de jurar que nunca diría que sí, después de las lágrimas, las escenas y las amenazas, la abuela había cedido. Cansada de las

discusiones violentas, de la cara de funeral de Lucien, viendo que no conseguiría convencerlo y temiendo que hiciera una tontería, había preferido, por agotamiento, decirle una noche, mientras le servía la sopa:

—Haz lo que quieras. Cásate, quédate, lárgate: tienes mi permiso para cualquier cosa.

Cuando Lucien nos habló —con un aire cansado y triste— de los trámites, del papeleo, ella lo escuchó con calma. Pero, a solas conmigo, solía llorar.

Con una voluntad encomiable, bajó nuestras escaleras y subió los dos pisos al fondo del patio. Allí acordaron que Marie-Louise seguiría trabajando y que vivirían en nuestra casa. Fue así como nos encontramos ante el hecho consumado. Ya habían elegido la fecha, y a la abuela solo le dio tiempo a limpiar su vestido negro. La víspera fue a hacerse la permanente. Fue, sin lugar a dudas, la más llamativa de la reducida comitiva, con su mirada resplandeciente, sin más maquillaje que la sobreexcitación contenida, toda de negro (vestido, zapatos, sombrero), con un camafeo prendido en la parte inferior del pecho. Algo efímero, intangible como un perfume, un no sé qué hacía que sobresaliera entre todos los demás. Habló poco, comió y bebió con mesura, ella, que era tan glotona en casa. Éramos siete en la rápida bendición que siguió al matrimonio civil. El sacristán había encendido una sola lámpara. El cura lo llamó en mitad del rezo para pedirle que diera más luz.

Los padres de Marie-Louise partían esa misma noche a la vendimia. Lucien y su mujer se instalaron en su vivienda, vacía durante unos días. Esa noche dormí en la habitación de mi hermano con el sentimiento de estar aferrándome a algo que se me escaparía definitivamente. Después de tantos años, había olvidado que allí los ruidos, incluso los olores, no se parecían a los de la calle. Hasta bien entrada la noche, los chicos se llamaban mediante estridentes silbidos, sus zapatos herrados retumbaban en el cemento de los peldaños, la gente hablaba de una ventana a otra y las crepitantes frituras de los vecinos que cenaban tarde despertaban el apetito.

Hacían una pareja extraña. Ella se levantaba temprano, se marchaba antes de las siete rumbo a la fábrica de galletas, donde estaba a pie firme delante de su máquina hasta la noche. Cuando regresaba, Lucien se había ido y lo esperaba en su habitación

leyendo revistas. A veces, nada más llegar se retocaba el peinado, se empolvaba de nuevo y salía a su encuentro en dirección a la place de la Victoire.

Lucien nos ignoraba por completo. Yo fui la primera en darme cuenta de que iba a tener un niño. Se lo dije a la abuela.

—¿Te puedes creer que me lo estaba oliendo?… Si es que, con este chico, ya estoy curada de espanto. La chiquita iba detrás de él, dicho sea de paso. Ahora, ya está; le toca a él espabilarse para ganarse la vida.

—¿Te gusta Marie-Louise?

—No es desagradable. Pensé que sería peor.

Evidentemente, a mí no me gustaba, hasta el punto de alegrarme de verla deformada y gorda.

Y pasó el otoño: las tormentas, las primeras heladas, el café con leche a las cuatro (cuando prendían las farolas de la calle), nada que no fuera cotidiano, habitual, esperado. La vida —mi vida— se dividía en cuatro períodos, las cuatro estaciones, que modificaban algunos gestos de aquella gimnasia bien articulada. Pero, por culpa de aquella odiosa forastera, aquel otoño fue el más desdichado de mi vida. También fue —aunque yo no lo sabía— el último antes de que se pusiera en marcha a trompicones la carreta que habría de llevarnos por caminos tortuosos hacia la pendiente por la que se precipitaría nuestra existencia hasta dar su última vuelta de campana.

Cuando estábamos todos juntos, el escurridizo Lucien se recreaba en las conversaciones más vulgares. Yo había observado que, a solas con Marie-Louise, cambiaba de tono y de tema. Las paredes, muy finas, dejaban pasar muchas de sus palabras. Después de la comida, Lucien se levantaba, arrojaba su servilleta y, desde el umbral de la habitación, le silbaba a Marie-Louise, que iba a su encuentro riendo. Con la puerta cerrada, todavía los oía reír. «Se ríen de mí…». Si me quejaba a la abuela, ella me escuchaba hastiada. De un tiempo a esa parte le había cambiado la cara: se le habían hinchado los párpados, el iris de sus ojos amarilleaba y, lo más llamativo, las orejas, que le habían crecido considerablemente.

Marie-Louise siempre le daba la razón a Lucien. A veces yo la compadecía, tan simple, sin exigencias, con sus ideas reducidas a la más gris expresión; ella, a quien su encaprichamiento con Lucien

había traído a nuestra casa, la de los racionales, los preguntones, los inquietos, los indecisos, los insatisfechos. Seguramente consideraba nuestros problemas —los de mi hermano, los míos— una manía agotadora. Pero, qué diablos, ¡para conseguir a Lucien tenía que apechugar con eso! Con todo, aquellas ideas y aquellas palabras terminaron por dejarle huella. Empezó a repetirlas sin esforzarse en comprenderlas —estaba hecha para seguir el camino marcado— y, con el tiempo, por la fuerza de la costumbre, acabó haciéndolas suyas.

Lucien leía un montón de periódicos. Yo recogía los que iba dejando tras de sí y, a veces, también los libros que olvidaba en la cocina.

Al leer, se disipaban las tinieblas a mi alrededor. Era una impresión similar a la que me producía la música. Liberarme, entender, penetrar en el corazón de las palabras, seguir una frase y su lógica, saber. Sentía una satisfacción física; cerraba los ojos de placer. Ahora entendía lo que significaba educarse. Envidiaba a Lucien por recorrer las bibliotecas. Perseveré, multipliqué el nivel de dificultad; era como un boceto intrincado cuyos puntos hacían surgir el dibujo a gran escala. «Debería hablar con alguien». Nadie sabía nada de todo ese placer que acumulaba. No tenía posibilidad alguna de hallar a un espectador para mis pensamientos.

Las lecturas de Lucien me perturbaban. Con una lógica implacable, aquellos escritos denunciaban todo lo que yo había tomado por natural.

Enseguida sentí que aquello me concernía. Comprendí mi condición, me enorgullecí de ella. A mi alrededor, los hechos perfilaban su contorno: el puerto estaba paralizado por las huelgas, los estibadores aguantaban desde hacía veintiocho días, juzgaban a una chica que se había atravesado delante de un tren cargado de armas. Solo me faltaba entender el contenido. Lucien me hablaba muy de cuando en cuando, pero bastaba con que se dignara hacerlo alguna vez.

> No había visto que estaba sentado al lado de mi hermana. No había visto ni el árbol que se inclinaba hacia el agua ni tampoco el agua. No había levantado la mirada cuando la barcaza avanzaba con la majestuosidad de una mujer entrada en carnes. Los remolinos de agua, unos pequeños temblores

> que apenas la erizaban, nos enviaban su olor, y yo no lo había respirado. No había visto los colores, ni siquiera sabía que ese día el mundo luciera unos colores tan vivos. Había creído que era transparente, pues mis ojos no se detenían ni en la corteza verde del árbol tierno, ni en el agua gris y sus vórtices plateados —como ojos enloquecidos—, ni en la barcaza —reposada matrona negra—, ni en la otra orilla, donde los gabarreros charlaban. Mis ojos atravesaban los cuerpos espesos, los cuerpos líquidos; mis ojos solo me miraban a mí y, todavía hoy, si los cierro, los colores de antaño, de aquel día en que no sabía que existieran, me deslumbran como si, al llegar a lo alto de una colina, descubriera a un jovencito sentado entre su hermana y su abuela frente al río un día de junio.

Esto estaba escrito en el cuaderno verde de Lucien —que descubrí en su ausencia—, con fecha del 1 de marzo. Marie había nacido la víspera; Lucien había elegido el nombre. Cada noche colocábamos en la cocina unos cordeles en diagonal para secar los pañales. Después de un tiempo de descanso, Marie-Louise volvió a enfundarse su suéter rojo y se dirigió de nuevo a la fábrica de galletas. No se lo dejé ver, pero me resultaba muy conmovedor. Las exigencias de Lucien la desconcertaban. No se privaba de reprenderla; decía que quería modelarla, educarla. Ella lo seguía sin entender, imaginándose a veces que estaba a punto de darle alcance; pero, en cuanto decía algo o hacía algún progreso respecto a sus actitudes anteriores, él estaba todavía más lejos o, por el contrario, había dado marcha atrás y no conseguían encontrarse. Pero ¿quién iba a aclararse en medio de las contradicciones de Lucien?

A excepción de sus tres horas de vigilancia diaria, no tenía ninguna ocupación. Marie-Louise le daba alas en su falta de actividad. ¿Estaba celosa? ¿Temía que se dedicara a rondar a otras chicas? A sus compañeras, les decía: «Está estudiando». En casa, nadie se lo creía ya. No acierto a comprender por qué nos poníamos a temblar las tres cuando nos amenazaba con aceptar el primer trabajo que se le presentara. ¿No albergábamos acaso la secreta intención de controlarlo mejor así, de sacarle mejor provecho? Lejos de nosotras, se nos escaparía. Vendrían los compañeros, un amigo, otros amores. Era tan joven, ni veinte años tenía… Todavía podía

prepararse, perfeccionarse, como decía él.

A las ocho aún era día y, a la noche, Marie-Louise bajaba al encuentro de Lucien. Él llegaba, la cogía por la nuca; ella se prendía del cuello de su cazadora y subían juntos. Una noche, por casualidad, bajé yo también. Lucien venía tarde. Por fin dobló la esquina de nuestra calle. Era una noche suave, sin estrellas ni luna, sin más lucero que el neón verde de un club que acababa de abrir a la vuelta del callejón. Tres chicos iban hacia la puerta. La luz cruda los iluminaba y, al cruzarse con Lucien, que venía hacia nosotras, el de la izquierda lo miró y se detuvo. Lucien sacó la mano del bolsillo con desgana.

—Mira tú —dijo el otro—, ¡quién me iba a decir que te encontraría aquí después de tanto tiempo! Te he reconocido al instante. ¿También vienes al club?

Marie-Louise se había acercado a Lucien. Reconocí al chico por su cabello rizado, largo como siempre. El verde del rótulo le proyectaba una segunda cara en relieve sobre la suya. Vigilé a Lucien desde la distancia; no me costó ponerme en su piel. Yo también sentía los rencores acumulados, los años de soledad, la amistad decepcionada, aquella herida que nunca había llegado a curarse, la visión fugaz de lo que no había conseguido ser, la humillación de no tener nada que decir.

—Buenas noches —dijo al fin.

Hubo un breve silencio. No me atreví a moverme.

—No voy al club. Vivo ahí.

Respiré. *Ahí* se refería a la calle mohosa, la casa en ruinas, el pasillo húmedo, la ventana donde se tiende la ropa. *Ahí*, entre los hombres desaliñados, los viejos que mascan tabaco sentados a la puerta, las viejas con las enaguas asomando bajo el delantal, las chicas de la fábrica que se pintan las uñas: gente pobre, pobre gente.

—No lo sabía. Pero ¿qué ha sido de ti?

—¿De mí? No ha sido nada.

Al otro pareció gustarle la respuesta de mi hermano. Lo miró y sonrió frunciendo la nariz, con un resoplido como de perro siguiendo un rastro y la cara iluminada por la alegría del fisgoneo.

—Ven a tomarte una copa con nosotros. A esta hora no hay nadie. Vamos a hablar un poco.

Marie-Louise dio un paso adelante.

—Lucien, yo voy subiendo.

—Sí, eso, sube. Espera…

La agarró por el codo.

—Te presento a mi mujer.

Antes de bajar, ella se había lavado la cara para no tener más que mojársela un poco por la mañana. Por la noche su rostro —cansado, enrojecido— era menos resplandeciente.

—¿Estás casado? Encantado, señora; soy un compañero de colegio de Lucien.

Marie-Louise le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Sube —dijo Lucien—. Estoy contigo en cinco minutos.

—Anda, vente…

Lucien negó con la cabeza.

—Gracias, pero no, no bebo. ¿A qué te dedicas? ¿Al Derecho?

—Sí, hago Derecho. Y me lo estoy tomando con calma para librarme del ejército. Tú, ¿qué?

—No, yo estoy exento.

—¿Hace mucho que estás casado?

Intercambiaron unas cuantas frases más. Luego Lucien se disculpó y le tendió la mano.

—Buenas noches —dijo el otro—. Hasta que nos veamos una de estas.

—Ah, ¿estabas ahí? —me preguntó Lucien al verme en la puerta.

—¿Es Henri?

—Sí, es Henri. ¿Lo has reconocido?

—No ha cambiado.

Lucien asintió y subimos. Las siguientes noches, volvió a casa a toda prisa, como si temiera encontrarse con Henri. Sin embargo, terminaron coincidiendo. Después, Lucien me contó que Henri había estado esperándolo y que lo había abordado delante de casa. Dado que Lucien se negaba a bajar al bar, se citaron una tarde en un café del puerto. Lucien se prometió a sí mismo no acudir; luego fue, aunque hecho un mar de dudas. Henri preguntó; Lucien habló. Henri escuchó. Lo atraía lo peculiar, el hecho de que fuera un marginado. La rebeldía ajena, la miseria, un rastro de pobreza le resultaban tremendamente estimulantes. Al venir de una familia de posibles exenta de dramas, se regodeaba en los que adivinaba en

otras personas. Pero lo suyo iba más allá del simple gusto por lo exótico. Mediante el razonamiento y el análisis, había llegado a las mismas conclusiones que mi hermano. Henri vivía en casa de sus padres y se aprovechaba de su condición, pero solo —según le dijo a Lucien— «porque hay que burlar a esta sociedad que queremos destruir, y es más eficaz y hábil ir trampeando y aprovecharse de ella para derribarla en condiciones».

Lucien recuperó su antigua admiración por él. Pronto cogieron la costumbre de verse a diario. Una noche Lucien se presentó en casa con él. Se encerraron en la habitación. A partir de entonces, Marie-Louise tuvo que pasar las noches en la cocina con nosotras. La primera vez la presencia de Henri causó revuelo. La abuela se sintió obligada a hacer una limpieza a fondo, a desplegar la mantelería en la mesa de la cocina —en la que él ni se fijaba—, mientras que Marie-Louise se retocaba el maquillaje solo porque le daba las buenas noches al pasar. No nos atrevíamos a hablar alto, con la secreta esperanza de coger alguna frase al vuelo. Henri parecía contento de venir a nuestra casa. Al subir, debía de ir aspirando los aromas de la escalera, embriagándose con la decoración.

Marie-Louise fue la gran sacrificada. Acostumbrada a que Lucien se ocupara de ella, a que le hablara, le hiciera preguntas, le explicara las cosas, se encontró pasando noches enteras, domingos enteros a solas con Marie, a la que paseaba por los muelles cuando hacía sol. La abandonó en el momento en que su cerebro, entumecido como un músculo que nunca se ha ejercitado, empezaba a distenderse. Él había sembrado con tesón, se había empeñado en la tarea —no veía más allá de ella—, pero después se detuvo en seco. Todavía me parece verla algunas noches de verano, sentada en la cama como una inútil, con pinta de estar reflexionando sin llegar a comprender nada. Lucien y su amigo habían salido a charlar mientras fumaban a la orilla del río. Él era feliz. Henri lo animaba a seguir viviendo de aquella manera. ¡Y nosotras que creíamos que su amigo tiraría de contactos! Ya nos habíamos imaginado a Lucien colocado y con un empleo serio y bien pagado.

Una noche que se le había hecho tarde, Henri le pidió a mi hermano que yo telefoneara a su madre para disculparse por el

retraso.

—Mi hermana no se atreve a entrar en un café para llamar por teléfono. No creo que haya hecho una llamada en su vida.

Henri me miró. Era verdad. ¿A quién iba a llamar? No teníamos amigos. Si queríamos informarnos de algo, nos molestábamos en buscar. Si era asunto de médico, íbamos a su casa, pues vivía muy cerca. Me invadió una tristeza enorme. Un año, al mostrarle dos postales que habíamos recibido por Año Nuevo, la abuela exclamó maravillada: «¡Oh!, unas postales…». Menudo acontecimiento. Provincianos miserables. Aislados, torpes, pobres con esa pobreza que no se muestra. En ocasiones así, sentía que quería a mi hermano por lo que un día habría de sufrir a causa de aquello, por lo que ya había sufrido; también, porque tenía miedo de la vida sin él, el único puente entre el mundo de los otros y el nuestro. A partir de aquel incidente, Henri me trató con cierta deferencia. No creo que pueda decirse que tal comportamiento estuviera dictado por su espíritu caritativo. No. Yo era uno de esos seres peculiares, inadaptados, con los que se recreaba su curiosidad. Me concedió algunos apretones de manos, unas frasecitas al vuelo a las que, según él, respondí acertadamente; a pesar de sus reservas iniciales, Lucien aceptó que a veces estuviera presente en sus reuniones.

Esa fue la época de mi revancha, del momento pronosticado y anhelado: la caída en desgracia de Marie-Louise. Delante de mí, trataba de mostrarse juguetona, captando la atención de Lucien con preguntas que antes lo habrían maravillado.

—Dime, Lucien, explícame… Dime por qué…

Por la noche volvía hacia las once, o más tarde, y preguntaba por ella.

—¿Y Marie-Louise dónde está?

—Estoy aquí.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Pues, si no te pasa nada, mejor.

Se retiraban a su habitación. Yo escuchaba la voz susurrante de Marie-Louise; la de Lucien más alta. Hablaban largo y tendido.

Cada tarde Henri llegaba sobre la una, se limitaba a sentarse delante de la puerta y esperaba a que mi hermano bajara. Otras veces, paseaba arriba y abajo por el patio, en el que el árbol, más

verde que nunca, extendía sus ramas como un paraguas sobre los adoquines secos. Teníamos las ventanas abiertas noche y día para que las paredes fueran secándose. En ocasiones, cuando no estaba con su amigo, Lucien suspiraba:

—Un día tendremos una vida de verdad, haremos todo lo que queremos.

«Haremos todo lo que queremos», eso afirmaba Lucien. Sí, haríamos realidad nuestros sueños, iríamos al encuentro de quienes compartían nuestra emoción. Nuestros espíritus ya se habían puesto en marcha y nuestros cuerpos los seguirían dentro de poco.

Sobre la silla de su habitación había una pila de revistas de esas que compraba Marie-Louise: consultorios sentimentales, consejos para esposas, cómo conservar a un marido, trucos de belleza… De allí debía de sacar sus remedios para las metamorfosis de Lucien. Qué dulce era; aunque yo, por aquel entonces, la tachaba de blandengue.

Yo devoraba todo lo que denunciaba aquella guerra que agonizaba pero que se resistía a morir. Quería el último artículo de Barsac que mi hermano había guardado sin darme tiempo a leerlo. No estaba a la vista. Una vez más, volví a recurrir al cuaderno verde, que tenía escondido en una carpeta abarrotada de papeles.

Lo recorrí a toda velocidad, me salté las frases sin importancia, las descripciones, las consideraciones filosóficas; buscaba cualquier pista que pudiera ayudarme a entender, puesto que la víspera había pasado algo. Después de una larga conversación —rondaban las once—, Henri se había despedido. En la cocina, Marie-Louise estaba hojeando un periódico. Lucien le soltó:

—Marie-Lou, ¿nos vamos a la cama?

—Me apetece ir a dar un paseo contigo.

—¿A estas horas?

—¿Y por qué no?

Ella se levantó con parsimonia, dobló el periódico y, de repente, fue corriendo hacia él.

—Lucien, cariño, llévame a dar una vuelta.

—Ahora no.

Él intentó zafarse, ya que ella lo tenía agarrado por el cuello de la camisa.

—Venga —suspiró—, coge tu abrigo. ¡Élise!, ven, nos vamos a

dar una vuelta.

Yo no me inmuté: estaba demasiado sorprendida.

—Venga, date prisa —repitió.

Marie-Louise no se atrevió a decir nada, pero su cara reflejaba su decepción. Lucien fue a la habitación de la abuela, donde metíamos la cama de Marie hasta que Henri se marchaba. No estaba dormida, así que la levantó.

—Y tú también, mi niña, tú también vienes. ¿Estáis listas? En marcha.

Fue un paseo lúgubre. Solo hablaba él. Al ver que se dirigía hacia el parque, pregunté por qué no íbamos por la orilla del río.

—No —dijo, cortante.

Después de dar una vuelta al parque, nos señaló un banco. Era noche cerrada, la hierba brillaba, unos mosquitos zumbaban alrededor de las farolas. Marie se había quedado dormida en los brazos de mi hermano. Dirigiéndose a nosotras dos, él soltó alguna tontería, algún tópico sobre la primavera o el invierno, y yo le respondí sin hacerle mucho caso. Yo le venía bien: me llevaba con ellos cuando no quería estar a solas con Marie-Louise.

—Nos vamos a casa, señoras —ordenó poniéndose en pie.

No había habido discusión en su habitación o si la hubo fue en voz muy baja, pues no escuché nada, y eso que se me daba bien poner la oreja.

Encontré la carta en el cuaderno verde. Doblada en cuatro, servía para marcar la última página escrita. A punto estuve de que me sorprendiera con las manos en la masa, ya que era larga. Hoy la tengo en mi poder de nuevo, pues he recuperado las cosas de Lucien. Supuso el fin de una época. A partir de ella, todo cambió.

> Esta noche, usted me ha dicho: «Eres como todas las chicas». Soy como todas no en lo positivo, sino en lo malo. Mire, nunca he conocido a un muchacho como usted. Sí, aquí tiene la clásica confesión que le habrán hecho en cada una de sus aventuras. Pero puede creérsela.
>
> Me señaló su puerta y me dijo: «¿Ves? Ahí es donde vivo. Es una casa un poco oscura, vieja». Me preguntó si vivía lejos. «Después del puente giratorio…». Después del puente giratorio, hay que andar todavía un cuarto de hora largo en plena naturaleza. Y menuda naturaleza…: tiendecillas, casitas, jardines; usted los conoce, Lucien, y también el aire

puro de la planta de gas y la tierra negra y el lodo de los caminos, porque en ese tipo de lugares siempre llueve. Hasta ponemos barreños dentro.

Allí está mi cuarto. Bueno, el cuarto. Lo compartimos entre cinco: mi padre, su mujer, la anterior mujer, mi hermano y yo. Mi padre tiene sesenta años. Vinimos aquí en el segundo año de la guerra de España. Mi madre murió sin enterarse en el tercer piso de una de esas casas del puerto, en su cama al lado de la ventana, desde la cual habría podido tocar a los vecinos de enfrente con solo inclinarse ligeramente. Poco después, tuvimos una nueva madre. Se ocupó de nosotros mejor que la verdadera, que siempre estaba enferma, y la queríamos tanto como ella a nosotros. La que nos crio es demasiado blanda para enfadarse, para marcharse. ¿Adónde iba a ir? Además, me ha cogido cariño, con esa preocupación tan típica de las mujeres gordas por lo frágil. Fui algo a la escuela. Pero bastaba un catarro para hacerme faltar. A los quince años, me pasaba el día sentada al sol escuchando hablar a las mujeres cuando hacía bueno. No salía; mi padre era de moral férrea: no veía con buenos ojos los bailes, los paseos. Los compañeros de mi hermano venían y me miraban debajo de la ropa. Uno de ellos asistía a clases nocturnas. Me entraron ganas de ir y mi padre dio su brazo a torcer. Volvíamos juntos. Nos parábamos en los recovecos más oscuros, sofocados de deseo. Soñaba con una vida a su lado, con prepararle la comida en una cocina cubierta de flores… En fin, todas las fantasías de las chicas a este respecto. Luego él comenzó a rehuirme, a no hacerme caso, y me hizo sufrir. Empecé a mirar a los hombres con ansia, ansia de hacerme notar, de ser elegida, amada. Al igual que los muchachos, salí a cazar. Quería un hombre. Pronto aprendí que la única manera de conseguir uno es *entregándose*, como se suele decir.

Mucho después, un domingo, por casualidad, me abordaron unas mujeres. Estaban haciendo una colecta para los estibadores en huelga. Ahí entendí el motivo de que nuestras comidas fueran tan escasas. No me había parado a pensarlo. Mi padre no hablaba de ese tipo de cosas.

Las mujeres me llevaron a un pequeño local. Escuché, decidí quedarme, volví. Por fin, una noche nos juntamos con los hombres. Los había sencillos, pobres, jóvenes, viejos, sucios, aseados, valientes, gritones, dignos: un auténtico

desfile del 1 de mayo.

Pasé a ser la secretaria de la sección. Aprendí mucho porque me enamoré del tesorero, un tipo duro, muy ortodoxo. Pero aquellos eran malos tiempos para los sentimentalismos: los hombres estaban enfrascados en la lucha, la mayoría no trabajaba. ¿Por qué no se queda conmigo ningún hombre? ¿Por qué, al cabo de unas cuantas citas, en sus caras se dibuja un rictus avergonzado para anunciarme que no van a poder volver a verme? Empezar de cero una vez más, amoldarse una vez más a ese amor como si fuera el definitivo y hacer, una vez más, el petate con los recuerdos a cuestas. La expectación, el encuentro, el primer día, el segundo, las tardes en habitaciones de hostales en penumbra, tranquilas, con camas de matrimonio con sus sábanas planchadas y sus colchas agradables al tacto. Fuera, los otros; allí dentro, yo, a salvo de la vida en brazos del hombre que ha de ser mi nacimiento y mi muerte. Con tal de verlos contentos, hacía cuanto querían, todo lo que creía que podía gustarles.

Aun así, me dejan. ¿Será que mi silencio les desagrada? Al principio, les gusta que los escuche. Luego, empiezan a hacer preguntas. ¿Qué voy a decirles? Así que me callo. Supongo que les resulto sospechosa. Lloro cuando me despido de ellos, lloro al volver a su lado. Todo se hace añicos. Y ya van cuatro años viviendo de esta manera. Anteayer, al pasar por la calle paralela a la suya, apareció y me ofreció un cigarrillo. Acababa de dejar a un hombre y tenía que coger el tranvía antes de las diez. Ya era de noche y en la calle había alboroto. Me detuve. Fue usted quien habló primero, yo respondí sobre la marcha y nos despedimos prometiéndonos una cita.

¿Cómo puedo explicarle lo que me pasa? Coincidirá conmigo en no llamarlo *amor*. O en llamarlo *amor* para simplificar. No se me dan bien las palabras. Estoy poco acostumbrada a *comunicar*. Había olvidado este término. Lo leí un día en una revista que me encontré en la Casa del Pueblo y me apropié de él.

Tengo el defecto de recoger todo lo que encuentro. Me gusta tener cosas. Sobre todo, libros. Y los leo. Por eso fue en aquella revista donde aprendí esa palabra, *comunicación*. Es y no es eso: es existir durante unos instantes y sentirlo a través de otra persona. Si no, la única forma que tengo de experimentar esa existencia es mediante el sufrimiento o la ausencia. Cuando me plantan, cuando no encuentro trabajo,

> cuando duermo mal porque no tengo sitio en la cama, cuando me miro en los escaparates de las tiendas, entonces me siento. Pero con usted pude sentirme. No me habría resultado sencillo explicarle esto, habría tenido que medir muy bien las palabras, como una mentirosa a la que cogen en un renuncio. ¿Volveremos a vernos, Lucien, y seremos amigos?
>
> ANNA

—No me esperéis esta noche, no cuento con volver. Dormiré en casa de Henri, como la última vez.

No me lo creí. Marie-Louise lo miró con inquietud.

—Vuelve, Lucien. Aunque sea tarde, pero vuelve.

—¿Cómo, si ya no hay tranvías?

Ella se encogió de hombros y se metió en su habitación. Pero, cuando la puerta principal se cerró, salió como un rayo y corrió tras él por las escaleras. La abuela, que había estado atenta a la escena, se acercó a la ventana y miró por la junta de los postigos a medio cerrar.

—Nada: no lo ha conseguido. Ahí va, doblando la esquina de la calle.

Se echó a reír. Nos callamos. Marie-Louise estaba de vuelta. En cuanto cerró la puerta, esbozó un paso de danza. Venía sonriente, algo que nos dejó perplejas, pues estábamos segurísimas de que no lo había alcanzado. Pero él tampoco volvió aquella noche.

Henri está sentado en el borde de la cama. Hurga en el bolsillo de su chaqueta, colgada del picaporte de la puerta. Su rostro transmite tranquilidad, como de costumbre. ¿Son sus facciones un tanto grasientas y sus ojos sin color los que le otorgan esa apariencia de serenidad? Creo que es feliz, así de simple. Es muy consciente de los gestos que hace. Se recrea en ellos: colgar la chaqueta en una ventana, apoyar un pie en la cama, poner la oreja para captar las groserías que sueltan en el patio dos hombres furibundos. Destruye un mundo y, en un cuarto de hora de discurso, levanta otro en el que hay un sillón calentito esperándolo. Tiene todas las puertas abiertas. Saborea el periódico, que esta tarde le ofrece tres o cuatro temas de conversación. Lo ha dejado a su lado, sobre la cama; descifro, del revés, el titular en letras inmensas: DI HA CAÍDO EN-BIEN-PHU. Apoya una mano en la mesa. Está a gusto, olisquea el aroma de la

salsa que estamos recalentando y de la que no nos atreveríamos a ofrecerle un plato.

—Un movimiento lo suficientemente potente para reagrupar a toda la izquierda —dice—. Pero ¿quién está listo en Francia para sacar partido de los acontecimientos? Para encontrar a los jóvenes necesarios con el fin de provocar una agitación permanente. No se trataría de la revolución en sentido estricto, claro, a fin de cuentas, París se ha convertido en la capital del quincuagésimo Estado americano, por ese lado no hay nada que hacer, sino una guerra de guerrillas, como hacen los miembros del Vietcong.

Lucien se bebía sus palabras. Asentía febrilmente.

Henri estaba siempre en guardia para la causa revolucionaria. Esa era la conclusión lógica de sus charlas diurnas y nocturnas. Las preparaba desde su cómoda habitación, y los horrores de la sociedad en la que se veía obligado a vivir reforzaban sus fantasías de cambios radicales. Había encontrado en Lucien la viva imagen de la víctima del sistema: huérfano, sin posibles, pobre, escuálido, casado demasiado joven, desarraigado. El físico de mi hermano lo fascinaba. Envidiaba su rostro chupado, como salido de los anales de la Revolución de Octubre o del álbum de fotos de los héroes anarquistas, de ahí que, con mayor motivo todavía, se la tuviera guardada a Lucien por no consagrarse en cuerpo y alma al objetivo, a la lucha. Lucien lo hacía, pero de manera intermitente. Habíamos nacido entre penurias y las dificultades habían crecido enredándose en nosotros como hiedras asfixiantes de las que no podíamos liberarnos sin ayuda. Lucien las sobrellevaba con rabia, pero salía adelante gracias a los refugios inexpugnables que se había buscado: zanganear y buscar un amor extraordinario.

Yo me estaba convirtiendo en la testigo silenciosa de los padecimientos de Marie-Louise, que no era tan tonta como para no darse cuenta; desde ese momento, pasó a fingir en mi presencia un aire satisfecho y tranquilo. La única muestra de honestidad por parte de mi hermano consistía en avisar de que no vendría, cosa que sucedía dos o hasta tres veces por semana. El resto de las noches volvía tarde y se encontraba a Marie-Louise levantada. Hablaban en voz baja, pero yo me había cuidado antes de no cerrar del todo la puerta de nuestra habitación. Podía oír bastante bien. Marie-Louise lo cubría de caricias lastimeras. Seguro que él se ponía

serio y distante; entonces, ella se esforzaba por hablar de aquello que pudiera despertar su interés.

—Y la guerra, ¿qué?, ¿se ha acabado?

—¿Qué pasa con la guerra?… Lee los periódicos, sabrás tanto como yo.

Con todo, se embarcaba en una larga perorata que también me servía a mí, pues él alzaba la voz, y hasta me imaginaba sus gestos al pronunciarla. La heroica Marie-Louise, que tenía que levantarse a las seis y que se pasaría atada a su máquina hasta la noche, lo escuchaba sin pestañear. Se había casado con un *estudiante* y lo pagaba caro. Lo más doloroso para ella era no poder quejarse en su círculo de mujeres, que se lo contaban todo. Tiempo atrás, les había dado envidia. Ahora, ya no les gustaba tanto. Usaba el lenguaje, las expresiones de Lucien. «Está hecha una presuntuosa, una engreída», decían de ella en la fábrica.

Como quien sigue una operación de rescate, estábamos pendientes de un hombre que se había apostado a que se firmaría la paz en Indochina. Hasta Marie-Louise, influida por aquel ambiente febril que creaban Henri y mi hermano, olvidaba de buena gana sus penas y compartía nuestra impaciencia.

El 14 de julio Lucien me pidió dinero. Nunca lo había hecho. Le di un poco sin pedir explicaciones. Me enteré de que Marie-Louise le había pedido lo mismo a la abuela.

—Le he dicho que se dirija a Élise, que es ella la que lleva las cuentas.

No se había atrevido a hablar conmigo. No habría podido serle de ayuda.

A oscuras en nuestra habitación, la abuela me confesó una noche:

—¿Tú tienes idea de dónde pasa el día Lucien? Con Henri, no, desde luego. Qué tonta eres: te tragas todo lo que te suelta tu hermano. Lo has mimado, siempre lo has apoyado. Y ese Henri es cómplice también. Ay, ¡Dios mío!, si Marie-Louise se entera…

Lloró un poco y siguió diciendo:

—Este nos va a traer problemas. Marie-Louise, su padre, sus hermanos, su madre, con lo ruin que es…

Lucien se veía con una chica cada mediodía en la parada del tranvía de los muelles. Entraban juntos en un hostal de las dársenas.

También los habían visto salir de madrugada.

—Se lo han encontrado varias personas; estibadores que viven en esta calle y que conocen al padre de la chiquilla.

El hostal de las dársenas. La chica era la de la carta, Anna. El dinero era para pagar el hostal. Henri estaba al corriente. ¿Había leído la carta?

No conseguí conciliar el sueño. Me imaginaba los muelles a mediodía, con sus barcos al fondo, sus puestos de ostras y de gambas… y dos siluetas cogidas de la mano y respirando el perfume a despedida que emanaba de los desagües. Me turbó hasta tal punto que decidí apoyar a Lucien hiciera lo que hiciera. Deseé que regresara en ese preciso instante para decírselo. No le dije nada porque no volvió, y fue mejor así: lo habría interpretado como una burda trampa.

Dinero. Ahora andamos los tres desesperados por él. A Lucien le hace falta para sus tardes. Son las vacaciones de verano, así que no gana un duro. De trabajar ni habla, ya no tiene tiempo para eso. Se pasa la tarde desde el mediodía en la cama de algún hostal del puerto, hasta donde le llega, amortiguado, el lento chirrido de las grúas; luego, por la noche se acuesta otra vez, ya sea aquí o en cualquier otro lado. Pero eso hay que pagarlo. Veo en su cara, en sus ojos, que necesita dinero. Marie-Louise es la que más aporta. Entrega la mayor parte. Lo que se guarda lo comparte con Lucien. No es gran cosa para ninguno de los dos. A ella también le ha entrado un ansia loca por el dinero; gasta mucho desde que Lucien la tiene abandonada: en periódicos, pinturas, cintas, joyas. Ha leído en una bobada de consultorio sentimental que hay que ser varias mujeres en una. Pero las recetas para tener a un hombre contento no salen baratas. Suelo espiarla mientras se coloca flores en el pelo con aire satisfecho, prendada de su propia imagen. Marie-Louise necesita dinero. A mí me hace una falta tremenda el que le presté a Lucien. Diez mil francos: lo suficiente para vivir una semana entera. Somos pobres dignos, de esos que esconden su pobreza como si se tratara de una vergonzosa desgracia. Que quede entre nosotros.

Ocultas nuestras caras en las sombras —era noche cerrada—, me pareció que seríamos capaces de sincerarnos, de llegar al fondo de la cuestión. Hacía calor, pero había que tener la ventana cerrada, no fuera a enterarse de nuestra conversación la gente del edificio.

—En primer lugar, nosotros tres tenemos que reducir al máximo nuestros gastos, renunciar temporalmente a comprar cualquier cosa que no sea comida y, por último, buscar por todos los medios nuevas fuentes de ingresos.

—Trabajar, vamos.

—Sí, trabajar.

—Vale —dijo—. Para eso no hacía falta un concilio familiar. Pero ya que está reunido… En esta época del año no voy a encontrar ningún empleo que me dé para vivir. Además, me he puesto a… Bueno, no tengo por qué entrar aquí en detalles. Ahora mismo necesito tiempo para mí. La cosa irá mejor en octubre. Hasta entonces, te pido un pequeño esfuerzo más y un poco de paciencia.

—Está bien —dijo Marie-Louise, dando la discusión por terminada y poniéndose de pie. Debía de odiarme por acortarle una de las contadas noches en que Lucien se quedaba con ella.

—No, ¡no está bien!

La rabia se apoderaba de mí. De buenas a primeras sentía tanto calor que de algún modo tenía que estallar.

—No lo habéis entendido: no tengo dinero.

—Pero… yo tampoco.

—Te estoy pidiendo, Lucien, que me entregues lo que tengas, lo poco que tengas. A usted también, Marie-Louise.

—Pero si no tenemos nada —bramó Lucien—. ¿Adónde quieres ir a parar?

Guardé silencio. Fuera se escuchaban gritos de críos que no querían entrar en casa. A tientas, Marie-Louise encendió la luz. De vuelta a la claridad, ya no estaba tan segura de atreverme a continuar. Él sacó de su bolsillo unas cuantas monedas de diez francos y las dejó con una sonrisa sobre la mesa.

Las dudas se disiparon.

—Marie-Louise, su padre conoce a toda la gente que lleva la contratación en los muelles. Lucien, ¿no puedes pedirle que te ayude a encontrar trabajo para unas semanas? Es una solución provisional, sé que puedes hacerlo, y serías nuestra tabla de salvación.

—Eso no —dijo Marie-Louise, con la boca abierta.

—No, eso no —repitió por lo bajo Lucien.

Echándose por encima de la mesa, me cogió por el cuello de la

blusa.

—Veo que la señora, no, la señorita ha descubierto ahora el mundo y ha aprendido lo que es una huelga, un parado, un trabajador. Esa es su nueva religión, así que, para acallar su conciencia, fantasea con tener a un proletario en el seno de su familia. Es más sencillo que serlo una misma. ¿Por qué no te has puesto a trabajar como el resto? ¿Cuál es tu excusa? ¿Criarme? No te engañes. Y, si era por cuidar de mí, ¿a santo de qué me mandas ahora a los muelles? Es un poco tarde. ¿Por qué no lo hiciste cuando tenía dieciséis años?

Y, de una tacada, dio rienda suelta a todos sus rencores. Lo habíamos metido en el instituto. Al principio, sí, al principio había sido feliz. Pero ¿luego? Había pagado cara nuestra vanidad.

—¡Teníais que haberme criado conforme a nuestras posibilidades! —gritó.

—Y, con todo, anda que no nos hemos sacrificado por ti. Para darte más a ti, yo he vivido al borde del precipicio. Acuérdate, Lucien, de las fiestas, de los premios; para que tú también tuvieras una camisa nueva, yo te acompañaba con una blusa descolorida y una falda remendada.

—¡Y eso es precisamente lo que te estoy reprochando!

—Cállate, cállate.

La abuela abrió la puerta.

—A ver, que se os escucha desde abajo. ¿Qué pasa? —dijo con acritud.

Nadie respondió.

—No te metas.

Lucien la empujó hacia la habitación.

—¿Qué? —dijo ella aguantando la puerta abierta de par en par —. Quiero saberlo.

Ese gesto lo puso furioso. Se lanzó hacia ella y cerró la puerta.

Ella volvió a abrirla.

—La puerta se queda abierta.

Él cogió el picaporte y la cerró de un portazo. La abuela se asomó y se puso a gritar.

—¡Esto no es una cárcel! Aquí no se encierra a la gente.

Ambos estaban desatados, y la puerta se abrió y se cerró de golpe varias veces. Él hacía fuerza contra el pomo mientras que ella

golpeaba la madera gritando. Me abalancé sobre él para que soltara la mano del picaporte. Me empujó con el codo izquierdo, pero ese gesto le restó fuerza para agarrar, de manera que la abuela consiguió abrir.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —gritó—. Llevas años haciendo el zángano por aquí, comiendo de nosotras, bebiéndote nuestro sudor. Un vago, un vicioso; lo sé todo —escupió—. Sí, todo.

—Cállate.

Le hice una seña hacia Marie-Louise.

—Me da igual, pienso contarlo todo. Que se largue de aquí, que trabaje, a ver si lo perdemos de vista.

Lucien la agarró, la sacudió y la tiró en la cama. ¿La habría estrangulado? Lo sujeté por detrás para obligarlo a girarse hacia mí en el momento en que la tenía cogida por el cuello. Al soltarla, me empujó y se dirigió a la cocina como una exhalación. Tuve miedo. Iba a salir y ¿qué haría por ahí? Corrí hacia él para detenerlo. Me confundió con ella y me empujó. Fui a dar contra la mesa. Entonces se acercó, me dio un par de bofetadas, lleno de odio; luego agarró el hule —sobre el que todavía estaban los platos sin recoger— y tiró de él. Marie-Louise se marchó con él sin mirarme, con su hija en brazos. Al ponerme de pie, aplasté un melocotón que había rodado bajo mis pies desde el frutero hecho pedazos. ¿Qué pensarían los vecinos? Nos habíamos sentido tan orgullosas de ser las únicas que no habían dado nunca un espectáculo…

—Pero ¿tú lo has visto? Me habría matado… Está hecho un mangante, Élise.

—Ojalá la gente no haya oído nada.

Estuvimos una semana sin verlo. Una noche llegó acompañado de Henri, lo que evitó cualquier explicación. Marie-Louise me devolvió algo de dinero. «He pedido un anticipo». Con eso estaba dicho todo. Los periódicos volvieron a circular por la cocina.

Henri nos anunció que se marchaba. Se iba tres años a París. Aquella noticia me dejó pensativa. ¡Menuda revolución había traído a nuestras vidas en tan pocos meses! Había abierto nuestras ventanas de par en par. Con él, habían entrado en casa nombres, países, hombres; de pronto, Indochina parecía tan cercana como las colinas de Verdelais. ¡Todos esos periódicos que nos dejaba, de cuyos titulares me llenaba ahora la boca y que recitaba como si se

tratara de un hechizo! En noviembre, unos días antes de su partida, Henri entró en casa sin aliento, con un periódico en la mano. Lanzó un nombre al que no presté atención: se trataba de Argelia.

Huérfanos de su presencia durante los primeros días, acabamos adaptándonos a la ausencia de Henri. Le escribía largo y tendido a Lucien, que se enclaustraba diciendo: «Voy a contestar a Henri». Mi hermano fue acercándose a mí. Pronto entendí el motivo: no le había pasado desapercibida mi hostilidad hacia Marie-Louise. Esta se estaba convirtiendo en una molestia, pues llenaba el hueco que yo había ocupado durante toda su infancia. Y ella, que algo notaba, pero no conseguía adivinar el motivo, se arrimaba a la abuela. Su vínculo era Marie. Eso sí, Lucien esperaba contar con mi complicidad a cambio del cariño recuperado.

Durante aquel curso escolar, empezaba el turno a las cuatro de la tarde y había conseguido dos clases los jueves. A veces me avergonzaba de mi victoria cuando me llamaba a su santuario, al que solo entraba con su permiso.

Marie-Louise me seguía. Él ni la veía. Me hablaba, leía algún artículo, lo comentaba: lo que es el racismo en el norte de África, hasta dónde llega…, pero algunas formas de tortura no dejan marcas, es una vergüenza.

—¿Qué torturas son esas?

—Venga, Marie-Louise, no me interrumpas.

Y me lo explicaba a mí, sin mirarla siquiera. Sacaba una carta de Henri y me leía unos cuantos pasajes. Yo me fijaba en su mesa, en la que una pila de libros que Henri le había prestado antes de marcharse ponía una nota de color que me fascinaba.

—La guerra… Hay que hacer algo.

—Esto no es París precisamente. Conozco muy bien a gente como nosotros, al margen de los acontecimientos…

Lucien decía *nosotros*: él y yo.

—Ven, que voy a presentarte a una compañera. Se llama Anna. Ha estado inscrita en distintos movimientos. Ahora milita menos, está demasiado ocupada. Pero ¿qué te pasa?, ¿por qué me miras tan fijamente? ¡Te has puesto como un tomate!

—Nada —dije simplemente.

No me atreví a seguir hablando, me habría echado a temblar. Estoy sentada frente a mi hermano. El bar se llama

0 20 100 0.
Al abrirse la puerta, una neblina fría nos hiela las piernas. Voy a ver a Anna. Tengo miedo. Sin conocerla, se ha convertido en un ser colosal, fantástico.

Ha entrado alguien que, de manera inesperada, se planta delante de nuestra mesa. Lucien no se levanta; soy yo la que me pongo de pie sin mirar a la persona que está ante mí. Empujo la silla hacia atrás, lo que me lleva unos segundos. Veo unos pies con zapatos de tacón deformados. Doblo el periódico en ocho, y eso supone unos segundos más. Tendré que levantar la cabeza, qué menos. Me mira fijamente. Sin sorpresas: tengo ante mí una imagen normal y corriente. Desenrosca una inmensa pañoleta blanca que le cubre la cabeza, al estilo sahariano. Lleva el cabello, largo y moreno, metido por el cuello de un abrigo o de una chaqueta, no distingo bien. Se lo ahueca con los dedos. Sobre la frente le cae un flequillo cortado de manera irregular. Por lo demás, tiene la cara estrecha, pálida. Lucien ha pedido tres cafés. Me ha dedicado una frase amable; eso sí que lo he escuchado. Guardo un recuerdo confuso de la conversación. Me pierdo en mis razonamientos y no soy capaz de seguir el hilo de lo que dicen. Me irrita su voz susurrante. Juega con su pelo, y yo me pregunto si me quedaría bien llevar el mío suelto. Digo que sí a todo. Lucien le ofrece un cigarrillo y le enseña una viñeta del *Canard enchaîné* que ha sacado del bolsillo. Ella ríe y me mira. Ya me he acostumbrado a su rostro enjuto. Voy viéndole el encanto. Sus ojos, marrón claro, son grandes y bonitos. ¿Cómo puede tener unas pestañas tan negras y largas? Viéndola de perfil, caigo en la cuenta, por su rigidez, de que están recubiertas de un espeso rímel.

Marie-Louise es más guapa que ella debido a sus armónicas facciones, a su tez, a la forma de su boca. Anna tiene que valerse continuamente de su cara para lograr cierta belleza. Se ilumina como una lámpara y aparece su lado atractivo. La delgadez no le sienta mal. Tiene pelo de ahogada, que diría la abuela. Pero su cuerpo filiforme posee el embrujo de la hierba mojada. Hay una especie de magia, un no sé qué misterioso en ese encanto que se suma al resto de atributos: un cuerpo frágil, unas muñecas infantiles, un busto plano, un rostro pálido y serio. Una de esas caras de las que no se desconfía. Anna lleva un suéter negro, una

falda gris, un chaquetón de paño negro con bolsillos grandes. Nos levantamos. Ella se recoloca su larga pañoleta. Lucien me pide disculpas. Tiene que volver a Saint-Nicolas; Anna va en la misma dirección, ¿verdad? Me marcho sola.

«Verás, un día empezará la vida de verdad —solía decir él—. Lo fundamental es llegar a ella intacto».

¿Qué es la vida de verdad? ¿Más ajetreo? ¿Una galería de retratos humanos más poblada a nuestro alrededor? ¿Qué cambiaría eso? ¿En qué notaríamos que la vida de verdad había comenzado?

—¿Por qué no es usted como las demás? —se lamentaba Marie-Louise.

Resultó que un viernes llegó acompañada de dos mujeres. Se había mareado delante de su máquina. Cuando Lucien regresó, encontró a su mujer acostada. Yo le hacía compañía mientras aguardábamos al doctor. Lucien le dio unos golpecitos en la mano y ella se echó a llorar. Él se puso a hacerle preguntas sin poder disimular delante de mí un brillo en la mirada que yo conocía bien y que me dejó helada: la esperanza de que ella muriera se había apoderado de él.

El médico vino muy tarde; le pidió unas pruebas y unos análisis. Su diagnóstico fue que Marie-Louise estaba muy débil y nos aconsejó que no perdiéramos tiempo. Mientras colocaba las cosas en su maletín, hice un aparte con Lucien.

—¿Tienes dinero?

—No. ¿Y tú?

—Poca cosa. Hay que dejar algo para la receta. ¿No tienes siquiera quinientos francos?

—Ni uno.

Muerta de vergüenza, tuve que pedirle disculpas al médico, una letanía de sobra conocida. Le pagaríamos en la próxima visita.

Lucien tenía mil francos. Yo lo sabía. Sin querer, los había sacado del bolsillo junto con el pañuelo aquella misma mañana. Volví a la carga, pero él siguió fingiendo que no tenía dinero.

Aquella enfermedad lo incomodaba. Se encargó de convertir esa temporada en un verdadero infierno para Marie-Louise. Sin embargo, en cuanto ella volvió a la fábrica de galletas, recayó.

—Pero ¿qué tendrá? Élise, ¿crees que se curará?

La abuela, dividida entre su bondad natural y sus cálculos, se agobiaba, se volvía loca, preparaba postres nutritivos para Marie-Louise, ponía cirios en la iglesia, me arrinconaba detrás de la puerta para hacer juntas balance de todos aquellos esfuerzos; pero, al resultar estos infructuosos, iba dejando que se abriera paso en su interior un injusto rencor contra la mujer de Lucien.

Marie-Louise acabó cediendo a las presiones de mi hermano, a las mías, a las de la abuela. Aceptó marcharse. La admitieron con su hija en la casa de reposo de Cestas para un período de tres meses. Se asustó, creo yo, cuando se vio la piel violeta y amarilla alrededor de los ojos. Estando descansada —por lo tanto, guapa, como decían las revistas—, podría reavivar el deseo en Lucien.

—Y no te costará ni un franco —apostillaba la abuela.

A ella eso le parecía un mérito.

Qué extraña impresión volver a ser tres, como antaño.

Lucien se mostraba casi tierno conmigo. En fin, todo lo tierno que podía ser con alguien a quien no quería. Yo hacía las veces de intermediaria entre la abuela y él, que habían dejado de hablarse. Ella estaba muy abatida. Tenía que soportar la hostilidad de los de enfrente, que iban pregonando a quien quisiera escucharlos que Lucien estaba matando a su hija. Y tenía que aguantar nuestras conversaciones durante las comidas cuando Lucien estaba en casa, aunque la política y la guerra no le interesaban. Echaba de menos a Marie. Decía que yo me había «pasado al bando de Lucien». Cuando bajaba a la calle, se imaginaba que la gente se giraba a su paso y murmuraba sobre nosotros.

El invierno vino frío. El alféizar de las ventanas se cubrió de escarcha. Al caer la noche, la abuela se pasaba por el puesto de un verdulero que tiraba las cajas vacías delante de la entrada. Traía varias, y con ellas hacíamos una buena fogata después de cenar. Una noche en que había placas de hielo, se cayó y hubo que hospitalizarla por culpa de tres fracturas. La gente nos miraba de forma extraña. «Caen como moscas —decían a nuestras espaldas—. Están gafados».

Lucien y yo nunca habíamos estados solos. Y no lo estuvimos durante mucho tiempo: dos días después del accidente de la abuela, Anna hizo su entrada triunfal. Examinó las tres habitaciones; le gustó mucho la de Lucien, y este, sin poner en duda mi neutralidad,

me cerró de nuevo la puerta en las narices. Así pues, cada noche volví a encontrarme sola en la cocina mientras ellos cuchicheaban allí al lado.

Las visitas en el hospital empezaban a la una. Yo llegaba a la hora en punto y me quedaba hasta las tres animando a la abuela, que lloraba porque quería marcharse. Luego regresaba a casa; Anna llegaba, se iba a las siete, bastante después de Lucien, de manera que los vecinos cotillas creyeran que venía a verme a mí.

Pero, un buen día, se quedó también a pasar la noche. Hacía dos semanas que yo iba al hospital a diario. Aquel día fui por donde Puesh, que me pasaba manuscritos, y después volví a casa. ¿Ya estaba allí Anna? ¿Cómo pasaba el tiempo cuando no estaba con Lucien? ¿Había personas sin un oficio concreto que podían acudir a citas, deambular o hacer el amor en medio de la gran colmena en que se deslomaba el resto?

Me llegaron sus voces desde el primer piso. Probablemente estaban discutiendo. Subí las últimas escaleras a la carrera. Anna estaba de espaldas a Lucien y, con una mano, se apoyaba en la puerta de la habitación mientras que, con la otra, se calzaba los zapatos. Llevaba la falda colgando.

Lucien estaba hablando. No me oyeron llegar.

—Me he arriesgado por ti: te he traído aquí, me las he apañado para conseguir que mi mujer se largara y le he hecho la vida imposible. ¿Y ahora qué quieres que hagamos? Hemos ido todo lo lejos que podíamos. Vayámonos a París. Me iré yo primero; tú puedes esperarme aquí, en mi casa, si quieres…

—Escúchame, Lucien, hemos dicho siempre que nos marcharíamos juntos. Ahora no te atreves a admitirlo, pero lo que te apetece es irte solo y reunirte con tu amigo. Te marcharás y no volveré a tener noticias tuyas, así que vale, me largo, pero sola, y no pienso decirte adónde. Así serás tú quien sufra en su propia carne el daño que me estás haciendo. Me marcho, sí, pero antes déjame darte una noticia, nada importante, por supuesto: estoy esperando un niño. Lo sé desde hace tres semanas.

—¿Cómo? Eso no es verdad…

Se alejó de la ventana y se plantó delante de él. Estaba llorando.

—¿Que no es verdad? Me conoces perfectamente, me ves desnuda todos los días… Mira.

Lucien había ido hacia la puerta. Apoyándose ahora en la mesa, ella se bajó la falda, se levantó el suéter. No llevaba combinación, y su vientre quedó a la vista. De lejos, apenas parecía hinchado.

—Fíjate bien —repitió ella varias veces, con la voz ahogada en lágrimas—. ¿Ves esto? Esta pequeña protuberancia es un niño: es tu hijo. Fíjate bien, es la primera vez que lo ves, pero también es la última. Esto es lo único que verás de él.

Se recolocó la falda sorbiéndose las lágrimas. Temblaba, no era capaz de abotonarse la cinturilla. Se echó una pañoleta sobre la cabeza, se puso la chaqueta y cogió los zapatos. La escuché gemir y respirar fuerte. Corrió hacia la puerta y desapareció escaleras abajo. Lucien se metió en su habitación, y yo salí del rincón en el que me había escondido. Me invadió una violenta sensación de rechazo. Lo colonizaban todo. En cuanto habían hecho el amor en un lugar, se sentían como en casa. Al igual que la abuela, yo necesitaba dar imagen de respeto, de consideración. «Se marcha —me dije—. Anna lo acompaña o no lo acompaña, tiene o no tiene un niño, se enfadan o no se enfadan. En tres meses, cuando Marie-Louise regrese, habrá que tomar una decisión. Pero él se marcha. Se acabó el seguir hurgando en la herida abierta. Con valentía, saldré adelante. ¿Acaso no he estado siempre sola? Será menos horrible que un escándalo, algo aquí no tardaría en estallar, sin duda. Lo que pase en la distancia ya no tendrá que ver conmigo».

Todavía quedaba un poco de nieve gris alrededor del portón de Les Glycines, la casa de convalecencia de Cestas, cuando llegamos allí. Marie-Louise nos recibió entre gritos de gozo. Su recuperación no progresaba, aún tenía la cara amarilla y malva. Le reprochó a Lucien que no le escribiera. Él cerró los ojos durante unos segundos, sin responder. Nos trajeron a Marie, a quien sí le había sentado bien la estancia. Lucien no sabía qué decir. Repetía constantemente las mismas preguntas sobre la alimentación, los cuidados, el horario. A continuación, habló largo y tendido sobre los acontecimientos políticos que le preocupaban, sobre la mentalidad racista, que crecía exponencialmente. Pero Marie-Louise no se esforzó durante mucho rato en escucharlo.

—Tengo todavía para cuarenta y un días. ¿Vendrás a buscarme cuando salga?

Lucien no respondió. Me sentí cómplice de una especie de

crimen silencioso que estaba a punto de cometer. Me vi en un aprieto, así que la cubrí de preguntas amables para que tras nuestra visita se quedara con la impresión de que la queríamos. La estancia en la que nos encontrábamos se parecía al locutorio de un internado. Marie se había sentado en el suelo de baldosas y jugaba con una muñeca que su padre le había llevado.

—Me preocupa vuestra yaya —dijo Marie-Louise—. ¿Por qué no me has avisado del accidente? Le habría escrito, a ella le habría gustado.

Lucien hizo una mueca de escepticismo y dijo en voz baja:

—No es el momento oportuno.

Jugueteaba con la muñeca de Marie y le daba vueltas a la pulserita de cadena que lucía en ella, algo que, de repente, me dio una idea. La abuela había guardado sus tesoros en un cajón de nuestro ropero: la alianza y el reloj de su marido, un anillo, dos alfileres de oro, los pendientes de nuestra madre. ¿Estaría dispuesta a empeñarlos para permitirle a Lucien marcharse a París? Me daba que no.

—Me tienes marginada —se quejaba Marie-Louise.

Temiendo que me tomaran por testigo de una u otra parte, me alejé hacia la ventana.

—Ve a dárselo a Élise —dijo Lucien entregándole a su hija el periódico que llevaba.

Quería que me acercara a ellos. Marie-Louise se dio cuenta y se quedó unos segundos sin decir nada. Los rasgos armoniosos de su rostro se habían contraído, estaba conteniéndose para no lloriquear. Luego movió el brazo hacia Lucien, queriendo apoyarse en él. Él dio un respingo y retrocedió bruscamente. Al hacer un movimiento para incorporarse, ella soltó un gemido.

—Ni una lágrima, o me largo —dijo él con dureza.

Ella lo miró, pero él apartó la mirada.

—Lucien, yo también soy tu Argelia —le dijo con voz melosa.

Él se encogió de hombros, pero no contestó nada.

Aquella comparación, que le había venido a la boca sin pensar, violentó a Lucien. A mí también. Cada uno guardó para sí aquella frasecita, la última que Marie-Louise le diría a mi hermano.

Cogí las joyas, las empeñé y saqué veinticinco mil francos, que le entregué a Lucien la víspera de su partida.

Me dio las gracias, asegurándome que algún día me los devolvería. Le pedí que me escribiera a menudo y, en contra de lo que me había propuesto, me eché a llorar. Me pareció que se emocionaba. Dio varias vueltas por la casa, despacio. A pesar del frío, abrió la ventana y contempló el árbol negro perlado de témpanos de hielo. Le insistí en que comiera algo, aunque no quiso. Se acostó temprano, ya que al día siguiente cogía el tren de las siete. Me habría gustado acompañarlo, pero se negó, así que no pude saber si se marchó solo.

Cuando se levantó, me encontró en la cocina. Su maleta estaba lista. No podía creérmelo. Por supuesto, no le solté ninguna de las frases que había preparado al calor de las mantas. ¿Era verdad que se iba? No, estaba jugando a marcharse. Desharía su maleta: yo no podía quedarme sola. Qué más daba la vida de verdad. ¿Acaso no estaba ya allí, en las fantasías recurrentes, en la espera y en el ansia por ver mundo? Se puso la cazadora, se encendió un cigarrillo, y a mí se me desbocó el corazón. Había llegado el momento. Me dio un beso distraído; ya estaba en otra parte. No recurrió a ninguna de esas expresiones que ayudan a cicatrizar las heridas abiertas, ni siquiera para darme ánimos. Pero, al abrir la puerta, le toqué la ropa y me guiñó un ojo mientras echaba un vistazo alrededor. Esos últimos segundos se prolongaron, se dilataron, se encogieron, la puerta volvió a cerrarse. Sus pasos se ralentizaban en las vueltas de la escalera. Aún me quedaba la ventana. Corrí hacia allí; aparecía justo en ese momento, tenía treinta metros de margen antes de que doblara la esquina de la calle. ¿Se giraría? Algunos hombres salían como hormigas de las casas sumidas en la oscuridad. Uno de ellos me tapó a Lucien. Se había marchado. Di vueltas por la cocina, me acosté otra vez, volví a levantarme, me senté en la cama, abrí sus cajones vacíos. No empecé a sentir el dolor hasta más tarde, al romper el día, que alargaba las esquinas, les devolvía a las paredes sus verdaderas dimensiones e iluminaba sin piedad el vacío a mi alrededor. No fui al hospital. Ese día me quedé enclaustrada en el recuerdo de mi hermano.

Lo pasé muy mal durante mucho tiempo, hasta que llegó la primera carta. Escribió a los veinte días de marcharse: seis líneas escuetas, sin entrar en detalles, para informarme de que se encontraba bien de salud, de ánimo, y a qué se dedicaba.

Tenía pendientes dos tareas desagradables: avisar a Marie-Louise, impedir que fuera a su encuentro, calmarla, pedirle que tuviera paciencia. Para la segunda, desempeñar las joyas de la abuela, no me quedaba otra que ahorrar y privarme de cosas. ¿Y si no lo conseguía antes de que estuviera de vuelta? ¿Qué pasaría? Tenía mala conciencia y prefería que no se enterara de aquel asunto. Ese temor me llevó a tomar una decisión que cambiaría por completo mi futuro. Pensé que en tres meses reuniría el dinero necesario. Por lo tanto, era imprescindible que ella siguiera en el hospital, tal como le habían prescrito. No fue fácil. Lloró, me suplicó; le juré que solo se trataba de un breve período de convalecencia y que ya estaba preparando su regreso. Me insultó, amenazó con dejarse morir y acto seguido se sumió en un silencio hostil.

Fui a ver a Marie-Louise y le anuncié la marcha de Lucien como si se tratara de algo positivo: encontraría un trabajo; podría mantenerlas a ella y a su hija. Ese argumento le daba lo mismo. Le pinté un panorama brillante para mi hermano. Le mentí, le hablé de una ausencia de semanas. Acabó por resignarse y me fui aliviada.

Trabajaba mucho, impulsada tanto por la euforia que me producía verme haciéndolo como por la necesidad de entregarme a la embriaguez del cansancio. Por la noche cenaba pronto y me acostaba temprano. Disfrutaba de aquel momento en su plenitud. La jornada llegaba por fin a su ocaso. Tal vez al día siguiente recibiera alguna carta. El sueño me liberaría durante unas horas. La soledad nocturna no me resultaba dolorosa. Me sentía segura en casa. *Seguridad*: me gustaba esa palabra y lo que representaba. Me gustaba su sonoridad brusca: *seguridad*. Empezaba como *sepultura*. Sustituía la palabra *felicidad*. La agradable sensación de notar que mi cuerpo entero se relajaba, de bajar la luz, de abrir un libro… En instantes así, ¡qué más me daba mi hermano!

Pasé un mes entero sin tener noticias suyas. Hay que ver la cantidad de veces que pensé que me moría del vértigo que se apoderaba de mí al encontrar el buzón vacío. Después Lucien me escribió unas cuartillas. Estaba trabajando.

> Me he visto en la necesidad material de aceptar un curro matador, pero tan estimulante… Voy a estar entre los auténticos combatientes, compartiendo la vida inhumana de

> los obreros de las fábricas. Entre bretones, argelinos, polacos exiliados o españoles, entraré en contacto con la única realidad en movimiento. Y, cuando termine la jornada en la fábrica, volveré a mis papeles, a mis cuadernos, porque, mi querida Élise, voy a dar testimonio en nombre de aquellos que no pueden hacerlo.

A continuación, venían unas cuantas preguntas de obligada cortesía sobre el estado de salud de la abuela, con una curiosa posdata:

> En la pensión donde me hospedo ha quedado una habitación libre para una temporada. Si quieres aprovechar la ocasión, avísame lo antes posible y se lo diré al encargado. Podrías vivir en París durante unas semanas mientras la abuela no está.
>
> Espero que aceptes, pues echo de menos a mi hermana.

Adiós a dormir, a comer, a trabajar. La tentación me asaltaba, las imágenes que la acompañaban me perseguían por todas partes, en mi mente bullían demasiados pensamientos: irme, vivir cerca de Lucien, París, la vida de verdad, Lucien en la fábrica. Esta última perspectiva me entristecía, pero me convencí de que si había tomado aquella decisión era, ante todo, para predicar con el ejemplo.

¿Marcharme? Pero ¿cómo? ¿Quién iría a visitar a la abuela? Lucien puntualizaba *unas semanas*. Después, ¿qué? ¿De qué iba a vivir allí? ¿Y qué pasaría con las joyas, que casi tenía desempeñadas? Abrí la ventana y me asomé a la calle. Unas mujeres se reían de los primeros pasos de un bebé torpe. De la taberna de enfrente se escapaba la voz de un borracho cantando. Unas chicas del estilo de Marie-Louise se metían con un chico. «Vivimos como animales, solo nos espabilamos para defender los intereses de nuestro gremio, de nuestro clan, ya seamos estibadores, empleados o empedradores. Ahí no hay nada que hacer. Hay que buscar más allá». En eso pensaba cuando una suave brisa se levantó desde el río. La noté en la cara y no supe interpretar las razones de la repentina dicha que sentí. Iba a marcharme. Esa misma noche, escribí a Lucien.

Aquel era un acontecimiento tan extraordinario que tardé una semana en organizar mi partida. Con un tono firme y renovado, le

notifiqué en la oficina de Puesh que estaría ausente durante dos meses. Adecenté los tres cuartos, espolvoreé los rodapiés con insecticida contra las cucarachas —que, por supuesto, no tardarían en aparecer—, lavé y planché toda la ropa que tenía. Sin embargo, no conseguí reunir el valor para anunciarle a la abuela que pronto me marcharía. Le escribiría desde París, mentiría, qué más daba, aduciría un repentino problema de salud de Lucien.

«Además, estaré de vuelta en dos meses», me dije, como una cobarde.

Me dio la risa al subir al tren. La gente se abría paso a toda velocidad por las carreteras, y yo cogía un tren por primera vez. Pero era el tren de la revancha. La vida de verdad tenía que estar a punto de empezar.

SEGUNDA PARTE

Ese hombre que se palpa los calcetines endurecidos por el sudor de
la víspera y vuelve a ponérselos,
y la camisa endurecida por la víspera
y vuelve a ponérsela,
y que por la mañana se dice que ya se lavará la cara por la noche
y, por la noche, que ya se la lavará por la mañana
porque ya no puede ni con su alma…

ROBERT DESNOS

Oía la lluvia. Caía en el recodo del canalón de zinc, justo bajo la ventana. Llevaba una semana lloviendo. Hacía veinte días que había llegado, y el encargado, al leer mi hoja de registro, se había burlado diciendo: «¡Ah!, pero si viene usted de la tierra de la lluvia». Únicamente había visto París bajo el agua, resplandeciendo mojado, con el cielo plomizo. En la habitación solo daba la luz en un perímetro acotado en torno a la ventana. La cama, cubierta con una colcha de terciopelo marrón que escondía sus pies de hierro, proyectaba su sombra sobre el ángulo izquierdo de la puerta. Dos pisos más abajo, Lucien y otros debatían sobre mi futuro. Yo esperaba. Las gotas batían el pavimento. Me acerqué a la mesita de noche y puse el tocadiscos. Lo ajusté para que la música sonara bajo. Era una canción portuguesa cuyo título me había traducido Lucien: «Cuando se levanta el viento». Me gustaba su comienzo tembloroso y sincopado. ¿Qué decisión tomarían? Me senté en la cama. La tregua tocaba a su fin. Querían recuperar su habitación, y yo no tenía ganas de dejarla. Me dejaban al margen del debate.

Acababa de escampar. Abrí la ventana y me asomé. Allí no había ni un árbol ni vegetación, nada más que rayas secas entrelazadas, entre las que se extendían nubes de humo negras o blancas. Aquel paisaje tenía un toque de desolación que me conmovía. El hostal sobresalía varios pisos por encima de las casas de alrededor. Por la noche, con la bruma y las farolas, me daba la impresión de que la habitación estaba suspendida y flotaba en un universo irreal un tanto aterrador.

Lucien giró el pomo y entró.

—Ven, Élise, que te explicamos el apaño.

—¿Tengo que dejar libre la habitación? —le pregunté cuando íbamos bajando.

—Ah, eso… sí. Pero hemos encontrado una solución.

Él iba delante. Su cuarto estaba en la segunda planta, al fondo de un pasillo oscuro. Abrió y me hizo un gesto para que lo siguiera. Dentro había dos chicos que parecían de la misma edad que mi hermano sentados o, para ser más exacta, repantigados sobre la cama, y una mujer a la que en un primer momento solo le vi la espalda.

—A ver —dijo Lucien—. Véra, aquí sentada, se quedará entonces con la habitación de Robert.

Véra asintió. Era guapa, pero no sonreía. Su ropa me pareció elegante. Me costaba creer que no tuviera habitación.

—Yo iré a dormir con Michel una temporada y tú, Élise, pasas a ocupar mi cuarto.

Tímidamente, me mostré de acuerdo. Me sentía decepcionada. La habitación, más amplia que la que yo tenía, era oscura y la ventana daba a la calle. A través de la cortina, podía leer el rótulo de enfrente: PANADERÍA DE LA BASÍLICA.

—Otra cosa —dijo Lucien—. Ando corto de pasta. Tengo que devolverte lo que me dejaste. Lo haré antes de que te marches. Pero, mientras tanto, ¿quieres ponerte a trabajar?

¿Por qué me hacía esa pregunta delante de unos extraños? ¿Cómo iba a decirle que no? Lo había hecho a propósito y midiendo bien el impacto. Le puntualicé que me marcharía en unas semanas. ¿Podía encargarse de mí hasta entonces?

—Claro que puedo. Pero he pensado que lo de trabajar podría ser una experiencia interesante para ti. Además, aquí el dinero se va volando. Aunque…

Me sentí atrapada en una espiral de tal magnitud que la única salida era dejarme llevar.

De pronto, deseé reencontrarme con el pueblo, al que ya estaba acostumbrada, con la abuela, con nuestra vida entre cuatro paredes. La gente me daba pavor, la vida me daba pavor.

En la habitación, Véra iba abriendo cada cajón haciendo caso omiso de mi presencia. Hice la maleta en menos que canta un gallo.

Tenía ganas de llorar. Miré de soslayo por el cristal. Llovía otra vez sobre el canalón; el repiqueteo se me metió dentro. Véra cogió un cenicero. Le di la mano. La suya era blanca, con florecillas rojas y oblongas en la punta de los dedos. Me los tendía separados, un gesto que me pareció gracioso.

Hacía tres días que no veía a Lucien cuando me lo encontré frente a la puerta de mi habitación.

—Te estaba esperando —dijo—. ¿Cómo estás?

Iba sin asear. Vestía un pantalón gris, el mismo de siempre, arrugado y manchado. Tenía la cazadora perdida de grasa, y los zapatos, embarrados. Pero, más que su ropa, me impactó su aspecto descuidado al ponerse cómodo para sentarse. Lucía barba de varios días y las capas de mugre se le acumulaban detrás de las orejas. Las manos, sobre todo, y las uñas, largas, se le veían sucias. Me leyó el pensamiento.

—¿Te parece que voy desastrado? Estoy tan cansado que no pienso más que en dormir. Me lavaré mañana, que es domingo. Venga, cuéntame un poco a qué te dedicas.

Le hice un resumen. Era consciente de que no había venido para interesarse por mí. ¿Me traía algo de dinero? Sus ojos, entrecerrados, me parecieron hinchados. No debía de dormir casi nada. Estaban apagados y tristes, como todo él. Hasta su voz estaba cambiando. Era más seca y grave. Hablaba con parquedad y, delante de mí, se limitaba a susurrar cosas de las que yo solamente captaba lo básico —«Gira, transporta, en marcha, espabila, de acuerdo, me piro, chao, exagera»— y algunas obscenidades que había aprendido últimamente.

Aquella tarde iba a verse obligado a tener una conversación de verdad conmigo. Tuve un mal presentimiento, pues empezó echando mano de circunloquios:

—¿Te acuerdas de Anna?

—Por supuesto.

A punto estuve de añadir alguna burla, pero me contuve a tiempo. Clavó su fría mirada en la mía. El tonillo con que había pronunciado aquel *por supuesto* lo había puesto en guardia.

—Sí, sí, claro —continué.

Y esa vez le imprimí a mi voz un tono de absoluta naturalidad.

—Va a venir Anna.

Aquello no entraba en mis previsiones, y me di cuenta de que me estaba poniendo colorada. «Es demasiado largo de explicar…». Esa era, desde hacía años, su coartada, su trinchera particular, su ridícula y suprema defensa. Y yo ya me la esperaba cada vez que surgía un amago de conversación.

—Sí, estará aquí mañana o pasado. No merece la pena entrar en detalles, es demasiado largo de explicar… Lo único es que… bueno… es por la habitación. Me parte el corazón —dijo como un hipócrita.

«¿Para qué la habré hecho venir?», debía de estar rumiando. ¡Menuda idea! Se había sentado con las piernas abiertas y los brazos colgando entre los muslos. Entre la barba, los ojos vertiginosamente vacíos, los pómulos hundidos, dos arrugas de amargura entre las cejas, la camisa sucia —«una ruina humana», como había dicho Henri en tono amistoso—; podía imaginármelo una mañana, solo, buscando a su alrededor el café hirviendo que ni siquiera era capaz de prepararse. Tenía las de perder, pero decidí presentar batalla.

—¿Tengo que marcharme? —le pregunté para acorralarlo.

Le costaba admitirlo.

—¿Cómo hacemos? —dijo habilidoso.

Jugamos al gato y al ratón durante un instante; noté que se estaba impacientando.

—¿Adónde me mandas esta vez? —dije.

No respondió. Menudo blandengue. ¿Qué había sido de los arrebatos de antaño?

—Te pagaré una habitación por días en un hostal cerca de aquí para que no te sientas muy aislada. Y luego, en mis horas libres, me pondré a buscar algo. Le preguntaré a Henri, a otros amigos… Michel sabe de una residencia no muy lejos…

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, te quedas aquí. Yo cogeré una habitación por días.

—No —dije ya calmada—. A mí me cobrarán menos que a… vosotros dos. ¿Tienes alguna referencia?

—En cualquier sitio: en el centro de París, aquí…

—Yo no sé dónde es *cualquier sitio*. ¿Llevas algo de dinero enci…?

—Sí, toma cinco mil. Y ya me quedo tieso.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

Hizo un gesto de indiferencia.

—¿No te parece que el dinero es algo realmente importante? —insistió.

—No exactamente. Pienso más bien que acabamos perdiendo de vista las cosas importantes a causa del dinero.

—Lo que viene a ser lo mismo —suspiró.

Durante unos minutos trató de mostrar interés en nuestra conversación, pero pronto me di cuenta de que hablaba sin seguir el hilo. Le brillaban los ojos, con la mirada perdida. La llegada de Anna centraba sus pensamientos.

Me moría de curiosidad, pero no le pregunté nada.

—¿Tengo que irme esta noche?

—¡Que no! —protestó—. Deja la llave abajo, en la oficina. Y listo. Mañana por la noche, te habré encontrado algo.

Al día siguiente por la mañana, hice la maleta. «Lo más justo habría sido que me dejara estar aquí. Ella está acostumbrada a los hostales. Me da la impresión de que él se deleita tratándome a empujones, obligándome a vivir fuera de mi pecera. Volveré a casa».

Anna no es más que un decorado, una construcción hábilmente armada, una mentira, una ilusión. Al desnudo, Anna se queda en un cuerpo, escuálidamente plantado, dos pechos que asoman, el cutis poco agradecido de las chicas apasionadas, unos ojos grandes y demasiado separados, unas cicatrices enormes en el cuello por culpa de la tiroides, una tremenda pereza, un orgullo que encuentra su recompensa en humillaciones espectaculares, una necesidad permanente de cama, de calor, de sueño, una indiferencia no disimulada por la comida, una melena larga coronando el conjunto. Anna es una fantasía desmesurada que se ve como no es y se construye como se ve. Para Lucien, Anna es un frágil junco. Todo es artificial: el cabello, que se riza; las cejas, que se pinta; esa cara, que modela pegando el pelo a las mejillas siguiendo una sombra calculada al dedillo; su tez falsa, sus pechos turgentes bajo el jersey. ¿Lucien se deja engañar? ¿Ama la imagen que ella le brinda o a la verdadera Anna, ese error de Dios, con sus enternecedores esfuerzos? Con él, ella puede emplear todos sus encantos. Se ha clavado a la pared de su espíritu como una singular mariposa. Y,

prisionera de su imagen, solo se muestra ante él lista para interpretar su papel. Se levanta por la noche para desarmar su cara y se levanta al alba para rehacerla.

Han dejado las maletas. Cada uno lleva en la suya las cartas del otro. Ella le escribe diciendo: «Tu tímido antílope» o «tu niña-mujer». Él le responde: «Como una liana entre mis brazos».

Pero esta mañana, cuando he ido a buscar mis cosas, me la he encontrado acostada todavía. Después de marcharse Lucien a las cinco, no había tenido necesidad de moverse. Se ha abalanzado sobre la silla para envolverse en su abrigo. He visto el hueso de su omóplato sobresalir como un ala, sus nalgas flacas y su cara triste como una playa de la que el mar se ha retirado.

Nunca sabemos qué decirnos. Me ha ofrecido un café. He aceptado, la he observado atentamente, he escrutado su vientre; me ha parecido normal y plano. Pero Anna nunca habla de sí misma. Con todo, me he percatado de que estaba incómoda y eso me ha dado gusto. Le he preguntado:

—¿En nuestra tierra hace mejor tiempo que aquí?

—Pues no lo sé…

—Perdóneme, creí que acaba de llegar de allí.

—Ah, no.

—¿Le ha costado mucho acostumbrarse a París?

«Si sigo haciéndole preguntas, se lo dirá a Lucien». Hemos hablado de París, se ha disculpado por lo de la habitación, ha dicho que Lucien ha insistido en que vaya a cenar con ellos siempre que me apetezca. ¿Tengo pensado quedarme mucho tiempo en París?

Me desconcierta y me intimida. Con Marie-Louise era sencillo. Mira por dónde, la echo de menos.

Michel me llevó a la residencia para mujeres. Una habitación con dos camas separadas por una cortina pesada. Un casillero, un colgador, un lavabo, una ventana que da a la calle. Tres mil francos al mes. Todo eso me pareció muy bien, casi un lujo. En la planta baja había una cocina grande, abierta cada mañana desde las seis, en la que podíamos tomarnos un café con leche preparado la víspera.

—Es-tu-pen-do —dijo Lucien—. Te dará para vivir un mes o así, el tiempo que te lleve conocer París.

—¿Y tú, Lucien?

—Bueno, he perdido bastantes horas esta quincena —dijo—. Voy a ir a ver a Henri; igual puede sacarme del apuro. ¿No te queda ni un pellizco de los cinco mil? Te lo devolveré el viernes… ¿Sabes lo que deberíamos hacer? Mandarle un pequeño recuerdo a la abuela. ¿Qué me dices? Una torre Eiffel, un pañuelo…

Con los ojos haciéndome chiribitas, miré a mi hermano.

—Ay, Lucien…

—Lo comprarás tú por mí y te daré el dinero en la próxima paga.

Estaba tan emocionada que me ofrecí a ayudarlo.

—Por mí, vale —dijo sin mostrar entusiasmo—. Todavía te debo algo de dinero, ¿no es cierto? En un mes, habré salido del bache. Hasta podré enviarles un pequeño giro a… allá.

—Y, mientras tanto, ¿cuánto necesitas?

—A ver, dos o tres mil.

Se los entregué.

Había recibido dos cartas de la abuela en respuesta a las mías. Se quejaba y me suplicaba que fuera a buscarla.

Una noche que fui a su casa, cuando estaba a punto de marcharme, Lucien me preguntó de pronto:

—Élise, ¿quieres trabajar conmigo?

—Pero, Lucien, ¡si me voy a marchar pronto!

—¿En serio? ¿Quieres volver?

—¿Y de qué trabajo se trata?

—Están contratando a chicas para calcular las primas, el bono; para el *control*, como decimos nosotros. Se paga a 185 francos la hora.

—No, Lucien. Tengo que regresar. ¿Has leído la carta de la abuela? Pongamos que me quedo hasta noviembre para tratar de conseguir el dinero de la vuelta. Uno no se marcha así, sin mirar atrás.

Estuvo enfurruñado conmigo el resto de la velada. Me marché a las nueve y fui caminando hasta la residencia. Bajo la suave llovizna, la propuesta de Lucien me embriagó. No irme, verlo a diario, estar —un poco— involucrada en su vida…

«Aquí empieza», me dije sin acertar a definir qué era lo que empezaba.

Al fin había comprendido que no me devolvería el dinero. Anna

no trabajaba. Se había hecho con unos libros; estudiaban juntos no sé muy bien qué: inglés, periodismo, fotografía, civilizaciones orientales; todo a un tiempo, un mezcladillo que les hacía tenerse por seres superiores.

—Como quieras. Si quieres irte…

—No me queda demasiado dinero, ya lo sabes. Bueno, de acuerdo, trabajaré aquí dos meses.

—Cuatro quincenas. Te devolveré…

—Nada. No te pido nada. Tú preocúpate por ti. ¿Crees que has progresado?

—Me he enriquecido. No económicamente, ¡ah!, eso no.

—Llevas cinco años diciendo eso. ¿Y tu salud, qué? Estás tan flaco; si la abuela te viera…

—Pero no me ve, y eso es lo mejor. No pienso regresar nunca más. Aparte de eso, aquí hacemos cosas.

—¿Te satisface pegar carteles?

—¡No te metas en eso! —gritó impaciente—. No te metas en mis cosas.

Me tendió la servilleta con un surtido de frutas.

—Toma, come y calla —me dijo bajando la voz.

—¿Estás seguro de que seré capaz de hacer ese trabajo de control?

—Lo intentas y, si ves que no puedes, pues renuncias.

—¿Mañana irás conmigo?

Estaba realmente asustada.

El trayecto era interminable. Habíamos cogido el autobús en la porte de la Chapelle y nos bajamos en la porte de Choisy.

El día se anunciaba claro y puro. Una especie de júbilo comunicativo brotaba de cada uno de los árboles del boulevard Masséna, donde los pájaros iban despertándose. Me había esforzado en el peinado y estaba satisfecha con el resultado.

—Hola, hola, hola —iba diciendo mi hermano a quienes le tendían la mano.

Nos encontrábamos ante un inmenso muro y unas inmensas puertas de hierro.

—Ponte ahí.

—Pero, Lucien, no me dejes sola.

—Dame cinco minutos.

Me apretujé contra la esquina de la puerta; los hombres y las mujeres que me pasaban por delante no repararon en mí. El sol despuntaba, no mucho más grande que una naranja, y rebasaba los tejados frente a la fábrica.

Lucien volvió acompañado de un hombre alto, robusto, recto y sonriente.

—Este es Gilles, el contramaestre.

Me dio un firme apretón de manos.

—Bueno, usted espere en algún lado a que den las ocho y preséntese aquí.

Señaló una puerta acristalada con el rótulo «Contratación».

—Diga que el señor Gilles está al tanto. Yo se lo confirmaré. Se encargarán de sus papeles, tendrá que pasar una revisión médica y la conducirán al taller 76, a la cadena —insistió—. ¿Se lo ha explicado Lucien?

—Sí, señor.

—Bueno, vale. Hasta luego.

—¿Y si no me quieren?

Se echó a reír.

—Debería decir más bien: «¿Y si yo no quiero?». La cogerán. Hasta luego.

Lucien se acercó a mí.

—No te preocupes —dijo.

—Estoy bien.

Y me sentía realmente bien. Gilles y Lucien estaban muy pendientes de mí. Tenía cuarenta y cinco minutos de espera por delante. Tomé una calle perpendicular, al azar. Esta iba a dar a un gran descampado al fondo del cual se erguían varios edificios nuevos.

A las ocho menos cuarto, regresé a la oficina de contratación. Algunos hombres, en su mayoría extranjeros, ya estaban esperando. Me observaron con curiosidad. A las ocho, un vigilante con casco abrió la puerta y la volvió a cerrar con fuerza tras él.

—¿Qué quieres? —le preguntó a uno de los hombres que estaban apoyados contra la pared.

—Vengo por la oferta de empleo.

—No hay ninguna oferta —dijo negando con la cabeza—. Nada.

—Ah, ¿no?

El hombre no se movió, escéptico.

—No estamos buscando gente —repitió el vigilante.

Los hombres movieron un poco las piernas, pero se quedaron delante de la puerta.

—Lo pone en el periódico —dijo alguien.

El vigilante se acercó y le gritó a la cara:

—¿Sabes leer, escribir, contar?

Lentamente fueron retirándose de la puerta, como a regañadientes. Uno de ellos estaba hablando, sin duda, en árabe, y la palabra *Citroën* salía con frecuencia. Luego se dispersaron y cruzaron el portón.

—¿A qué viene? —preguntó el vigilante volviéndose hacia mí.

Me miró de punta a cabo.

—Vengo a apuntarme. El señor Gilles…

—¿Es por la oferta?

—Sí —dije intimidada.

—Pase.

Y me abrió la puerta acristalada.

En el despacho, había cuatro mujeres que se dedicaban a escribir. Me hicieron varias preguntas, y les di las explicaciones correspondientes. Una de ellas hizo una llamada telefónica, me invitó a sentarme y empecé a rellenar los papeles que me tendió.

—Sabe que esto no es para las oficinas —dijo en cuanto leyó mi ficha.

—Sí, sí.

—Vale. Salga, cruce la calle, y es en la puerta de enfrente, la que tiene el letrero «Servicio social», segunda planta, chequeo médico.

Éramos cinco en la sala de espera: cuatro hombres y yo. Un gran cartel rezaba: «Prohibido fumar» y, debajo, venía la frase impresa en letras árabes. La espera duró dos horas. Al final, uno de los hombres sentados cerca de mí encendió un cigarrillo. El médico llegó seguido de una secretaria que llevaba nuestras fichas. El chequeo era rápido. El doctor preguntaba y la secretaria anotaba las respuestas. Me hizo preguntas humillantes; no insistió cuando vio que me ruborizaba y me pidió que le enseñara las piernas, dado que iba a trabajar de pie. «La placa», anunció la secretaria. Al quitarme el suéter, me despeiné, pero no había espejo para arreglarme. El médico tuvo que reprender al argelino que iba delante de mí. No

paraba de moverse delante del aparato.

—¿Cómo te llamas? Repítelo. Mira que es complicado de decir. ¿Te llamas Mohammed? —y se echó a reír—. Todos los árabes se llaman Mohammed. Venga, apto para el servicio. Siguiente. ¡Ah!, es una siguiente…

Cuando terminó, hizo un aparte conmigo.

—¿Por qué no ha solicitado empleo en las oficinas? ¿Sabe adónde va? Va a la cadena, con un buen puñado de extranjeros, muchos argelinos. No puede quedarse allí. Está demasiado cualificada para eso. Vaya a ver a la auxiliar y a ver qué puede hacer por usted.

El vigilante nos esperaba. Leyó nuestras fichas. En la mía ponía «taller 76». Subimos en un enorme montacargas hasta la segunda planta. Allí, una mujer que se dedicaba a seleccionar piezas pequeñas interrogó al vigilante.

—¿Hay muchos hoy?

—Cinco —dijo él.

Me quedé mirándola; me habría encantado que me sonriera, pero hizo como si yo fuera transparente.

—Este es su puesto —me dijo el vigilante.

Gilles venía a nuestro encuentro. Vestía bata blanca; me hizo una seña para que lo siguiera. Llegaba hasta mí un zumbido, y me eché a temblar. Gilles abrió el batiente de una pesada puerta y me cedió el paso. Me detuve y lo miré. Dijo algo, pero yo ya no lo oía: estaba en el taller 76. Las máquinas, los martillos, las herramientas, los motores de la cadena y las sierras mezclaban sus infernales estrépitos, y ese jaleo insoportable, hecho de gruñidos, silbidos, chirridos agudos que te reventaban el tímpano, me pareció inhumano hasta el extremo de que creí que se trataba de un accidente; que, dado que aquellos ruidos no iban a la par, algunos habrían de detenerse. Gilles se percató de mi asombro.

—¡Menuda batahola! —me chilló al oído.

No parecía molestarle. El taller 76 era inmenso. Avanzamos pasando por encima de carritos y cajas. Cuando llegamos ante las filas de máquinas, en las que trabajaba una gran cantidad de hombres, se desató un aullido que, coreado por todos los obreros, o eso me pareció, fue extendiéndose por el taller.

Gilles sonrió y se inclinó hacia mí.

—No tema. Es por usted. Cada vez que entra aquí una mujer, sucede lo mismo.

Bajé la cabeza y caminé, acompañada por esa especie de rugido, ese *oh*, que ahora llegaba de todas partes.

A mi derecha, una serpiente de vehículos avanzaba lentamente, pero no me atrevía a mirarla.

—Espere —gritó Gilles.

Se metió en una cabina acristalada construida en medio del taller y volvió a salir rápidamente, acompañado por un joven vestido de un modo impecable.

—El señor Bernier, su jefe de equipo.

—¡La hermana de Letellier! —chilló él.

El hombre me hizo una señal con la cabeza.

—¿Tiene una bata?

Hice un gesto negativo.

—Vaya de todas formas al vestuario. Bernier la llevará. Puede dejar allí su abrigo. La única pega es que se va a poner perdida. ¿Tampoco tiene chancletas?

Pareció contrariado.

Mientras hablábamos, los gritos habían ido apagándose. Volvieron a alzarse cuando pasé con Bernier. Me esforcé en mirar al frente.

—Tienen para tres días —me bufó Bernier.

El vigilante llevaba consigo la llave del vestuario. Estaba siempre cerrado por culpa de los robos, me explicó Bernier. Dejé a toda prisa el abrigo y el bolso. El local era oscuro, iluminado únicamente por dos tragaluces enrejados. Nadaba en olor a orina y a alcachofa.

Volvimos a entrar. Bernier me condujo al fondo mismo del taller, en la parte que daba al bulevar, con unos grandes cristales pintados de blanco que le aportaban luminosidad y rayaduras, aquí y allá, cosa de los obreros, sin duda.

—Esta es la cadena —dijo Bernier con orgullo.

Me hizo saltar por encima de una especie de banco hecho de listones de madera. Los vehículos, en cuyo interior se afanaban los hombres, iban pasando lentamente. Me di cuenta de que Bernier me estaba hablando. No lo oía, y le pedí disculpas.

—No pasa nada —dijo—: ya se acostumbrará. La única pega es

que se va a poner perdida.

Llamó a un hombre para que se acercara.

Esta es la señorita Letellier, la hermana del grandullón de allí. Te la llevas contigo al control durante dos o tres días.

—Ah, ¿sí? ¿Conque ahora son las mujeres las que van a llevar el control?

De mala gana, me hizo señas para que lo siguiera y cruzamos la cadena entre dos vehículos. Había poco espacio. Desestabilizada por el movimiento, tropecé y me agarré a él. Gruñó. Ya no era muy joven y usaba gafas.

—Vamos a remontar un poco la cadena —dijo.

Esta bajaba sinuosamente, en una suave pendiente, portando en su vientre coches bien sujetos en los que entraban y salían hombres a toda prisa. El fragor, el movimiento, el temblor de los listones de madera, las idas y venidas de los hombres, y el olor a gasolina me aturdieron y me sofocaron.

—Soy Daubat. ¿Y usted cómo era? Ah, sí, Letellier.

—¿Conoce a mi hermano?

—Por supuesto que lo conozco. Es el grandullón que está allí. Mire.

Tiró de mí hacia la izquierda y apuntó con el dedo en dirección a las máquinas.

La cadena dominaba el taller. Estábamos en la cabecera; terminaba muy lejos de allí, después de haber dado la vuelta al inmenso taller. Al otro lado del pasillo, estaban las máquinas, en las que trabajaban muchos hombres. Daubat me señaló una silueta con la cabeza cubierta por una boina, los ojos protegidos por una careta y vestida con un mono, que sujetaba con una mano envuelta en trapos una especie de pistola de pintura con la que rociaba unas piezas pequeñas. Era Lucien. Desde mi posición, medio oculta entre los automóviles que pasaban, me dediqué a escrutar a aquellos que trabajaban en aquella zona. Algunos enlucían, otros martilleaban piezas que luego colgaban de un cable para llegar al siguiente obrero. Era la parte más sucia del taller. Los hombres, vestidos con monos manchados, tenían la cara embadurnada. Lucien no me veía. Daubat me llamó, y fui a su encuentro. Me tendió una tablilla metálica con una tarjeta encima.

—Aquí tiene un lápiz. ¿Me acompaña?

Subió hacia lo alto de la cadena. Yo me pegaba a él como una sombra, pues notaba muchos ojos puestos en mí y me esforzaba por no poner los míos en nada que no fueran objetos. También me esmeraba en cruzar bien los pies sobre los listones del banco. Había que saltar y bajar. Daubat me agarró del brazo y me hizo entrar en un coche.

—Tiene que mirar aquí.

Me estaba mostrando el salpicadero, hecho de plástico.

—Si hay fallos, los anota. ¿Ve? Ahí está mal tensado, así que debe usted anotarlo. ¿Y allí? Véalo usted misma.

Estaba mirando los limpiaparabrisas.

—Ya está. Bien. ¿Y el parasol? ¡Ay!, está rasgado. Usted debe escribir: «Parasol rasgado». Pero hay que darse prisa, ¡eh!, mire dónde estamos.

Saltó del vehículo y me obligó a saltar con él. Estábamos lejos del punto en el que lo habíamos cogido.

—No vamos a poder hacer el siguiente —dijo desanimado—. Se lo diré a Gilles. Da igual. Probemos con este.

Volvimos a empezar. Iba rápido. Decía: «Ahí y ahí», «Allí, un pliegue», «Allí falta un retrovisor» o «Retrovisor mal colocado». Yo no me enteraba de nada.

Durante unos minutos, me refugié en la idea de no volver al día siguiente. No me veía subiendo y bajando de la cadena, entrando en el automóvil, mirando todo en cuestión de minutos, escribiendo, saltando, corriendo al de más allá, subiendo, saltando, mirando, escribiendo.

—¿Lo ha entendido? —preguntó Daubat.

—Un poco.

—No vale con un poco —dijo moviendo la cabeza—. No entiendo por qué ponen a mujeres a hacer esto. Pero tengo que ver a Gilles. Si la cosa sigue así, voy a perder mi prima. He dejado pasar tres vehículos.

Subimos más arriba en la cadena.

—Aquí está bien —dijo Daubat.

En el coche en el que estábamos, había cinco hombres. Uno atornillaba, otro clavaba un burlete alrededor de la puerta, los otros rellenaban el salpicadero.

—¡Qué, vais con retraso! —dijo Daubat.

Los apartó de en medio. Los hombres, por su parte, se habían detenido y me observaban.

—¿Y encima mujeres ahora? —dijo uno.

—Sí, ¿y qué más? Trabaja, que ya llevas uno de retraso.

El que había hablado, un árabe, se rio y se dirigió a los otros en su lengua.

Éramos siete en aquella carrocería, agachados sobre la chapa, pues la alfombra y los asientos no los instalaban hasta mucho más tarde.

—¿Lista para empezar? —preguntó Daubat.

—Creo que sí.

—La próxima, lo hace usted solita. Estaré detrás de usted.

Tropezándome —lo que hizo reír a uno de los chicos—, salí del vehículo y esperé al siguiente. Con mi hoja en la mano y apoyándome en la puerta para mantener el equilibrio, traté de ver. Con el brazo, le daba en la espalda a un hombre que estaba clavando. Al inclinarme hacia el salpicadero, a punto estuve de caerle encima a un obrero que se disponía a atornillar el retrovisor. Sonrió y me ayudó a ponerme de pie. Salí a toda velocidad y no vi a Daubat. Había que marcar algo. No podía poner mi hoja en blanco sobre la luna trasera —se decía *luna*, acababa de aprenderlo—. Señalé al tuntún «falta retrovisor» porque había visto a Daubat marcarlo en cada hoja. Pero, aparte de eso, ¿qué podía hacer? Sin Daubat, estaba perdida. Bajó del coche que se puso delante de mí.

—¿Qué? ¿Cómo va? Coja el otro, el de detrás —dijo.

Fue hacia el anterior y leyó mi hoja. Yo me concentré en el nuevo vehículo. Vi pliegues en el techo y marqué *pliegues*. Tenía un hombre al lado, tocándome. Le eché una mirada severa y luego me di cuenta de que me estaba pidiendo que le dejara pasar. No lo había oído.

Alguien entró en el automóvil. Me giré.

Era Gilles. Me dio unas explicaciones rápidas, pero se me escaparon muchas de sus palabras.

—Va a ser la hora —dijo.

Menuda liberación sería no volver por la tarde.

Los hombres ya estaban parando de trabajar y limpiándose las manos. Me preguntaba adónde podía ir yo durante esa hora. Cuando sonó la sirena, todos los obreros se precipitaron a la carrera

hacia la salida. Daubat iba conmigo cuando Lucien vino a mi encuentro.

—¿Te vas apañando?

Miré a Daubat, que aprovechó para emitir su valoración.

—Está empezando. Le costará acostumbrarse. Además, con los moros no es fácil. Si señala los errores en su trabajo, le montan un cristo. Pero me tiene a mí. En caso de que alguno la moleste, avíseme. Es que este no es trabajo para una mujer y punto. Ya se lo dije a Gilles.

—Sí —apuntó Lucien con la mente en otra parte—. ¿Dónde comes?

—No sé. ¿Tú?

—En el comedor. ¿Quieres tiques? Puedo prestarte alguno.

—Déjame coger el abrigo.

—Como quieras, pero espabila. Te espero.

Entré en el vestuario, en el que unas cuantas mujeres parloteaban mientras comían sentadas en los bancos. Me miraron de arriba abajo. Las saludé y volví a salir.

Lucien no abría la boca. Yo, tampoco. «Es pesado, estoy cansada…». Sonaba a guasa. ¿Acaso tenía algún significado?

El aire del exterior me despertó un ansia más acuciante que el hambre.

—Perdona, pero prefiero pasear —le dije a Lucien—. Hace un día estupendo.

—¡Menudo sol! —dijo—. Me apunto. Decidido: vamos a dar un paseo.

Cruzamos hacia la solana. Pasaban obreros con botellas y panes.

—Esos comen en la fábrica. Sobre todo, los argelinos, por culpa de la carne de cerdo que sirven en el comedor.

Giró en el bulevar en dirección a la porte d'Italie.

Encontramos un banco y nos sentamos codo a codo. El sol nos daba en la espalda. Me temblaban las piernas, y eso que solo había trabajado dos horas. Después de la pausa tenía por delante cuatro horas y media. Lucien se había apoltronado, con las piernas estiradas hacia delante, los brazos en cruz sobre el respaldo y la cabeza echada hacia atrás.

—Ahora en serio —dijo en voz baja—, ¿crees que lo resistirás?

—Lo resistiré, sí.

Al sol y en pleno descanso, era fácil asegurarlo.

—¿No tuviste miedo cuando los tipos se pusieron a gritar esta mañana?

—No, miedo, no —mentí—. ¿Por qué hacen eso?

Se enderezó y replegó las piernas.

—Trabajando de esta manera, uno vuelve a un estado salvaje. Ganado que detecta una hembra. Gritan. Es la expresión animal de su placer. No son malos: solo un poco empalagosos con las mujeres porque estas escasean.

—De todos modos, me espanta lo que he visto.

—¿Y qué es lo que has visto? No has visto nada de nada. Si aguantas, si te quedas, descubrirás otras historias.

—¿Qué me dices de ti, Lucien? ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—Uf —dijo—, no tengo ni idea. Tenía que pasar por esto, verlo. Pero, a veces, temo darme por vencido. No soy capaz de comer: la pintura me intoxica. Y los que tengo a mi alrededor, menuda decepción…

—¿Y Henri?

—¿Qué pasa con Henri? No paras de hablarme de él. ¿Qué quieres que haga? Cuando apruebe sus exámenes, conseguirá un puesto estupendo, punto redondo.

—¿No ha podido echarte una mano?

—Ese es el problema —dijo irritado.

No insistí.

—Ven, que, a fin de cuentas, algo tendremos que comer.

Fuimos hacia la porte d'Italie.

Al pasar por nuestro lado, algunos obreros le guiñaban el ojo a Lucien.

—¡Parece que estamos en verano!

—Ay, sí, tengo sed —dije.

Nos quedamos en la terraza de un café. Lucien vestía su mono grasiento, y a mí no me había dado tiempo a lavarme las manos. Qué más daba… Era nuestro descanso; había que recobrar fuerzas.

Mi hermano pidió un bocadillo y lo compartimos. Bebió dos medias pintas de cerveza. El sol nos acariciaba. El aire fresco nos

purificaba los pulmones. La alegría de vivir parecía flotar en aquel cielo de otoño puro y claro.

—Mira, la vida del obrero empieza en el instante en que termina el trabajo. Y, como algo hay que dormir en condiciones, tampoco quedan muchas horas para vivir.

Se puso en pie y se estiró.

—Bah, olvídalo —dijo con desgana—. No merece la pena emperrarse. ¿Qué vas a sacar de esto?

Le pregunté una vez más por qué no lo dejaba.

—¿Y de qué vivo? ¿Qué otra cosa quieres que haga? Si no fuera un cabronazo, debería mandarles algo de dinero… Y seguir aquí.

Aquella conversación me había sumido en una enorme tristeza. Desanimada, me encaminé hacia el taller de nuevo.

Delante de la entrada de la fábrica, donde algunos hombres esperaban la señal sentados en el suelo o apoyados de pie contra la pared, me cayeron silbidos y gritos reclamando mi atención. En el taller conseguí pasar desapercibida. La sirena no había sonado todavía y los trabajadores, dispersos aquí y allá, estaban fumando. Avancé entre las cajas, las columnas y los coches. Me perdí y me encontré ante un grupo de tres tipos en plena discusión. Daubat me reconoció y me llamó:

—Aquí está mi querida alumna —les dijo a los otros—. Venga a ver esto.

Me puso la mano en el hombro.

—Es la hermana del moreno grandullón, Lucien.

Los tres eran más o menos de la misma edad. Sus monos estaban cuidados, remendados, casi limpios.

Daubat me los presentó:

—Este es nuestro ajustador.

Él apartó la colilla y escupió una hebra de tabaco.

—El mismo que viste y calza.

—Y ese es el único profesional del taller.

Era más gordo que los otros dos y dejaba ver dos bolas azules de picapica en el interior de sus carnosas mejillas.

—Somos los tres únicos franceses de este sector —me confesó—. Figúrese usted. ¡No hay más que extranjeros! Ar-ge-li-nos. Marroquíes, españoles, yugoslavos.

—A su hermano le gustan —dijo el ajustador con un deje

amargo.

—A Lucien le gusta todo el mundo.

—Pues se equivoca. Le va a traer un disgusto. No se puede trabajar con esa gente. En fin, que, si le molestan, aquí nos tiene.

—¿Y Gilles? —dijo el gordo.

—Gilles no lo tiene claro.

Daubat me trataba con una amabilidad que contrastaba con su mal humor de la mañana.

—Tenemos que apoyarnos entre nosotros.

Y le dio una palmada en el hombro al ajustador.

—Ya va a sonar —dijo este.

Volví a mi puesto bordeando los automóviles, en los que dormían algunos obreros. Unos cuantos se habían tumbado en el suelo, sobre una cama de periódicos extendidos.

—Mire eso —dijo Daubat.

Me señalaba un cuerpo ovillado como un gato y acostado sobre una pila de lana de vidrio. Me había rozado con ella por la mañana, por eso sabía que su contacto provocaba unas rascaduras insoportables.

—¿Le parece que eso sean hombres? Si tienen callo en lugar de piel…

La sirena sobresaltó a todo el mundo. Los que dormían se desperezaron lentamente.

Recogí mi tablilla, el lápiz y la hoja, y empecé de nuevo. Gilles llegó y me dijo que revisaría tres vehículos conmigo para enseñarme cómo había que hacerlo.

Lo escuché con atención. Iba rápido, descubría el defecto o el despiste de un simple vistazo.

—Mire.

Yo asentía otra vez. Empezaba a entenderlo, pero me habría gustado que me explicara lo que ocurría antes de que el coche llegara hasta mí.

—Señorita Letellier, intentaré hacerlo algún día, o eso espero. Pero, verá, aquí tampoco es fácil ponerse a dar explicaciones. Si me paro, los automóvil van pasando y toda la cadena lleva retraso.

—¿Qué, el *jefe* le ha estado explicando? —vino a preguntarme Daubat en cuanto aquel se marchó.

—Sí, es portentoso. Detecta el defecto al instante.

—Es normal, a ver; en un jefe…

Su cara mostraba una expresión irónica.

—Rápido —dijo—, no tenemos tiempo.

Lo había contrariado. No recuperó la sonrisa hasta que el ajustador, al pasar, le gritó algo sobre su alumna. Eso le confería importancia.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las tres. ¿Está cansada?

—No, no. Estoy bien.

—¡Fíjese en esto!

Daubat tiró de mí hacia el vehículo y me señaló los parasoles. Por encima de la bisagra, la tela, demasiado tensa, había reventado.

—Van demasiado rápido. Por adelantar, hacen diez vehículos por fila a la buena de Dios para luego sentarse e ir a fumar un pitillo en los aseos. Sobre todo, aquel de allí.

Me señaló la espalda curvada de un hombre que estaba de cuclillas delante de las ventanillas.

—¡Eh!, tú, ven a echarle un vistazo a lo que has hecho.

La espalda no se movió.

—Anote, anote —me dijo Daubat—. A la mierda su prima. De todos modos, no suelen quedarse mucho. Antaño, esto lo hacían profesionales; tres automóviles por hora. Ahora, siete. Escriba: «Color luna trasera no conforme».

Me habría gustado parar, pedir permiso para respirar un poco. Con las piernas rígidas como troncos, las articulaciones oxidadas, me costaba más agacharme. Y, cuando saltaba dentro de un coche detrás de Daubat, me apresuraba a acuclillarme durante unos segundos. Se dio cuenta de que me costaba seguirlo.

—Descanse. Luego ya me toma usted el relevo y voy yo a fumarme un pitillo.

No había nada pensado para sentarse. Me escurrí entre dos pequeños bidones de gasolina. Allí no entorpecía a nadie. El cansancio me desconectaba de los demás y de lo que sucedía a mi alrededor. Los motores de la cadena gruñían en un compás cuaternario, como una pieza musical. El más agudo era el tercero. Se metía por las sienes como una aguja y ascendía hasta el cerebro, donde explotaba. Y sus estallidos le caían a uno como bombas de racimo sobre las pestañas y por detrás, sobre la nuca.

—¿Señorita? Su turno.

Daubat me tendió su tablilla.

—Vaya haciendo, que ahora vuelvo. Cuidado con los parasoles.

Saltar, pasar por encima, agacharme, mirar a derecha, a izquierda, detrás, por encima, detectar de un solo vistazo lo que no está como debería, examinar con atención los bordes, los ángulos, los huecos, pasar la mano por los burletes de las puertas, escribir, dejar la hoja, pasar por encima, bajar, correr, saltar, pasar por encima, acuclillarme en el siguiente vehículo, empezar de nuevo siete veces por hora.

Dejé pasar un montón de automóviles. Daubat me dijo que no tenía importancia, ya que él estaría conmigo durante dos o tres días. Gilles se lo había confirmado.

—Luego me pondrán en la zona de producción.

En su muñeca veía las agujas de su enorme reloj. Todavía faltaba una hora y media…

Cuando quedaba menos de una hora de trabajo, recobré las fuerzas y revisé muy bien dos vehículos seguidos. Pero el ímpetu se me pasó a la tercera. En el último cuarto de hora, ya no conseguía articular las palabras para señalarle a Daubat lo que me parecía que no estaba como era debido. Unos cuantos obreros se limpiaban las manos en el bidón de gasolina que había allí.

—Esos siempre paran antes de la hora —me dijo Daubat.

Me dieron envidia.

Nosotros seguimos revisando hasta el final, y, cuando sonó la sirena, Daubat colocó sin prisa nuestras tablillas en un casillero cerca de la ventana.

Me invadió una intensa felicidad. Se había acabado. Me puse a hacerle preguntas a Daubat sin siquiera prestar atención a lo que me respondía. Lo que más deseaba era salir del taller con él, pues me daba miedo cruzar sola por en medio de todos los hombres.

En el vestuario, las mujeres ya estaban listas. Hablaban a voces. Contenta por marcharme, me deshice en sonrisas con ellas.

A las seis todavía es de día, pero las farolas de los bulevares están ya encendidas. Avanzo a paso lento, inspirando profundamente el aire de la calle como si quisiera descubrir en él un vago olor a mar. Llegaré a casa, me tumbaré, deslizaré la almohada bajo los tobillos. Me acostaré… Compraré cualquier cosa:

fruta, pan, el periódico. Ya hay treinta personas delante de mí esperando el mismo autobús. Pasan unos cuantos sin hacer parada; otros cargan a un par de viajeros antes de arrancar. Cuando llegue a la marquesina, podré apoyar la espalda; será menos cansado. En la plataforma del autobús, encajada entre hombres, lo único que veo son chaquetas, hombros; me dejo llevar un poco contra sus espaldas mullidas. Las sacudidas del autobús me hacen pensar en la cadena. Avanzamos a su ritmo. Me duelen las piernas, la espalda, la cabeza. Mi cuerpo se ha convertido en algo inmenso: mi cabeza es enorme, mis piernas, desmesuradas; y mi cerebro, minúsculo. Dos pisos más y estaré en la cama. Me desvisto. Qué gusto. Siempre le he dicho a Lucien que asearse relaja, tonifica, purifica el alma. Sin embargo, esta noche cedo a mi deseo más acuciante: acostarme. Ya me lavaré luego. Al estirarme, me duelen menos las piernas. Las miro y noto bajo la piel pequeñas contracciones nerviosas. Dejo a un lado el periódico y me miro los pies, sus talones negros, que me recuerdan al rodamiento de la cadena. Me los lavaré mañana. Esta noche, me siento demasiado dolorida. Y tengo sueño.

Después, me despierto; la luz está encendida, estoy encima de la cama; a mi lado, hay tiradas dos mondas de plátano. Ya no volveré a conciliar el sueño. En mi duermevela, soñaré que estoy en la cadena; oiré el fragor de los motores, sentiré en las piernas el temblor del cansancio, imaginaré que trastabillo, que patino y me levantaré sobresaltada.

El quiosquero todavía estaba montando el puesto cuando compré el periódico. Estaba colgando un quinqué del toldo que hacía las veces de techo. El Frente de Liberación Nacional y sus recaudadores ocupaban cuatro columnas. Cada día detenían a alguno. Reaparecían. Se pedían medidas excepcionales. A mi alrededor, en el autobús, había un montón de argelinos. ¿Acaso eran del FLN? ¿Se dedicaban a matar por las noches?

Me gustaba que el trayecto fuera largo. A veces había paisajes bonitos: atisbos del bois de Vincennes, ventanas iluminadas que daban a los árboles y tras las que me imaginaba aromas a café y a jabones perfumados. Por el camino acababa espabilándome del todo.

Llegaba de las primeras al vestuario. Las otras mujeres aún no me hablaban. Y, sin embargo, una chica que había empezado después

de mí ya había conseguido colarse en su círculo.
Había traído una bata vieja, bastante larga y amplia, que me protegía de las manchas y del polvo.

Era mi cuarto día, y empezaba a ver más allá de mí y de mi cansancio. Iba descubriendo que los brazos y los pies que se movían a mi alrededor pertenecían a hombres, y que esos hombres también tenían rostro.

Llegué al pasillo temprano para evitar el *guau* de los hombres, y vi a un chico que estaba preparando una pancarta. Cuando terminó, la puso sobre los burletes colgados de un gancho (los *snapons*, como dicen aquí).

Al pasar, leí: PROIVIO TUCAR.

Sonó la sirena. Faltaban muchos obreros. El nauseabundo olor de los motores calentándose se mezclaba con el de la gasolina. Tocaba contener las arcadas y desentumecer las piernas. El chico de la pancarta cargó algunos *snapons* al hombro y saltó dentro de un coche. Los colocaba en las dos puertas delanteras. Era menudo, bajito, con un rostro aceitunado en el que destacaban los ojos negros y redondos de un animal curioso. Me miró con frialdad. Le di los buenos días sin pensar. Paró de clavetear.

—¿Así que hoy saluda? ¿Y ayer por qué no?

Sorprendida, no dije nada. Nunca se me había ocurrido decir un *hola* o un *adiós*. Se encogió de hombros. No era guapo. Quise justificarme.

—Perdone.

Pero ya había terminado y corría hacia el siguiente vehículo. Entraron otros, clavaron, atornillaron, salieron. Ninguno me saludó.

Daubat vino a mi encuentro.

—Hoy sola ¿le parece? Irá bien. Vendré a verla dentro de nada.

Era amable conmigo. Yo le gustaba: era seria, no me reía con los hombres, me quedaba al margen.

Cuando salió del automóvil, el chico que clavaba escupió hacia un lado con un gesto de desprecio. Me di cuenta al instante de que había podido interpretar mi silencio como un deje racista y me acerqué a él.

—Perdóneme —dije.

Se volvió hacia mí.

—¿El qué? ¿Qué pasa, señora? —preguntó con impaciencia.

Alzando la voz, dije:

—Perdóneme, no me atrevía a saludar.

—¿No conoce las normas de educación? —dijo inclinándose hacia mí—. Entonces, ¿por qué saluda a los jefes?

—Perdóneme —repetí por tercera vez.

Paró de clavar.

—Disculpe, señora —dijo con todo el ceremonial—, ¿le importaría dejarme pasar, por favor?

Notaba su hostilidad, cosa que me disgustaba. Se dirigió a los *snapons* colgados donde todavía estaba la pancarta y llamó a voces a un hombre, que se acercó. Me habría gustado seguir la escena, pero el coche me arrastraba; tenía que bajarme y coger el siguiente.

Volví a encontrarme con él más tarde y le dediqué una sonrisa.

—¿Por qué se cachondea de mí? —preguntó furioso.

Me di la vuelta y me propuse evitarlo.

Nos observamos durante toda la mañana, y me esforcé por no dejar traslucir ante él mi cansancio y el pánico que sentía si no conseguía ver defectos en los coches.

Despachó la faena a las doce y veinte del mediodía, colocó sus herramientas, se limpió las manos con gasolina y esperó a la sirena.

A y media, corrió hacia la puerta y lo perdí de vista.

Yo no comía en el comedor. Lucien me había dicho: «No te va a gustar; son todos hombres. En mi mesa no hay sitio».

Me llevaba mi comida, que almorzaba en el vestuario, y luego daba un paseo corto por los alrededores de la fábrica. Estaba muy sola, y eso hacía mella en mí. A las dos menos cuarto, volvía y regresaba al taller y a mi puesto, teniendo cuidado de no molestar a los que dormían.

Cerca de los bidones de gasolina había una piedra que sobresalía y que yo había descubierto con gran regocijo. Allí era donde descansaba y conseguía pasar desapercibida.

Mi enemigo matutino me encontró sentada en ella. Se me acercó.

—¿Usted es la hermana de Lucien?

—Pues sí.

—Pensaba que era su mujer. ¿Por qué lleva una bata tan larga? —continuó, inquisitivo—. Las otras mujeres no van así.

Lo miré estupefacta. Ya se había largado. Todos iban ocupando

sus puestos. La cadena estaba a punto de ponerse en marcha. Cada vez que se reiniciaba el trabajo, yo me preguntaba: «¿Lo resistiré?». No habían previsto un tiempo de descanso ni para las necesidades naturales más básicas. Los hombres tenían sus mañas para tomarse un respiro, pero yo todavía no era capaz. Venía un coche, y luego otro, y otro…

El chico de los *snapons* me abordó de nuevo. Se había sentado en el borde de la puerta y, cuando el vehículo llegó a mi altura, se escurrió hacia mí y me dijo:

—¿Por qué no para un poco?

Siempre con el mismo tono enfadado y sin esperar respuesta por mi parte.

De cuando en cuando, Daubat daba un salto hasta mí. Me había convertido en su protegida, en su pupila.

—Me encantaría ver cómo se fabrica un automóvil —le dije—. ¿Por qué no llevan a los nuevos de visita a cada taller para que se hagan una idea?

—Ojo, ha pasado por alto un pliegue aquí. ¿Quiere saber por qué?

—Sí, ¿por qué? No entendemos nada del trabajo que hacemos. Si viéramos por dónde pasa un vehículo, de dónde viene, adónde va, podríamos mostrar más interés, tomar conciencia del sentido de nuestros esfuerzos.

Dio un paso atrás, sacó las gafas, las limpió y volvió a ponérselas.

—Y la producción, ¿qué? ¿No ve que si le hiciéramos una ronda a los nuevos por la fábrica…? ¡No me diga que esas no son ideas de su hermano! —dijo riendo—. Ojo al coche.

Saltó al pasillo.

Ojo, ojo: todos tenían esa palabra en la boca de la mañana a la tarde.

—¿Dónde trabajaba antes?

Era el colocador de los *snapons*. Inclinaba la cabeza hacia el hombro en el que cargaba los burletes.

—Vivía en una ciudad de provincias.

Se giró para seguir clavando.

—¿Por qué ha colocado esa pancarta sobre sus burletes?

—¿Cómo?

Le repetí la pregunta.

—Para que nadie los toque. Voy adelantando trabajo. Con las puntas hacia adentro, mire.

Me los enseñó. Entonces por fin pude interpretar lo que había escrito: PROIVIO TUCAR.

Me invadió una oleada de simpatía por él.

—¿Cómo se llama?

—¿Por qué? —dijo sorprendido.

Y saltó.

Lo encontré de nuevo en el automóvil de más allá. Golpeaba con fuerza y se apeó cuando llegué. Me estaba esperando en el tercero y me dijo:

—Me llamo Mustafa. ¿Y usted?

—Élise.

—¿Élise? ¿Es francés?

A las cinco, cuando se encendieron los focos grandes, me quedé totalmente sin fuerzas. Una especie de peligroso entumecimiento boicoteaba cualquier intento de pensar. Una idea dominante, fija, obsesiva, me nublaba: sentarme, estirarme. Después de cuatro días, en cuanto llegaba a mi habitación tras nueve horas de cadena, una hora de autobús, diez horas de pie, me tiraba en la cama y hasta el esfuerzo de asearme se me hacía cuesta arriba. Había empezado a descuidar mis zapatos. Ya no los limpiaba. Al principio, sentía asco de mí misma. Pero, sin darme cuenta, fui acostumbrándome. Hojeaba los periódicos sin leerlos. Una noche, sin embargo, me pasé una hora y media acortando la bata y confeccionando un cinturón con el dobladillo que había sobrado. Esperaba que mi cuerpo se habituara al cansancio, y el cansancio se acumulaba en mi cuerpo.

Aquella tarde Lucien había venido a decirme antes de la salida: «Pásate por casa, ven a cenar con nosotros».

Anna me abrió la puerta. Estaba guapa. Debía de haberse pasado la tarde preparando la puesta en escena. Tumbado en la cama, Lucien se incorporó:

—Y aquí tenemos a la camarada Élise, obrera de choque en las fábricas…

—Cállate, Lucien, o me largo.

—No te enfades —dijo él.

Se desperezó, saltó de la cama y se acercó a mí.

—Fuera de broma, ¿cómo te va?

Charlamos del trabajo y, por primera vez, se interesó por lo que yo decía. Anna se había sentado en la cama y nos escuchaba. Le hablé a Lucien de Mustafa. Lo conocía, había trabajado con él en la cadena. Mustafa tenía diecinueve años, me dijo. Era el más joven de la cadena. El más tremendo, también.

—Llaman a la puerta —dijo Anna.

Lucien fue a abrir. Era Henri.

—No hay quien te vea el pelo —le dijo a Lucien a modo de saludo—. Dos meses sin dar señales de vida. Élise, ¡está usted aquí! Ni me había enterado. Buenas tardes. Hola, Anna. Y tú, ¿no puedes escribir, pasarte?

—No, amigo —dijo Lucien con toda la calma—, trabajo: ya no tengo tiempo.

—Bueno…

Se quitó el impermeable y lo dejó encima de la cama. Todos nos sentíamos un tanto incómodos. Todos… menos él. Empezó a hablar con mi hermano sobre libros, conferencias, teatro.

—¿Y tú a qué te dedicas?

Lucien le relató con orgullo sus actividades nocturnas, la cantidad de carteles que pegaba, los eslóganes que pintaba en las paredes. Henri guardaba silencio.

—Ajá —dijo después de un momento—. Estás satisfecho. No has encontrado mejor manera de canalizar todo tu empeño, tus ideas generosas, tu potencial, que pegando carteles. Llevo un rato escuchándote. Para ti, esto es un deporte, como jugar al escondite con la pasma. ¿De qué sirve pintarrajear paredes?

—Seguramente de menos que escribir libros, representar obras prohibidas u organizar conferencias. Pero ¿qué quieres que te diga?, ese rollo no me va. A mí lo que me queda es el trabajo sucio. Luego, cuando termine la guerra, se acordarán de vosotros, mientras que los que pegamos carteles…

—Entonces vete a dormir por las noches en lugar de recorrerte las calles con un bote de cola en la mano. ¡Estás en los huesos!

Lucien se puso pálido. Henri le había dado donde le dolía.

—Te has vuelto un obrerista; ya te lo he dicho: así no hay manera de hablar —remató Henri, y se giró hacia mí—: ¿Y qué tal París, Élise?

Cruzamos algunas banalidades. ¿Dónde habían quedado las veladas en nuestra casa con el olor a sopa y a salsa de ajo, los gritos de la calle y del patio? ¿Qué era lo que lo había puesto todo patas arriba? Anna sustituía a Marie-Louise, yo seguía ocupando mi lugar. Pero la época de los sueños había terminado. Estábamos en la vida, «en plena partida», como decía Henri. Habíamos subido al escenario. A pesar de todo, mi hermano esbozó una sonrisa. Henri y él se marcharon juntos como antaño, pero me dio la impresión de que continuarían discutiendo fuera.

—¿Qué piensa de Henri? —le pregunté a Anna.

—Muchas cosas contradictorias.

El pelo le tapaba la mitad de la cara. Envidiaba su capacidad para saber ponerse guapa.

—Ah —suspiré—, voy a acostarme. Ya son las diez; no me quedan muchas horas por delante. ¿Cómo consigue resistir Lucien?

Me sonrió. Me exasperaba ese empeño suyo por esquivar las conversaciones. «Escurridiza, maliciosa, mentirosa: falsa, falsa». Me la imaginaba en la cadena con su larga cabellera. ¿Le resultaría atractiva a Mustafa? Yo también tenía el pelo largo. Me habría gustado que Mustafa lo supiera, aquel monito enclenque, maleducado, que me había preguntado: «¿Por qué lleva la bata tan larga?».

Divisar el horizonte entre las cabezas y los cuellos levantados, a través de los cristales del autobús, observar la niebla disipándose. Me venían a la mente algunas lecturas escolares que trataban sobre la niebla. La melancolía. Me imaginaba una cabeza ladeada apoyada en una mano.

Disponía de cincuenta minutos de irrealidad. Durante cincuenta minutos, me encerraba a solas con frases, palabras, imágenes. Un jirón de niebla, una rasgadura en el cielo las desenterraba de mi memoria. Durante cincuenta minutos, conseguía evadirme. La vida de verdad, hermano, ¡ay, esa te la tengo guardada! Cincuenta minutos de calma que no eran más que un sueño. El mortal despertar: la porte de Choisy. Aquel olor a fábrica antes incluso de entrar en ella. Tres minutos de vestuario y horas de cadena. *Cadena*: qué palabra tan acertada… Atados a nuestros puestos. Sin ver ni entender. Y dependiendo los unos de los otros. Pero la fraternidad… queda para luego. Sueño con el otoño, la caza, los perros rabiosos. Lucien, cuando me veía en ese estado, me llamaba *noveladora*. La diferencia está en que él tiene a Anna; entre la grasa y el aceite quemado, la pintura al alquitrán y el sudor fétido, se cuela la esperanza hecha amor, hecha carne…

Antes, meses atrás, yo tenía a Dios. Aquí he de buscarlo: eso significa que lo he perdido. Acercarme a la gente me ha alejado de él. Un gran fuego invisible. Cuántas personas nuevas han entrado en mi burbuja y en qué poco tiempo; el fuego ha estallado en mil lenguas y a mí me ha dado por querer a la gente.

Mustafa silbaba. Temía que no se fijara en mi bata acortada y, sobre todo, en mi pelo. Lo llevaba simplemente recogido a la altura de la nuca con el cinturón a cuadros de la bata. Mustafa estaba en su mundo. Trabajaba rápido, demasiado rápido; yo ya había anotado tres burletes mal colocados.

Estaba examinando una luna trasera cuando alguien entró en el coche. Mustafa pegó un grito de alegría y dejó el martillo. Un hombre, del que solo vi la espalda, se agachó a su lado. Se abrazaron. Mustafa reía, aplaudía. El vehículo los arrastró mientras parloteaban.

¿Qué podía hacer? ¿Se suponía que debía recordarle el trabajo

que tenía pendiente? ¿O debía anotar: «Falta un *snapon*, falta…»?

Me dirigí hacia uno de los obreros que, más arriba, colocaba los salpicaderos. Le toqué el brazo. Se giró y me sonrió.

—Avise a su compañero —dije—. Se ha saltado cuatro automóviles. No me gustaría que tuviera problemas.

Se encogió de hombros.

—Déjelo. Es un holgazán.

Uno que trabajaba a su lado se había echado hacia delante para escuchar.

—¿Quién? —le gritó al otro, que le respondió en árabe señalando a Mustafa.

Dejó su herramienta y corrió hacia el vehículo.

Volví a mi puesto. Poco a poco, los músculos iban acostumbrándose. Pero por la noche seguía soñando con cadenas gigantescas que tenía que escalar.

Mustafa me llamó a gritos:

—¿Qué pasa?

—Quería ponerle sobre aviso —dije—. Se ha saltado cuatro coches.

—Eso no es asunto suyo.

Estaba molesto, y me hizo el gesto de escribir.

—Usted marque y listo.

El hombre lo había seguido. Me di la vuelta, pero noté que hablaban de mí y no me atreví a moverme.

Se apartaron de la puerta. Me apeé y me quedé parada durante unos segundos. Me entró una sed repentina. La sucesión de emociones, la timidez, las burlas de Mustafa cristalizaron en aquella imperiosa necesidad. Quedaban alrededor de tres horas antes de la pausa. Fui a apoyarme en la pared. Mustafa pasaba por ahí justo en ese instante. Con sus burletes alrededor del cuello, parecía un encantador de serpientes. Lo acompañaba todavía aquel hombre. De perfil, era enjuto y, al hablar, las mejillas se le hundían bajo los pómulos. Sus espesas cejas escondían el alargado fuego negro de su mirada. Sonreía y le apoyaba una mano en el hombro a Mustafa.

Tenía que salir. No me encontraba bien. El olor a gasolina levantaba a mi alrededor una especie de volutas de humo que ascendían hasta mi boca. Había dejado pasar varios automóviles. ¿Cómo podía salir? Pensé en Daubat. Estaba en algún punto en lo

alto de la cadena. Recorriendo el pasillo, lo localicé; estaba tensando el plástico ayudado por dos chicos. Me vio y se sorprendió.

—Me encuentro mal —dije—. ¿Puede sustituirme un momento?

Me escudriñó con los ojos como platos.

—¿Ha dejado los coches?

—Me encuentro mal.

—¡Uy, uy, uy, uy!

Me daba la impresión de que era el centro de todas las miradas. Me entró miedo. Ponerse enferma no era tan sencillo. No entraba dentro de lo previsto. Me habría gustado regresar a mi puesto. Ser un engranaje que nunca se desmonta infundía una sensación de seguridad, pero atragantárseles, convertirse en un estómago sensible, en un dolor de cabeza…

—Querida —dijo Daubat apretándome el brazo—, salga. Parece un cadáver. ¡Ay, las mujeres en la cadena! Al pasar, avise al jefe de equipo. Pondrá a alguien. Yo, ya ve, no puedo moverme. Esto va demasiado rápido. Said —llamó—, llévala con Bernier.

Bernier estaba sentado en un taburete alto delante de un escritorio que le llegaba hasta casi el mentón. Vestido con una bata que le quedaba larga y las mangas remangadas, transmitía fragilidad. Su rostro de nariz respingona, ojillos redondos y hundidos era alegre por naturaleza. Siempre daba la impresión de estar contento. A veces pegaba voces para recordarles el puesto que ocupaba a unos hombres que apenas lo respetaban. Pero sus gritos eran como ladridos: no intimidaban a nadie. Sin embargo, se echaba a temblar en cuanto Gilles se dirigía a él.

—Vale —dijo en cuanto terminé de explicarle—. Vale, vale.

Estaba intentado dar con una solución.

—Sí, bien. Le daré un pase de salida para la enfermería. Aquí tiene. ¿Tendrá suficiente con un cuarto de hora? Son las ocho y cincuenta, hasta las nueve y quince. Iré a sustituirla yo mismo —añadió con un deje de tristeza.

Dejó su portaplumas. Estaba montando unos carteles en letra gótica: FRENOS — LANA DE VIDRIO — RIELES N.º 2.

—Por favor, ¿dónde está la enfermería?

—Al otro lado de la calle. Pero…

Bajó del taburete y eligió un lápiz con cuidado.

—Pero no hace falta que salga, vaya por el paso subterráneo.

Yo no conocía el paso subterráneo.

—Ya se las apañará abajo —dijo irritado.

El amigo de Mustafa se acercó en ese momento a la mesa.

—Hola, Rezki —le gritó Bernier—. ¿Así que has vuelto?

—Sí, voy a llevar los papeles para el reconocimiento médico.

—Hala, pues acompáñala a la enfermería —se apresuró a decir Bernier.

Cogí el pase que me tendía y seguí al hombre llamado Rezki. Al aproximarnos a la puerta, nos recibió un vocerío.

«Uh, uh», aullaban los hombres. El que me acompañaba se detuvo y se acercó a ellos. Eran una decena: africanos, negros y argelinos que nos abucheaban armando escándalo. Avancé unos cuantos pasos y me situé a la altura de mi guía. Les gritó algo en su idioma y me empujó hacia la puerta. En cuanto esta nos separó del alboroto del taller, me dijo en voz baja: «Perdónelos». Luego añadió, como Lucien:

—La fábrica produce salvajes.

Después de eso no volvió a dirigirme la palabra y pareció olvidarse de mí. Lo seguí por el subterráneo que unía las dos zonas de la fábrica.

—¿Cuánto hace que está aquí? —preguntó cuando volvimos a salir al aire libre.

—Nueve días.

Me señaló la escalera que conducía a la enfermería y continuó su camino hacia los despachos.

Era un cuarto pequeño, claro y bien caldeado. Había una mujer mayor con bata blanca plantada delante de una estufa de gas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No me encuentro bien, siento náuseas.

—¿Está embarazada?

Respondí que no, indignada.

—Siéntese.

Me tomó el pulso con delicadeza y, cuando acabó, se acercó de nuevo a la estufa. Levantó el hervidor, eligió un vaso de encima de un estante y lo dejó sobre la mesa, delante de mí. Vi que llevaba unas pantuflas con ribetes de piel.

—Aquí tiene, querida. Ahora, beba con calma.

Era una tisana. Paladeé aquel instante. Alguien se estaba ocupando de mí, me preparaba una tisana. La enfermería templada, soleada, con sus objetos humanos —el hervidor, las espirales de vapor, un fregadero alicatado de blanco, unos vasos— me hizo aborrecer el mundo desproporcionado de la fábrica, la cadena, las columnas metálicas y el olor a gasolina caliente. «No pienso quedarme. Cinco días más, cobro y me largo».

La mujer miró la hora.

—Le firmo el pase, querida. Cuando se encuentre mejor, puede marcharse.

Bebí sin prisa, soplándole un poco a la tisana. Al contacto con el vaso, mis dedos iban entrando en calor. Sonó el teléfono. La enfermera fue hacia el aparato, que estaba colgado en la pared. Mientras hablaba, hurgaba con la mano en el pelo en busca de una horquilla, con la que se rascó el interior de la oreja. Un gesto muy propio de la abuela.

La calidez, la luz y los azulejos se esfumaron. Mis cartas plagadas de mentiras y las suyas, escritas por algún paciente al dictado de ella, sus acusaciones, sus juramentos y la súplica final, «¡Ven a buscarme!», a lo que yo respondía: «Paciencia, aquí estoy ganando dinero. Cuando vuelva, mandaré pintar todo y te compraré una radio».

Alguien llamó a la puerta. Colgó el teléfono y gritó: «Adelante».

—Otra vez tú —le dijo al hombre que se asomó.

Era bajo, de tez muy curtida y cabello rizado.

—¿Con qué me vienes ahora?

—Es la garganta —dijo el hombre.

—Vale. Siéntate. Y cuidado con mis frascos al pasar.

Me levanté, le di las gracias y me fui. Los alborotadores estaban ocupados. Se percataron de mi presencia demasiado tarde. Me llegaron sus gritos amortiguados cuando ya estaba fuera de su alcance.

—¿Se siente mal? —me preguntó Mustafa al verme.

—Ya estoy mejor.

—¿Cómo? —dijo él poniendo la oreja.

—¡Que ya estoy mejor! —grité.

Al pasar, el ajustador me echó una mirada severa. Salté a la cadena. Bernier me vio y vino a pedirme el pase.

—¿Mejor?

Asentí con la cabeza. Era cierto. Mi puesto, mi parcelita de universo, en la que tenía ya mis puntos de referencia —eso que llamamos *costumbres*—, me proporcionaba la reconfortante sensación de una madriguera, de una guarida, de un refugio.

Hacia las diez hubo un cambio de posiciones. Vino el amigo de Mustafa y Bernier llamó al obrero que atornillaba los retrovisores. Era un extranjero. Mustafa lo llamaba *el Majar*. Daubat había dicho «un húngaro» y Gilles había precisado «un magiar». No hablaba francés y trabajaba sin decir palabra, saltando de un coche a otro como con ensañamiento. Imaginando la soledad de ese ser sin contacto con nada, ni siquiera aquel rudo pero real de una grosería entre hombres, yo me sentía una privilegiada.

Bernier echó un vistazo al vehículo en el que me encontraba.

—¡Rezki! —exclamó.

Me cogió por el brazo y me dijo al oído:

—A partir de ahora, se encargará él de colocar los retrovisores.

Se echó a reír. Tenía pinta de cerdito feliz.

—Rezki —gritó—, ándate con ojo, que ella lo ve todo.

—¿Y en cuántos minutos lo ve todo? —preguntó el otro con frialdad.

Bernier me soltó el brazo y se apeó. El argelino atornilló rápido y salió del automóvil sin mirarme. Lo observé toda esa mañana. Trabajaba bien y deprisa. No coincidimos nunca juntos. Él se había adelantado y yo lo buscaba con la mirada sin verlo. Mustafa se quedaba rezagado, olvidaba un coche, corría hacia la parte alta de la cadena soltando juramentos. A veces me hacía una seña, le daba alcance al vehículo y colocaba el burlete en cuestión de segundos.

Le di un voto de confianza a sus prisas y no anoté nada. Cuando me encontré con él en un automóvil, le pregunté la hora. Posó el martillo y me mostró diez dedos separados, luego dos más: mediodía; todavía quedaba hora y media por delante. Mustafa había dejado su caja bajo el salpicadero y fumaba con una expresión beatífica. Estaba prohibido. Tenía los ojos cerrados. Me acerqué a él.

—Su amigo es rápido trabajando.

—¿Arezki? —dijo con voz adormilada.

—¿Se llama Arezki? Había entendido Rezki.

—Es lo mismo.

Le dio una calada al cigarrillo e hizo ademán de levantarse.

—Siga —me dijo—, que va a perder su prima.

Corrí al siguiente coche. Me bajé justo cuando llegaba Arezki en busca del bidón de gasolina para limpiarse las manos. Cogió una gran bola de lana de vidrio, hizo un tapón con ella y se la pasó al de al lado.

—Que aproveche —vino a decirme Mustafa.

Y vaya si aprovecha. Almuerzo en el vestuario, donde solo corre un grifo, gota a gota. Alguna que otra vez lo hago sin lavarme las manos, impaciente. Me desplomo en el banco. Cuando termino de comer, me acuesto con el abrigo enrollado debajo de la cabeza haciendo de almohada. El descanso, placer carnal.

Por la tarde, Gilles vino a verme. Era un gusto ver su hermoso rostro de militante de la periferia. Su mirada al frente, resuelta, dura y clara, te atravesaba. Me hizo una seña apenas perceptible y nos apartamos un poco.

—Señorita Letellier, ¿qué ha pasado? Hemos encontrado once automóviles en los que faltaban los *snapons* y no estaba anotado. Bueno, siga —añadió, empujándome hacia el coche que se acercaba —. Haga rápido el control y venga a informarme.

Me monté en el vehículo y miré maquinalmente. Él me estaba observando. Al acercarme, los defectos se desvanecían y, en cuanto me daba media vuelta, aparecían de nuevo. Con trazos gruesos y temblorosos, marqué cualquier cosa y volví a su lado.

—Esta mañana pedí un pase para la enfermería.

—Sí, lo sé, pero Bernier la sustituyó. No, ha sido más tarde, hacia el final de la mañana.

Me quedé callada. En su mirada no había enfado. Se acercaba el siguiente automóvil.

—Siga.

Realicé el control y, al bajar, continuó diciendo:

—Escuche, señorita Letellier, usted está aquí para controlar *su* trabajo.

Puso énfasis en el *su*.

—Ellos están aquí para hacerlo. Me habría gustado hablar con usted como lo he hecho con su hermano. Por desgracia, no es muy factible. Siga.

Fui, revisé, bajé.

—Aquí no hay manera de conversar. Y, de noche, estoy ocupado, tengo otros asuntos. Siga.

Mientras hacía el control, me acordé de la pausa para almorzar. Se lo dije al bajar. Negó con la cabeza y me dijo que Lucien ya me explicaría por qué.

—No pasa nada —dijo.

Y me deseó ánimo.

—Pero haga bien su trabajo —añadió—. Es duro, lo sé, y yo estoy en contra de los ritmos actuales. Hay mecanismos para cambiar ciertas cosas. ¿Entiende lo que le quiero decir?

Se marchó y llamó a Mustafa. Me subí al coche del que este acababa de salir. Arezki estaba allí. Me miró con la más absoluta indiferencia.

Qué amargo, frío y descorazonador era aquel contacto sin solución de continuidad, aquellas frases lanzadas al tuntún, aquellas simpatías muertas nada más nacer.

Estaba a punto de apearme cuando Mustafa me paró. Parecía disgustado.

—No merece la pena que no tome nota si dejo el trabajo sin hacer. Luego el contramaestre la regaña y puede que hasta la ponga de patitas en la calle. Y, para mí, eso no cambia nada.

Hizo con los dedos el gesto de escribir.

—¡Anote!

Arezki se había girado. Preguntó, y Mustafa lo puso al corriente gesticulando efusivamente. Los dejé allí juntos.

A pesar del cansancio, me apliqué. Pero el toque de atención de Gilles había hecho mella en mí. Al igual que Mustafa, él también lo veía como una especie de acto caritativo, y tanto el uno como el otro estaban descontentos. Pero ¿qué podía hacer? ¿Ser dura, como Daubat?

«Tengo que ver a Lucien, hablar con él. Se lo contaré todo: el cansancio, el ruido que nos aísla a unos de otros; la grasa entre los dedos, que ya no me molesto en rascar; el pudor que se va cayendo a pedazos…».

—¡Cuidado! —gritó alguien a mis espaldas.

Me volví de un brinco. Era Daubat.

—Quería darle un susto —dijo echándose a reír—. ¿Qué? ¿Está

mejor?

Me inspiraba una especie de respeto, y él lo intuía. Halagado, sentía que tenía una obligación para conmigo, acudía volando a darme ánimos, a hacerme preguntas: unos segundos de oro que él habría podido dedicar a descansar, a liarse un cigarrillo. Su acento parisino me encantaba.

—Bueno, la dejo —dijo—. No debemos demorarnos. Y no tenga miedo, anótelo todo.

Buscó a Mustafa con la mirada.

—Setenta y dos. Aún faltan tres.

Mustafa ya se había esfumado. Se estaba preparando para salir cinco minutos antes. Dejé que el último automóvil se me colara sin controlarlo. La cadena estaba a punto de detenerse: enseguida finalizaría el trabajo. Necesitaba ver a Lucien, así que eché a correr al primer toque de la sirena.

Bajaba con parsimonia; lo agarré por el brazo.

—Me gustaría hablar contigo, Lucien. ¿Puedo pasarme por tu casa esta noche?

—¿Esta noche? De ninguna manera, hay un mitin. Pero puedes venirte con nosotros. Nunca está de más. Es por la paz en Argelia. En la rue de la Grange-aux-Belles. ¿La conoces?

—¿Cómo quieres que la conozca?

Me propuso que lo acompañara. Anna lo estaba esperando en la porte de la Chapelle.

—¿Acaba tarde? Porque mañana toca levantarse…

—¡Si por eso fuera, nunca haríamos nada!

—De acuerdo, espérame.

—Sí, pero no tardes. Estaré en la parada del autobús.

Me di prisa. El pelo y las manos irían tal cual estaban. Un mitin era para las masas. Un *mitin*: ya el propio nombre me parecía emocionante.

El cansancio se había ovillado en alguna parte remota de mi cuerpo. Aguardaba su momento, traicionero. Sintiendo ligeras las piernas, corrí alegre hacia el autobús. Mi hermano me estaba esperando.

—¿No tienes amigas o chicas a las que puedas llevar? —me preguntó.

Su pregunta me pareció estúpida.

—Hay que hacer bulto, ¿entiendes? Pero la gente se raja, no tiene tiempo.

—Está cansada —dije.

Lucien se encogió de hombros. Me colé en el bus detrás de él, pero un movimiento brusco nos separó y fui a dar delante, cerca del conductor.

El espectáculo era mágico. Avanzábamos lentamente por el boulevard Masséna y, al bajar la cuesta antes del pont National, nos encontramos con decenas de automóviles que semejaban cometas dejando tras de sí una deslumbrante estela. Un haz de hilos entrelazados de color rojo y amarillo iluminaba el puente, y los bloques cúbicos de viviendas, que lindaban por la derecha con aquella estampa, se veían atravesados aquí y allá por cuadrados de luz.

Pero, después de la porte Dorée, caímos de nuevo en la planicie y se rompió la magia. Lucien estaba en ese momento a mi lado. Su mano se agarraba a la barra metálica. En algunas zonas veía la piel reventada, restos de mercromina; con las falanges hinchadas y arrugadas, sus manos aparentaban las de un viejo.

De la mano fui subiendo hasta el rostro. Escruté de soslayo su mirada. Sus ojos conservaban el mismo brillo; de buenas a primeras me pregunté si alguna vez pensaría en Marie, en su mujer. Y, si lo hacía, ¿cómo era capaz de soportarlo?

—Es ahí.

Nos bajamos. Anna estaba al abrigo de la marquesina. Se fijó en mi pelo, atado con el cinturón a cuadros. Lucien propuso coger el metro. Me quedé un paso por detrás. A la luz de los neones multicolor, Anna parecía guapa, pero iba desaliñada. Debían de andar cortos de dinero. Sus zapatos de tacón deformados le hacían unos pies horribles. Ambos tenían el aspecto etéreo de esa especie de *nature boys*, ciudadanos del mundo, no violentos, que le arrancan una sonrisa a la gente. Daban ganas de protegerlos. Pero yo sabía hasta qué punto podían ser despiadados.

Lucien bajaba por las escaleras del metro silbando.

—¿Tienes billete?

No tenía. Anna me tendió el suyo con una sonrisa. Tenía los ojos amarillos y dulces.

Cambiamos de dirección en Stalingrad. En un banco, una

anciana mendiga tenía reunidos cuatro sacos llenos hasta los topes, uno de ellos con periódicos. La observamos. Acabó con la cabeza, envuelta en varios chales, apoyada contra la máquina de chucherías. Pero se separó bruscamente de ella y dio un paso atrás. ¿Fue por el frío contacto con el metal? ¿Fue a causa de su propia imagen, de la que, de golpe, había tomado conciencia? ¿Acaso podía verse todavía, y verse como nosotros la veíamos?

Lucien se echó a reír.

—¿Ves? —le dijo a Anna—. Esa eres tú en treinta años.

Anna no se rio. Examinó a la mujer y asintió.

—Sí, algún día seré así.

Lucien lo había dicho en broma. Pero el tono serio de Anna nos congeló la sonrisa. Escrutaba a la mujer como si estuviera visualizando su futuro.

Llegó el metro, montamos en silencio y me olvidé de leer el nombre de las estaciones. Me imaginé a Anna después de Lucien, después de otro, después de otros, convertida en una vieja de la noche a la mañana y con las manos tan vacías como hoy. Su naturaleza un tanto infantil y la sociedad la empujarían lentamente hacia los márgenes, de donde había salido. Nadie habló hasta que salimos del metro.

—Es en relación con la muerte de un joven en Argelia —me explicó Lucien—. Ojalá pudiéramos ser quinientos…

Éramos treinta. A la espera de que llegara más gente, unos cuantos hombres charlaban alrededor de la tarima que hacía las veces de tribuna.

Anna se había sentado en la esquina de un banco, y fui a su lado.

—No va a haber mucha gente —me dijo.

—¿Ha asistido ya a algún mitin?

—Sí, claro. ¿Usted no?

—Es la primera vez que mi hermano me trae. ¿No le parece que Lucien tiene mal aspecto? —le dije aprovechando que estábamos a solas.

—A decir verdad, no me he fijado.

Se levantó. No le gustaba mi pregunta. Veía en ella ciertos reproches indirectos que yo no había pretendido hacerle. No conseguía que ni los unos ni los otros me entendieran. Para esta, yo

era también una especie de hermanita de la caridad. Me habría encantado hacer gala de su inconmensurable desdén por la salud, el descanso, la comida.

Uno de los asistentes, que sostenía en la mano varias hojas de papel, subió al estrado frente a nosotros. No había ni mesa ni micrófono, y las lámparas daban poca luz.

—Camaradas —empezó.

Todo el mundo se congregó delante de la tarima. Me giré. Formábamos unas cuantas filas ralas.

—Camaradas, el pasado sábado, la familia de Jean Poinsot se enteraba de que este había sido asesinado en Argelia. Jean era un joven empleado de Lavalette y vivía en este barrio. En una de sus últimas cartas, manifestaba su esperanza de regresar pronto a Francia. «En esta dolorosa ocasión, la CGT y los sindicatos del barrio se suman al dolor de la familia ante esta joven vida segada por la guerra».

Aplaudimos.

El orador tosió y prosiguió con una voz más clara:

—¡La guerra de Argelia debe acabar cuanto antes!

Todo el mundo gritó y aplaudió a rabiar.

—Trabajadores del distrito diez, de vuestra unión depende en gran medida la consecución de la paz, la reconciliación de nuestros dos pueblos.

¿A qué se dedicaba por las noches Mustafa? ¿Qué pensaría si me viera allí?

Hubo dos discursos más. En vista de la audiencia, el último orador nos habló sin levantar la voz. Nos dijo que el escaso número de participantes no debía desanimarnos, que la muerte de aquel joven obrero impresionaría a los trabajadores, que no habría sido inútil si se unían para exigir la paz.

Cuando salimos, nos encontramos con una decena de policías apostados hasta lo alto de la calle. Creyendo que seríamos más, los polis intentaban averiguar si venía alguien detrás. Lucien dio algún apretón de manos; al final, quedamos cuatro aquella noche en el muelle de Jemmapes. El chico que nos acompañaba nos propuso ir a tomar un trago. Nos guio hasta un bar tranquilo; conocía bien el barrio.

—¿Unos bocadillos?

—Sí.

—Sí.

Por fin comíamos algo. Hasta ese momento a nadie parecía haberle preocupado eso. Lucien y su camarada charlaban animadamente. Nos trajeron unas cervezas espumosas y el pan llegó poco después.

La cerveza me hizo hablar.

—¡Esta —suspiró Lucien, girándose hacia el de al lado— ha tardado veintiocho años en despertarse y ahora quiere ir más rápido que el resto del mundo!

—Sigo insistiendo en que me indigna que no se haya hecho ninguna alusión a las principales víctimas, los argelinos, tanto la población de allí como quienes han emigrado aquí.

—Pero lo que cuenta —atajó el chico— es movilizar a la gente. ¿Pretende hacerlo con los padecimientos de los argelinos? Hay que hablarle de lo que le afecta. Un chaval joven que muere en Argelia hará ruido. Ellos o sus hijos, sus hermanos pueden correr la misma suerte mañana. La sensibilidad parisina es un fenómeno de corto alcance. Pueden hacer que la ciudad entera se subleve para socorrer a los mendigos si los mendigos están de moda, también pueden sublevarse contra una guerra, una injusticia… pero la espuma baja enseguida. Y, entre dos olas, hay que dejar vivir a la gente.

Había un riesgo, apuntó Lucien. Eso podía incitar al odio, provocar un deseo de venganza.

—Mire —dijo el chico.

Había cogido un periódico que habían dejado tirado sobre la banqueta. En primera plana, un croquis enmarcado en negro representaba unas siluetas masculinas sentadas alrededor de una mesa y, de espaldas, otro hombre más, atado y amordazado, al que custodiaban dos tipos armados. De la cabeza de cada uno partía una línea de puntos blanca que llevaba al texto explicativo.

—Juez.

—Condenado.

—Asesino.

—Jurado.

Y la leyenda decía, en letras alargadas y gruesas: «Condenado a muerte por el tribunal del FLN, este hombre será ejecutado ante sus jueces».

El dibujo era impresionante. En las páginas interiores, se podía leer también: «En pleno París, hay asesinatos en los sótanos».

—No se andan con bromas entre ellos, ¿no te parece?

—Es cosa suya —dijo Lucien—. Dirigir un movimiento clandestino en el mismísimo corazón del enemigo requiere métodos…

—Sí —coincidió nuestro camarada—, la revolución no se hace con guante blanco. Pero la población está totalmente en contra de ellos.

La cerveza me había despertado el cansancio, que se me había extendido por todo el cuerpo, hasta la punta de los dedos. Lucien habló de pagar, el otro protestó; por fin nos levantamos y nos acompañó hasta el metro. Lucien y yo teníamos sueño. Mi hermano me preguntó cómo me iba en la cadena, si lo aguantaba.

—Ah, podrías explicarme qué ha querido decir Gilles —le pedí.

Y se lo conté.

—¿Que por qué no quiere hablar a mediodía, ni fuera ni dentro de la fábrica? Muy sencillo: si os vieran iros juntos, todos dirían que Gilles va detrás de ti o que tú vas detrás de él. Sería incómodo para él, y también para ti.

—¿Aquí? ¿En París? ¿Los obreros pensarían eso?

—Pues claro, ¿qué te crees?

Caminamos deprisa. La niebla se iba extendiendo.

—Ya hemos llegado.

Aún tenía cien metros por delante. Me acosté rápido. Era casi medianoche. El despertador sonaría a las cinco; la noche sería corta. Empujé la puerta del taller. Alguien me llamó. Me giré. El ajustador aplastaba contra el suelo un cigarrillo a medias. Iba con un obrero al que había visto pasar en alguna ocasión por nuestro pasillo.

—Hola —me dijo—. ¿Es usted la nueva?

—Lleva aquí por lo menos quince días —puntualizó el ajustador.

—Es mi decimoprimer día —dije.

—Soy el delegado sindical.

—Eso me interesa.

Y le dediqué una amplia sonrisa.

—Anóteme su apellido y mañana le haré llegar el cartón y la estampilla.

—¿Hay que pagar la cuota ya?

Se echó a reír.

—Cuando cobre, si le va mejor. ¿De dónde viene?

—De provincias.

Empezaron a llegar los hombres. Seguimos andando. Le hablé de mi hermano. Me dijo que lo conocía, que era un cabezota.

Al entrar, Daubat me dio una palmadita amistosa en el hombro.

—Buenos días, señorita… Un consejo: usted es amable hasta no poder más y seria, como debe ser. No vaya a ponerse a merced de un sindicato. Y no hable mucho con los argelinos. ¡Hala, que vaya bien el día!

Los motores se pusieron en marcha y la gran serpiente mecánica comenzó a devorarnos de nuevo. Entré en un coche. Arezki, el amigo de Mustafa, ya estaba atornillando. Se giró hacia mí.

—Acabo de colocar el retrovisor en el vehículo de delante. Si lo revisó ayer por la tarde, no lo habrá encontrado.

—Es verdad. Gracias.

Arezki trabajaba muy rápido y paraba de cuando en cuando. Aquella mañana, buscaba a Mustafa con la mirada. Yo también estaba preocupada y se me venía a la cabeza el dibujo del periódico. ¿Lo habían bajado a un sótano? ¿O era él quien se encargaba de bajar a otros?

Me fijé en cada uno de los hombres que trabajaban a mi alrededor. Arezki tenía una expresión grave y hablaba poco.

Por fin apareció Mustafa. No venía cambiado. Traía un abrigo de espiguilla gruesa de color blanco y negro.

—Buenos días —soltó a voz en grito.

Arezki no parecía contento.

El jefe de equipo se acercó.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Qué te ha pasado?

—¡Me he quedado dormido! —gritó él.

—Tira para el vestuario y vuelve rápido. Te va a caer una sanción. Venga, ¡largo de aquí!

—Tranquilito, eh —dijo Mustafa.

Y, muy digno, bajó y se dirigió hacia las máquinas.

A regañadientes, Bernier se puso a clavar unos cuantos *snapons*. Las batas blancas se paseaban por el taller; había que ponerse a cubierto, pues alguna podía dejarse caer por nuestra zona.

Mustafa volvió y Bernier le tendió su martillo.

—Toma. Y tu caja está en el coche. Pero ya te puedes despedir de tu prima.

—¡Bah!, tampoco contaba con ella —replicó Mustafa con desprecio.

Vestía un jersey azul y blanco; nunca lo había visto en traje de faena ni con mono. Ninguno de los argelinos de la cadena se lo ponía. Solían trabajar con chaqueta de *tweed* y unos vaqueros grasientos. Arezki se ponía un polo negro remangado.

Mustafa comenzó a clavar; después se detuvo y me advirtió:

—Ojo al cronometrador.

—¿El cronometrador? ¿Qué es eso?

Se encogió de hombros; pasé al siguiente vehículo sin esperar su respuesta. Con toda su parsimonia, llegó y empujó al marroquí bajito, dio unos cuantos martillazos y se detuvo.

—¿Y ese pelo? ¿Se lo ha recogido? ¿Así que no sabe lo que es el *crono*? Pues el *crono* es el *crono*. Hay que tomárselo con calma.

Me hizo una demostración, interrumpida por Bernier, que me pidió que lo siguiera.

—Venga a ver lo que ha dejado pasar.

El automóvil que me señaló iba en cabeza, en la zona de cerraduras. Bernier saltó, se agachó y me enseñó una gran rasgadura en la tela a la altura del burlete izquierdo.

Me disculpé.

—La próxima vez, preste atención. Si algo así le llegara a Gilles o a un jefe de taller…

Su cara de perrillo ladrador no casaba bien con la seriedad de su advertencia.

—Vuelva allí rápido. Si no, se le escaparán. Los defectos, quiero decir.

Mustafa no me quitaba ojo de encima. Vino a preguntarme.

—He hecho una tontería —dije.

—¿Es por mi trabajo?

—Sí.

Se giró, aparentemente para reflexionar.

—Espere —exclamó.

Se acercó y, apuntándome con el dedo y mirándome serio a la vez que fruncía la nariz a causa del esfuerzo de pensar, me explicó:

—Es el cuarto automóvil que hago desde esta mañana. ¿Le ha

mostrado las cerraduras? Entonces —gritó, pletórico— es que ha sido él quien las ha hecho.

Se frotaba las manos del gusto, cosa que me molestaba. Mustafa negó con la cabeza, decepcionado.

—¿Le tiene miedo al jefe?

Sí, le tenía miedo.

Trabajamos hasta mediodía sin decir palabra. De cuando en cuando, me apoyaba contra la pared y cerraba los ojos durante unos segundos. ¿Cómo podía aguantar Lucien?

Me quedé en el vestuario, cabeceando en el banco. Entró una mujer y dijo que eran las dos menos veinte. Me puse el abrigo y bajé. Un café me ayudaría a espabilarme. Cuando los motores se habían detenido y los trabajadores ya se habían marchado, me encantaba recorrer los inmensos talleres y mirar las máquinas en reposo.

Delante de la puerta, algunos hombres silbaron a mi paso. Empezaba a acostumbrarme. Lucien andaba por allí también y hablaba con ellos. A la luz del día, tenía la cara gris. Le hice un gesto con la cabeza. Se acercó.

—¿Adónde vas?

—A tomarme un café.

—Así que Bernier te ha cogido por banda esta mañana.

—¿Quién te lo ha contado?

—El bajito que trabaja contigo.

—¿Mustafa?

—Sí.

—Llevo cinco meses aquí —continuó—. He estado en tu puesto, en otros. Y he comprendido el sistema. Te quedes o te vayas, lo que quiero decirte te será de utilidad. Ya sean tres días, un mes: qué más da. No vayas de humilde. Aquí la humildad se ve como una rendición. Un poco de insolencia los hará sentir cómodos. A los jefes les encanta ladrar. No les prives de ese placer. No hagas demasiado. Compórtate como una buena herramienta, que es lo único que eres. Nunca trates de entender lo que haces. No preguntes para qué sirve esto o lo otro. No estás aquí para comprender, sino para moverte. En cuanto hayas cogido el ritmo, te convertirás en un mecanismo bien engrasado que no verá más allá del inicio de la cadena. Te etiquetarán como una buena obrera y te concederán un

aumento de tres francos a la hora.

—No tengo intención de quedarme —dije irguiendo la cabeza.

Estábamos en el boulevard Masséna. Busqué la cristalera del taller, en la segunda planta.

—Démonos prisa; son menos diez.

Bebimos rápido y en silencio. Pagó Lucien. Al salir, me preguntó:

—¿Tienes noticias?

—Las tuve la semana pasada.

—No les des nunca mi dirección. Es la hora: démonos prisa.

Oí la sirena justo cuando iba subiendo las escaleras.

La cadena es una boa gigante que se extiende a lo largo de las paredes. Una inmensa boca vomita las carrocerías del taller de pintura, un horno situado en la planta de arriba y que, a través de un montacargas, expulsa siete coches por hora. Al bajar, el vehículo se recubre de tejido plástico, guarneciéndolo en el trascurso de su lento viaje, primero, con unos faros; luego, con unos *snapons*, un retrovisor, un parasol, un salpicadero, espejos, asientos, puertas y cerraduras.

Gilles me vio al pasar por delante de la oficina de los jefes. Yo también lo vi, nuestras miradas se cruzaron. Seguro que no le hacía gracia que llegara tarde. Cogí otra vez la tablilla, el lápiz y reanudé el control.

Me vino a la memoria un acorde de Mozart. Lucien lo había machacado tanto después de llegar del colegio que se me había grabado. Mi tarareo se perdía en el fragor de la cadena. Me habría gustado conocer la sinfonía completa para silbarla como una flauta en medio del rugido de las máquinas.

Mustafa metió la cabeza por la abertura trasera.

—¡El *crono*, el *crono*! ¡Cuidado!

Allí estaba el *crono*. Era un hombre de bata gris y junto a él estaba el jefe del taller, con su habitual sombrero. El *crono* tenía una libreta gruesa y dos lápices en la mano y, por supuesto, un cronómetro enorme en la palma abierta.

Se plantó a mi lado y me observó. Me esforcé por trabajar pausadamente; pero, muy a mi pesar, algunos de mis gestos eran resueltos y mis dedos bien entrenados iban directos al grano. Me tomé mi tiempo a la hora de comprobar el salpicadero; traté de

perder unos segundos. Qué tremenda ingenuidad. El cronometrador adivinaba la jugada, el cronometrador no miraba cuántos minutos requería un trabajo, sino que establecía él mismo un tiempo determinado para cada uno de los movimientos del obrero. Su presencia anunciaba que se avecinaba un cambio. Estaba guardándose el reloj cuando Mustafa se acercó.

—Señor —le gritó—, ¿tiene hora, por favor?

El otro apretó los labios y se alejó sin responder.

Al día siguiente, Gilles vino a anunciarnos las nuevas medidas. Me asignaban también el control de los faros delanteros y de las luces de posición traseras. El Magiar los atornillaría y Arezki colocaría las rejillas de la calefacción en el salpicadero.

—Es demasiado —dijo Gilles—. Se lo he advertido. Pero soy el único que piensa así. Pronto tendrá nuevas compañeras. A partir del día quince, se encargarán cuatro mujeres del control. Una aquí; las otras, más abajo. A su hermano lo mandan arriba, a la pintura.

—¿A Lucien? ¿Por qué?

—Jefe —dijo Mustafa, que acababa de llegar—, ¿y yo qué más tengo que hacer?

—Tú, nada —dijo Gilles riendo—. Pero lo que haces, hazlo bien.

Arezki estaba de morros. Cogió a Gilles por banda y hablaron largo y tendido. Los vehículos pasaban. Anoté: «Falta retrovisor».

—Da igual —dijo Arezki al volver a su puesto—: ya he perdido mi prima.

Al decimocuarto día, tocó la paga. Bernier nos trajo los sobres. Cada uno paraba de trabajar durante unos segundos para comprobar el montante. Algunos iban a protestarle a Bernier. Él los remitía al jefe de taller.

¿Por qué no lo dejé en ese momento? ¿Por qué no pedí el finiquito, como se suele decir? No me atrevía a reclamarle a Lucien el dinero que me debía. No obstante, una vez descontado el precio del viaje, me habría quedado suficiente para comer unos días. En mis cartas a la abuela, le había hablado de ahorrar, del dinero que ganaba, de la radio que le compraría… Bueno, haría una quincena más. Para entonces, quizás Lucien me hubiera dado algo. Ahorraría…

Le daba vueltas en la cabeza mientras esperaba el autobús. La paga, que llevaba disimulada en el fondo del bolso, me decepcionó:

tantos movimientos y tan poco dinero. Dejé atrás a la muchedumbre y eché a andar por el bulevar en dirección a la place
d'Italie.
Un taxi apeó a una mujer. Llegué a su altura y le hice señas para que me esperara.

Maravilla de las maravillas. Arrellanada en el asiento, me regalé una dosis de fantasía nocturna que colmó mi mirada: los haces de luz del pont National, las chimeneas de las fábricas transfiguradas por los destellos del horizonte. París bajo el influjo de las afueras, de las fundiciones incendiadas y las cisternas gigantes que hacen estallar el cielo nocturno, nublado, aterciopelado, como suspendido a la altura de las farolas. Disfruté de ello desde mi asiento, recostada, deseando que a nuestro paso surgieran mil contratiempos para que la fiesta se prolongara.

Por la noche me desvestí, me aseé entera —incluido el pelo—, me puse el camisón, un chaleco de lana y me senté en la cama. Experimenté una sensación de bienestar absoluto. Me puse a echar cuentas seriamente: esto para comer, esto para la habitación; y me guardé cinco mil francos, que serían mis primeros ahorros.
Por las mañanas, atenazada por el ruido y presa del cansancio, solía tener unos dolores de cabeza horribles. Compré aspirinas y me acostumbré a tomarme una cuando notaba la nuca pesada, hacia las nueve. También compré un frasquito de lavanda, que inhalaba de vez en cuando. Lo había metido todo en una cajita de cartón en la que había escrito «É. Letellier» y que había puesto aparte, en un rincón.

Una mañana, Arezki dejó sus herramientas y se fue al escritorio de Bernier. Vino poco después y se puso a atornillar de nuevo, pero noté su rictus de dolor. Nunca hablábamos entre nosotros. Mustafa vino a decirme:

—Se encuentra mal, no puede trabajar.

—Que pida permiso para salir, que vaya a la enfermería.

—El jefe le ha dicho que no.

—¿Qué le duele? —le pregunté directamente.

—Tengo dolor de cabeza. Ya ni veo los retrovisores.

Salí del coche y fui en busca de Bernier. Venía justo en nuestra dirección.

—Señor —dije—, hay un obrero que no se encuentra bien. No

puede trabajar.

—¿Quién? —preguntó, con una sonrisa alegre.

—El que coloca los retrovisores, Arezki.

—Ah, ¿y qué? —dijo con regodeo.

—Debería ir a la enfermería.

—Claro, todos quieren ir a la enfermería. Antes eran los váteres. No se preocupe por él, señorita.

Me dio una palmadita en la mano.

—Ya no doy pases de salida. Son las órdenes. Excepto en caso de accidente o si el tipo se cae redondo. Los otros son unos farsantes, unos tramposos. Los tengo calados.

—Pero es inhumano.

—Eh, mucho ojo, señorita Letellier —dijo borrando su sonrisa de un plumazo—. Vuelva a su puesto y no se meta en esto.

Regresé a la cadena, furiosa, me ventilé dos controles en cuestión de minutos y fui en busca de Arezki. Estaba atornillando las rejillas muy despacio, y Mustafa le colocaba el retrovisor.

—¿Aún se encuentra mal?

Mustafa dijo que sí.

—¿Quiere una pastilla? —grité.

Arezki levantó la cabeza.

—¿Tiene?

Le di dos.

—Los tunecinos tienen leche —dijo Mustafa—. Ve…

Arezki cogió las pastillas y se apeó del automóvil. Mustafa colocó su burlete sujetándolo solo por las puntas, corrió al siguiente, atornilló el retrovisor y las rejillas, y saltó a otro, detrás, para clavar su *snapon*. Estaba comprobando un salpicadero cuando Arezki se inclinó hacia mí y me dio las gracias.

—¿Está mejor?

—Aún no, pero lo estaré dentro de nada.

Vino un poco después para decirme que ya se le había aliviado el dolor. A mediodía me trajo una bola de gasolina para que me limpiara los dedos. Se lo agradecí, emocionada. Nos dijimos «que aproveche» y, al final de la jornada, «buenas noches, hasta mañana».

Tenía un bonito rostro de una seriedad que me intimidaba. Parecía mayor que los demás.

A la mañana siguiente, encontré en mi caja un cruasán envuelto en papel de seda. Llamé a Mustafa.

—¿Es suyo?

Negó con la cabeza y, al ver mi desconcierto, me dijo:

—Se lo ha dejado Arezki.

Arezki estaba trabajando más allá. Como de costumbre, iba adelantado. Cuando conseguí llegar hasta él, le pregunté, al igual que había hecho con Mustafa:

—¿Es suyo?

—No, es suyo.

Mustafa, que acababa de llegar, me dijo:

—Es por las pastillas de ayer.

—¿Por las pastillas? Si es por eso, quédeselo.

—Por la amistad —dijo Arezki mirándome.

Partí el cruasán en tres y le tendí un trozo a cada uno.

—A mí no me dé —dijo Arezki—. No como por las mañanas.

—Yo, sí —dijo Mustafa.

Su glotonería nos hizo reír. Gilles metió la cabeza por la luna trasera en ese preciso instante. Me miró sorprendido. Pillada in fraganti, recogí mi tablilla y me incorporé a toda prisa. Pero él ya se había marchado. Arezki había notado mi bochorno. Reanudó su trabajo.

Unos minutos más tarde, Mustafa vino a preguntarme:

—Eh, señorita Lise, ¿le queda aún alguna pastilla? A él también le duele la cabeza.

Él era el Magiar. No hablaban el mismo idioma, pero se hacían gestos que solo ellos comprendían.

Al día siguiente, me encontré en mi caja otro cruasán. Mustafa, que había estado vigilándome, me animó:

—Cómaselo.

—¿Es también de…?

—Sí —dijo.

Al salir del vehículo, me crucé con Arezki.

—Señor… —empecé diciendo.

Pero él asintió sonriendo y no se detuvo.

Volví a encontrármelo al poco rato; estaba charlando con Mustafa. Hablaban en árabe, y me dio la impresión de que hablaban de mí.

Por la tarde, al incorporarme después de comprobar los faros de un automóvil, mi mirada se cruzó con la de Arezki, que estaba agachado en el interior. Violentos, nos evitamos mutuamente, pero el ritmo de la cadena nos hizo coincidir a menudo.

De noche me daba por recrear mentalmente su rostro, y aquello me resultaba tan placentero que lo evocaba a menudo.

Hablábamos dando rodeos. Mustafa nos servía de pretexto. Nunca decíamos *tú* ni *usted*, sino *él*: él era nuestro único tema de conversación. Nuestra timidez se amoldaba a dicha estrategia. Mustafa hacía y decía tantas locuras que siempre había de qué hablar Y, por otra parte, ¿qué podíamos decirnos en medio de ese estrépito que nos obligaba a gritar, en aquel continuo entrar y salir de un coche a otro?

Cada mañana encontraba en mi caja alguna chuchería. Yo la aceptaba imaginando el placer que sentía Arezki al comprarla y dejarla allí.

La compartía con Mustafa, que esperaba aquel momento con impaciencia.

Daubat vino una mañana y acusó a Mustafa de reventarle los tímpanos al clavar mal los *snapons*. Mustafa protestó, gritó, luego agarró a Daubat por el cuello de la chaqueta. En ese instante, Arezki saltó de un vehículo, tiró de Mustafa hacia atrás y lo obligó a soltarlo.

Volvieron a meterse en el vehículo. Arezki parecía molesto. Sus palabras iban acompañadas de gestos amenazantes hacia su compañero.

—¡Me ha llamado «moro»!

—¿Y qué? —le preguntó Arezki—. ¿No puedes soportar escuchar eso? ¿Y qué crees que tienen que oír tu padre y tu madre allá?

Yo intervine para decir que era una vergüenza que un obrero fuera racista y tratara a otro de moro.

Arezki se echó a reír y movió la cabeza.

—Si no eres capaz de soportar eso —le dijo a Mustafa—, ¿cómo harás para aguantar lo demás?

—Hay que contárselo al delegado sindical —propuse.

Mustafa hizo un gesto obsceno. Pero habíamos perdido demasiado tiempo, así que volvimos cada uno a lo nuestro.

—Va a nevar —dijo Mustafa.

Se inclinó hacia el Magiar.

—¡Nieve!

El otro levantó la cabeza, cubierta de espesos cabellos rubios, muy rizados. Su rostro rojo y lleno de granos era el testimonio de la miseria, de la soledad. Pensé entonces en cuánto bien debían de hacerle los gritos de Mustafa.

Entré en el coche del que salía Arezki. Mirándome de soslayo, dejó caer:

—Hoy es mi cumpleaños.

Me quedé sorprendida durante unos segundos y luego seguí con las comprobaciones. Mis músculos, remisos al principio, ya me obedecían, pero bastaba un movimiento imprevisto que alterara el orden mecánico para que chirriaran como viejas poleas. El buen obrero es el que controla sus gestos y no hace ninguno superfluo. Y, puesto que este ritmo no ha sido pensado para la conversación, intercambiar unas cuantas frases implica precipitarse en algún movimiento o saltarse algún otro. Al final, uno llega a conseguirlo, pero para ello tiene que poner patas arriba el orden establecido y molestar a los compañeros. Así pues, cuando un hombre le suelta a una «hoy es mi cumpleaños» al bajar de un automóvil, una se olvida del salpicadero para darle alcance en el siguiente vehículo y desearle, en medio del estruendo de los martillos, «feliz cumpleaños». Y, justo cuando se lo decía y él me lo agradecía con una sonrisa, estalló el alboroto, tan potente que amortiguó el rugido de los motores. Todos nos quedamos parados. El marroquí, Mustafa y el Magiar saltaron al pasillo. Arezki se giró hacia mí:

—Es por las mujeres.

Gilles venía seguido de cuatro chicas, y la cadena se deshizo en aullidos. Mustafa gesticulaba, gritaba; Arezki me lo señalaba entre risas.

En cuanto el grupo pasó, volvieron al trabajo, pero Mustafa, muy alborozado, iba y venía, subía y bajaba, hasta que acabó dejándose arrastrar por el vehículo, que seguía avanzando.

Volvió al poco rato y se le echó encima al Magiar:

—Mujer guapa —dijo.

El retraso acumulado no parecía preocuparlo. Arezki se acercó; Mustafa lo agarró por el brazo.

—Hay una mujer, justo ahí. Se encarga del control de las

cerraduras.

Y silbó en señal de admiración.

—Pues estupendo —dijo Arezki con indiferencia.

Me agradó su respuesta. El entusiasmo de Mustafa me había irritado un poco.

Durante la pausa del mediodía, las recién llegadas tomaron posesión de su armario en el vestuario. Luego salieron otra vez para ir a comer; quedaron solo las que comían allí habitualmente.

—Ponen a mujeres en la cadena.

—No es más dura que otras zonas.

—Son jóvenes.

—Espera a verlas dentro de unas semanas.

—Allí, con los argelinos.

—Van a colocarlas en todo tipo de puestos, excepto en los de pintura.

Lucien llevaba cuatro días pintando. No lo había visto desde entonces. Comí deprisa y salí para intentar verlo. Pero no había nadie. La niebla fría vaciaba las calles. ¿Se habría metido en algún café?

A menos diez, me dirigí a paso lento hacia el taller. Afortunadamente, la atención estaba puesta en las nuevas. Vi a Lucien. Estaba bromeando con una de las chicas, que subía las escaleras agarrándose a la barandilla.

Lo llamé. Se giró dando un respingo.

—Tenía ganas de verte, de saber de ti. Parece ser que te han puesto arriba.

—Estoy bien —dijo con indiferencia, y reanudó la marcha.

—¡Lucien!

—¿Y ahora qué quieres?

—¿Cuándo puedo ir a verte?

Tenía cara de fastidio.

—Ven el jueves por la noche —suspiró—. Henri tiene que llevarme unas cosas.

Ocupé mi puesto. El Magiar se estaba apretando el cinturón del pantalón. Arezki ya estaba allí. Las cuatro mujeres pasaron cogidas de ganchete. La más joven era guapa. Me recordó a Marie-Louise. Mustafa, todo repeinado, iba detrás de ellas.

Aquella tarde Arezki se enfadó más de una vez, pues, yendo y

viniendo, Mustafa nos interrumpía a los demás.

—Teniendo en cuenta que es mi cumpleaños, ¿le gustaría venir a tomar algo conmigo esta noche?

No respondí nada. Se quedó plantado delante de mí mientras el Magiar se disculpaba por empujarnos. Nos dimos cuenta entonces de que nos habíamos quedado quietos encima de la cadena y nos estábamos moviendo hacia delante.

En mi cabeza, tres bocas pugnaban por hablar. Una decía: «Bueno…»; la otra objetaba: «Pero ¿cómo?, ¿dónde?, ¿y si la gente…?». De la tercera, salía un «no», pero no de rechazo. Era el no dubitativo de cuando al fin se produce el acontecimiento que una lleva años imaginando con todo lujo de detalles. Embargada por los temores, esa boca pedía «un minuto más»…

—¿Y bien? —preguntó Arezki. Se dirigía a Mustafa, que venía cojeando.

—Es guapa como ella sola. Pero no es fácil de camelar.

—Olvídate de ella —dijo Arezki cortante—. A las francesas no les gustan los moritos.

Me tomé aquellas palabras como un desafío; decidida a hacerle frente, al rato le pregunté:

—¿Y cuántos años cumple?

—Treinta y uno.

—¿Dónde le apetece que nos veamos?

Se le iluminó el rostro. Quiso saber qué ruta hacía para volver a casa, en qué barrio vivía. Pero, al acercarse Gilles, se detuvo y siguió trabajando. Este venía caminando a buen paso y su bata revoloteaba tras él.

Cayó la noche; los ventanales se oscurecieron. El marroquí bajito dejó su martillo y soltó un *uf* mientras se frotaba la muñeca. Arezki se acercó y me hizo señas para que escuchara.

—¿Coge el autobús en la esquina? Nos encontraremos allí. Subiré detrás de usted y nos bajaremos en cualquier sitio por el camino.

Al parecer, yo seguía con el control a pesar de que la sirena ya había detenido las máquinas. Un obrero que pasaba me soltó:

—¡Eh!, tú, la de dentro, ¡que ya hemos acabado!

En el vestuario, todo eran prisas. Las mujeres se vestían y hablaban a voces. Era la alegría fugaz, el recreo. Abajo, en el metro,

de regreso a sus casas, caerían en otra alienación distinta.

Busqué a Arezki. No había llegado todavía. Me puse a la fila. Antes estaba en paz. Ahora la tan deseada tormenta se cernía sobre mí. Arezki se materializó de repente. Me sorprendió su indumentaria. Vestía traje oscuro, camisa blanca, pero sin chaqueta ni ninguna otra prenda de abrigo. Sin dirigirme la palabra, se colocó detrás de mí y me hizo un gesto cómplice. Un argelino alto que trabajaba en la cadena y se llamaba Lakhdar pasó por nuestro lado. Le chocó la mano a Arezki.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hacer un recado.

Por fin nos montamos y nos vimos apretujados el uno contra el otro en la plataforma del autobús. Arezki no me miraba. En la porte de Vincennes, pudimos avanzar.

—Bajaremos en la porte des Lilas, ¿le parece? ¿Le gusta caminar?

—Muy bien —dije.

Mi apuro iba en aumento y el silencio de mi acompañante no contribuía a relajarme. Me leí entero el reglamento de la Compañía que había pegado encima de mi cabeza.

Arezki me hizo una señal. Nos bajamos. Yo no conocía el barrio y se lo dije: por lo menos así teníamos un tema de conversación. Después de cruzar la plaza, entramos en un café, À la Chope des Lilas. Las letras del rótulo eran de un verde que hacía daño a la vista. En el mostrador se apelotonaban muchos hombres. Algunos nos miraron. Las mesas estaban ocupadas. «Venga», dijo Arezki, y nos colamos hacia el rincón a mano derecha, donde había algunas sillas vacías. Se sentó frente a mí. Nuestros vecinos nos miraron descaradamente. Vi mi reflejo en el espejo de la columna: estaba morada de frío y despeinada. Me abroché el cuello del abrigo y, en el preciso instante en que hacía ese gesto, tomé conciencia de lo peculiar de mi situación: estaba con un argelino. Había necesitado la mirada de los otros, la expresión del camarero que cogía la comanda para reparar en eso. Me invadió un pánico repentino, pero Arezki me observaba y enrojecí, temiendo que intuyera mi turbación.

—¿Usted qué toma?

—Lo mismo que usted.

—¿Un té caliente?

No parecía estar más cómodo que yo. Repetí «¡feliz cumpleaños!» dos veces antes de beber.

Sonrió de forma graciosa y empezó a hacerme preguntas. Yo le hablé de nuestra vida con la abuela, de Lucien.

—Creía que era más joven que él.

—¿Porque soy bajita? No, tengo veintiocho años.

Me observó, sorprendido.

—Quiere mucho a su hermano…

—Sí —dije.

Le pregunté si tenía hermanos, madre. Tenía tres hermanos, una hermana y su madre aún vivía. Me la describió amarillenta como una hoja pronta a caer, marchita como un fruto pasado, sus ojos a punto de apagarse. Pensé en la abuela.

Para relajar el ambiente, hablamos de Mustafa.

—¿Damos un paseo? —me preguntó.

Salimos. Boulevard Sérurier. La noche, tranquilizadora. Nadie nos ve. La gente, con frío y prisas, se va pronto a casa.

Aquello era prácticamente un monólogo mío. Arezki me escuchaba, asentía, caminaba mirando al frente. Me preguntó varias veces si estaba cansada. Yo buscaba algo con lo que captar su atención. Él me daba la razón en todo lo que decía. Le hablé de la reunión de la Grange-aux-Belles.

—Si va a mítines —dijo—, se meterá en problemas.

Lo interrumpí, le hablé de Henri, de Lucien, de Indochina. Mezclé anhelos y realidades. No paraba de hablar. Caminamos hasta la porte de Pantin. Miró el reloj.

—¿No le da miedo volver sola? Son las ocho.

—Claro que no.

—Tengo que dejarla aquí, pero me quedo con usted hasta que llegue el autobús.

—¿En qué vuelve?

—En metro.

—¿No le molestan con controles policiales nocturnos?

—A veces —dijo.

Esperamos en la marquesina. Arezki debía de estar tiritando. Estaba erguido, con las manos metidas en los bolsillos y mirando al infinito. Al acercarse el autobús, sacó una mano del bolsillo y me la

tendió.

—Gracias —dijo—. Es usted muy amable. Hasta mañana.

Llegué a casa cansada, hambrienta y descontenta.

Al día siguiente, Arezki se comportó conmigo como de costumbre. Me sentí un tanto desilusionada por que no se mostrara más amistoso. ¿Lo había decepcionado? Sin embargo, me alegraba que esa noche nadie nos hubiera visto juntos.

En el vestuario me dedicaba a observar a las nuevas. El primer día habían trabajado en sandalias y con blusas sosas. Pero la proximidad de los hombres las volvió más coquetas. Una trajo una bata rosa; otra se puso unos prendedores con brillos en el pelo, y otra, unas chinelas floreadas.

Llegaban por la mañana maquilladas y peinadas, y eran capaces de sacar algo de tiempo a lo largo de la jornada para retocarse los labios. Había en ello algo que iba más allá de la coquetería: una protección, una defensa instintiva frente a un trabajo que acababa por empobrecernos. Solían cubrirse la grasa con pintauñas rojo; se adornaban el pelo sucio con cintas de terciopelo; empolvaban el sudor gris de su piel. Me parece estar viendo a mi vecina en ese vestuario, una mujer de treinta y cinco años nada guapa, arrugada, obligada por el reglamento a vestir un traje de faena de dril desteñido y que no se quitaba los zapatos de tacón para conducir su Fenwick.

Yo me sentía aislada en aquel gallinero. Sin embargo, acabé contagiándome y retiré algo de dinero de mis primeros ahorros para una bata. Me compré una azul ribeteada de blanco que no me tapaba la pantorrilla.

Hasta el jueves por la mañana no me acordé de la invitación de mi hermano. Buena señal. Como una espina que se saca con suavidad, sin hacer demasiada sangre.

Sin embargo, se me había clavado otra: Arezki parecía evitarme. Las jornadas se me hacían más largas y duras.

Llegué a casa de Lucien a las ocho. Henri ya estaba allí y me dio un fuerte apretón de manos. Anna vino a preguntarme si tomaría café. Lucien gruñó un «buenas tardes». Sobre la mesa había unos libros que había traído Henri. Mi hermano y él hablaban de la situación enfervorecidos. Chocaban con frecuencia. Henri trataba de mostrarle a Lucien sus contradicciones, y este, terco, obstinado, se

atrincheraba en su silencio. Anna, sentada en el borde de la cama, se acariciaba la melena mientras miraba a uno y a otro. A mí me estaba entrando la modorra y echaba de menos mis pequeños placeres culpables, el sopor que se apoderaba de mí antes de quedarme dormida.

—Tú consideras —dijo Henri con ímpetu— que a los obreros les importa una mierda la guerra de Argelia. Y yo te digo que es por falta de información. Si supieran que…

—Entonces, ¿por qué te burlas de los carteles, de las pintadas y de quienes las hacen?

—Porque tú puedes hacer otra cosa: dar testimonio escribiendo. Hace seis meses, seis meses —repitió Henri machaconamente— que estás allí. La clase obrera es como veinte mil leguas de viaje submarino: otro mundo. Ve y entérate de lo que se cuece en él. ¿Y el Partido? Este desmoviliza a las masas con sus tarjetas sanitarias; todo va bien: los obreros están en guardia, ha ganado votos, etcétera. ¿Acaso no puedes contar lo que ves, lo que oyes, describir las relaciones entre argelinos y franceses dentro del proletariado? Tenías la intención y la obligación de hacerlo. Lo de pegar un cartel por la noche…

—No vuelvas a hablar de mis carteles —refunfuñó Lucien.

Se quedaron callados unos minutos. Anna se calzó sus pantuflas y vino a servirnos un café.

Lo que decía Henri me parecía sensato. Su físico un tanto macizo y su voz, baja y reposada, añadían fuerza a sus argumentos. Pero lo que me molestaba era que una parte de él se regodeaba en los acontecimientos, los dramas o los conflictos. Seguía siendo un espectador a medias, un mirón, si se me permite, emocionado por el espectáculo. Su agudeza psicológica y su inteligencia viva se deleitaban con Lucien.

Mi hermano bebía con ansia y Anna le sirvió dos tazas más. En cuanto terminó y encendió un cigarrillo, se volvió hacia mí.

—Élise, dile a Henri lo que tú piensas.

—Pero yo…

—Tú, sí, que no eres idiota. Por supuesto que tienes algo que decir.

Y lo dije, aunque de una manera torpe. Lucien me interrumpió.

—Como ves, Henri, ni mi hermana ni yo somos buenos

abogados. Hace un momento, me has hecho un reproche. Sí, hace seis meses, cuando empecé —más por necesidad que por elección personal— en este trabajo, me apasionaba la perspectiva de lo que iba a poder hacer. Dar testimonio, como tú dices. Pues bien, amigo mío, hoy por hoy he renunciado a ello. No puedo. Es un círculo vicioso. Durante toda la jornada soy como una cámara que graba imágenes. Por la noche caigo rendido. Las imágenes no salen de mí. Para sobrevivir hay que trabajar, así que lo voy posponiendo. Y cada día me embrutezco un poco más. ¿Sabes adónde me han mandado? A la pintura. Ni siquiera me apetece explicártelo. Para asquearme, para que me largue. Por lo visto les mino la moral a los obreros, los alboroto. Hasta el delegado está en mi contra. Dice que me paso de la raya. Pero no pienso macharme. Cuando llego por la noche, me limito a beber litros y litros de agua, ceno y me acuesto. ¿Un esfuerzo intelectual? Imposible. En seis meses he ido en picado. Y te diré más, Henri: si no trabajara con los moros y los negros, si no me codeara con ellos, ya los habría olvidado. Reclamaría tres francos más, media hora menos de trabajo o cinco minutos de descanso por hora. Pero están ahí, y, por muy explotado y achuchado que me vea, soy un privilegiado en comparación con ellos. Son un combustible sin valor, una reserva inagotable. En la fábrica, debemos de ser tres o cuatro los que los vemos como seres humanos. Por supuesto que tienes razón: pegar un cartel, pintarrajear una pared, repartir octavillas es una solución perezosa. Pero ¿quién redacta esos carteles?, ¿quién inspira esas octavillas?

—Tú no eres un verdadero revolucionario —dijo Henri—. No eres más que un rebelde, ya te lo he dicho. Te estás echando a perder. Ya no somos tantos y nos hacen falta tipos como tú. De todos modos, hay que hacer algo, reaccionar ante esta situación.

—La cosa pinta mal —murmuró Lucien—. La gente tiene miedo. Sus ajustes de cuentas, su justicia… La gente se ha pasado al bando de quienes tienen la sartén por el mango.

Henri me acompañó. Había dejado el coche en el callejón, detrás de la basílica.

—Y usted, Élise, ¿se va adaptando? —preguntó.

Le dije que no, que me marcharía pronto, que no sabía cuándo, pero probablemente antes de Navidad.

—Válgase del cariño que le tiene Lucien para convencerlo de

que deje la fábrica. Está al límite de sus fuerzas.

—¿De su cariño? —dije escéptica.

—Debería tomarse un descanso, buscarse un nuevo curro.

—No tiene con qué.

—A ver —protestó Henri—, por unos días tampoco pasa nada. Puede aguantar dos o tres semanas sin trabajar. ¿Y el seguro médico, qué?

No le contesté. No habría servido de nada. Entre él y nosotros mediaba un abismo. Para él, la expresión *no tener dinero* no tenía el mismo significado que para nosotros. Para él suponía privarse del cine; de la gasolina para el automóvil, en el peor de los casos. En nuestra familia, era algo vital porque no teníamos a nadie que nos cubriera las espaldas. Que Lucien se quedara tres semanas o dos meses sin trabajar sería un suicidio. Ya no estábamos en casa de la abuela. «Diez mil francos se consiguen fácil», decía Henri. Nosotros no los olíamos a no ser que vinieran en la nómina.

—Pobre Lucien. Ha pasado años sin hacer nada…

—¿Le manda dinero a su hija? —preguntó Henri de golpe.

Violenta, le respondí que no sabía nada de ese tema.

—Anna podría trabajar —dije—; para él sería un alivio.

Henri asintió.

—¿La dejo aquí?

—Sí, aquí está bien.

—Él no quiere que ella trabaje. Al menos, no por el momento. ¿Sabía que se presentó en mi casa un buen día por la tarde, creo que en mayo? Lucien llevaba viviendo en París seis u ocho semanas. Ella se acordaba de mi dirección. ¿Cómo y con qué dinero había llegado hasta allí? Apareció en un estado de exaltación que me impresionó. Quería que le comunicara su muerte a Lucien. Me dejó una carta para él y se marchó. La buscamos. Lucien estaba como loco. De angustia y también de una alegría morbosa alimentada por la actuación de Anna. Se mataba por él. Jugaba con su vida. Gracias a un compañero, dimos con ella en un hospital. Nadie se muere de una sobredosis de aspirinas. De todos modos, estuvo ingresada un tiempo. A ojos de él, ella adquirió otra dimensión. Están muy muy lejos de nosotros, ¿no cree?

—Sí —dije mirando la puerta de la residencia, que la noche teñía de azul.

Aquellos territorios extremos me eran todavía ajenos. Estaba empezando a añorar la apacible mediocridad de Marie-Louise. Temía a Anna.

—Señorita Letellier, ¿no ha visto que todas las luces traseras están torcidas?

Gilles me apartó con delicadeza y, al llegar el coche a nuestra altura, se puso a observar al Magiar.

—¿Lo ve?

Se inclinó hacia él.

—No —dijo—, así.

Y se agachó para hacerle una demostración.

—¿Comprendido? —dijo Gilles.

El Magiar hizo ademán de no entender aquella palabra. Gilles le devolvió su destornillador.

—Venga, que se le acumula el trabajo —me gritó.

Volví a meterme en el automóvil. Gilles me siguió, se agachó en la parte trasera.

—Es demasiado poco, ¿no? ¿No le da tiempo de comprobar el exterior?

—Sí, señor, es demasiado poco.

—Está bien —dijo—. Deje pasar todas las luces traseras. No las controle.

El ajustador principal apareció en el marco de la puerta.

—¿Qué problema hay, señor Gilles?

—Tus techos. No están lo suficientemente tensos, y hace dos días que el control los detecta.

—¿Eh?

Pasó la mano por el tejido y aparecieron unos pliegues.

—Es cierto. Pero también hay que ver lo que me han dado para colocar esto —estalló—. Moros y nada más que moros. No tienen ni idea de hacer este curro y, encima, son de un perezoso…

—¿Y tú estás seguro de que se les explica bien el trabajo? —le cortó Gilles.

—¡Pues claro! Yo mismo se lo explico.

—De todas maneras, voy a ir a verlos.

El ajustador se apeó del vehículo.

—Es racista, ¿verdad? —le pregunté a Gilles.

Desoyó mi pregunta.

—Preferiría tenerla en las oficinas —dijo—. Me encargaré de eso en enero, después de las fiestas.

No dije nada, pero pensé: «Después de las fiestas, ya no estaré aquí».

Arezki venía a mi encuentro. Traté de evitarlo, pero me tendió una bola empapada de gasolina y le di las gracias.

—¿La veo esta noche? En el autobús, como la última vez. Caminaremos un poco.

Se inclinó hacia mí y me dijo al oído:

—Tengo que hablar con usted.

El ajustador nos miraba. Estaba en el vehículo que había delante de nosotros, acompañado por Gilles, que estaba midiendo los techos. No vi nada en su mirada, simplemente me observaba, pero me sonrojé como si me hubiera pillado en una falta. Los motores aminoraron la marcha y la sirena nos liberó.

—Bueno —dijo Gilles al bajarse—, es la hora. Vamos allá. ¿Almuerza en el comedor, señorita Letellier?

—No, en el vestuario.

—¿Se toma la comida fría?

Aquella noche, Arezki no salió corriendo antes de la hora. Cuando me vio dejar mi tablilla en su sitio, se me acercó por la espalda y soltó a toda velocidad:

—Hasta luego. Estaré esperándola.

Nos bajamos en la porte des Lilas, como la última vez. El trayecto se me hizo largo.

Nos sumergimos en la penumbra de la rue des Glaïeuls.

—¿Caminamos un poco primero? —me había preguntado Arezki.

Vi en ello un mal presagio.

Era una calle corta, mal iluminada. Arezki —con su chaqueta de traje, las manos metidas en los bolsillos, el cuello hundido entre los hombros— y yo, con el bolso sujeto contra la cadera, caminábamos despacio. Me sacaba veinte centímetros. Estaba esperando a que él entablara conversación. Empezó echando mano de algunos tópicos: el frío, el invierno, da gusto salir de la fábrica. Le respondí desganada.

—La otra noche —prosiguió—, dije que era mi cumpleaños. Pero nací en el mes de julio.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Quería decírselo, porque después, escuchándola, me arrepentí de haberle contado eso.

—Pero ¿por qué lo dijo?

Arezki se encogió de hombros.

—Porque sí. Para que me dijera que sí.

Habíamos llegado a la esquina de la calle. Dudó sobre qué dirección tomar. Al final, volvimos por el boulevard Sérurier.

—No pasa nada. Sería que estaba tristón y necesitaba estar con alguien. Pero no tiene que disculparse.

—Sí, sí. La estoy entreteniendo. A lo mejor tiene otras ocupaciones. Pasear de noche, al frío…

Protesté: al contrario, aquello me resultaba agradable. Me daba la impresión de que al cabo de la calle se despediría de mí, veía la carretera inmensa y la penumbra alrededor, las parejas que volvían juntas a casa, los hombres que llevaban un pan, unas botellas; gente que sabía adónde iba: a su casa, con los suyos, y que exprimiría a su antojo el placer de tener alguien con quien hablar.

—Creí que me habría tomado por una charlatana o un muermo. No me ha hecho ni caso desde la otra noche.

—¿Yo? —dijo él.

Me miró. Sonreía. Rara vez lo hacía.

—Pero ¿cómo pretende que hablemos mientras trabajamos? Además, no quiero causarle problemas. Si nos vieran hablar, salir juntos…

Estábamos en el bulevar, en aquel corredor luminoso que formaban las luces de neón amarillas y por el que circulaban ya pocos automóviles.

Al verme más relajada, nos pusimos a hablar animadamente sobre nuestro trabajo, los compañeros, la cadena.

—¿Cómo es que habla tan bien el francés?

—Casualidad —dijo.

De pronto tenía ante mí la porte de Pantin y la marquesina, así que tocaba despedirse. El autobús llegó al momento. Antes de que me subiera, y después de habernos deseado buenas noches, me cerró el cuello del abrigo. Dibujé un círculo con el puño en el cristal opaco y lo vi mirar a ambos lados antes de cruzar.

Oh, lagos calmos, senderos floridos, sotobosques llenos de helechos,

campos de trigo donde aguarda la amada, más dorada que el oro de las espigas, arroyos que recorrer juntos. Viejos sueños enterrados, pero no muertos. He aquí mi variante: la porte des Lilas, la bajada hacia el Pré-Saint-Gervais y, en el horizonte, el humo moribundo de las fábricas que dormitan, la estepa suburbana reseca por el frío y el aire contaminado; el bulevar casi desierto, con los coches que pasan rozando la acera y, a mi lado, ese hombre con el que, por tercera vez, camino sin rumbo como si el paraíso nos aguardara al final del camino.

Al final, venía un «buenas noches, hasta mañana» ya más cariñoso. Nos marchábamos cada uno en una dirección. Nuestras tímidas conversaciones seguían siendo complicadas. Una palabra bastaba para hacer que Arezki —confiado un instante antes— se encerrara en sí mismo.

Seguir de cerca las metamorfosis del árbol, pasear la vista por los caminos imaginarios trazados por las estrellas, beber al alba la lluvia fresca y, por la noche, la niebla, citarse consigo mismo en la ventana abierta con vistas a un pedacito de cielo, a las plantas en macetas, a las ramas que asoman: todo eso hace que una persona, muy a su pesar, sea diferente de quienes no se han detenido en ese tipo de cosas. Diferente, que no mejor. Pero, ahí está, cargada para el resto de su vida de emociones y de sensaciones difíciles de manejar, y cada acontecimiento que se produce se estira, se deforma, se colorea y se modela como a través de un caleidoscopio.

Mutilada por mi mustia existencia, por mi pasión de hermana y mis horizontes limitados, mi efervescente sensualidad —cuya única expresión habían sido aquellas contemplaciones nocturnas y el gozo místico de la renuncia— estalló al calor de esa amistad secreta.
La cuarta vez, Arezki me susurró: «La veré esta noche». Pero después añadió:

—En el autobús, no. Ya le explicaré. Coja el metro en dirección Villette. Baje en Stalingrad y espéreme justo en lo alto de las escaleras. ¿De acuerdo?

Era una explicación larga. Mustafa lo interrumpió una vez; el Magiar cruzó por en medio y, desde su escritorio, Bernier nos pilló arrimados.

Stalingrad no eran ya los márgenes de la ciudad, sino su mismo centro. Arezki me encontró donde me había pedido que lo esperara,

entre la muchedumbre que subía y bajaba las escaleras de piedra.

—Venga por aquí.

A nuestro alrededor pululaban muchos árabes. Cruzamos y cogimos la rue de
l'Aqueduc,
poco iluminada. Me metió en un pequeño bar de un centro social regentado por una mujer mayor, que estaba tras la barra.

—Buenas tardes, Mémère —dijo él frotándose las manos—. ¿Qué tal le va?

—Buenas tardes, querido; buenas tardes, señorita.

Arezki se decantó por la última de las cuatro mesas cubiertas de hule.

—Fuera habríamos tenido mucho frío.

—Sí.

Pero yo añoraba la noche y la libertad de pasear sin vernos. En ese momento estábamos inmóviles, solo podíamos mover los ojos.

La mujer nos trajo dos cafés. Arezki conocía el sitio. Había ido a comer allí cuando trabajaba en el barrio.

—Con un electricista. He tenido muchos oficios. Pero eso no cuenta, ¿eh? Lo que cuenta es lo que uno es, no lo que hace.

Asentí. No me atrevía a decirle que uno era también lo que hacía. Hablamos de París. Arezki me explicó la geometría de sus calles. Le pregunté si le gustaba la capital.

—Hubo un tiempo en que sí. Ahora no hay nada que me guste.

Los ojos le resplandecían en aquel rostro triangular suyo. Nunca lo había visto tan de cerca.

—¿Le gusta Argel? —pregunté, sonriendo.

—No me gusta ningún lugar del mundo.

Cuando yo hablaba de la guerra, su mirada se apagaba, volaba a otra parte y se esforzaba por esquivar la mía. La mujer murmuraba para sí mientras cambiaba de sitio unas botellas. Se estaba bien, nos sentíamos a cubierto. Arezki me tocó los dedos en dos ocasiones. Yo me refugié en un silencio que se prolongó cuando se me quedó mirando fijamente, sonriendo.

La dueña empezaba a dar muestras de impaciencia. Dos cafés en una hora no era una gran ganancia. Arezki miró el reloj.

—Tengo que volver a casa.

Salimos y el intenso frío nos paralizó los labios. Al calor del

metro, Arezki me explicó que tenía que dejarme allí. Él iría andando, necesitaba ver a un amigo. Le dije que daba igual. Me condujo hasta la plataforma, me indicó dónde tenía que cambiar, y vino el tren. Entonces, me atrajo hacia sí y me dio un beso rápido en la mejilla. No me aparté; lo repitió y me soltó. Monté en el vagón; luego, de pronto, invadida por el deseo de quedarme con él, empujé a los que tenía al lado y salté a la plataforma de nuevo. El metro arrancó. Lo había visto marcharse por la escalera de la izquierda. Corrí. Llegué al primer escalón. No estaba allí. ¿Por dónde ir? Al frente se abrían varios pasillos. Uno tenía el letrero «Salida». Él había dicho: «Iré andando». El alicatado blanco de las paredes hacía de él un pasillo de pesadilla, como el de un manicomio, un pasillo que daba ganas de echarse a correr chillando.

Crucé al otro lado del torno. La gente entraba y salía. No había rastro de Arezki. Creí verlo a la derecha. No era él. Seguí hacia la calle. Entre las columnas del metro de superficie, había dos coches patrulla y varios grupos de hombres rodeados de policías con metralletas. Era la primera vez que asistía a aquel espectáculo. Otros agentes dirigían a los transeúntes. Inmóvil al pie de las escaleras, me puse a pensar. ¿Dónde estaba Arezki? ¿A solo unos metros de mí, con los brazos en alto? La noche y el cordón policial impedían distinguir nada. Tenía miedo. No era capaz de moverme. Los chubasqueros negros, las armas apuntando al frente, el negro de los automóviles, las espinilleras de un negro brillante, la noche negra, los cinturones negros, los hombres de pelo negro, crespo o liso. «Arezki está ahí», pensé. Y deseé que me viera. Pero el miedo me paralizaba. Sin embargo, aquello no parecía molestar a los transeúntes. Dos de los policías que vigilaban la escalera me miraron. Subí unos cuantos escalones y me giré una vez más antes de cruzar el torno. Desde lo alto, solo acertaba a ver las ruedas de los vehículos, y unas sombras gigantescas se recortaban sobre las columnas, que conferían a las metralletas las dimensiones de un cañón.

Me entraron ganas de correr a casa de Lucien y de contárselo todo. Pero volví a mi habitación y me metí en la cama sin cenar. Imaginé a Arezki con los brazos en alto. Aquella noche había descubierto detalles de su rostro que aumentaban la estima que

sentía por él.

A pesar de todo, me dormí y me levanté tarde, pero me di tanta prisa en arreglarme que llegué a las puertas de la fábrica mucho antes de la hora. En el vestuario, todavía vacío, el chirrido de las bisagras al abrir mi armario me hirió como una zarpa. Ocupé rápido mi puesto y me senté dentro de un coche para poder estar pendiente de los que iban entrando. Arezki apareció rodeado de los tunecinos. Charló con ellos durante unos minutos. El Magiar se montó en la cadena tarareando. Me vio y dijo «buenos días», una expresión que le había enseñado Mustafa. El marroquí bajito nos saludó. Daubat y el ajustador se detuvieron cerca de la mesa de Bernier, que le estaba quitando el polvo. Aquellos instantes antes de que la cadena se pusiera de nuevo en marcha irradiaban la tranquilidad propia del aplazamiento de una condena. No paraba de fantasear con que el milagro imposible se producía: Gilles aparecía con una varilla y una pizarra gigante, y nos explicaba, con su voz, bonita y severa, las metamorfosis en las que participaban nuestras manos y músculos.

La sirena obligó a correr a los rezagados. Los motores se ponían en marcha, los automóviles avanzaban, nos pasaban por delante para no volver más y, girando en espacios limitados, a base de gestos calculados y medidos como pequeños engranajes bien engrasados, trabajábamos en pos de aquel fin sublime: la producción.

Arezki trató de hablar conmigo en varias ocasiones, sin éxito. La interminable mañana fue avanzando lentamente sin que cruzáramos palabra. Mustafa y Arezki discutieron varias veces. Este parecía enfadado, y el otro trataba en vano de hacerlo reír.

—Vete, vete a ver a la chica de delante y déjanos trabajar —gritó Arezki.

Mustafa se marchó, ofendido.

A mediodía, siguiendo el ritual, Arezki me trajo una bola de gasolina. Dejé mi tablilla y nos apoyamos contra los azulejos.

Mustafa se unió a nosotros. Le preguntó algo a Arezki y se fueron juntos hacia lo alto de la cadena.

En cuanto sonó la alarma, me precipité hacia el pasillo; pero, para dar el pego, me paré con Daubat. Arezki iba unos metros por delante de mí.

—Qué, pupila mía, ¿vamos a papear?

—Sí, pero…

Improvisé sobre la marcha.

—Pero me gustaría hablarle de mi hermano.

—¿A mí? —dijo sorprendido.

Arezki ya se había perdido entre la marabunta. Renuncié a ir tras él.

Daubat se quitó el chaquetón y lo colgó de un clavo del que pendían unas tijeras inmensas.

—Ojito, Mohammed, que no me entere de que le pones la mano encima.

Llevaba un chaleco granate calcetado a mano y, debajo, una camisa de franela marrón que le marcaba una barriga ya prominente.

—¿Qué me decía de su hermano?

—No aguanta la pintura. Está mal de salud. ¿No puede pedir que lo bajen y trabaje con nosotros de nuevo?

—¿Yo? Con quien tiene que hablar es con Gilles. Cómo quiere que yo… Solo tiene que ir a ver al médico o al delegado.

—¡Eh!, ¿qué hacen ahí juntitos? —gritó el ajustador al pasar.

Daubat se rio.

—Me está hablando de su hermano. La pintura le sienta mal, le gustaría cambiar de sitio.

Al ajustador se le borró la sonrisa.

—Es culpa suya. Tenía que haberse estado tranquilo cuando trabajaba con nosotros. Ahora lo dejarán arriba hasta que se vaya.

Se paró a encender otra vez el cigarrillo; Daubat, con más tacto, añadió:

—He intentado explicárselo. Es joven: aún no sabe lo que es la vida. Le he dicho: «Déjate de moros, no te metas en sus líos, haz tu trabajo, no discutas con los jefes, nada de política aquí». No me ha escuchado, se ha enfadado con todo el mundo, hasta con el delegado. Antes de llegar usted, tuvieron una bronca aquí mismo. Provoca, provoca. La gente se ha hartado de eso, y los jefes, también. Para ellos, no es un elemento positivo: discute demasiado.

—Ya, entiendo. Perdone por haberlo entretenido —dije.

—¡No pasa nada! Hay que razonar las cosas. Hala, buen provecho.

Empujé la puerta del vestuario. Las mujeres ya se habían acomodado y mi lugar de siempre estaba ocupado. Me acerqué a una obrera que había puesto a descansar las piernas encima del banco.

—Un huequito, por favor.

Movió los pies y, sin prestarme más atención, retomó la conversación con sus compañeras. Una de ellas hablaba de un altercado que había tenido con el jefe de equipo.

—Donde estaba antes era aún más duro —concluyó.

Tenía un rostro de líneas agradables, pero el exceso de arrugas le chafaba el canto del ojo. El pelo se le ensortijaba alrededor de las orejas y le enmarcaba el maquillaje ocre que gastaba.

—Por lo menos no había árabes —añadió.

Me sonrojé, pero nadie me estaba mirando.

La chica que me recordaba a Marie-Louise acababa de entrar. No se parecía a ella en la forma ni en los rasgos de su cara, sino en su mirada tranquila y atrevida, sus andares, su manera de llevar la bata de trabajo, ceñida por un cinturón ancho lacado de negro, y el relieve de sus pechos turgentes, en los aros brillantes que le colgaban de las orejas. Pidió un cigarrillo y le contestó a una que le preguntó si el morenazo de la pintura le había pagado un café.

—En la pintura, son todos morenos —apuntó una de las mujeres partiéndose de risa.

Las otras se echaron a reír. Arriba casi todos los hombres eran africanos negros. La chica se encogió de hombros.

—¿Os pensáis que voy a irme con un negro?

—Andas provocando a un argelino.

—¡Ah!, ese —dijo—. Acabaré dándole un guantazo. Se me planta delante, me mira, no me quita ojo de encima. Esta mañana no paraba de sonreírme.

—Son unos empalagosos con las mujeres.

—Pero el morenazo de la pintura no me disgusta.

—Menos diez —dijo alguien.

—Venga —suspiró mi vecina de banco—, voy a retocarme.

Abrió su polvera. Ponía un esmero tal que su actitud supuestamente irónica quedaba en entredicho.

Mi vecina le llamó la atención a la chica, una tal Didi, porque había dejado abierta de par en par la puerta del vestuario.

—Es para seguirle la pista a mi fulano —respondió ella.

En el marco de la puerta, con su bata de flores y su maquillaje dorado, con los brillantes bailándole en las orejas, resucitaba los colores, que allí estaban muertos. Y ese derroche de bisutería, que en cualquier otra parte habría chirriado, traía una bocanada de vida a aquella geometría deprimente. Imaginé las miradas, el deseo que sus movimientos provocaban. El menor de sus gestos tenía un eco erótico del que ella no parecía ser consciente; se exponía como una golosina apetecible ante la mirada de los malnutridos para luego zafarse de su hambre voraz.

Me alisé el pelo con los dedos y salí. Sonó la señal para reanudar la tarea. Corrí con los rezagados.

Al cruzar la puerta del taller, no había escapatoria: los olores y los ruidos lo atrapaban a uno entre sus pinzas y, por mucho que resistiera, acababan haciéndole morder el polvo. Sobre todo, el estrépito: los motores, los martillos, las herramientas mecánicas, estridentes como sierras, y, a intervalos regulares, la chatarra que caía.

Arezki solo me miró una vez, pero sus ojos no decían nada, estaban ausentes. El sol fue retirándose lentamente hasta que no quedó más que un reflejo blanco a lo largo de las cristaleras. El marroquí bajito dijo: «Una más».

Arezki estaba lejos. Su caja de herramientas seguía en el suelo del automóvil que yo estaba revisando. Me incliné, hurgué en ella imaginándome de pronto que había escondido allí una nota para mí. No encontré nada y me apeé, desanimada. Los coches se vaciaban, los ruidos iban suavizándose. Unos minutos más y se apagaría el gruñido de la cadena. Reconocí la espalda de Arezki entre los obreros que ya se dirigían a la puerta. Ni siquiera se había despedido de mí. No perdía la esperanza de encontrarme con él en la escalera, luego a la salida, luego en el autobús. Pero volví a casa sin haberlo visto, sola y desdichada.

Aprendí el significado de todas aquellas expresiones —*desfallecer, tragar saliva, tener el corazón en un puño*— de las que tiempo atrás me había reído. Cada vez que Arezki pasaba por delante de mí susurrando simplemente *perdón*, cada vez que desaprovechaba una oportunidad para estar a solas conmigo, me dolía todo el cuerpo.

Llegaba por la mañana flanqueado por Mustafa y los tunecinos que trabajaban en los techos. Cada mediodía, me mandaba a través de Mustafa el algodón impregnado de gasolina, que este me entregaba con unas monerías que no conseguían hacerme reír. Trabajaba a varios vehículos de distancia de donde me encontraba yo. Y por la noche, cuando me ponía en la fila esperando el autobús, dejaba pasar a propósito a los de al lado con la esperanza de verlo aparecer. La magia del pont National me era indiferente por mucho que una lluvia fina y ligera transformara la calzada —normalmente apagada— en un espejo. Bastaba con que alguien chocara conmigo para que se me saltaran las lágrimas. Los titulares de los periódicos me daban ganas de llorar, lo mismo que mi reflejo borroso en los escaparates y cada pequeño disgusto a través del cual me habría gustado canalizar mi tristeza. «Pero ¿qué tristeza, en realidad?», me decía cuando me ponía a razonar. Por lo pronto, debería marcharme. Me reencontraré con la abuela, con Marie, con la habitación de Lucien. Pasará a ser la mía y la arreglaré a mi gusto.

Porte de La Chapelle. Iba andando hasta la residencia. Un aroma a kermés se extendía por las calles que atravesaba. La cercanía de la Navidad transformaba los establecimientos. Los charcuteros y los panaderos iluminaban sus vitrinas con guirnaldas eléctricas. En sus escaparates unos letreros enormes escritos con pintura blanca evocaban las cenas festivas. Resultaba violento, chillón, animado, cálido. Me llegaba al corazón, me alteraba, me emocionaba. Me asaltó un recuerdo: el señor Scrooge y aquella atmósfera de los cuentos de Dickens, en los que se describen pavos inmensos y pasteles gigantes. El señor Scrooge… Qué tiempos aquellos. Yo tenía trece años, y Lucien, seis. Estábamos mal alimentados, nunca habíamos visto un pavo. La abuela nos lo describía. Yo leía en voz alta para mi hermano y para ella. Él me escuchaba absorto. Lo malinterpreté todo, convencida de que aquella pasión suya por los relatos imaginarios tenía algo que ver conmigo. Al levantar la vista después de cada párrafo, capté y guardé para mí la expresión atenta, entregada de su rostro. Halagada, aunque yo no fuera su destinataria, fascinada y satisfecha, cometí el error de jugar a ser su madre. ¿Se acordaría Lucien del señor Scrooge?

Nada más cerrar la puerta, me dejaba caer en la cama y, fugazmente, todo el cansancio reprimido y al fin liberado me paralizaba; y yo me sentía incapaz de esbozar el menor gesto. Ya limpiaría los zapatos al día siguiente, ya me lavaría la bata. Era demasiado tarde y estaba demasiado dolorida. Mis maltratados músculos se vengaban. Decía «Arezki» en voz alta, y las lágrimas brotaban de nuevo.

Varias veces tuve la impresión de que Arezki me miraba. Me esforcé por no levantar la vista. El Magiar me sonreía a menudo. Ahora decía con total corrección «gracias, perdón, buenos días, mierda»; esto último se lo reservaba a Bernier.

Súbitamente Arezki se plantó detrás de mí. Yo estaba contra los cristales, escribiendo a toda prisa antes de tirar la hoja sobre la luna trasera y entonces se acercó, pero Gilles atravesó la cadena al mismo tiempo para hablar conmigo. Arezki se quedó quieto.

—Señorita Élise —dijo Gilles—, ¿cómo le va? ¿Bien? Mire, han vuelto a encontrar otros tres de sus techos con defectos sin marcar.

Me tenía impresionada. Se me quedó mirando durante unos

segundos con aquellos ojo suyos, puros y penetrantes.

Inclinándose hacia mí, añadió:

—En enero ya me las arreglaré para meterla en las oficinas.

Volvió a subirse a la alfombra mágica de la cadena, se paró a ver el capó del coche que pasaba y saltó con todo su peso al pasillo.

Miré a mi izquierda. Arezki estaba absorto en la contemplación de su destornillador. Yo oía los latidos de mi corazón. Me habría gustado alejarme sin que pareciera que estaba esperándolo, pero mis piernas no se movían. Se acercó y me gritó deprisa al oído:

—¿Me esperará esta noche en la parada del autobús, como hacíamos antes? Solo una cosa: salga más tarde, a las seis y veinte, y veinticinco. ¿De acuerdo?

Al momento, añadió, muy alto:

—El automóvil que viene tiene la carrocería arañada por encima del retrovisor.

El vehículo pasó y llegó el siguiente. El Magiar me miró al apearse, sorprendido de encontrarme allí parada. Arezki se había ido con los tunecinos de los techos sin esperar mi respuesta.

Para hacer tiempo, me lavé varias veces las manos. Las mujeres se largaban sin pararse a mirar qué cara llevaban. Las estaba esperando otro trabajo para el que no necesitaban ponerse guapas. Las más jóvenes o aquellas que tenían una cita se hacían su *puesta a punto*. Esa era otra: nueve horas de fábrica destruían hasta el más armonioso de los rostros.

—Ay, cuando me jubile… —suspiró la que tenía al lado mientras se abotonaba el abrigo.

Protesté:

—¿Acaso no es entonces cuando empieza la buena vida?

—Será el final de su vida.

—¿Cómo? ¿Y qué se supone que es ahora para mí la vida? Trajinar, estar pendiente del reloj, trabajar. Si tuviera tiempo, viviría la vida.

El reloj de la porte de Choisy dio las y media. Arezki estaba ya en la fila, pero un poco al margen. Fui a su encuentro. Me hizo una seña. Entendí y me coloqué detrás de él sin decir palabra. Llegó Lucien. Prendió un cigarrillo y, al sostener el mechero a la altura de la cara, percibí su perfil seco, oscurecido por la barba, huesudo.

Montamos en el mismo grupo. Era imposible recular: me habría

visto. Fui hacia delante, cuidándome mucho de no darme la vuelta. Arezki no me hizo caso. En la porte de Vincennes, donde se apeó mucha gente, me acerqué a él. Me preguntó dónde quería que nos bajáramos para caminar un poco. Le dije: «En la porte de Montreuil». Las noches anteriores me había fijado en una calle bulliciosa por la que me parecía que podríamos perdernos fácilmente.

Bajó y lo seguí. ¿Me había visto Lucien? Me dio corte esa posibilidad. Cruzamos y, al reparar en dos cafés puerta con puerta, Arezki me preguntó:

—¿Nos tomamos un té caliente?

—Como quiera.

Había tanta gente como ruido. Parecía que todas las banquetas estaban ocupadas. Arezki caminó hasta la segunda sala. Lo esperé junto a la barra. Unos cuantos clientes me observaron de arriba abajo; notaba sus ojos en mí y podía adivinar sus pensamientos. Arezki volvió a aparecer. Al verlo venir, me quedé estupefacta: Dios mío, ¡qué árabe parecía!… En la cadena, algunos podían dar el pego, con su piel clara y su pelo castaño. Aquella noche Arezki no llevaba camisa, sino un jersey negro o marrón que lo oscurecía más. El pánico se apoderó de mí. Me habría gustado estar fuera, entre la multitud de la calle.

—No hay sitio. No pasa nada: tomaremos algo en la barra. Venga por aquí.

Me empujó hasta la esquina.

—¿Un té?

—Sí.

—Otro para mí.

Un camarero nos atendió con presteza. Le soplé a mi taza para poder beber más rápido. En el espejo que había detrás de la cafetera, pillé mirándome a un hombre que llevaba calada la gorra de los empleados del metro. Se volvió hacia el de al lado, que estaba doblando un periódico.

—Yo lanzaría una bomba atómica sobre Argelia —dijo en voz muy alta.

Me miró de nuevo, con aire satisfecho. El de al lado no estaba de acuerdo, y preconizaba:

—Sacar a patadas a todos los moros que están en Francia y

meterlos en campos.

Tuve miedo de que Arezki reaccionara. Lo miré de soslayo; aparentemente, guardaba la calma.

—Parece que nos van a poner en equipos —me dijo.

Su voz sonaba firme. La información le venía por Gilles; me expuso las ventajas e inconvenientes de aquello. Me relajé. Le hice muchas preguntas y, mientras me respondía, yo escuchaba lo que la gente decía a nuestro alrededor. Me dio la impresión de que él también seguía las otras conversaciones.

Al pasar por delante de él cuando nos marchamos, el hombre que quería lanzar una bomba atómica dio un paso hacia mí. Por suerte, Arezki iba delante. No vio nada. Lo esquivé sin aspavientos y, sintiéndome como si hubiera sorteado un peligro, fui al encuentro de Arezki.

La rue d'Avron se prolongaba extendiendo su resplandor hasta el infinito. Durante unos minutos, los escaparates concentraron nuestra atención.

—¿Qué? ¿Cómo le va? —me preguntó con retintín.

—Pues bien.

—Parecía triste estos días. ¿No habrá estado enferma?

Bromea cuanto quieras, Arezki. Aquí estás. Esta noche no tengo que imaginarme tu cara. Eres tú, en carne y hueso. Hasta me entran ganas, con este decorado de fondo, de hablarte del señor Scrooge, de los pavos. Es un momento único, suspendido de manera irreal sobre nuestras vidas como las guirnaldas que cuelgan en esta calle. Hablar solo para decir frases triviales que nos hagan sonreír.

—Tiene que disculparme por estos últimos días, estaba ocupado. Han venido a casa unos parientes.

—Creí que estaba enfadado. No me daba los buenos días ni las buenas tardes.

Lo niega. Dice que me hacía un gesto con la cabeza cada mañana. Además, ¿importa tanto? Sería conveniente —dice— elegir un día y un lugar fijos para vernos.

Estoy de acuerdo. Las tiendas son cada vez más escasas, la rue d'Avron
es menos resplandeciente, hasta que, apenas iluminada, acaba sumiéndose en la oscuridad ante nuestros ojos. Cruzamos. Arezki me coge del brazo, luego me pasa el suyo por detrás y apoya la

mano en mi hombro.

—Estoy bastante ocupado estos días. Pero el lunes, por ejemplo… Su hermano se ha montado detrás de nosotros. ¿Lo ha visto?

—Lo he visto.

—Élise —dice—, ¿y si nos tuteáramos?

Le contesté que lo intentaría, pero que temía no saber hacerlo.

—El único hombre al que puedo tutear es a Lucien.

—¡Hala! —dijo burlón—, vuelta a hablarme de su hermano…

Me recalca que durante nuestro primer paseo no le hablé más que de Lucien.

—Me pregunté si realmente eras su hermana. ¿Dónde podríamos vernos el próximo lunes?

—¡Pero si no conozco París!

—Este no es un buen barrio —afirma.

Y me hace dar media vuelta. Subimos otra vez hacia las luces.

—Elija usted y dígamelo el lunes por la mañana.

—¿Dónde? ¿En la cadena, delante de los demás?

—¿Y por qué no? Los otros hablan entre sí. Gilles me habla, Daubat…

—Olvidas que soy argelino.

—Sí, lo olvido.

Arezki me estrecha, me zarandea.

—Repite eso. ¿Es cierto? ¿Te olvidas de eso?

Sus ojos me escrutan.

—Sí, lo sabe de sobra. No puedo ser racista.

—Eso ya lo sé. Sin embargo, pensaba que sería más bien por Lucien y gente así, que era cosa del exotismo, del misterio. Hace un año…

Reanudamos la marcha y volvió a cogerme por el hombro.

—Conocí a una mujer. Me…, sí: me enamoré. Ella leía a diario en el periódico una novela por entregas que se titulaba *La pasión del moro*. Y se le había subido a la cabeza. Mezclaba eso con los recuerdos de su padre, que había estado en la clandestinidad durante la guerra contra los alemanes.

Guarda silencio. Nos mezclamos ahora con el gentío y el brazo de Arezki me hace sentir violenta. Me da miedo la gente. En la puerta de un vendedor de periódicos, la edición vespertina anuncia:

«Desmantelada en París una red del FLN».

Arezki lo ha leído y ha parpadeado de manera casi imperceptible.

—¿Acaso los motivos para amar son siempre puros? —digo cortante—. A menudo, hay que contentarse…

—Yo, no —ataja él, también con un tono seco.

Seguimos en silencio hasta la boca del metro.

—Será mejor que nos despidamos. Es tarde.

Me trago el *ya*, que casi se me escapa.

—Sí, estará cansado.

—¿Cansado? No.

La idea no le agrada.

—Mira —dice bajando la voz, cariñoso—, desde hace tres días, por tu culpa, no me acuesto.

Y, al ver mi sorpresa, rectifica:

—No, se dice *no duermo*. Quería verte, pero no podía. No quiero hablarte delante de los demás. He pensado en usar a tu hermano de intermediario, pero he preferido esperar. Sí, *dormir*; no *acostarse*. Es una expresión que tenemos nosotros.

—Habla muy bien en francés —dije para disimular la emoción.

—Hablarlo, bueno… Escribirlo… cometo muchas faltas.

Un coche de policía pasa tocando el claxon insistentemente. Arezki me suelta. El vehículo no se ha parado.

—Hace frío. Vamos: es hora de irse a casa.

Me explica los transbordos, los enlaces.

—¿Dónde vive?

No responde de inmediato, luego dice:

—En Jaurès.

Me arrepiento de haber preguntado. Sé que ha mentido. Subimos en el mismo vagón, nos sentamos uno enfrente del otro. Me dice simplemente:

—Bájate aquí, coge dirección Dauphine —y me aprieta muy fuerte la mano que le tiendo.

Pasé el domingo siguiente en la cama.

Dormí mucho. En algún sitio había leído que el sueño potencia la belleza.

El lunes por la mañana, Mustafa y el Magiar llegaron tarde. Mustafa vino primero y se acercó a Bernier, que no le quitaba ojo

de encima, para hacerle un saludo militar. La cólera de Bernier recayó sobre el Magiar. Pero este, que estaba ganando cada vez más seguridad, se zafó de él y se metió en un automóvil. Me vio y gritó «oh, la, la» señalando a Bernier. Arezki estaba trabajando bastante lejos y no me había saludado todavía. ¡Ojalá se detuviera la cadena! Así podría sentarme y pensar con calma. Pero no lo hace y mis pensamientos fluctúan al ritmo de mis movimientos. El resultado son unas angustias sincopadas. Distingo la silueta de Arezki y me tranquilizo. Agradezco que estemos juntos en este infierno.

Mustafa vino a nuestro encuentro justo cuando coincidimos por primera vez en la mañana. Arezki se libró de él con no sé qué pretexto.

—Esta noche no puedo —dijo a continuación—. Lo dejamos para otro día, ¿no?

El marroquí bajito me empujó sin miramientos. Gilles estaba detrás de él. Mustafa volvió con una cajita de clavos y la volcó delante de Gilles. Después, sin dignarse recogerlos, se colocó al lado de Arezki.

El ajustador entró también en el coche.

—Es él —le dijo a Gilles señalando a Mustafa, que se dio la vuelta—. Lo he estado observando un momento. Mire. Cuando clava, tira de la tela y por eso se desgarra.

Gilles apartó a Mustafa y le cogió el martillo. Examinó con detenimiento el *snapon*, el techo, y empezó a martillear el burlete. Mustafa permanecía a la espera, arrugando la nariz y murmurando en árabe.

Con un movimiento de cabeza, Gilles llamó al ajustador:

—Se ve obligado a tirar de la tela para pasarla bajo el *snapon* y por eso se desgarra… Mande que dejen tres o cuatro centímetros más. Están cortando demasiado al ras.

Mustafa se puso de pie silbando.

Gilles se apeó y el ajustador fue tras él.

—Entonces, ¿qué hago? —gritó Mustafa—. ¿Sigo o no sigo?

—Sigues y tratas de no tirar muy fuerte.

Y se fue.

Estaba sola dentro del vehículo. Arezki había salido de él hacía unos minutos. Me bajé del automóvil y lo rodeé. El Magiar estaba colocando las luces traseras. Un cansancio traicionero me serraba

los músculos a la altura de las pantorrillas. Apoyé el brazo derecho en la puerta del maletero. Esta osciló y se cerró. Oí el grito del Magiar. Soltó su herramienta y, más ágil que yo, levantó la tapa. Pero el borde, en aquel punto de la cadena, era todavía una lata cortante. El Magiar tenía la mano y el antebrazo cubiertos de sangre.

Me quedé mirando su muñeca rajada sin decir palabra. La sangre corría libremente. Con los dedos, hizo ademán de anudar fuerte un pañuelo que se sacó del bolsillo. Reaccioné. Cogí aquella tela, tiesa por las costras secas, y le hice un torniquete improvisado.

—Venga —le dije.

Me siguió. Bernier no estaba en su sitio. Fuimos en su búsqueda. Los demás nos miraban, y me alegré de que Arezki me viera.

—¿Qué ha pasado?

Gilles se acercó. Lo puse al corriente. Cogió del casillero de Bernier un pase para la enfermería. Cambió de opinión y me dio otro a mí.

—Acompáñelo. No habla francés.

Atravesamos la fila de las máquinas. Nadie silbó. El Magiar impresionaba. En la primera planta, al pasar delante de los urinarios, se paró y me dijo: «Mear». También había aprendido aquella palabra.

Lo esperé enfrente de la puerta. Tardaba una eternidad. Imaginándome que se había sentido indispuesto, empecé a preocuparme y aproveché que no había nadie a la vista para abrir la puerta y comprobar qué pasaba. Olía fuerte, como en un establo. Era nauseabundo. El Magiar se estaba aseando. Se había sacado el faldón de la camisa, lo había humedecido con el grifo de los lavabos y se estaba frotando las manos. Le hice un gesto de «rápido, rápido». Sonrió y me enseñó una palma casi blanca.

En la pared, plagada de pintadas, había inscripciones reivindicativas grabadas a cuchillo.

NUESTROS CINCO FRANCOS
DUCHAS
EL PC AL PODER

Solo unas cuantas eran obscenas.

—Rápido —volví a decirle al Magiar, que ahora se estaba lavando la cara con el mismo faldón mojado.

En la pared de la derecha había grabado con letras temblorosas

—sin duda, escritas con prisas— VIVA ALEGERIA, que, a todas luces era VIVA ARGELIA. Resultaba enternecedor que el autor ni siquiera supiera escribir lo que deseaba ensalzar de esa manera. Me acordé de la pancarta de Mustafa: PROIVIO TUCAR. Me habría gustado hablar de todo eso con Arezki.

Le expliqué a la enfermera cómo se había producido el accidente y dejé al Magiar sentado en una silla, admirando el hervidor. Sus ojos reflejaban una satisfacción absoluta. Debía de felicitarse por haberse aseado antes de entrar en aquel cuarto blanco y caliente. Para todos aquellos hombres que salían dando tumbos de la fábrica para ir a su casa, a un barracón o a un sórdido hostal, la enfermería encarnaba la alegría de vivir, un lujo que podían permitirse de cuando en cuando.

Volví al taller y le entregué a Bernier el pase sellado por la enfermera.

—¿Cómo va? —me preguntó.

—Creo que van a mandarlo al hospital.

—Estos extranjeros… —suspiró— tienen un imán para los accidentes.

—La culpa ha sido mía. He cerrado el maletero sin querer.

—Habrá que hacer un parte en caso de que le den la baja. He puesto a Daubat en su puesto. ¡Hala, venga!

Mustafa, Daubat y algunos otros vinieron a preguntarme. Arezki vino también. Cruzamos una mirada fugaz carente de significado. Sus ojos, tan variables, expresaban a la perfección sus sucesivos estados de ánimo y, en concreto, tenía una mirada neutra e indiferente que desbarataba cualquier tentativa de acercamiento.

¿Confesárselo a mi hermano? Qué tonta. Sabía perfectamente que no podía decirle nada. No me saldrían las palabras. ¿Para contarle qué? Resumido y condensado en un par de frases, aquello se reducía a cuatro paseos nocturnos por París, a unos acercamientos temerosos y a las gigantescas florituras que yo misma me había bordado en torno a la situación.

Bernier envió a un argelino para sustituir al Magiar. El ajustador dio varias vueltas para vigilar a Mustafa y sus techos.

Hacía tiempo que había descubierto la hostilidad latente entre los obreros. A los franceses no les gustaban los argelinos ni, en general, los extranjeros. Los acusaban de robarles su trabajo y de no

saber hacerlo. El esfuerzo común, el sudor común, las reivindicaciones comunes eran, como decía Lucien, un farol, eslóganes. La verdad era el *sálvese quien pueda*. La mayor parte de ellos se traía a la fábrica sus rencores y sus desconfianzas. No se podía estar a favor de las redadas fuera y, al entrar en la jaula, defender la fraternidad obrera. A veces se producían choques y cada uno se atrincheraba en su raza y su nacionalidad para atacar o defenderse. El delegado sindical mediaba sin convicción. Un día, cuando me trajo la estampilla y el carné, le confesé mi sorpresa y mi decepción.

—Ha habido tanta barbarie entre ellos… —me dijo sin mojarse.

Él mismo hablaba de *moros* y *moritos*, y les tenía inquina por no haber participado en la huelga por los cinco francos de subida.

La cadena se detuvo y la sirena sonó. Mustafa me había traído la bola de gasolina que Arezki le había entregado. Era una señal: no quería hablar conmigo.

Cogí el abrigo y me dirigí hacia la porte d'Italie.

Necesitaba caminar y hablar conmigo misma. Soplaban fuertes rachas de viento que me erizaban el pelo y me azotaban la piel de la cara. Había chicas bonitas, con sus cálidos abrigos, a las que —¡menuda injusticia!— el frío y la ropa de invierno hacían parecer más hermosas; argelinos que caminaban como patos, vestidos con chaquetas de traje de entretiempo y el cuello levantado; había polis haciendo controles de identidad en las bocas del metro. Los escaparates, desde el del Prisunic al de la decrépita mercería, se habían contagiado de la fiebre de las guirnaldas y los adornos recargados. Una multitud feliz, con el estómago lleno, que sacaba en noviembre los zapatos con borreguillo y los abrigos forrados, en agosto se iba de vacaciones al mar y vestía ropa de primavera por Semana Santa; una multitud que se ganaba el descanso con el sudor de su frente caminaba, se sentaba a la mesa del café y cerraba fuerte los ojos cuando se deslizaban en sus aguas territoriales inquietantes especies malnutridas que seguían vistiendo en noviembre la ropa de Semana Santa y que, a pesar del sudor de su frente, solo les daba para ganarse su pan. Por fortuna, aquellas especies se apiñaban en los barrios reservados para ellos —en chabolas, en hostales de mala muerte— y por comunidades:

argelinos, españoles, portugueses y, por supuesto, franceses. Dentro de estos últimos, había también distintas categorías: alcohólicos, vagos, tuberculosos y degenerados. El gueto tiene sus cosas buenas. Pero aquella gente conseguía colarse al lado de uno en el metro, en el café, y, además, era ruidosa, se confundía de dirección o bebía como una esponja. En ocasiones, de entre aquellas caricaturas humanas, de entre aquellos cuerpos afligidos, mutilados por la miseria en sus cuartos oscuros, fríos, en medio de la ropa sucia y la que está secándose, surgía uno de aquellos despojos que portaba —milagrosamente o por casualidad— un destello, una llama, una luz que le causaría aún más sufrimiento. El ingenio se respiraba allí como en cualquier otra parte, pero la inteligencia se desarrollaba o moría aplastada.

Esos pensamientos, el frío, los mechones que se me arremolinan en el cuello, las evasivas de Arezki, la sangre del Magiar y el olor de la fábrica, las cuatro horas de cadena que tengo por delante, la carta de la abuela que no he leído aún: la vida es toda esa amalgama. Qué agradable era la de antes, esa vida un tanto engañosa, lejos de la sórdida verdad. Era sencilla, salvaje, rica en fantasías. Yo solía decir «Un día…», y con eso me bastaba.

Vivo el presente, vivo la vida de verdad, mezclada con los demás seres humanos, sufro. «No eres combativa», diría Lucien.

Una especie de necesidad física de hablar con él me hizo dar media vuelta. Llegué hasta la entrada del comedor. Salían unos hombres. Apareció Gilles y me reconoció; le dije que estaba esperando a mi hermano.

—Pues mire, no lo he visto en el almuerzo. Espere, que ahora vengo.

Pasó un contramaestre, uno gordo que llevaba sombrero. De lejos, me había parecido terrorífico. Ahora que podía estudiar su cara con detenimiento, me resultaba mucho menos aterrador.

—No —dijo Gilles cuando volvió—. No está. Suele comer en la mesa enfrente de la mía, y me da la impresión de que hoy no ha venido.

Me preguntó qué tal, le respondí que bien y me dirigí a la fábrica.

Didi, la chica guapa, estaba plantada en medio del vestuario, bajo la bombilla, y, con la cabeza levantada hacia la escasa fuente

de luz, se aplicaba un pintalabios. Me vio y me llamó.

—¿Es usted la hermana del morenazo de la pintura? ¿Está enfermo o ha dejado el trabajo?

La preocupación me movió a pasar por su cuarto aquella misma noche. Ver a Anna me hacía sentir incómoda, pero hice de tripas corazón y llamé a la puerta. Me abrió ella misma.

Tirado en la cama y apoyado en el cabecero, Lucien conversaba con Henri, que estaba sentado en la otra punta.

—¿Qué os decía yo? —anunció mi hermano con voz ronca—. ¡Aquí está! ¿Qué? —me gritó—, ¿te has asustado? ¿Creíste que me había muerto?

—No, pero veo que estás enfermo.

—¡Hala!, enfermo… He cogido un catarro, idiota. Pero mañana iré al curro.

—Bueno, si todo está bien, entonces me marcho.

—Siéntate cinco minutos —dijo él—. ¡Te toca, Henri!

Henri leyó unos papeles que tenía en la mano. Era un relato inspirado en Lucien sobre las condiciones laborales, sobre los métodos de los que él era testigo.

—Muy bien. Se lo daré a Glottin para que lo meta en el próximo número en forma de *carta al director*.

—¿Crees en el poder de la palabra?

—Creo en el poder de la firma pública —dijo Henri en tono seco.

—¿Glottin es un antiguo miembro del PC?

—Sí, ¿por?

—Nada —dijo Lucien. Suspiró, se aclaró la garganta varias veces…— Esa gente, en cuanto deja el Partido, ya no es nadie. El Partido es el que los vertebra. Fuera de él, vuelven a su condición de cero a la izquierda.

—Ya hablaremos de ello, ¿te parece?

—Me parece bien. Anna, dame limón.

Anna se levantó, cortó un limón por la mitad y se lo llevó.

—¿Ese es tu tratamiento?

Cuando hacía ese tipo de preguntas, mi voz adquiría, muy a mi pesar, un tonillo desagradable, irónico y gruñón.

Se volvió hacia donde yo estaba sentada. Sonreía de oreja a oreja.

—¿Y tu morito? ¿Qué tal anda?

Había usado esa palabra con afán de ser vulgar y molestarme.

—¡Esta mañana hemos tenido un accidente!

Y me puse a hablarle a toda velocidad de la herida del Magiar para cambiar de tema.

Me daba vergüenza por Henri, y más todavía por Anna.

—¿Así que sigue en París, Élise? ¿Ha decidido quedarse?

—No, me marcharé a finales de mes, para las Navidades.

Lucien dejó el limón.

—¿Te marchas a finales de mes?

—Me han llegado noticias de casa. Tengo que volver.

Quería que tuviera mala conciencia, deseaba perturbar la vida en la burbuja en que se había encerrado como si fuera una habitación abierta únicamente a las grandes masas de hombres, a la guerra, a la condición obrera, y tapiada del lado de dos criaturas: su hija y Marie-Louise. Quería vengarme de su frase. Se dio cuenta.

—Arezki te echará de menos. ¿Sabes?, has elegido bien. Es el tipo más válido de todo el taller, puede que hasta de la fábrica. Junto con Gilles. Pero Gilles… Sí, el más válido. Eso sí, también tiene su genio. Lo sé: he trabajado con él. Es picajoso, hosco. Gilles también le tiene aprecio.

—Me gustaría tener una charla con ese tal Gilles —intervino Henri.

Lucien hizo como que cabeceaba.

Henri se había puesto de pie y se estaba desperezando.

—Te dejo los periódicos y las octavillas. Si encuentras a unos cuantos tipos para que las repartan…

—Sí, de los que pegan carteles… Ya ves que para algo servimos.

Anna salió con Henri. Quería comprar unos medicamentos para mi hermano. En cuanto cerraron la puerta, Lucien apoyó la cabeza hacia atrás y me dijo:

—Siempre anda buscando con quien reunirse. —Y añadió—: Es un esnob de mierda.

Temía quedarme a solas con él. No sabía entablar una conversación ni tampoco podía estarme callada.

—A mediodía te estaba buscando alguien.

Era consciente de la estupidez que cometía.

—¿Quién? —dijo intrigado.

—La chica que controla las cerraduras. Una morena, guapa.

—Sí, sí, ya caigo. Bah, una chica sin más —dijo.

Se incorporó y buscó sus cigarrillos. Al no encontrarlos, volvió a recostarse.

—Yo tengo el listón más alto.

No respondí nada. Henri se había ido, yo me había quedado, él medio dormitaba y le costaba distinguir.

—Además…

Hizo una pausa larga. Al retomar el hilo, su voz sonaba distinta, pastosa a causa del sueño.

—Hay personas que llevan en su interior el arma que mata el amor, el exceso mismo de ese amor. Acortan su vida por la avidez y voracidad con que aman.

—Eh, ¿ahora te ha dado por filosofar? —dije riendo.

—Desbarro, sí. —Abrió los ojos—. ¿Qué hora es?

—Me voy, son las ocho y media. Cuídate, Lucien. Has adelgazado, estás pálido.

—¡No empieces otra vez…!

Se puso de pie. Anna estaba de vuelta.

—Aquí tienes —dijo dejando sobre la mesa una bolsa con medicinas.

—¿Cuánto han costado? —preguntó mi hermano.

—Tres mil y… Henri me ha prestado el dinero.

—¿Henri…? En realidad, ha hecho lo que tenía que hacer —añadió—. Empieza la gran circulación de capital.

Fui hacia la puerta y los miré. El círculo de la bombilla los rodeaba como si de un proyector se tratara. No se movieron cuando giré el pomo. En cuanto me hubiera marchado, su magia se restablecería.

El Magiar había vuelto con la muñeca izquierda vendada. Seguía atornillando las luces traseras.

—¿Qué? —le preguntaba Mustafa cada vez que se cruzaba con él.

—Bien —decía el otro.

Había un cristal roto que dejaba entrar el aire frío, y Bernier nos dijo que colocáramos un cartón a la espera de que lo arreglaran.

—Lleva roto un año —dijo alguien.

El Magiar trabajaba con su chaqueta de traje abotonada, que

tenía el cuello cubierto con una capa de grasa. Hablé con Mustafa:

—¿Por qué no se pone un mono? Y usted también.

—¿Un qué? ¿Qué es eso?

—Un mono —repetí—. Una chaqueta y un pantalón de dril, como… Daubat, por ejemplo.

—Yo no me pongo mono —dijo desconcertado.

Arezki apareció bajándose de un vehículo que yo estaba revisando.

—¿Esta noche le va bien? ¿Nos vemos?

Le contesté que no podía. Lo dije cortante, luego me apeé y me metí en el siguiente automóvil. No volvió a intentar acercarse a mí hasta el mediodía. Entonces me trajo él mismo la bola de gasolina. Yo seguí haciéndome la muda; se fue con Mustafa.

Daubat venía por el pasillo con unos viejos cartones de embalar. Dejó uno a mi lado. Era para el cristal roto.

—Les doy el trabajo masticado. Solo tienen que cortarlo y colocarlo. ¿No va al papeo?

—Iba a bajar ahora.

—¿No está de buenas hoy? ¿Es por el frío? ¿Por el trabajo? ¿Ha habido fallos?

Para complacerlo, le pedí consejo. Bajamos juntos. A mí me convenía: así no tendría que pasar sola por delante de los gritones de las cerraduras, que comían allí mismo a pesar de estar prohibido y luego se echaban una siesta en los coches.

Daubat se quejó de los ritmos frenéticos, que no permitían esmerarse en el trabajo.

—Además, hay demasiados extranjeros. No saben hacer nada y no tenemos tiempo para enseñarles. ¿Come en el vestuario? Cuidado con los tentempiés fríos.

El banco, mi banco, estaba libre. Podía disfrutar del momento a mis anchas. Las paredes se desdibujaban, el banco adquiría unas proporciones gigantescas, también mi cuerpo. Para sentir la voluptuosidad de estar en posición horizontal, de escuchar solamente los murmullos del grupito de mujeres, nada como haber sufrido cinco horas a pie firme. El trabajo, el cansancio, el hambre y el ruido torturaban mi cuerpo; el estómago, las piernas, las sienes y la nuca —los cuatro puntos más vulnerables— se fundían hasta crear la impresión de no ser más que un único miembro dolorido.

Salivar masticando sin prisa mi tentempié mientras mis párpados luchaban por mantenerse abiertos y un tibio letargo desde los pies a la cintura se cernía sobre mí era el incomparable goce que me concedía a diario.

Y, mientras comía, sentí en la boca el sabor del té caliente que Arezki y yo habíamos bebido juntos en cada una de nuestras citas. Su perfume se mezcló con el sabor del pan, lo impregnó por completo, y empecé a arrepentirme de mi rechazo matutino. Era —si cabe— todavía más sensible a los placeres, aun siendo modestos, al ser parcos en mi caso. Quienes lo tienen todo y consideran el bienestar una obligación o ni siquiera lo consideran porque para ellos es algo de lo más corriente no conocen esa sensación cercana a la ebriedad que se apodera de uno al tener calor después de haber pasado frío, al comer bien, al haberse tomado un café. Todos los problemas se desvanecen, a uno lo invade un sentimiento de poder y se cree invencible porque tiene el estómago lleno o los pies secos.

Las mujeres se callaron. Acababa de entrar una trabajadora, una pelirroja más bien fea, bastante delgada y algo mayor. Abrió su taquilla, revolvió en sus cosas y, en cuanto hubo colocado de nuevo el candado, deslizó la llave en el sujetador.

—¿Qué tal, Irène? —preguntó una mujer.

—Y tú, ¿qué tal?

Hablaba como esas mujeres que fuman como carreteras. Su voz conservaba una especie de halo en los sonidos graves, que ella alargaba hasta hacerlos sensuales. Era su único encanto, pues su cara, compuesta de ángulos afilados, difícilmente conseguía despertar ternura.

Irène se marchó. El grupo de mujeres se puso a murmurar. Capté esta frase:

—… va con argelinos.

Ir con era la expresión habitual, siempre seguida de un plural. Y era el mayor insulto: ir con argelinos, ir con negros…

Durante un momento, me imaginé a aquellas mujeres convertidas en mis confidentes. Compartiría banco con ellas, les diría: «Es extraño. A ver qué les parece a ustedes. He disfrutado de unos minutos de vanidosa satisfacción al decirle que no a Arezki. Si pudiera, me desdeciría. Ustedes tienen mucho que ver en ese no. Me dan miedo. Pero no puedo pasar sin el té caliente, sin el contacto de

su mano cuando se despide de mí y sin ese paseo nocturno».

Al día siguiente, dirían de mí: «Va con argelinos». Aquella expresión hacía pensar en antros lúgubres en los que una mujer va pasando de unos brazos a otros.

Él trabajaba lo más lejos posible de mí. Sin embargo, en un momento dado se quedó rezagado y nos cruzamos, rodeados siempre de nuestros compañeros.

—¡Dos más!

El marroquí bajito se sentía aliviado. A mí me embargó la tristeza y vi aparecer ante mí un pozo negro sin fondo.

Llegó el último automóvil. Arezki se apeó.

—Ponga: «Techo rasgado». Al colocar el retrovisor, he tirado fuerte.

—Solucionado: he cancelado lo de mi hermano, así que puedo quedar con usted.

—¿Eh?

Se quedó sorprendido. Se lo había soltado tan rápido que dudé de si me había entendido.

El Magiar, Mustafa y el marroquí bajito venían a nuestro encuentro. Arezki me metió precipitadamente en el coche.

—Escúchame bien. Coges el metro, ¿vale?, hasta Stalingrad. Te bajas y te sientas y me esperas sin salir del andén. Mientras tanto, desdoblas del todo el periódico y finges leerlo. De ese modo, si se baja gente de aquí, no te reconocerán.

Seguí sus instrucciones. Me encontró en la plataforma de Stalingrad, oculta tras las enormes páginas de mi periódico. Eso le hizo reír. Me dio unos golpecitos en el papel y me dijo que iríamos a Ternes.

—Cerca de l'Étoile. Creo que es un buen barrio.

Arezki iba de punta en blanco. Llevaba una camisa blanca, una corbata tapada por una bufanda; su traje marrón, brillante de tan desgastado como estaba, era de una pulcritud exquisita.

Vi por fin el París nocturno, el de los clichés y los calendarios.

—¿Y eso te gusta?

Arezki lo encontraba divertido. Propuso que fuéramos hasta l'Étoile

para luego desandar el camino por la otra acera. Qué sencillo debía de ser mimetizarse y convertirse en una pieza más del decorado. Ser

consciente de ocupar un lugar en esta preciosa ciudad, estar integrado, ser como, estar en…

Hablamos durante un buen rato sobre el accidente del Magiar. Los dos teníamos frío. Arezki echaba un vistazo a los cafés al pasar. «Tiene miedo de que sea caro. A tres días de la paga, estará como yo: casi tieso».

Bajando hacia Ternes, me dijo: «Tienes frío», y nos metimos en un local con calefacción en la terraza. Sin embargo, prefirió el interior, eligió dos sitios y pidió dos tés. El proceso era siempre el mismo: los de al lado nos observaban en silencio durante unos segundos; era fácil adivinar sus pensamientos. Yo trataba de convencerme: «¡Venga, pero si esto es París, la ciudad de los proscritos, de los fugitivos del mundo entero! Estamos en 1957. ¿Voy a perder la compostura por unas cuantas miradas? Somos un escándalo en este bonito barrio. ¿Y qué culpa tiene esta gente?».

… Pero ¿a qué se dedica la policía? ¡Ver a uno de estos tipos sentarse a nuestro lado, en un lugar respetable en el que te has citado con una chica guapa a la que luego llevarás a su casa en tu automóvil, aparcado ahí al lado; ver a un árabe acompañado de una francesa! Ella es francesa y chacha: se le nota en las pintas. Estamos en guerra con esa gente… ¿A qué se dedica la policía? No, torturarlos, no: somos humanos. Hay campos, centros a los que se les puede enviar. LIM-PIAR París. Ese puede que lleve un arma en el bolsillo. Todos las llevan…

Cada una de sus miradas decía eso. El té había perdido el aroma embriagador del vestuario. Me pareció insípido y percibí la impaciencia de Arezki. Me hizo una seña y salimos. A partir de entonces, fui consciente de que desconfiaba, a menudo sin motivo, de quienes lo observaban. Veía a la policía por todas partes y temía a los provocadores.

En la oscuridad profunda de las calles perpendiculares que habíamos enfilado, me armaba de valentía. Íbamos sin prisa, un poco encogidos por el frío. Arezki había perdido la desconcertante reserva de las primeras noches. Eso sí, cuando hice hincapié en lo bien que hablaba nuestro idioma, volvió a decirme que era por casualidad.

Al otro lado de la ventana, en la planta baja de un edificio que hacía esquina, vimos un gato que miraba hacia la calle. Arezki se

echó a reír.

—Qué típico de los gatos ponerse detrás del cristal. Cuando estaba en casa, teníamos uno. Lo adoraba, pero siempre se escapaba. Ahora me pregunto de qué vivía, qué comía; nunca había sobras.

—¿Qué quieres que te cuente? —dijo cuando le pregunté por su infancia—. Miseria, miseria, miseria.

Tenía un hermano, un recio buscavidas que se había marchado a Argel y había ido encadenando trabajos de mozo en los baños públicos, de estibador, de vendedor de buñuelos. A los trece años, Arezki se había ido con él y había trabajado también de mozo en los baños. Por la noche dormía en el *hammam*. Pasó una temporada trabajando de mozo de equipajes; pero, gracias a su hermano, nunca supo lo que era el hambre. En los baños conoció a un compatriota, un burguesito que acababa de vender todos sus bienes y de donárselos al Partido, que todavía era clandestino. Aquel hombre había sabido ver y alimentar la llamita que resplandecía en los ojos de Arezki. A partir de entonces, Arezki se había consagrado al estudio solitario, anárquico, por el simple placer de entender y de saber. Aunque su hermano lo había animado al principio, un buen día lo envió de vuelta a su aldea tras una discusión. Pasado el tiempo, vino Francia y la lucha por la supervivencia.

—Hace seis años que no voy allí.

Me quedé callada pensando en la carta de Anna.

Arezki me miró riéndose, como si se burlara de mí.

—Anda que como empecemos a contarnos nuestras miserias…

—Las nuestras no tienen ni punto de comparación con las vuestras —dije.

—Sí, eso creo.

Tras un breve silencio, prosiguió:

—Si guardamos bien el secreto, podremos vernos casi todas las noches.

No contesté nada; me embargaba la alegría. Habíamos andado mucho y llegamos a una placita, ante una estatua enorme. Me paré y le hablé de ella.

—Es Balzac, es fácil de reconocer —dije con tono desenfadado —. Fíjese en la bata y el ceñidor. ¿Lo ha leído? ¿Le gusta?

—¿Y tú conoces a Imru'l Qays? ¿Te gusta? —preguntó con

elegancia.

La placita formaba un islote en medio de la niebla, y yo disfrutaba de aquel momento de dicha absoluta. Tenía la impresión de que si me marchaba de la plaza la felicidad se desvanecería.

—Ven —me dijo Arezki—, vas a coger frío. No te quedes ahí.

No me moví, lo miré sonriendo. Me atrajo hacia él y me besó, demasiado rápido para que yo sintiera placer alguno aparte de un calor repentino en la cara, fría.

Alguien atravesó la niebla y cruzó por delante de nosotros a paso vivo y haciendo ruido.

—Cuánto me gusta París…

—Preferiría que dijeras: «Cuánto me gusta Arezki…».

Su tono era de guasa. Todavía me tenía sujetos los brazos por los codos, y nos echamos a reír a la vez. Yo le lanzaba miradas furtivas a la estatua, tiritaba de frío e intentaba retrasar el momento de seguir.

—Ven, vamos.

—¿Hacia dónde?

—No estoy seguro. Por ahí es Ternes. Ven, vamos hacia el metro.

Suspiré: «Ya». Me atrajo hacia sí y me besó de nuevo con más pasión que la primera vez. Yo me tensé como una hipócrita. Me soltó, me cogió la mano y, a regañadientes, me despedí de la placita.

El contacto de nuestras manos me tranquilizaba. De hecho, él hablaba con indiferencia y en un tono neutro, comparando el clima de las distintas ciudades en las que había vivido, y supuse que mi autodominio le había decepcionado.

—¿Cuándo estás libre? —preguntó.

No me gustó su pregunta.

—¿Quién no es libre aquí?

Lo dije en un tono seco. Se detuvo, me fulminó con la mirada y me respondió con dureza:

—Pensaba que eras una mujer inteligente.

Siguió andando, con las manos en los bolsillos, mientras yo trastabillaba y no sabía qué decir.

—Qué frío, qué frío.

Esperaba que volviera a cogerme la mano.

Me sonrió con ironía.

—Sí, qué frío. Tendríamos que habernos quedado en un café. Pero estar en un café con un árabe… es incómodo. La gente te mira. Las callejuelas oscuras son más discretas.

—Está perdiendo el tiempo —esa vez, me gustó el tono de mi voz—. No es de mí de quien habla. No me siento identificada con lo que acaba de decir, y usted lo sabe bien.

Mi enfado le gustó. Estábamos delante del escaparate de una zapatería, y el luminoso del local proyectaba destellos de luz sobre nuestros rostros. Arezki se relajó, y me encontré de nuevo pegada a él.

Durante los segundos que duró ese contacto dulce y templado, mi mente echó a volar y me horrorizó imaginar que cualquier noche podría besarme así en público.

—No le hables a nadie de nuestras citas. Mañana por la noche, espérame como hoy en Stalingrad, con un periódico.

Estábamos a punto de cruzar para entrar en la boca de metro cuando Arezki tiró de mí hacia atrás.

—Espera.

Reculó hasta refugiarse en las sombras de un porche y escrutó a los tres hombres que hacían guardia delante de la escalera.

—Despidámonos aquí —dijo Arezki—. Hasta mañana, vete rápido.

—Pero ¿por qué? ¿Y usted?

Pareció impacientarse y me aseguró que no pasaba nada, pero que debíamos separarnos. No insistí. Su mirada estaba fija en algún punto detrás de mí. Lo dejé y crucé. Al pasar por delante de los tres hombres, aminoré el paso y los examiné. Nada en su comportamiento me resultó sospechoso. Parecía que estaban esperando. Pero cuando llegué a la mitad de la escalera, me detuve y subí de nuevo para observar a Arezki. Su silueta alargada desaparecía por la avenida de la izquierda. Uno de los hombres que estaba en la entrada del metro me echó un vistazo rápido y reanudó su ir y venir alrededor de la balaustrada sin prestarme más atención.

Eran casi las once cuando llegué a mi habitación. Comí algo de fruta y me entretuve delante del espejo que había sobre el lavabo. Busqué en él un cambio invisible a los ojos.

Cuando Arezki se encontró conmigo en Stalingrad, anunció que no volveríamos a ir a Ternes, que no era un buen barrio.

—Vamos… a Trocadéro.

Fuimos a Trocadéro. Hasta volvimos al día siguiente. Nos paseamos por los jardines, en los que la gélida neblina levantaba muros protectores a nuestro alrededor.

Fuimos a Opéra y dimos varias vueltas alrededor del edificio.

Cruzamos varios puentes.

Nos perdimos por las calles del barrio de Saint-Paul.

Subimos por los bulevares alrededor del eje de Saint-Augustin.

Saliendo de Vaugirard, llegamos hasta la porte d'Auteuil.

Recorrimos la rue de Rivoli en ambos sentidos.

Y el boulevard Voltaire, y el boulevard du Temple, y las callejuelas detrás del Palais-Royal. Y la Trinité, y la rue Lafayette.

Nunca regresábamos al mismo barrio. Cualquier nimio suceso, una reunión, la sombra de un coche de policía o un caminante que nos seguía bastaba para ponerle fin al paseo. Teníamos que separarnos, volver a casa cada uno por su lado. Aquellas noches inacabadas, nuestras conversaciones interrumpidas y la inquietud —el no saber, el dejarlo atrás, el esperar al día siguiente para confirmar que no había pasado nada grave— hicieron que me encariñara profundamente con él, siguiendo el absurdo principio que transforma lo escurridizo en lo más querido.

Veía a la policía por todas partes. Yo creía que exageraba y protestaba un poco cuando me decía:

—Mira, ese tipo de ahí, el que está delante del escaparate: es un poli. ¿No te lo crees? Te lo digo yo.

—Y ¿qué? ¿Eso qué más da?

Seguíamos con el paseo.

Había muchas redadas. Arezki las temía.

—Pero si usted lo tiene todo en regla…

—¿Y te piensas que con eso les basta?

Así las cosas, a la noche siguiente cambiábamos de distrito. Yo no preguntaba, no pedía nada. Los días pasaban; nos citábamos casi a diario. Intentaba tutearlo, después de que una tarde se enfadara por mi continuo *usted* esto, *usted* lo otro. Me gustaba escucharlo hablar. Su lengua producía una pequeña vibración, muy suave,

cuando pronunciaba las erres. Íbamos de lo serio a lo ligero, nos reíamos de los compañeros de cadena. Le hablaba sobre la juventud de Lucien, le hablaba mucho de la abuela. Se había convertido en alguien familiar para él; ahora conocía sus rarezas, sus expresiones, sus manías. Mustafa, la abuela y Lucien eran los personajes de los que nos acompañábamos y que nos ayudaban a descubrirnos. Por pudor, nos valíamos de ellos para hablar de nosotros.

Imbuida de ideas preconcebidas, una noche en que paseábamos por los jardines de Trocadéro y Arezki —aprovechando un hueco oscuro— me había besado con brusquedad, pensé: «Ya está, ahora me llevará a su cuarto». Pero no sucedió nada. Nuestra armonía era un milagro. Cualquier otro se habría mostrado más impaciente y atrevido. Él no lo fue porque a las difíciles circunstancias que se lo impedían vino a sumarse el placer calculado de ir avanzando poco a poco conmigo.

Nos miramos durante mucho tiempo con una ternura cada vez mayor. Ante los demás, habíamos jugado a la indiferencia, ese juego en el que el mínimo gesto, un temblor de los párpados o una inflexión en la voz adquieren un gran valor.

Cada vez que nos separábamos, Arezki me pedía que guardara el secreto, y eso me molestaba un poco. Eso sí, a decir verdad, a mí también me convenía.

Lloviera o helara, nosotros paseábamos. París era un inmenso bulevar lleno de trampas por el que nos movíamos tomando precauciones ridículas. La ternura magnificaba los escenarios de nuestros vagabundeos. Nada era feo. La lluvia hacía resplandecer el pavimento, sobre el que la solitaria luz de un callejón sin salida se descomponía en piedras brillantes. Las plazas tenían el encanto de las de provincias, y los cobertizos destartalados, el de los viejos molinos abandonados y sus formas. El placer que sentíamos hacía de París un lugar distinto.

Las noches en que él no podía verse conmigo, yo reponía fuerzas. Me tiraba sobre la cama y me quedaba dormida sin ni siquiera haberme quitado la ropa.

A veces lo irritaba mi tenaz recato, del que no conseguía desprenderme. Y yo, temiendo que lo confundiera con alguna forma de rechazo racista, me esforzaba en hacer gestos que a mí me parecían atrevidos y que eran simplemente naturales.

Siendo ambos autodidactas, tanto a él como a mí la compañía del otro nos resultaba enriquecedora. Él sentía pasión por la Geografía y se preguntaba de dónde le vendría.

Cuando yo hablaba demasiado sobre Lucien, dejaba de escucharme, lo cual me resultaba decepcionante. Una noche en que me estaba acordando del Magiar, me dijo con delicadeza: «Olvídate del Magiar y no le sonrías mucho».

Dos o tres veces le hice preguntas indiscretas que, sin enfadarse, eludió; así que tuve que resignarme a no saber nada más que lo que él quisiera contarme. Rara vez hablábamos de la guerra, pues nos salía al paso cada dos por tres —en los ojos de los transeúntes, en los quioscos de prensa, en las salidas del metro— y nunca estábamos seguros de si volveríamos a vernos al día siguiente. Hablábamos de la cadena. Arezki admitía que su furioso estrépito le provocaba la misma excitación sexual que sentía fuera, en el alboroto de los bulevares. El silencio y la calma avivaban sus temores.

Disculpaba a Mustafa y me explicaba por propia experiencia el comportamiento de su amigo con las chicas de la fábrica.

—Cuando empecé a trabajar en París —decía—, estaba deslumbrado, la cabeza me daba vueltas. Los cuerpos de las chicas aquí son una tentación. Son más apetecibles que las mujeres de nuestra tierra por motivos… que no tienen nada que ver con la belleza. Me volvía loco sentirlas a mi alrededor. Bajaba la cabeza para no verlas moverse o agacharse. En mi país apenas vemos a las mujeres, mientras que aquí están casi al alcance de la mano… Imagínate lo que es para Mustafa, que viene de un lugar perdido en las montañas.

—¿Y ha amado a muchas de esas mujeres guapas?

Cuando volvía a tratarlo de usted, él sabía que me había puesto tensa.

A veces, me decía, burlón:

—¿Cuál de los dos es el subdesarrollado?

Iban pasando los días. Las fiestas navideñas estaban a la vuelta de la esquina. Yo ya había perdido la cuenta. Navidad era ahora un mal día, un día sin Arezki; los domingos y los festivos nunca estaba libre. La semana se dividía en cuatro días venturosos y tres días grises.

Seguía posponiendo la fecha límite para mi regreso y a la abuela le contaba unas mentiras tremendas.

Lucien y Mustafa se encargaron de enturbiar aquel peligroso equilibrio.

La víspera Arezki me había dicho:

—Mañana iremos a Saint-Michel. Más que nada, para que conozcas la zona y también porque todos estos rincones están infestados de policías. Te lo aseguro: esto está lleno. ¿No has visto hace un momento al tipo que se levantó cuando nos pusimos a su lado? Así que no te olvides. Me esperarás en Châtelet. CHÂ-TE-LET. En el andén, como de costumbre.

A la mañana siguiente, llegué a y treinta y cuatro en lugar de a y media, y el vigilante me dijo: «Demasiado tarde, ya hemos recogido las tarjetas. Vuelva a las ocho para fichar con los de las oficinas».

Al principio me hizo gracia porque podía imaginarme la sorpresa que se llevaría Arezki, su inquietud. Aparecería a las ocho y observaría su reacción. Aquella treta infantil me tuvo ocupada, y fui a pasear alrededor de la fábrica. Fui a ver las ventanas de nuestro taller desde el boulevard Masséna. Me imaginé a Bernier echando pestes porque tenía que sustituirme. Mi ausencia me convertía en un personaje importante. Todos se preguntarían: «¿Qué le ha pasado?».

Pero ese placer me duró poco. Al levantar la cabeza para mirar los cristales pintados de blanco de la segunda planta, una angustia salvaje, una inexplicable impaciencia me hicieron desear estar allí arriba. Continué con mi lento paseo alrededor de la fábrica. «Es el temor a cruzar sola el taller, es el frescor de la mañana, es el estómago vacío». Era el miedo, ese que machaca el vientre con sus golpes sordos y hace que se nos atragante la saliva. Viendo los altos muros ennegrecidos y la reja que me separaban de Arezki, surgían en mi interior imágenes siniestras, y ya no conseguía encontrarle la gracia a mi farsa involuntaria.

Entré en el taller y conseguí abrirme paso hasta la cadena. Acostumbrados a mi presencia, los hombres apenas reaccionaban ya. A medida que caminaba, me iba fijando en el panorama general. Primero, distinguí a Mustafa, que levantaba los brazos mientras hablaba con el marroquí bajito.

Arezki me vio. Se estaba apeando de un coche y sostenía sus

herramientas contra sí. Las dejó en el vehículo, en el propio suelo, e hizo amago de venir hacia mí, pero se limitó a saludarme con un movimiento de cabeza.

Bernier había puesto a Daubat en mi lugar, que me recibió con un *ah* carente de efusividad.

—Llegué tarde a la puerta —le grité.

—Pues hay que acostarse pronto para poder levantarse por las mañanas —dijo él sin sonreír.

Luego se bajó de la cadena y se dirigió al escritorio de Bernier.

—¿Se ha quedado dormida? —preguntó Mustafa.

Sonreí y me apresuré a ponerme manos a la obra. Tenía la impresión de que todos me miraban. Saltándose sus principios, Arezki me esperaba en el automóvil en el que yo tenía que entrar.

—¿Qué pasa?

Preguntó sin mirarme mientras seguía atornillando.

—Nada, que llego tarde.

—Esta noche, date prisa a la salida. ¿Recuerdas? Châtelet. No podré estar mucho tiempo y tengo que hablar contigo. No te entretengas con nadie antes de que hablemos.

Aparentemente, era una mañana como otra cualquiera. Arezki trabajaba lo más lejos posible de mí. La mecánica de los gestos funcionaba a la perfección. Pero luego estaba Mustafa, que me miraba de un modo distinto, y también el marroquí bajito y, a lo lejos y de un modo insistente, Bernier. Algo había cambiado.

Por casualidad y sin haberlo pretendido, en la pausa de mediodía fui a dar detrás de Arezki en las escaleras. Daubat, que bajaba con prisa, se quedó mirándome cuando, empujada hacia delante por quienes se lanzaban por las escaleras a toda velocidad, me apoyé en la espalda de Arezki.

Me paré delante del vestuario de las mujeres y, al levantar mecánicamente la cabeza, vi a Lucien. Descendía con calma, tieso y lívido como un borracho. A la altura de las sienes, llevaba el pelo blanco y pegado por culpa de la pintura. El endurecimiento de sus rasgos y la mirada fija le añadían brutalidad a la expresión de su rostro. Aquel cuerpo —tan querido, tantas veces espiado— en estado de descomposición me removió por dentro. Lo esperé para hablar un poco.

—Hombre, ¡aquí estás! ¿Qué te ha pasado?

¡También él! Le pregunté cómo lo sabía.

—Bajé esta mañana a ver una carrocería. Una chapuza mía, parece ser. Bernier me cogió por banda para preguntarme si sabía el motivo de tu ausencia. No lo sabía. Le he dicho que no. Fui con él a ver la carrocería. Arezki estaba trabajando en ella. Le pregunté si estabas bien ayer por la noche, al despediros.

Lo miré, no podía creerlo.

—¿Le has preguntado eso? ¿Delante de Bernier?

—Sí, delante de Bernier. ¿Y qué?

—¿Te respondió?

—Farfulló algo.

—¿Y Bernier?

—Bueno, Bernier… no dijo nada. Los otros, tampoco. Puede que no me oyeran.

—¿Qué otros?

—Venga, deja de darme la tabarra. El pequeño Mustafa, Daubat, creo, y también otro.

Empecé a agobiarme. A Lucien le sorprendió. «¿Qué sentido tiene esconderse?», me preguntó. ¿Tenía vergüenza? ¿Miedo?

—Pareces muy afectada. Y qué, yo os he visto varias veces por la noche en el autobús. ¿Es cierto o no es cierto?

—Has cometido una gran estupidez, sobre todo a ojos de Arezki.

—Venga, que aquí no se trata de Arezki. Tú estás pensando sobre todo en ti misma. Te conozco bien. Qué quieres, son cosas que pasan. Cuando una se enamorisca de un árabe…

Hablaba muy alto, con un deje de satisfacción. ¿Había actuado sin pensar, espontáneamente? ¿O había querido acorralarme de aquel modo traicionero, obligándome —como él hacía— a desafiar la opinión de los demás? Cuando me divisaba a lo lejos bajándome del bus detrás de Arezki, cuando nos veía dirigirnos con cautela a las calles tranquilas, al amparo del invierno, que hundía París en la niebla y la oscuridad desde las siete de la tarde, ¿acaso no pensaba que me faltaba valentía, dignidad y que había que darme un empujoncito? ¿No estaba encantado de avergonzar a aquella cuya mirada y cuyas opiniones críticas había soportado durante años? ¡Menuda revancha!… «Le he hecho morder el polvo», se estaría diciendo. Podía intuir mi inquietud y, aun así, me observaba tranquilo y burlón. Había dinamitado los puentes que le quedaban

en cualquier dirección y había conseguido ganarse el rechazo del mundo entero a su paso.

Era inútil intentar explicarme. Dijera lo que dijera, el mal estaba hecho. Afortunadamente, esa misma noche vería a Arezki y podríamos hablarlo.

Observé con atención a las mujeres que almorzaban en el vestuario. No me hicieron más caso que cualquier otro día. Eso me tranquilizó un poco. Volver al taller, pasar por delante de Daubat, de Bernier, mirar a la cara a Gilles… que, a todas luces, lo sabría. Todos lo sabrían. «Va con…». Mustafa y el Magiar me daban igual: a quienes temía era a los demás.

Cuando el ajustador alto vino a hablar conmigo por la tarde, me sentí desfallecer. Me preguntó qué tal iban sus techos. Le dije que bien, puede que hasta muy bien. Satisfecho, se atrevió a hacer una broma inocente, cosa que me tranquilizó. No sabía nada. Escuché sus explicaciones profesionales con tanto interés que se sintió halagado. Quería granjearme su simpatía de forma preventiva. De manera inexplicable, estaba desarrollando un sentimiento de culpa que solo me empujaba a una cosa: ganar tiempo.

Me desplomé en un banco de la estación de Châtelet y puse la mente en blanco mientras esperaba. Arezki se retrasaba. Con cada tren que se vaciaba, mi irritación aumentaba. Cuando llegó, no fui capaz de relajarme. Se contagió de mi frialdad. Salimos y nos encontramos sobre un puente. El escenario en vivo era desapacible; aquí y allá, el agua reflejaba espasmos de luz. Arezki guardó silencio y yo no me atreví a decirle «Detengámonos un momento». El horizonte, despejado sobre el río, daba sensación de libertad, de espacio infinito.

—¿Conoces este edificio?

Arezki por fin hablaba.

—Es la prefectura de policía. Evitemos el muelle.

Con una indiferencia impostada, dije:

—Lucien ha cometido una torpeza esta mañana.

Arezki me miró. Parecía sorprendido.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Él mismo.

—¿Por qué lo hizo?

—Es Lucien en estado puro. Lo dijo sin pensar.

—Sí.

Como parecía que no se quedaba tranquilo, insistí.

—¿Es grave?

—¡Grave! —dijo—. Una menudencia así. Grave para ti, en todo caso. Para mí, un poco. Pero, sobre todo, para ti.

—A mí me da igual.

Lo dije gritando. En este instante, sí. Me envuelve un plácido bienestar, y con eso me basta. Anna lo expresaba muy bien cuando le escribía a mi hermano: «Con usted, siento que existo». Y yo, esta noche, me siento y siento que esta ciudad existe, más allá de Arezki, pero a través de él, embellecida por la sombra que se extiende ante nosotros.

La lluvia multiplica ahora los espejismos.

—Ponte el echarpe; te vas a mojar.

Me gusta ese gesto. Me sujeta el bolso, yo anudo las puntas de la tela bajo la barbilla y seguimos caminando.

—¿Qué le vamos a hacer? A ambos nos convenía más guardarlo en secreto. Ahora empezarán a molestarnos, sobre todo a ti. Bah, no pasa nada. No vas a cambiar por eso, ¿no?

Esbozo una sonrisa tranquilizadora.

—Si no fuera un egoísta, te diría que dejáramos nuestros puestos y fuéramos a buscar trabajo a otra parte. Pero me gusta tenerte delante de mí, sobre todo por la mañana; cuando llego, te busco, te veo. En fin… Ya iremos viendo. Te gusta este barrio —prosigue—. Lo suponía. A mí también, pero es un barrio peligroso.

—Pues hay muchos hermanos tuyos.

—Ay, nunca lo entenderás —suspira—. Precisamente por eso. Es un barrio de redadas. Además, no es el mío. Yo vivo en el de Crimée.

Anteriormente, me había dicho que en el de Jaurès.

—Pero esta noche nos importa un comino. Ven, vamos a tomar algo.

Nos internamos en aquellas calles medievales. Las imágenes que se me vienen a la cabeza —el pasaje de Trois-Chandeliers, nuestra puerta, el club, la abuela buscando de noche cajas vacías— consiguen chafarme la alegría durante un segundo. Arezki me agarra contra sí y caminamos al mismo paso.

La abuela, la puerta y el pasaje se esfuman.

—Pongámonos a cubierto. Llueve a mares.

A la derecha del callejón, hay un café árabe. La puerta está entreabierta. Está abarrotado, es ruidoso, hay música. Sale un hombre, echa un vistazo al exterior, vuelve a entrar y cierra la puerta.

—¿Entramos en este café?

—¡Qué dices! Imposible. No soy del barrio. Me tomarían por un chivato, por un soplón.

Se me ha escurrido el echarpe. Nos hemos guarecido en un portal. Arezki, deja que tu pelo gotee, no te seques las mejillas. Me has besado. Tu cazadora, en la que apoyo la cara, está fría. Su olor a cuero mojado me embriaga. Sigue lloviendo. La puerta del café se ha abierto. La música llega hasta nosotros. Una frase se repite a modo de *leitmotiv*. Arezki traduce: «*Ana ounti*, "tú y yo"; es egipcio». La música se debilita; han cerrado la puerta. Arezki ha suspirado. Le he preguntado: «¿Tienes frío?».

—No, es por pensar en separarnos —dice.

—¿Ya?

—Sí, tengo que volver temprano.

La lluvia amaina; reemprendemos el paseo. Ese momento demasiado breve cae como una foto en el fondo de una caja.

El boulevard Saint-Michel constituía para mí todo un universo simbólico. Henri y Lucien le reservaban siempre adjetivos fascinantes.

Escruté a los transeúntes. Aquella noche, el bulevar no me pareció a la altura de su fama. Principalmente había chicas guapas a las que se les hacía la boca agua delante de los escaparates de todas aquellas *boutiques*. No parecían precisamente pobres. De cuando en cuando, aparecían criaturas como disfrazadas con ropa desastrada, sucia, y que —suerte la suya— ceñía la figura de las chicas en el punto exacto y realzaba lo que debía realzar.

Arezki me tiró de la manga.

—¿Ves esa camisa?

En un escaparate, me señaló una camisa blanca, de hilo fino, sedosa, cara.

—Tengo que conseguir esa camisa.

—Pero, Arezki, cuesta casi una semana de trabajo.

—Qué más da… Me la compraré con la próxima paga.

—Hay otras igual de bonitas en otros sitios y mucho más baratas.

—No es lo mismo. Mírala bien. Dime si uno se imagina una camisa así sobre el torso de un argelino.

Se estaba obcecando en aquello, y traté de dárselo a entender.

—No es, en todo caso, la camisa de un revolucionario.

—Por supuesto que no.

Se quedó mirándola con aire soñador durante unos segundos más y me dijo: «Ven».

—Ojalá fuera capaz de expresarlo con palabras para que lo entendieras…

Cruzamos entre los automóviles, y no respondí nada. Se quedó parado en la acera y miró el reloj.

—No nos da tiempo a tomarnos algo.

—Bueno, pues lo dejamos para mañana —dije resignada.

—Pasado mañana. Oh, oh; sepárate de mí, camina delante —murmuró a toda prisa.

Hice ademán de vacilar. Se detuvo y, entre dientes, repitió: «Tira». Estábamos llegando a la esquina de una calle en la que estaban aparcados varios coches de policía. No podíamos dar media vuelta. Obedecí. Arezki dio un paso hacia la izquierda para separarse de mí y, en ese momento, le dieron el alto.

Crucé como una autómata. Al girarme, ya no lo vi. No quería marcharme sin saber. Los polis, colocados en forma de red, pescaban a cuantos pasaban, ya fueran árabes o tuvieran pinta de serlo. La vida nocturna seguía su curso en el bulevar, y los estudiantes —de verdad o de pega— se paseaban o charlaban.

Tenía que irme. No había la más remota posibilidad de localizar a Arezki. Debía de estar metido en alguno de los furgones grandes, y lo único que conseguiría quedándome allí clavada, inmóvil contra un cristal, sería llamar la atención.

Arezki no fue a trabajar a la mañana siguiente. Yo llevaba el control de los vehículos haciendo de tripas corazón. Notaba las miradas puestas en mí y siguiendo mis gestos. A mediodía esperé a Lucien; había decidido contárselo todo. No apareció, y no quise ir hasta el comedor para hablar con él.

Al retomar la actividad a las dos, Arezki estaba allí. Sus ojos decían: «Sí, soy yo. Paciencia». Me sentía tan feliz que aquel

mensaje me bastaba.

Arezki y Mustafa estaban discutiendo. Arezki hablaba en voz baja, y, sin entender su idioma, intuí que estaba furiosísimo. Bernier se asomó al marco de la luna trasera.

—Rezki —lo llamó.

Él se giró.

—¿Por qué no has venido a trabajar esta mañana?

—Me encontraba indispuesto —dijo Arezki.

—¿Otra vez?

Se metió en el coche, se agachó y, mientras examinaba el techo, dejó caer:

—Si no hubieras venido esta tarde, tenía pensado encomendarle a aquella señorita que fuera a preguntar por ti.

Arezki dejó su herramienta.

—¿Por qué a la señorita? —le preguntó a Bernier.

Lo miraba lleno de cólera; el otro reculó y se bajó. Arezki se bajó también.

Mustafa salió del automóvil y se colocó detrás de Arezki. Durante unos segundos, los tres se observaron mutuamente; luego, dos obreros pasaron por en medio para meterse en el vehículo que se acercaba, y Bernier dio media vuelta y se marchó a su mesa.

Arezki me llamó por señas. Nos subimos en el coche vacío.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a toda velocidad.

—Tirando. Pero me han retenido hasta por la mañana.

—¿Para una simple comprobación?

—Ya ves. Cuando nos cogen, nos enchironan toda la noche. Ve tú a explicarle eso a un jefe. Bueno, escúchame rápido. Esta noche no voy a poder verte. Mañana es fiesta. El domingo… Hasta el lunes por la noche. ¿No puedo llamarte por teléfono? Si es que sí, escríbeme el número y déjalo en la caja. Ya lo cogeré luego.

La cadena seguía, la vida seguía, la guerra seguía, y, aun viéndonos sometidos a aquellos yugos, tratábamos de rascar algún fragmento de placer, dulce y apacible.

—¡Felices fiestas! —vino a decirme Gilles.

—Gracias, señor.

Me tendió el sobre con la paga.

Intento encontrar, sin conseguirlo, la manera de describir lo que sucedía cuando Gilles estaba allí, ante nosotros. Nos entraban ganas

de trabajar. Nos devolvía la dignidad que se nos había arrebatado. Nos daba seguridad. Exigente y severo, destacaba por su sentido de la justicia. Escuchaba a Said con el mismo interés que le prestaba al jefe de fabricación. No sentía cariño por los obreros, sino una estima similar por todos y cada uno de ellos. Por suerte, la naturaleza lo había dotado, además, de aquel rostro de rasgos enérgicos y finos, de una expresión franca, abierta y generosa.

A las cinco la alegría recorría toda la cadena. «Una hora, camaradas, ¡y a descansar! Tres días. Esta noche, cena de Navidad. Vamos a ponernos las botas, y mañana, vuelta a empezar. El domingo ya tendremos tiempo de recuperarnos. Y el lunes… Pero de aquí al lunes, tres días… Nos fundiremos la paga…».

—¿Usted la celebra? —me preguntó Mustafa.

—¿Yo? No, ¿y usted?

—Yo no puedo —dijo—. Estamos en guerra, señorita.

—Ni yo tampoco. No me apetece.

—¡Ya me contará a la vuelta! —gritó mientras bajaba. Se giró y se inclinó un poco—: Eso si no nos hemos muerto…

En el vestuario, la alegría de las mujeres se traducía en ruido. No me produjo ninguna amargura. No las envidiaba. Pagaban bastante caros los placeres que les esperaban. Aquellos pocos minutos de alborozo, la risa fácil o la blusa sucia engurruñada me recordaban la emoción festiva de las vacaciones escolares.

Navidad parisina, casi suave, lluviosa; serpentinas profanadoras, petardos que perturban el mágico amanecer. Me despierto sobresaltada. Son los fiesteros, que vuelven a casa achispados. Remoloneo en la cama con voluptuosidad. El rostro de Arezki, una puñalada en el corazón, viene a arruinar mi dicha. Descubro el sinsabor de los placeres no compartidos. Pero todavía queda esperanza, la irremediable esperanza, y la dicha prende de nuevo. A solas, evoco a Arezki, tirando de los detalles que la memoria y las imágenes que guardo en la retina me devuelven. En su caso, no podría hablar de belleza; no sería la palabra idónea.

Seco, sin rastro de músculo, con sus brazos escuálidos de venas hinchadas, los dedos finos, despliega sus andares tranquilos metiendo ligeramente hacia dentro el cuello a la manera tímida de los árabes, que caminan encogidos cuando no lo hacen exageradamente tiesos, balanceando los brazos. Su pelo, que cuida

con esmero, brilla acaracolado en las sienes, ascendiendo en filas apretadas que le alargan las facciones. Intento imaginar qué aspecto tendrá en el futuro, cada vez más sarraceno. Demacrado y con poca carne; sobre la boca, aún roja, el rastro blanco del bigote. A propósito de su cara y de su gesto, estaba a punto de decir que me recuerdan a algún animal. Puesta a comparar, me sobran las opciones: los ojos del lobo, el perfil del águila. Sin embargo, la cara de Arezki es una cara humana, mudable; ni siquiera la cólera es capaz de desvirtuar su armoniosa constitución: los párpados que se alargan bajo el canto de las cejas, las sienes ligeramente hundidas, el mentón definido. Sus ojos son negros, negros, negros: de terciopelo, de brasa, de azabache. Todo eso y más. Dado a los rencores enconados, a Arezki le cuesta perdonar. Cada dos por tres le vienen a la boca un *te juro* o un *te doy mi palabra*. Le gusta el término *hermano* y dice *nuestro pueblo*. Por otra parte, elige con prudencia sus palabras, como si les otorgara algún poder oculto. Habla de la enfermedad con una repugnancia absoluta. No dice «Estoy enfermo», sino «Estoy cansado». La palabra puede atraer la cosa. No se viste para abrigarse, sino para engalanarse. Le gusta cuanto lo realza, los colores brillantes que dilatan las pupilas. Solitario, siempre al margen a no ser que esté entre hermanos, termina por considerarse superior a quienes lo desprecian. Se atrinchera en su aislamiento, y su resignación —pasajera— no es fruto de la humildad. Imaginativo hasta la locura, su aire pensativo y su silencio esconden las febriles oleadas, las coloridas riadas que corren bajo sus párpados.

Al segundo día de fiesta, la soledad empieza a pesarme. Me lo planteo todo, dudo, tomo una decisión: iré a visitar a Lucien.

Cojo el autobús que me deja delante de la basílica. He comprado pasteles de los que sé que le gustan. Es extraño: ya no le guardo rencor, necesito sentirlo cerca de mí. Por culpa de Arezki. Hago tiempo hasta las dos alrededor de la basílica, con su voluminoso remate en forma de cono. Llamo a la puerta y espero. La puerta se abre y Anna se echa en mis brazos, gimoteando; luego da un paso atrás, decepcionada. No contaba con verme.

—Disculpe, creía que era Lucien.

Vuelve el rostro, pero mi vista de lince me hace reparar en la hinchazón de sus párpados, la rojez de su nariz a fuerza de sonarse.

Para zafarse de mi mirada, hace como que se viste y me da la espalda. Pero su voz delata las lágrimas vertidas. Le pregunto si Lucien va a venir. Aguardo con satisfacción el momento en que se vea obligada a enfrentarse a mí, la misma que antaño experimenté viendo a Marie-Louise derrumbarse. ¿Prolongaré su suplicio? ¿Le diré que me quedo? Se ha girado ligeramente y se está subiendo la falda. El ángulo puntiagudo del codo al llegar a la altura de la cintura, la cadera huesuda y la poca carne de su vientre hacen prender mi vicio incurable: la necesidad de echar una mano, de sanar las heridas, de mostrarme útil y necesaria.

—La cosa no anda muy bien, ¿no?

Al principio, no responde, y me siento ridícula; luego, acaba cediendo.

—No, no va bien.

Sonríe para acompañar su confesión, y sus pupilas desaparecen entre la tumefacción causada por las lágrimas. Ha terminado de vestirse y está estirando la cama. Echa cuentas, se hace preguntas. ¿Y si le voy a Lucien con el cuento de sus intenciones? Le ayudo y le hablo de mi hermano, de su trabajo, de la fábrica, de la sauna en la que se pasa horas metido, del impresionante cambio de sus rasgos, de la necesidad de velar por su reposo, por su alimentación. En un primer momento, me ha escuchado con atención, después he notado que su interés decaía. Fija la mirada en un punto de la cama y busca entre sus recuerdos eróticos la certeza de que Lucien volverá. Su cuerpo entero es la prueba del deseo que de él tiene en este preciso instante. En cuanto regrese, se enredarán y se perderán el uno en el cuerpo del otro. Ahí y solo ahí es donde ella siente que existe. Mis argumentos le parecen ridículos. Piensa que no he entendido nada. Han discutido. Él se ha marchado en plena noche. Ella lo espera, llora. No ve el momento de estar a solas para seguir llorando. Dejo los pasteles sobre la mesa y me marcho.

Las máquinas y los motores habían descansado durante tres días, pero se pusieron en marcha al primer toque. A nuestros cuerpos les costaba más arrancar. El primer automóvil pasó a medio terminar; al segundo le faltaban los *snapons*. Cuando llegó el tercero, ya habíamos recuperado el ritmo.

Arezki me sorprendió mientras me subía en el coche que acababan de dejar los hombres.

—¿Cómo estás? —dijo a toda prisa—. ¿Nos vemos esta noche?

Alcé la vista hacia él.

—Sí, nos vemos. Todo bien.

Nuestro breve intercambio de miradas, tres palabras contadas, no había durado más de unos segundos. Convertidos en estatuas, arrastrados por la cadena igual que el mar arrastra una balsa, fuimos a dar demasiado lejos de nuestros puestos habituales como para que aquello pasara desapercibido. Sin embargo, Arezki parecía estar de un humor excelente. Dejó que Mustafa revoloteara a su alrededor, se rio cuando el Magiar le enseñó la nuca, despejada de aquellos caracolillos suyos de dudoso gusto; cruzó unas frases con Gilles, que vino a inspeccionar los techos. En dos ocasiones posó la mano sobre la mía como por descuido y se disculpó con una sonrisa cómplice.

Me tranquilicé. Nada parecía haber cambiado en el comportamiento de los hombres que nos rodeaban. Se partían el pecho para mantener el ritmo. La prima bailaba ante ellos como la zanahoria delante de un burro. Bernier pasó y volvió a pasar, se detuvo, se marchó y regresó. Pero eso era habitual en él. Solo noté que Mustafa me hablaba con menos ganas.

Faltaba la prueba del vestuario. No me miraron de ninguna manera especial.

En voz baja, Arezki había precisado: «Crimée, segunda estación después de Stalingrad».

Él ya estaba allí cuando me bajé del último vagón.

—¿Es tu barrio?

Vio mi sonrisa, sonrió también y dijo:

—No, vivo en Goutte-d'Or. Esta vez es verdad. ¿No me preguntas adónde vamos?

Le dije que me daba un poco igual saberlo.

Caminábamos por una calle tranquila, casi desierta, mal iluminada. En la acera izquierda, se alzaba una tapia inmensa, muy larga y alta, que rodeaba alguna fábrica.

—Mustafa se ha ido de la lengua, como tu hermano.

Lo bombardeé a preguntas. ¿Qué había dicho Mustafa? ¿Y a quién?

—Mustafa vive en mi calle. Lo ha ido contando por el barrio. También por la fábrica, porque Said, el que trabaja en los techos,

me ha venido con la historia. Qué más da. Yo había ido con cuidado, pero ahora ya está; no sirve de nada lamentarlo. Dejaremos de escondernos. Solo quiero que entiendas que tengo… ocupaciones; no siempre estoy libre. Lo he pensado mucho: lo que necesitamos es un sitio en el que podamos estar por fin solos. ¿Qué opinas?

Hice como que no había entendido bien.

—No, no me refiero a un café. Quería decir que lo que necesitamos es una habitación. —Y continuó—: En tu residencia, ni por asomo. Y yo no vivo solo. Hay que buscar algo. Esta noche, vamos a casa de un tío mío que vive a la vuelta de la esquina. A ver si puedo camelármelo.

—¿Yo también voy?

—Pues claro. Querida Élise, hoy vas a hacer tu entrada triunfal en la familia.

La casa parecía abandonada. Tras sus paredes no se escuchaba ni un ruido.

—Desde luego que sí —dijo Arezki—. Este es el economato de la fábrica de enfrente. Solo hay tres inquilinos. Él vive en el último piso.

Tocó a la única puerta del séptimo. No contestaba nadie; tocó de nuevo, llamó, se identificó. La puerta se abrió. Apareció un hombrecillo gordo y cejudo. Cubrió a Arezki de gimoteos de alegría y nos invitó a pasar. Cuando le preguntó señalando hacia mí, Arezki lo cortó.

—Ella no entiende, así que habla en francés. Te presento a Élise.

Me dio las buenas tardes con frialdad y se giró hacia su sobrino.

—Sentaos.

Nos señaló la cama. Ocupaba la mayor parte del cuarto. Tenía unos largueros de hierro pintados de blanco y un colchón tan fino que al sentarme noté los muelles. En el techo de la minúscula habitación había un tragaluz, cuya barra de hierro pendía por encima de la cabeza del viejo.

En el suelo, entre cacerolas y cestas, había una cafetera grande sobre un hornillo eléctrico. Este estaba conectado por un cable largo a la toma que alimentaba la bombilla que iluminaba la buhardilla.

La conversación entre ellos se eternizaba. Muy a su pesar, el tío volvía a su lengua, y también Arezki de cuando en cuando.

Entonces, se corregía y se giraba hacia mí.

—Discúlpenos, es la fuerza de la costumbre.

Miraba a mi alrededor, me imaginaba el desván limpio y transformado.

Ellos pasaban revista a cada miembro de su familia.

Yo esperaba pacientemente.

—Mi madre es prima suya —puntualizó Arezki.

Y se embarcaron en nuevas historias familiares de las que yo no entendía nada.

—Coméis conmigo —dijo el tío de repente.

Y, sin tener en cuenta la negativa de Arezki, se agachó y sacó de debajo de la cama una marmita redonda a rebosar de zanahorias.

—Mira, si ya está listo. Voy a calentarlo. Coméis conmigo.

Una cosa roja flotaba sobre aquello.

—Es el picante —me explicó. Se volvió hacia Arezki y le dijo unas cuantas palabras que no entendí. Arezki se echó a reír.

—Me dice que la carne está por debajo. No, no, tenemos que irnos.

—De aquí no os vais sin comer —se empecinó el otro.

—Y el vino, ¿dónde lo escondes? —dijo en voz baja Arezki.

El tío se quedó de piedra, con la boca abierta, el brazo en alto. En su rostro arrugado, lleno de pliegues, el bigote blanco chamuscado por el tabaco dibujaba un acento circunflejo que le otorgaba un aire triste y avejentado. Arezki lucía su sonrisa socarrona.

—Ay, hijo mío —dijo el otro.

Había bajado el brazo. Sujetaba ahora la marmita por las dos asas.

—Me traéis por el camino de la amargura. Vinieron dos el domingo pasado. Les dije: «Golpeadme, matadme…, tanto da, pero no puedo estar sin él. Hace treinta años que trabajo en Francia. Veinte años de fundición. Diez años de vigilante nocturno. Necesito beber. Pagaré la multa; todas las semanas, si queréis. Pero a mi edad los hábitos no se olvidan. Pagaré».

Repitió tres veces «pagaré».

—¿Y qué? —preguntó Arezki.

—Pues me pusieron la multa. Y me dijeron: «Te la seguiremos poniendo hasta que dejes de beber. Así no podrás comprar más

vino».

Movía la cabeza con pesar por encima de las zanahorias.

—Podrías hacer algo. Ve a buscarlos y explícaselo. Un viejo como yo… No soy peligroso.

—¿Dónde lo escondes?

Posó la marmita, se incorporó y se dirigió al hornillo.

—En la cafetera. ¿Quieres?

—No. ¿Y si les da por pedirte una taza de café?

—Pues les diré: «Os doy uno recién hecho». Y salgo a lavar la cafetera en el lavabo del sexto. A ti te harán caso. Diles que pagaré la multa. Con cada paga. Pero que me dejen. No hago ningún mal. Estoy solo, no soy yo quien entorpece la revolución.

—La revolución es una apisonadora —dijo Arezki con seriedad.

Hizo un gesto amplio:

—Va abriéndose camino.

El tío se había servido un vaso de vino y bebía entre suspiros. Cuando lo posó, vacío, Arezki le pidió:

—Haznos un café, pero del de verdad.

Con sumo cuidado, vertió el vino en una cacerola, la cubrió con un plato y salió.

—¿No te estará decepcionando la velada?

Tranquilicé a Arezki. Me acarició la mejilla.

Me bebí aquel café sin que me gustara, aunque dije que estaba muy bueno.

—Está asqueroso —cortó Arezki—. No te confíes, tío; el vino deja un regusto. Ahora te voy a pedir un favor.

—Lo que quieras.

Cuando Arezki terminó, el viejo lanzó un silbido. Intercambiaron unas cuantas frases; pero, como se habían vuelto a hablar en su idioma, no pude seguir la conversación. Arezki insistía. El otro respondía con un gruñidito de desaprobación.

—¿A qué hora empiezas?

—A las diez.

—Nos vamos. Dale otra vuelta, volveré.

—¡Venid a comer!

—Ya veremos.

Se besaron cuatro veces. El tío abrió la puerta, me tendió la mano a modo de despedida, bajamos. Preocupado, Arezki guardó

silencio durante un buen rato. Empezó respondiendo distraídamente a mis preguntas, luego estalló. El tío no quería cederle su habitación, ni prestársela, ni hacer un intercambio.

—Si le hubiera prometido lo que me pedía, habría aceptado.

—¿Y por qué se lo niegas? Es un anciano…

—¿Piensas que soy estricto? Hay reglas. Un hombre que bebe se vuelve peligroso. Habla. Si no tiene qué decir, dice cualquier cosa. Llama la atención. Y, además, existen las reglas; no hay más que hablar. Delante de ti ves ese semáforo en rojo: prohibido cruzar. Entre los nuestros, también ponemos semáforos. Tenemos todo por aprender y trabajamos en la sombra, como los topos… Olvídalo. Ven, vamos a comer. Qué más da, buscaremos otra solución. Sus zanahorias me han abierto el apetito, pero tenía miedo de que no te gustaran. Hay un cafetito que sirve comidas. El dueño es de mi tierra. ¿No te da miedo ir a sitios de moros?

Molesta, me paré. Se hizo el sorprendido.

—Venga, ven aquí, picajosa. Yo tengo hambre y tú tienes frío.

Estábamos a punto de cruzar en la esquina de la calle cuando me hizo detenerme.

—Hay que encontrar una habitación. Rápido. Pregúntale a tu hermano, busca por tu cuenta. No podemos seguir vagando por ahí de noche.

No le pregunté nada a mi hermano. Me contenté con desear con todas mis fueras que Arezki consiguiera encontrar algo.

Estuvimos tres días sin vernos. Disimuladamente se colocaba a mi lado en cuanto me veía sola y me decía a toda prisa: «Esta noche, no: estoy ocupado. ¿Has pensado en lo que te dije?».

Bernier me vigilaba. Yo le escribía notitas a Arezki y trataba en vano de pasárselas. Bernier estaba en todas partes. Rondando a lo largo de la cadena o metiendo de pronto su cabeza risueña por la luna trasera, parecía que se había propuesto cogerme en un renuncio. Centraba sus ladridos en mí, y yo no podía permitirme ni el menor error. También él era el desahogo favorito de sus superiores, desde el jefe de taller hasta Gilles, desde el jefe de fabricación hasta el jefe de almacén: todos lo agobiaban con comentarios, reproches y exigencias. Solamente Gilles se dignaba a veces a hacer sugerencias y no críticas. Sin embargo, su mente limitada y mezquina no albergaba sino rencor por su contramaestre.

Así que se desahogaba con nosotros, repartía a diestra y siniestra. Indiferentes, blandos como la gelatina o llenos de pinchos, hacíamos caso omiso. Nos tenía cogidos por la prima, pues en su mano estaba que nos la retiraran. ¿De qué servía ser un adulto, en algún caso un hombre próximo a la vejez, si caíamos de nuevo en el universo infantil de la recompensa incierta?

Yo no disponía ni del vocabulario ni de la seguridad necesarios para hacerle frente. A través de mí, aplacaba el resentimiento acumulado contra Arezki. No era su único objetivo, pero aquellos moros de mierda a los que ni siquiera les imponía lo obligaban a correr de punta a punta de la cadena y tenían la culpa de las reprimendas que le caían a él. Y a ese Arezki —de pocas palabras, cuyos ojos le helaban la sangre y que era capaz de hacer que Mustafa, Said y compañía lo obedecieran— le habría encantado humillarlo, hacerle daño a través de mí.

Mentí cuando Arezki me preguntó si le había hablado a Lucien sobre lo de la habitación.

—No sabe. Se lo pensará y me dirá algo.

Hacía varios días que no coincidía con Lucien. No es que me evitara: era yo quien lo evitaba a él.

Estábamos de nuevo en la calle, paseando nuestros deseos y nuestras esperanzas.

—¿Te gustaría una habitación en la que pudieras esperarme a cubierto? Si no quieres, dímelo ya, no dejes que me haga ilusiones.

—Y tú, ¿qué? ¿Puedes? ¿No tienes impedimento?

—Ya te lo he dicho: habría preferido guardarlo en secreto. Pero ahora hay que tratar de salir de esta de la mejor manera posible.

—Por culpa de esas… obligaciones que… ¿No es así?

Y, dejando la frase en el aire, me puse a farfullar. Sonrió sin mirarme ni responder.

Una panadería, una puerta cochera entreabierta, dos ventanas enrejadas, una amplia fachada destartalada, una tubería de zinc que goteaba y adornaba la pared de moho y los cristales opacos de una taberna —delante de la cual se hundían las losetas de la acera— fueron desfilando a mi derecha mientras duró aquel silencio. Lo espesaban, lo materializaban, y los objetos pasaban a convertirse en testigos. Aquellas piedras, aquellos rótulos, aquellas rejas y aquel asfalto corroído quedarían teñidos para los restos de una amarga

sensación de origen desconocido. Puede que fuera su miserable fealdad, asfixiante, o la imposibilidad de sincerarme con Arezki. Me debatía entre deseos contradictorios que me empujaban a fingir. Él me cogía de la mano con calidez y, de vez en cuando, se la llevaba a los labios. Volvía ligeramente el rostro hacia mí. Conversaba serio y me escuchaba del mismo modo. Entonces se disipaban las dudas que me paralizaban. Los obstáculos adquirían un cariz emocionante, y yo ponía mis virtudes a su servicio; mi vida cobraba sentido. Pero el temor y la duda se filtraban a través de todas las grietas de mi ser, y no me faltaban pretextos para seguir aplazando la heroica decisión. Ese era otro tema. También para él, aunque nunca me lo dijo.

En la fábrica, mostramos la misma actitud reservada. Arezki solo se permitía la licencia de informarme de lo que haría por la noche con una frasecita a la que yo respondía telegráficamente. Era más frecuente que nuestras miradas se cruzaran o que, mientras trabajábamos en el mismo automóvil, nos rozáramos. En dos ocasiones, Arezki repitió al despedirse de mí por la noche:

—Necesitamos una habitación.

Yo decía, agitada: «Sí, buscaré algo, atosigaré a Lucien, veré a su amigo Henri».

En cuanto se marchaba de mi lado, me imaginaba las montañas que nos quedaban por mover, y el abatimiento se apoderaba de mí. Me acordaba de Lucien y de Marie-Louise, de la carta de Anna, de las habitaciones de hostales. Nunca nos caía nada del cielo. Había que pelearlo todo.

—¿Quieres venirte conmigo el próximo sábado? ¿No te dan miedo el fango y la miseria?

—Arezki, yo iría contigo a cualquier parte.

—Comeremos en el barrio e iremos juntos a Nanterre. Tengo que visitar a unos amigos. Cuentan conmigo: no puedo fallarles.

Me presentó: «Esta es Élise». Era de esperar. Lo saludaban con besos y ahí empezaban unas conversaciones interminables interrumpidas por la llegada de algún amigo o vecino. Más besos. «Te presento a Élise». Yo estrechaba la mano que me tendían, el recién llegado se sentaba y la charla continuaba. No me aburría, no me impacientaba. Observaba, reflexionaba. Experimentaba la tranquilidad que dan la presencia y el sonido de la voz amada.

Cuántos periódicos, testimonios, relatos han descrito después esos lugares en los que, encerradas, amontonadas, sobrevivían cientos de criaturas. Hacerlo sería usar y repetir las mismas palabras, acumular los mismos adjetivos, dar vueltas en círculos alrededor de los mismos términos: *hacinamiento miserable, sufrimiento físico, enfermedad, pobreza, frío, lluvia, viento que estremece las tablas, charcos que se filtran por debajo de la puerta, miedo a la policía, oscuridad, encierro inhumano, dolor, dolor por todas partes*. Había una única palabra que no conocían allí: *desesperación*. Todos decían: «Algún día…», y nadie lo ponía en duda. Su presente era la lucha por la supervivencia. Algunos se buscaban bien la vida. Pero la mayoría provenía de los altiplanos, de los remotos *douars* cabileños y venía escapando de los sufrimientos multiplicados por la guerra e intentando mantener a base de giros postales a una familia que se moría de hambre. Para el inmigrante, la carrera daba comienzo con el contrato, incapaz de leer las pancartas, enloquecido por el fragor de la ciudad, atraído —a izquierda y derecha, delante de él, en las paredes, dondequiera que fuera— por las imágenes y las reminiscencias eróticas de los carteles, de los cines, de las luces; detenido, sometido a controles, cacheado, inevitablemente sospechoso, incapaz de ofrecer una explicación.

El papel más preciado, el pase, el salvoconducto, era la nómina. Sin ella, la puerta del furgón negro no se abría. Sin ella, daban comienzo el largo suplicio del interrogatorio, los golpes y el envío de vuelta al *douar* de origen, en realidad, a un centro de detención tan riguroso que un buen número de sospechosos nunca más salía de allí.

—Cuando veo a Mustafa jugar con fuego, me enfado. Si lo ponen de patitas en la calle, quizás no encuentre otro trabajo. Conseguirá que lo expulsen enseguida.

—Pero Daubat lo trata de moraco. Lo he escuchado. ¿Cómo pretendes que se controle?

—Ah, ¿sí? Si eso le resulta humillante es que no ha entendido nada. Hay que hacer callo, volverse insensible. A mí, que me llamen *moraco* o *morito* me hace sonreír. Pídele a tu hermano que te lo explique. Lo hará mejor que yo: me faltan las palabras adecuadas.

—Tú no tienes defectos —dije en broma. Y añadí, ya que así lo creía—: Eres un ejemplo para los demás.

—Cuidado, que corres el riesgo de cabrearme —puntualizó—, porque puedo pensar que te estás riendo de mí y eso no me gusta. Soy como el resto. Yo también tengo ganas de partirle la cara a algunos tipos, también tengo ganas de emborracharme cuando estoy bajo de moral o para olvidar, también he bebido a escondidas. También me han entrado ganas de engañar al tesorero, y voy a las reuniones con miedo. Me encantaría pasarme el domingo en la cama y no levantarme a las seis para recorrer el barrio, no rendir más cuentas, no recibir más órdenes. Y hay hermanos a los que no soporto. Pero es como el amor a una mujer: uno se esfuerza para gustarle, se afeita mejor, se echa colonia, se queda hasta tarde para verla, le habla con delicadeza, carga con sus paquetes, le hace regalos. Pero aquí hace falta un amor todavía mayor, ya que, a veces, el objetivo se aleja o crees que nadie vale tanto como el sufrimiento que llevas a cuestas. Ni por asomo somos santos. Tenemos nuestros propios problemas y, por si fuera poco, los que provocan la lucha clandestina y la vida comunitaria. Nos peleamos, nos hacemos reproches, nos ayudamos como hombres que nadan en una misma pecera sin poder separarse, durmiendo espalda con espalda, lavándonos los unos delante de los otros. Los hay alegres, vanidosos, maliciosos, inocentes, duros, cabrones, tímidos. Hombres. Y lo milagroso es que hayamos conseguido impedir que exploten esos cien o mil caracteres condenados a soportarse, a tocarse las narices.

Cuando se calló, un hombre se levantó, hurgó en la estufa y encendió la lámpara de petróleo. La noche, que en enero cae a las cinco, sumía ya en la oscuridad aquel bloque lacustre.

—Quedaos a comer —propuso alguien en francés.

Teníamos que aceptar.

Arezki me miró. Iba a rechazar la invitación, pero vio el leve gesto que le hice y me dirigió una mirada de aprobación.

Un hombre puso los platos. A mí me reservaron el más nuevo.

Arezki paró de comer para decir:

—Élise está con nosotros.

Uno de los hombres lo miró con escepticismo.

—Está contigo.

—No, estaba con nosotros antes que conmigo.

Incómoda, fijé la vista en mi plato.

—¿Conoces a muchos franceses que estén con nosotros?

Arezki repuso que, con todo, algunos había.

—¿Obreros?

—No muchos —admitió Arezki.

—¿Y sabes por qué están en contra de la guerra? Porque les sale cara. No por nosotros ni por nuestros críos y nuestras mujeres: solo porque les quita el pan.

—Les falta información.

La velada iba avanzando. Sobre nuestros rostros se extendía el suave haz de la lámpara de petróleo. Cuando la llama temblaba, nuestras mejillas se disfrazaban de reflejos en movimiento. En una estantería en la que había una fila de fotos, un despertador parecía decirnos «Daos prisa» con su tictac jadeante.

Tuvimos que prometer que volveríamos. En cuanto dejamos atrás los caminos empantanados, pudimos abrazarnos, besarnos, y hallé en ello un deleite desconocido para mí hasta entonces. Arezki lo notó, y eso aumentó si cabe el placer que sintió.

Éramos incapaces de deshacer el abrazo en el que nos habíamos fundido.

—Necesitamos una habitación.

Pero esa vez fui yo quien lo dijo.

Menos diez. Había subido demasiado temprano; la mayoría de los obreros todavía no había llegado. Daubat me había dirigido una media sonrisa en respuesta a mi saludo. El ajustador, que medía la separación entre dos vehículos, me había dado la espalda sin disimulo, conque estaba al tanto. Me lo esperaba, pero sentí una punzada de fastidio. Me coloqué contra la ventana y saqué de mi bolsillo el crucigrama que había arrancado del periódico de la víspera. Mi hermano solía burlarse de mi interés por los pasatiempos. Pero ¿de qué cosa que viniera de mí no se había burlado?

La sirena. Guardé el papel. «Ondea por efecto de la brisa». Con cinco letras. *Trigo*, por supuesto. No necesitaba anotarlo: no se me iba a olvidar. No valía la pena llegar tarde. Me quedé con la imagen, con sus colores, con su delicado ondular, que evocaba frescor y espacio. Una de esas ilusiones que lo dejan a uno sin

energía.

Mustafa me hizo una leve señal y vi a Arezki detrás de él. Me quedé dentro del coche.

—No te muevas —me gritó al oído—. Tampoco te gires. Bernier viene detrás de mí.

Este pasó, me vio escribir, miró a Mustafa, que tensaba de nuevo un techo arrugado por encima de las puertas con la ayuda de Arezki. No se detuvo.

—¿Eres capaz de llegar sola al café de ayer? Estaré allí a las ocho. Iremos a mi casa; no hay nadie. ¿Entendido?

Me buscaba con la mirada detrás del cristal, salió en cuanto me vio aparecer. El café hacía esquina con la rue Crimée.

—Sí, vamos a mi casa, en la rue
Goutte-d'Or.

Goutte-d'Or: el nombre fulguraba. Pero era noche cerrada y no vi nada característico de aquella arteria.

—Estamos locos. Yo estoy loco —exclamó varias veces.

Lo seguí por un pasadizo en el que entró primero. En un par de ocasiones, se volvió para señalarme una loseta mal fijada o agrietada. Al pie de las escaleras, me cogió de la mano. Me dejé guiar. Deseaba que la escalera se prolongara hasta el infinito, que aquella subida en silencio fuera eterna. Temía la llegada, el momento en que, a puerta cerrada, nos encontráramos a la luz. ¿Acaso lo mejor del amor no era aquel tranquilo ascenso? Impaciente, tiraba de mí y me arrastraba más rápido, llevándose a la boca mis dedos y mordiéndolos.

Abrió la puerta, entré. Pasaron unos segundos antes de que encendiera la luz. Me quedé inmóvil en la oscuridad. Finalmente se hizo la luz. La habitación tenía dos camas: una de ellas, muy grande; la otra, plegable, arrinconada en una esquina. ¿Cuántos dormían allí? Sobre la cama grande, un trozo de tela estampado de flores redondas, grandes y de color malva, en ramilletes separados, embalsamaba el cuarto con su olor a cretona fresca. El tejido aún conservaba el pliegue de la tienda y la rigidez de lo nuevo. Recién comprado, sin duda. Comprado para mí. En la esquina derecha, había una mesa con unos vasos sobre varias cajas apiladas. Miré hacia la ventana con las manos colgando por encima del abrigo.

Arezki se acercó a mí y las tomó entre las suyas. Las cejas casi se

le unían en una franja espesa sobre sus párpados. Aquella mirada sin alegría, con el reflejo de la bombilla en el centro de los ojos, aquella mirada no era ya de deseo. Podría decirse que, de pronto, mi presencia lo abrumaba. Me señaló hacia la ventana, sin cortinas ni postigos.

—Espera, que apago —dijo.

Las luces de las viviendas de enfrente bastaban para iluminar el cuarto. En la penumbra me sentí más cómoda. Distinguía la piel, más reluciente, más oscura alrededor de la boca de Arezki. Me habría gustado poder hablar, pero me trababa, arrastrada por una violenta vorágine.

Arezki sonrió. Me relajé un poco. Me ayudó a quitarme el abrigo, lo dobló despacio, lo dejó con cuidado en la única silla que había. No nos quedaba más remedio que sentarnos en la cama, en la cama y en sus flores enormes. Me atrajo hacia sí.

Las flores se fundían, las paredes se venían abajo, las luces palidecían. Hablaba rápido, pronunciaba palabras en aquella lengua suya, áspera. Yo, por mi parte, me sentía atrapada en las redes de la ternura. Me habría gustado que siguiera mordiéndome los dedos. Al mismo tiempo, pensé en Lucien y Anna, en lo que me estaba pasando, y era como un torbellino dentro de un círculo en el que mi vida se empequeñecía, se encogía. Los años, los meses, los días —los que estaban por venir y los ya pasados— se petrificaban de golpe. Y ese instante permanecía en el centro del círculo como un punto redondo, luminoso, brillante, irradiante, cegador. Me dejé hundir entre sus brazos, con el rostro aplastado contra el tejido vasto de su abrigo. Un concierto estruendoso invadió la calle. «Los bomberos», pensé. Arezki no se había movido. Los automóviles debían de ir en caravana. El alarido se intensificó, se prolongó de un modo siniestro y se detuvo bajo nuestra ventana. La policía. Me eché a temblar. No tenía miedo, pero temblaba igual. No podía dejar de hacerlo: las sirenas, los frenos, el ruido seco de las puertas y el frío —ahora lo sentía—, el frío de la habitación. Enfrente, las luces de las viviendas se apagaron. No sabía qué hacer, expulsada con tal brusquedad de entre sus brazos. Antes de nada, se llevó un cigarrillo a la boca y me pasó el abrigo.

—Toma —dijo evitando mirarme—. Póntelo y vuelve a casa en cuanto esté despejado el camino.

Lo tiré a la otra punta de la habitación. En el edificio se había hecho el silencio. Cuando subimos, un tocadiscos reproducía
«l'Aid,
l'Aid».
La música me había estado envolviendo mientras Arezki me estrechaba en sus brazos. Ahora se había detenido. Solo nos llegaban silbidos y las voces de los policías dándose órdenes. Subían corriendo por las escaleras. Sus pesados pies se daban contra los escalones. Llegaban al rellano, se detenían, seguían. ¿Por qué Arezki no quería mirarme? Fumaba. Había encendido un cigarrillo y había dejado la cerilla ennegrecida en el borde de la mesa. Fumaba, aparentemente tranquilo, como si no comprendiera, como si no oyera nada. Llamaban a las puertas a puñetazos. También a patadas, a juzgar por la fuerza de los golpes.

—¡Policía!

—¡Policía!

Yo no era capaz de hablar ni de calmarme. En la oscuridad, inmóvil, aguzaba el oído y, en función de los ruidos, iba siguiendo el desarrollo del registro como una invidente. En esos momentos los silbidos provenían del interior del edificio. Alguien gritó una orden y las pisadas se precipitaron. Habían llegado a nuestra planta y corrían hacia las salidas. Las voces adquirían un tono extraño; el silencio del bloque las amplificaba. Tenían potentes focos, cuyo haz luminoso penetraba hasta nosotros a través de los gastados quicios de la puerta. Uno, sin duda rezagado, llegó a la carrera.

—¡A la caza del moro! —bromeó.

Se oyeron risas.

Lo más angustioso era aquel silencio. Sin gritos, sin quejas, ninguna voz más alta que la otra, ninguna señal de lucha: unos policías en una casa vacía. Luego, de repente, algo salió rodando y acto seguido se oyó otro ruido más, un ruido sordo de caída, como si algo se despeñara. Y se hizo el silencio en la planta de arriba. En la calle, alguien gritó.

—¡Venga, venga, venga!

Haciendo un esfuerzo, me puse en pie y caminé hasta la ventana. Unos hombres subían en los furgones policiales. A algunos los habían esposado. En la fila otros se pasaban la mano por el codo, se recolocaban los pantalones. La noche era clara, fría, pura.

La farola, cerca del furgón, iluminaba la escena, los cráneos alargados, la negra lana de sus cabellos. «Oh, raza de corderos, y como tal conducidos al matadero…»: el poema que Henri nos había leído en un tiempo ahora remoto, mientras esperábamos la llegada de la vida de verdad. Uno, el último de la fila, de baja estatura, cuyos cabellos brillaron al cruzar el círculo de luz, aminoró la marcha y rebuscó en el bolsillo. Debía de sangrarle la nariz. Echó la cabeza hacia atrás y se enjugó con la manga. Uno de los policías se percató, se precipitó hacia él, lo agarró por los hombros y, moliéndole la espalda a palos, lo arrojó al interior del vehículo. El otro trastabilló, cayó de cara contra el pavimento. Me di la vuelta. Tardé un momento en moverme. Cada gesto me resultaba indecente, pero no podía más con aquella oscuridad, aquel silencio, aquel humo agrio que salía de los labios de Arezki, ascendiendo, retorciéndose, perdiéndose en los rincones. ¿Por qué no me hablaba Arezki? Aún no se había movido. En ese momento llamaban a la puerta de al lado. Las peculiaridades de la construcción habían relegado nuestra habitación a un diminuto pasillo a la derecha de los aseos. Tenían que pasar por todas antes de llegar a nuestra puerta. Pero ¿qué estaban haciendo allí dentro? Y los otros, ¿por qué no les plantaban cara? ¿Por qué no gritaban? Necesitaba moverme. Iría a sentarme otra vez junto a Arezki, lo cogería del brazo, me aferraría a él. Se oyó un grito breve, ahogado. Una galopada hacia nuestra puerta. ¿Vio el que venía a la carrera que las salidas estaban vigiladas? Pareció bajar el ritmo, respirando fuerte y aceleradamente; pero los otros ya le venían a la zaga. Oí el choque, las exclamaciones, los golpes, el cuerpo arrastrado, lanzado por las escaleras, el rodar contra los peldaños. Estalló una música:

«l'Aid,
l'Aid».

Palmadas, una voz de mujer en pleno delirio, un ruido como de un objeto rompiéndose, probablemente el tocadiscos.

Nuestro turno. Sucedió muy rápido. Arezki encendió la luz, giró la llave. Entraron. Eran tres. Cuando me vieron, silbaron.

—Levanta los brazos, ¿argelino, marroquí, tunecino?

—Argelino.

Lo cachearon, hurgaron en los bolsillos, las mangas.

—Tus papeles, tu nómina. La última.

—Está ahí —dijo Arezki señalando su cartera.

—Desvístete.

Arezki dudó. Me miraron.

—Tarde o temprano, iba a pasar. Espabila.

No volví la cabeza. Me concentré en no moverme, con los ojos puestos en Arezki, como una invidente que mira sin ver. Él había bajado los brazos y empezaba a quitarse la chaqueta. No quería que nuestras miradas se cruzaran; debía clavar la vista en la pared, por encima de su cabeza.

—Papeles, ¿señorita?, ¿señora?

Ojalá hubiera sido capaz de no temblar. Para darles mi documentación tenía que recoger mi abrigo, agacharme, levantarme: tantos gestos dolorosos.

—No tienen derecho —dijo Arezki—. Tengo todo en regla, no llevo armas.

—Menos rollos, hermano, desvístete. ¿Te pagas camisas así con tu sueldo de la Organización Especial?

Era la blanca de hilo fino, la del boulevard Saint-Michel. Me acordaba de ella. Por delante de la puerta, que habían dejado abierta, pasaron otros dos policías. Llevaban cogido a un hombre, esposado, al que un tercero empujaba por detrás a rodillazos.

—Y por ahí dentro, ¿qué?

El que acababa de hablar se apoyó en la puerta.

—Hay una mujer —dijo el policía que se encontraba delante de Arezki.

El otro me miró con dureza.

—¡Y le llamas mujer a eso!…

Salieron al pasillo. Arezki seguía rodeado por los dos policías, que lo apuntaban con sus armas.

—¡Quítate la camisa!

Arezki obedeció.

—Venga, sigue. ¡El pantalón, que yo pueda registrarlo!

—Ya lo ha registrado.

—¡Levanta los brazos!

Al mismo tiempo, el de la izquierda encañonó a Arezki. El otro le abrió la hebilla del cinturón y el pantalón se le escurrió hacia abajo. Arezki se quedó únicamente con un calzoncillo blanco. La imagen los hizo reír.

—Quítaselo, ¡los hay que se meten cosas dentro!

Mientras hablaba, apoyaba la boca de su arma contra el vientre de Arezki. El otro tiró del elástico con los dedos y se le bajó el calzoncillo.

—Cuando llegaste a Francia, ¿cómo ibas vestido? Llevabas tu turbante, ¿no? ¿Con piojos pululando por debajo? Aquí estás bien: comes, te compras camisas bonitas, les gustas a las mujeres. Venga, toma tu pantalón. Y buenas noches, eh.

Se marcharon todos juntos. Miré hacia la calle. Las luces iban encendiéndose poco a poco. La casba de París volvía a la vida. Me entretuve siguiendo en el cielo las nubes, que se deshilachaban. Lo más difícil estaba por venir: mirar a Arezki. Al final, me di la vuelta. Estaba bebiendo un vaso de agua.

—Márchate, anda —dijo en un tono neutro.

—Sí, me marcho.

Sentado en el borde de la cama, apuraba el vaso.

—Me vendría bien beber agua —dije.

—Sírvete, está fresca.

Fui hacia él. ¿Qué palabras podía utilizar? Me habría gustado saber hablar su idioma. Me arrodillé. La cabeza me daba vueltas. Él tenía las palmas de las manos apoyadas en las flores malva de la cama, manos asimismo convertidas en dos flores cuyas hojas son de un bronce reluciente al abrirse y de un rosa mate al cerrarse. Las cogí entre las mías. No estaba acostumbrada a las muestras de amor. Las sujetaba con torpeza, sin saber qué hacer con ellas. Me incliné y lo besé una vez las palmas, calientes y carnosas como una garganta. Arezki no las apartó. Las besé de nuevo, sin contenerme, embriagada por su olor a piel húmeda y cigarrillo. Las mordí, las besé, las mordí una vez más, las acaricié con la lengua. Arezki dijo algo que no entendí. Apoyé la cabeza sobre sus palmas.

—Márchate —repitió—, debes marcharte.

—¿Qué pasa, Lucien? Me han avisado en la residencia de que habías venido a buscarme un par de veces.

—Y no estabas. No sabían cuándo volverías. Henri quería verte. Por su *reportaje*, ya sabes. Está llevando a cabo una gran investigación y contaba con hacerte unas preguntas. A ti y a… Arezki.

—Sí, llegué a casa bastante tarde. Bueno, pues me alegro de verte. Ha escrito la abuela. Me da las gracias por los paquetes de Navidad. Marie-Louise ha ido a verla. Vive con su hermana, pero no se entienden. Pronto hará un año que te fuiste, conque puedes imaginarte lo que sigue.

Asintió con la cabeza.

—Le doy vueltas. Pero, de momento, tengo problemas más urgentes. Debo mucha mucha pasta.

—¡Recurre a Henri!

Levantó un hombro y me miró con desprecio.

—Henri no es un filántropo: es un futuro gran sociólogo. Observa cómo me ahogo mientras transcribe con esmero todos los detalles de mi agonía. Por otra parte, sabes perfectamente que Henri es partidario de la revolución total, no del rescate individual, cosa en la que estoy de acuerdo… Henri, Henri —repitió varias veces mientras se alejaba.

Durante apenas un instante, estuve tentada de ir tras él. Pero temí cualquier rastro de ironía en su mirada o en sus exclamaciones. Eso me echaba para atrás. Incluso su aspecto físico —la descomposición de su rostro de adolescente, el embrutecimiento de su expresión, la avidez de sus ojos, el nerviosismo de su boca, que no paraba de gesticular— era desalentador para la mirada amiga que se posaba en él. Subiendo las escaleras, me pregunté si su cara se metamorfosearía bajo el influjo del deseo, si encontraría con Anna ese «cuartito de hora de ternura», como ella le había escrito, un estado distinto, en definitiva, al jadeo inquieto que para él simbolizaba el amor.

Pero aún estaba tan profundamente afectada por las emociones de la noche anterior que solo podía ocuparme de mí misma. Además, para unos, el amor significaba una cosa; para otros, lo contrario: ¿qué conclusión podía sacar? Yo veía el de Anna y Lucien

como un largo grito sostenido, una coz violenta en la que se aniquilaban y renacían, un juego demencial que los aislaba y los condenaba a la soledad, un navío errante que no arribaba a ningún puerto. Nunca había definido en términos absolutos lo que me empujaba hacia Arezki. Él nunca me había dicho «te quiero», y yo no le había dicho nunca «lo quiero». Arezki es. Arezki está. Como había estado Lucien.

Los acontecimientos desempeñaban el papel de divinidades hostiles, y un incidente deshacía la laboriosa urdimbre que nos había costado días tejer.

Arezki estuvo tres días evitándome. Sin embargo, no me sentía desdichada. Era consciente de que necesitábamos que pasara ese tiempo, perdido a propósito. De ese modo podríamos fingir que teníamos demasiadas cosas que contarnos como para recordar un incidente del pasado.

Trabajaba ante la mirada curiosa de Mustafa, que me observaba a hurtadillas. Ya no me hablaba y, como también se había enfadado con el Magiar, a veces dejaba escapar largos suspiros de tristeza. Daubat venía a menudo a inspeccionar los techos en compañía del ajustador. En dos ocasiones me hicieron preguntas con un tono de broma amable que me reconfortó. Les respondí con ímpetu. Estaba bien que no me hubieran dejado completamente al margen.

Crimée. Ha dicho Crimée, a las siete.

Caminamos por las calles que nos parecen menos peligrosas, bordeando el cuadrilátero maldito en cuyo corazón se halla Goutte-d'Or.

Caminamos mientras hablamos con cautela, y es él quien se atreve a hacer una alusión.

—¿Tienes miedo?

—Miedo por ti, sí.

Pero no es cierto. Miento. He tenido miedo y, al hablar de ello, sigo teniéndolo. Tú, Lucien, decías: «¡Bah!, la policía…». Pero yo digo que tuve miedo. La palabra *fuerza* nunca había sido algo concreto para mí. Ahora está revestida de oscuridad, con espinilleras, casco, cinturón. Tiene espaldas anchas, manos poderosas, armas imponentes. Reluce, desde el casco a la metralleta. La fuerza está de su lado.

Entramos en un café y luego en otro. Caminamos, hablamos,

damos vueltas, cruzamos.

—Vayamos a cenar juntos. A un restaurante, uno de poca monta, pero el hermano del dueño está casado con mi hermana.

Presentación: «Esta es Élise». El hombre, de miembros largos y huesudos, tiene la cara alargada y la piel cuarteada de arrugas como una torta de hojaldre. Despeja la mesa del fondo y nos sirve generosamente. No podemos tocarnos ni sonreírnos, pero el hecho de estar juntos nos alivia. Algunas cabezas curiosas nos observan. Al abrirse la puerta, me vuelvo, ya que Arezki se ha situado frente a ella. Me pide que no haga eso aquí. Hablo de Lucien, que me tiene preocupada. Pero los tormentos de Lucien apenas le interesan. Le resumo la carta de la abuela, la última frase, en la que la pobre mujer pregona su miedo a morir en una residencia.

He captado su atención.

—¿Y si nos fuéramos a vivir allí? Viviríamos juntos, la traerías de vuelta. Yo trabajaría. La querré y ella me querrá a mí.

No le replico que lo dudo mucho. Un árabe… Qué espanto para la abuela.

—Pero ¿podrías marcharte de aquí? ¿Tienes libertad para irte? Puede que tengas cosas importantes que hacer en París, responsabilidades…

Se inclina hacia mí y, con suma delicadeza, dice:

—Siento decepcionarte, pero no soy más que un simple militante. Así que eso podría arreglarse. Somos útiles en cualquier parte. ¿Tú qué dices?

No digo nada: tengo un dilema.

Mi hermano y yo coincidimos en la cola para el autobús, a las seis y cuarenta. Sin hacer ademán de acercarse, me hace un gesto apenas perceptible. Marie-Louise me ha escrito a través de la abuela. Pero a esta hora fresca e inmaculada de la mañana no tengo intención de contárselo.

Las puertas desfilan ante nosotros. El autobús aminora la marcha, entorpecido por los coches que desembocan del bois de Vincennes. Limpio el vaho del cristal en el que me apoyo. El día despunta en el estadio de Charenton. Entre la niebla que va deshaciéndose, unos jovencitos en chándal azul corren por la pista mojada. Nace el día, sus bocas beben el aire puro y la alegría de la nueva mañana se les infiltra por cada uno de sus poros. Con los

músculos agarrotados y la zancada larga, corren mientras el autobús avanza hacia el pont National. El sol se alza por encima de los vagones parados. Amanece en la porte de Choisy, y otros chicos corren hacia los vestuarios, donde se enfundan sus monos grasientos.

Didi contaba que había estado en París el domingo anterior.

—En Wagram, bailando.

Algunas habían oído hablar de Wagram. La mayoría de ellas no salía nunca de su barrio. No conocían su ciudad, no sabían nada de París. La gorda que ayudaba al almacenista dijo:

—Hace quince años que no voy más allá de la place d'Italie.

Yo sabía muy bien cómo transcurre una vida que vemos pasar. Pero aquí, en París, con todas sus leyendas de los arrabales y las barricadas, me preguntaba cómo era posible y por qué. El trabajo, la usura, la falta de tiempo, pero también una pasividad indignante y casi ancestral, un instinto gregario iban disecando una existencia en la que el cine de barrio y la taberna de la esquina encarnaban la suprema desalienación. Ascender significaba tener, poseer. Salir de eso quería decir adquirir. Muebles, un automóvil, un chalé dentro de veinte años. A partir de ahí, uno empieza a existir, se siente aceptado.

Al pasar por delante de mí, Didi me sonrió. Entramos juntas en el taller y me deseó ánimo cuando llegué a mi puesto. Los hombres la miraban con avidez. Ni siquiera parpadeó al atravesar las filas de obreros reunidos delante de las máquinas. Le gustaba que los hombres la reclamaran, aunque se mostrara en apariencia insensible a las llamadas y los silbidos.

—Te estás quedando dormida —vino a decirme Arezki. Me había sorprendido con los párpados cerrados, las manos muertas.

Estaba agotada. Me ayudó señalándome los defectos que había detectado antes que yo. Intrigado por aquella artimaña, Bernier dejó su puesto hasta en cuatro ocasiones. Pero no podía decir nada: no estaba prohibido.

—Esta noche podrás acostarte temprano. ¿Te lo has pensado? ¿Le escribirás a tu abuela?

Le grité: «Sí, ya me encargo».

Ser argelino en París en aquel inicio del año 1958 no era precisamente envidiable. Su vida pendía de un hilo.

Arresto, mendicidad, expulsión: Arezki no se indignaba por nada.

—Es normal, es la guerra —decía.

Y se reía de mis pataletas. Aceptaba ser un paria. A veces me contaba las penurias que había vivido y las que le habían contado. Un día le eché en cara que no le afectaran.

—Un pueblo que tiene quinientos mil muertos, ¡y ahí no acaba la cosa!, y ¿no te conmueves por quinientos mil?

Un domingo volvimos a Nanterre. Había un recién llegado, un hombre de mediana edad, sentado en una silla frente a la estufa, cuyo traje pasado de moda, cruzado, de solapas anchas y puntiagudas, negro con finísimas rayitas blancas, flotaba en torno a un cuerpo seco de espalda encorvada. Arezki se abalanzó sobre él. Se besaron varias veces lanzando exclamaciones de alegría y volviendo a abrazarse en cuanto terminaban de salmodiar.

Por fin, Arezki se acordó de mí y, como de costumbre, dijo: «Esta es Élise».

El hombre, que había llegado aquella misma mañana, venía, según me explicó, de su aldea.

—Si Hacène —le dijo—, Élise está de nuestro lado. Cuando todo haya pasado, la llevaré a visitar nuestra tierra.

Si Hacène ni se inmutó. Me miró con indiferencia y continuó hablando con Arezki. Su charla se alargaba. Para mí era un horror ver a Arezki entablar conversación con uno de los suyos. Era como un largo hilo del que se tira durante horas y cuyo extremo jamás se atisba. En aquella ocasión, Arezki no le pidió a Si Hacène que hablara en francés. En un momento dado, se levantó y salió unos minutos. Al volver a su sitio, dijo en un tono casi alegre:

—No hay que confundirse: los franceses no nos odian. Hay algunos que hasta nos aman.

Los ojos de Si Hacène, ribeteados de negro, pequeños, casi estáticos, se posaron en mí. Se aclaró la garganta un par de veces, buscando las palabras.

—¿Eso es lo que crees?

Lo dijo en francés.

—Lo que aman es Argelia, no a los argelinos. «El francés ama al

argelino como el caballero ama su…».

—«Su montura» —completó Arezki—. Es un proverbio nuestro.

Si Hacène se había puesto de pie y había cogido de la mesa un paquete atado con un cordel. Se lo tendió a Arezki, que, con sumo cuidado, lo deshizo y lo abrió. Sacó varias tortas pequeñas de un trapo blanco.

—Mi madre. Ha tenido que privarse ella para mandarme todo esto a mí.

Repartió las tortas a su alrededor y comimos mientras uno de los hombres preparaba café.

—Ha sufrido mucho, y por culpa de los nuestros. Por su padre, por mi padre, por mi hermano… y también por mí.

—Van a trasladarnos y a alojar a toda la aldea en un centro —dijo Si Hacène.

—¡Para limpiar la región! ¿Y esto qué es?

Arezki sostenía una cajita de hierro, también atada. Si Hacène sonrió. Arezki la abrió. Contenía tierra.

—Cosas de tu madre, que me dijo: «Así conservará un poco de tierra de nuestro hogar». Ha cultivado menta en ella.

Arezki se inclinó, aspiró y, vertiendo la tierra en sus manos, se la llevó a los labios y la besó. Pero al instante se levantó y cogió el gancho de la estufa.

—No puedo quedármela. Esta porquería me dará ganas de llorar.

En cuanto retiró la arandela que hacía las veces de tapa, lanzó la tierra al fuego, que iba bajando; saltaron chispas.

Nos internamos en la noche; vimos venir a un hombre zigzagueando en nuestra dirección de una acera a la otra. Al llegar a nuestra altura, se quedó mirando durante unos segundos a Arezki y, dirigiéndose a él, dijo:

—*Balak*… la estación.

Arezki se detuvo, me agarró del brazo y dimos media vuelta.

—Ha dicho: «Cuidado». Seguramente haya una redada en la estación. Ven, vamos a intentar encontrar un taxi, quizás cerca de la parada del autobús. Tengo que estar en casa temprano.

En el taxi me preguntó por la abuela. Le respondí que le había escrito para que fuera haciéndose a la idea: había que avanzar con tino, sin violentarla.

—Te he contado cómo vivía. Está acostumbrada a tenerme a su

disposición.

—Haz lo que quieras, pero hazlo. Aquí nunca podremos vivir juntos a no ser que suceda un milagro. Y tienes ganas, ¿no?

¡Que si tenía ganas…! Cada vez que tenía que separarme de él, tomaba la firme determinación de escribir, pero luego la supeditaba a la imposible condición de tener unos ahorros. O me imaginaba confesándoselo a Lucien. Pero sus propios asuntos ya lo absorbían más que de sobra.

> Mi querida Élise —había escrito Marie-Louise—, le pido que me dé las señas de mi marido. Me he ido de casa de mi hermana y he vuelto con mis padres. La pequeña ha crecido, es guapa, se parece a su padre. Trabajo como antes. Pero esto no es vida. Quiero ver a Lucien. Su abuela está preocupada, cuenta con usted, y yo también para lo de las señas.

Me encontré varias veces con Lucien y no le dije palabra. Estaba muy entusiasmado, y me explicó con locuacidad que «algo se estaba moviendo». Unos policías habían requisado las planchas de un libro que denunciaba la tortura; unos abogados habían lanzado un llamamiento a la Cruz Roja internacional; enseguida se habían formado comités. Cuando le comentaba esas iniciativas a Arezki, decía: «Sí, lo sé». Con timidez, le propuse que, llegado el momento, contara conmigo si podía ser de utilidad a los suyos.

Sonrió y negó con la cabeza.

—Ahora no. Pensaría, y ellos, también, que lo haces solo por mí. Y eso no es suficiente. Ni siquiera Lucien sería capaz de hacerlo. Ese Henri, sí, de él sí que me fiaría. Pero a tu hermano… lo tengo por otro Mustafa.

Su opinión sobre Lucien me parecía injusta y precipitada. Al día siguiente de esta conversación, mi hermano armó un escándalo. Nos habíamos enterado del bombardeo de Sakiet por los periódicos de la mañana.

En la pausa de mediodía, Lucien había ido a buscar noticias y, aprovechando la hora de descanso, había preparado una especie de moción que les leyó a los obreros reunidos delante de la puerta. Hacía alusión a las bombas, a las muertes de niños, a la violación de un país, a la extensión de la guerra, a los padecimientos de un pueblo.

Encaramado al bolardo que había en la entrada de la fábrica, se dispuso a arengar a los que iban llegando, pidió la firma de todos los obreros, les reprochó su pasividad, los acusó de ser cómplices, los incitó a actuar, les rogó, les suplicó, apeló a su honor, a la solidaridad de clase, a sus sentimientos, habló de los camaradas argelinos detenidos, torturados, de la miseria y del miedo de los niños testigos de la guerra.

Había un grupito que lo escuchaba. Algunos, en cuanto se daban cuenta de que no se trababa de reivindicar nada que les beneficiara, se largaban. Otros se quedaban. Entre los que estaban allí, atentos, un hombre se encaró con él en el momento en que se disponía a concluir, casi afónico.

—Mira quién viene a soltarnos este discurso —le gritó—. ¿Acaso no eres tú el que ha dejado a su mujer y a su cría, como suele decirse, a merced de los servicios sociales? ¿Con qué moralina nos vienes?

—Y baja de ahí —le dijo el delegado, que había escuchado de lejos—. No te corresponde a ti hacer eso. ¿Con qué derecho? ¿Qué representas tú?

Creí que Lucien iba a pegarles.

—Sois todos unos gallinas —escupió, saltando del bolardo—. ¿Qué pinta mi vida personal en esto?

—¡Pinta mucho, amigo mío!

Afortunadamente, la sirena dispersó a todo el mundo. Lucien, que se había quedado rezagado, encendió un cigarrillo y se dirigió a las escaleras. Le di alcance. Me daba pena; me habría gustado darle un beso. ¡Ojalá Anna estuviera allí para apaciguarlo!

Se giró cuando le tiré de la manga.

—Hay que mover el culo —gruñó.

—Alguien tenía que decirlo. Has hecho bien.

—Uno lo hace bien cuando consigue algo. Si no es eficaz, siempre está equivocado.

En el cuestionario que había rellenado cuando lo contrataron, Lucien no había omitido la existencia de Marie. No me cabe duda de que se había hecho con la partida de nacimiento y otros certificados, habida cuenta de que Anna recibía cada mes las primas que le correspondían a Marie-Louise.

Pero una inspección había destapado el fraude.

Al pedirle explicaciones, Lucien juró que le mandaba aquel dinero a su mujer.

Vino a buscarme.

—Dirás que eres tú quien lo envías y que has extraviado las matrices de los recibos o que, simplemente, se lo metes en un sobre.

—¿Tú crees que Marie-Louise dirá lo mismo?

—Sí, si le escribo de cierta manera. Además, ¿ves a Marie-Louise haciendo gestiones, presentando una denuncia?

En efecto, no me la imaginaba. La comisaría, la denuncia, el abogado o el proceso de divorcio no iban nunca más allá, de hecho, de las amenazas verbales.

—¿Cómo vas a salir de esta?

Desoyó mi pregunta. Fui a su casa una noche. Estaba llena de libros. Me fijé en un electrófono nuevecito que había sobre una silla y en unos discos cuidadosamente colocados. Con la tenue iluminación, desaparecían los tristes rincones del cuarto. Los libros nuevos mezclaban el olor de sus páginas frescas con el del café, y el disco, en sordina, evocaba el rumor de un límpido manantial que se derrama sobre cantos rodados. Blanca y negra en la penumbra, con la mejilla apoyada en la palma de la mano, Anna seguía con la mirada los vórtices del agua, y la música la rociaba con sus gotas brillantes.

Arezki y yo seguimos viéndonos con frecuencia. Caminábamos, íbamos a cenar. Era yo quien lo acompañaba hasta su hostal. Le había suplicado que me concediera esa satisfacción después de aquella noche en que, tras acompañarme hasta el metro, lo habían parado y se lo habían llevado detenido:

—¿A qué hora acabas de trabajar?

—A las seis.

—¿Y a qué te has dedicado desde las seis? Van a dar las once.

—He dado un paseo…

—Ven a pasear con nosotros.

Lo habían retenido toda la noche y la mañana del día siguiente.

Me quedaba más tranquila cuando lo dejaba delante de su puerta. Me daba la mano, saludaba al que estaba de guardia a la entrada del pasillo. Yo me marchaba satisfecha. Y, mientras caminaba, iba planeando la carta que le enviaría a la abuela.

A Said, que trabajaba en los techos, lo despidieron. Vivía en el

distrito trece. Entre redadas, detenciones y arrestos, faltaba con frecuencia o llegaba tarde.

—¿Qué va a ser de él?

—Los otros le darán de comer. Pero, si no encuentra faena, no lo sé. Robará.

Arezki lo decía con tal sencillez que me pareció una cosa natural.

Impaciente por llegar, la primavera venía empujando a febrero, y pasamos varias veladas en el parque de la Chapelle. Saboreábamos como usureros aquellos pequeños placeres a nuestro alcance. Al acercarse la noche, el cielo estallaba con figuras en movimiento que se perseguían, se solapaban, se fundían y se sumergían tras una pared para resurgir más allá en forma de espirales transparentes.

—Mira la luna.

Arezki me tiraba del brazo. Maravillada, le contestaba: «Oh…». Entonces, él me picaba:

—Que no, eso es la farola. Fíjate bien, los árboles le tapan el pie. Ay, los espejismos de la civilización…

Y nos echábamos a reír, apoyándonos contra el respaldo del banco. Cada cinco minutos el metro exterior hacía añicos aquellas noches suaves. Los cláxones de la policía se cruzaban en todos los sentidos, y nuestra respiración iba a su compás. Hacíamos apuestas sobre cuándo se abrirían los brotes, ya a punto. Las palmas de nuestras manos buscaban la blanda cavidad en la que hundirse frotándose una contra otra. Piel con piel, nuestros dedos se estremecían.

Pero, de buenas a primeras, volvió el mal tiempo, las mañanas frías, los horizontes limitados y opacos. Marzo empezó y siguió así hasta el dieciocho, el primer día despejado después de las neblinas.

Nos sorprendió como una sonrisa inesperada en un rostro lúgubre. Al ir rasgándose poco a poco las nubes, el sol se dejó ver por fin. Las miradas, esperanzadas, seguían cada una de aquellas fisuras. Aquel 18 de marzo… a mediodía, abrimos todas las ventanas. A la una nos encontramos los coches caldeados. El aire era suave. Daba ganas de aspirarlo a bocanadas. Los hombres se remangaban. Entre las puertas de los vehículos, irrumpía en la claridad un rostro moreno. Aquello se gestó lentamente. Fue primero alguien en lo alto de la cadena golpeando la chapa con una

herramienta; luego, otro dando con las manos, con las palmas en la chatarra caliente. Y el sol que pegaba en los cromados, descomponiéndose en mil rayos dentro del automóvil, y los párpados que se entrecerraban al darles la luz. Los movimientos se volvían más flojos. Atornillaban y golpeaban, atornillaban un poco y golpeaban aún más. Bernier se levantó, pero —como el chucho inofensivo y de ladrido tan débil que no lo puede alargar mucho tiempo— regresó contento a su taburete, a sus papeles, a su tinta y a sus letras de imprenta después de aquel esfuerzo.

En poco tiempo aquello fue una desbandada. Algunos rezagados corrían hacia la cabeza de la cadena para terminar su trabajo, molestando a los otros, dando una vuelta de destornillador o un martillazo a tontas y a locas, y, al volver atrás, otra vez tarde, iban a por el coche, que ya estaba demasiado lejos. Otros, para recuperar el ritmo, se daban un automóvil de margen para descansar, y, cuando este llegaba a nuestra altura, le faltaban tantas piezas que era imposible seguir trabajando. Daban voces, gritaban, fingían que les faltaba el ánimo buscando simplemente un pretexto y así parar. Mustafa se reía con los dientes apretados y frunciendo de placer aquella narizota suya. Le gustaba el desorden de la cadena, las palabrotas de los peones, su inútil celo. Como un perro grande oculto entre la hierba, vagaba al sol, olisqueando, con sus burletes al hombro y las manos impacientes. Alguien gritó: «¡Cortad la corriente!». Había una carrocería bloqueando la entrada del ascensor. El vehículo, mal orientado, había resbalado con el capó hacia la izquierda. Tardarían al menos media hora en retirarlo. Daubat vino hacia mí secándose las manos.

—Voy a echar un vistazo. ¿Viene?

Le dije que no y me senté en el borde de la cadena. Nadie me veía; me retoqué el peinado. Más arriba, los tunecinos estaban fumando. Arezki estaba con ellos.

El canto partió de más allá, del extremo mismo de la cadena. Una llamada sorda, prolongada. Del otro lado, respondieron los martillos, que, a fuerza de unos golpes que poseían la pureza del cristal, producían la misma llamada monocorde. Al poco, unas cuantas manos se pusieron a aplaudir. Mustafa corrió por el pasillo. Lo había oído.

—Oh —profirió.

Aspiraba el aire reteniéndolo en el pecho: «¡Oh!, ¡oh!». Encaramado al techo de un coche, comenzó a dar golpes al tiempo que movía la cabeza.

—¡Mus-ta-fa!

Dos veces alguien gritó su nombre. Se puso a golpear más fuerte. Los tunecinos se acercaron a él; Arezki también. Todas las manos aplaudieron, entonando las palabras que Mustafa, desde lo alto de su automóvil, lanzaba al sol. En el taller setenta y seis había un círculo de hombres aplaudiendo y cantando al mismo tiempo, con los ojos casi en blanco y la cabeza dándoles vueltas. Ya no se trataba de un juego: era un ejercicio de distensión en toda regla, una revancha frente a los gestos cada vez más escasos de la cadena, frente a su ritmo limitador. Por una cuestión de honor, los franceses se mantenían al margen. Algunos, sin embargo, sorprendidos por aquel delirio, miraban y reían. Vi a Lucien a lo lejos, que también había bajado. No fumaba, escuchaba y prestaba atención. Disfrutaba aquella música nacida como un río de una escueta y tibia nota, arrastrada, temblorosa, dubitativa, entrecortada, trémula: la cuerda suelta del *guembri*, siempre la misma nota, prolongada, dolorosa como una espina que, al hincharse en la carne, agranda la herida, restalla la cuerda. De haberse atrevido, probablemente se habría entregado al ritmo febril de las manos. Golpeaban la chapa de delante y de detrás del vehículo como si fuera un enorme tambor metálico por el que resbalaban unos dedos largos y broncíneos que envolvían la voz de Mustafa, deteniéndose cuando el chico, como un muyahidín, entonaba el «elbi
el-bi»,
la coletilla de todos los lamentos árabes. Cantaba, golpeaba, jadeaba con los ojos anegados en lágrimas, ebrio de su propia voz. Volvía a ser el pastor sentado bajo el olivo que vigila a sus cabras escuálidas; descendía por la roca amarillenta con los pies desnudos cual pastorcillo andrajoso que, con una sola nota, conseguía abrir y fustigar la carne de quienes lo rodeaban, el pueblo de los indigentes extasiados, sofocados, con la cabeza balanceándose sobre el tallo de sus cuerpos mecidos por el viento de la música. Cuando uno creía haber cogido el ritmo de las palmadas —dos veces la mano izquierda, una vez la derecha, una vez la izquierda, dos veces, una vez—, cuando estaba a punto de unirse a él, el ritmo se rompía, el

río serpenteaba. El canto fluía tanto en una cascada de gritos y de golpes como en un hilillo semejante a la nota que lo había originado; y, sin previo aviso, se detenía, brusco, recuperaba la calma, como un largo torrente de imprevisibles remolinos. Si uno no participaba del secreto, de la magia de aquella música, no podía adentrarse en ella sin hallarse a contratiempo, eternamente a contratiempo.

Sentada, con un nudo en la garganta, casi temblando, me pellizcaba las piernas para no echarme a llorar. Mustafa llamaba con su voz gangosa, levantaba sus cortos brazos, y su gemido nos desgarraba a todos.

Daubat pasó esquivando el círculo. Por la noche le diría a su mujer: «Hoy hemos tenido que aguantar un concierto de los moracos». El otro, el ajustador alto con gafas, debía de pensar: «Mi hijo está allí, y ellos, aquí, venga a cantar y a divertirse». Quienes tendrían que haberlos aceptado y reconocido los habían rechazado a la vez que proclamaban en sus congresos: «Proletarios del mundo, uníos». Unos salvajes y su música de salvajes. Unos *moritos*, como los llamaban. Un estigma peor que la estrella amarilla sobre el pecho de los judíos. Los hombres de los cuchillos en el bolsillo, los holgazanes, los ladrones, los mentirosos, los salvajes, los crueles, los sucios: los moritos. Esta noche, su periódico informaría: «Unos norteafricanos atacan a una tendera». Y, un poco más allá, bajo una imagen ejemplarizante, «Unos franceses musulmanes saludan al ministro residente». En ambos casos, unos perros. Perros buenos, fieles, cariñosos, mimados o perros rabiosos. Pero poco más. Nada haría admitir a Daubat, al ajustador y a tantos otros que los moritos eran sus iguales. Era una generación perdida. Habría que coger a la siguiente, la de Marie y —como Lucien había deseado— empezar de cero con ella.

Me dieron en el brazo unos tornillitos. Me giré hacia Arezki. Estaba lejos de mí, cantando en el corro. Y más tornillos que me pasaron rozando. Esa vez, lo cacé lanzándomelos de tal manera y con tal pericia que nadie podía verlo. Volvió la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Sí, saldríamos de aquella, superaríamos los obstáculos, ¡echaríamos abajo todo lo que nos entorpecía! Un día no necesitaríamos una habitación para escondernos. Recogí un tornillo, apunté derecho y le di en la espalda. Todo el mundo me vio.

Un toque de sirena. La cadena se ponía de nuevo en marcha. El corro se deshacía. Mustafa bajó. Daubat, que venía en esa dirección, lo cogió por banda.

—¿Has visto lo que has hecho?

Una raya gruesa oscurecía la pintura amarilla. Mustafa, ebrio todavía, lo agarró por el cuello de su mono.

—Si se lo dices al contramaestre, te espero a la salida, te rajo la barriga y me zampo tu carne.

El otro palideció. Lo creía capaz. Arezki alcanzó a Mustafa y, empujándolo contra el vehículo, le habló con dureza. El chico se alejó y volvió silbando a sus burletes.

Lentamente el trabajo se reanudaba. Teníamos unos minutos para dejarnos arrastrar un poco, sentados en el borde de un coche, y hacer un viaje —siempre el mismo— al final de la cadena.

De un modo imperceptible, el círculo iba estrechándose. Las miradas se volvían hostiles. El ajustador ya no me saludaba. Daubat me dio la mano con frialdad. En el vestuario, donde apenas había trabado amistad con mis compañeras, me dedicaba a interpretar los silencios, las miradas de soslayo llenas de curiosidad. Estaba extremadamente sensible.

No me quedaban más que unas islas contadas por las que moverme en paz. Repasaba la lista de los que no lo sabían: Gilles, el delegado, mi vecina de taquilla, que comía fuera y conducía un Fenwick; unos cuantos del utillaje. Con ellos me sentía a gusto, me inspiraban arrebatos de cariño, les hablaba como dándoles las gracias. Y me sentía desfallecer o me angustiaba cuando en una isla en la que me creía a salvo notaba una mirada insistente, una mezcla de ironía, de incredulidad, de curiosidad y de desprecio.

Didi fue cruel. Cuando se dirigía a mí, me llamaba Aicha y, en cuanto yo ponía un pie en el vestuario, aplaudía como una estúpida al tiempo que cantaba: «¡Alá! ¡Alá!».

Una noche que hablábamos de eso, Arezki me dijo:

—Qué quieres, para los franceses somos unos depravados sexuales y, para los nuestros, las francesas son las reinas del… refinamiento. Algunos se juntan por razones así. Y ya te digo que suele ser decepcionante, tanto por una parte como por la otra. Los mitos…

Cuando quedábamos, me llamaba Hawa. También me lo decía

cuando me hablaba con cariño o me besaba.

Nunca le pregunté qué significaba aquella palabra. Prefería no saberlo, y me inventé distintas traducciones.

Una tarde, a las cinco, Gilles me hizo seña de que lo siguiera. Nada más atravesar la puerta del taller, me pidió que no me pusiera nerviosa. A Lucien le habían detectado hemoptisis. Se lo habían llevado al hospital de Bicêtre; podía ir a visitarlo aquella misma tarde.

Se ofreció a acompañarme. Yo había quedado con Arezki. Le pedí permiso para volver a la cadena y terminar mi trabajo. Sorprendido, Gilles dijo que sí. Fui hasta donde estaba Arezki. Le di la noticia a pesar de que Bernier estaba presente, sentado al fondo del automóvil en compañía del ajustador. Arezki se dio cuenta. Contestó muy alto:

—Espero que mañana pueda darnos buenas noticias.

Bebíamos en silencio. Era consciente de que Gilles me haría preguntas. Era uno de esos raros y peligrosos momentos en los que o se pierde o se afianza una amistad incipiente. El olor de la cerveza me desagradaba. Sin embargo, tendría que hacer de tripas corazón y bebérmela. Gilles tenía una pequeña tonsura, visible cuando se inclinaba para encender el cigarro. La chaqueta le favorecía menos que su gran bata blanca, que le disimulaba la grasa de la cintura.

—¿Está más calmada?

Era la tercera vez que me lo preguntaba.

—Sí, señor —dije.

Y lo miré agradecida. Me tocó la mano que tenía apoyada en el borde del velador.

—En Bicêtre estaba pálida.

—Y eso que estoy acostumbrada a los hospitales. Voy tranquila.

—No es para tanto.

Bebía rápido; parecía muy alterado.

—Me cae muy bien su hermano.

—Será uno de los pocos…

—¿Cómo que uno de los pocos?

Y se echó a reír.

—De un percance de pulmón se recupera uno. Yo, cuando volví de Alemania, tenía un pulmón agujereado. Y míreme ahora.

—Sí, lo sé, señor.

—¡Pero no me digas *señor* todo el tiempo!

Me reí yo también, y me sentí mejor. Tocaba beber. Le di un buen trago. No conseguí vaciar el vaso.

—Hay un lado cómico y bufonesco en nuestras vidas. Podrían cantarnos «Los dos huérfanos». Al final de cada estrofa, vamos a parar al hospital. A veces tengo la impresión de que la Tierra gira en un sentido, pero Lucien y yo nos movemos en el sentido opuesto, como equilibristas en un circo.

Gilles había terminado su vaso. Miraba por la cristalera, recubierta de acetato de celulosa. Intuía que no le había gustado lo que acababa de decir.

—En cierto sentido, no es lo peor —dijo—. Se encargarán de él, lo tratarán, lo curarán. Le llevará unos cuantos meses. Mientras tanto…

El camarero venía en nuestra dirección. Gilles lo llamó. Supuse que había que ir terminando y levantándose. Bebí lo que me quedaba en el vaso de un trago.

—Otra media —dijo Gilles—. ¿Y para usted, Élise?

Con tal de prolongar la velada, acepté. Tenía ganas de hablar como aquella primera noche con Arezki. Ganas de contarlo todo: el pasado, el presente, lo malo y lo menos malo. ¡Y, ahora que está al tanto, tire del hilo y cuénteme usted!

Le describí a Anna, a Henri, a Marie-Louise; hablé de lo que conocía (la pegada nocturna de carteles, las reuniones, la pintura, el horno) y de lo que intuía (las conversaciones agotadoras con Anna, las noches en vela, la falta de dinero). Llegué a la escena delante de la fábrica.

—Me lo han contado —dijo—. Al día siguiente, en el comedor, casi ni me respondió cuando lo saludé. Al principio, nos entendimos bien. Me parecía interesante. También tuvimos nuestros roces. A él, a usted, a los otros les horroriza su trabajo. No estoy de acuerdo. Deben hacer bien lo que hacen. No hacen más que chapuzas. Entiendo el porqué: venden sus brazos, sí, y por bien poco. Pero tienen que mostrar respeto por su trabajo, que es también el de los demás. Desde cierto punto de vista, no me diga que la cadena no es bonita.

Protesté:

—¿Y los ritmos?

—Sí, sí. En eso estoy con ustedes, en eso doy la cara por ustedes. Y hacen que me la parta al hacer mal su trabajo.

—Trabajamos mal porque no tenemos tiempo para trabajar.

Sentía que me faltaba el aire. Teníamos delante de nosotros las cervezas. Una máquina de discos repetía: «Julie, Julie la pelirroja».

—En fin… ¿Y cómo han llegado a este punto los dos? —dijo—. ¿Nunca han tenido quien se hiciera cargo de ustedes, alguien que les aconsejara, que les ayudara? Han tomado el camino equivocado.

Era consciente de que me había puesto colorada. Sentía el sudor corriéndome por las axilas. Necesitaba calmarme y dejar que hablara Gilles. Me contó los inicios de Lucien, sus ingenuidades, sus desmesuras: nada que no supiera. Me hizo ver sus errores y me explicó las razones. No negó el racismo de los obreros; culpaba a la gran rueda social que arrastraba a los hombres, al sistema y sus engranajes.

—Si el moro no existiera, habría que inventarse a otro. Tiene que comprender que se reafirman frente al árabe. Añada a eso la ignorancia, la incultura, el miedo de quien no es como uno, la guerra allí… Todo eso ha de ser extirpado con destreza gracias a un largo y tenaz trabajo, y no por la acción brutal, directa y anárquica.

No me había convencido. Me identificaba con mi hermano; sus excesos se convertían en los míos. Animada por la cerveza, le pregunté si estaba de acuerdo cuando el Partido condenaba la ayuda directa a los militantes argelinos.

—Yo estoy de acuerdo con decisiones sopesadas, analizadas y discutidas. Hay que comportarse siempre con prudencia. Algunos hacen la revolución pensando en ellos mismos o por intereses ocultos. ¿Está usted en disposición de juzgar quién representa esta revolución de manera válida?

—Todos aquellos que tienen el coraje de participar en ella.

Clavó los ojos en los míos tan profundamente que volví la cabeza.

—Élise —dijo.

—Sí.

Su mirada estaba llena de cariño.

—Tiene que recapacitar, créame. Solo, uno no consigue nada. Durante diez años, será una rebelde; luego, un buen día, se convertirá en una resignada. ¿Quién sabe? Igual se pasa al otro

bando… ¿Sabe que un día la amonesté por su actitud con el bajito de los *snapons*?

—¿Con Mustafa? Sí, me acuerdo. No había marcado sus errores.

—Yo a eso lo llamo… *maternalismo*.

—Pero es mi forma de ir por la vida.

—Tiene que reconsiderarla. Trate entonces de hablar alguna vez con Arezki, el que coloca los retrovisores.

No estaba al tanto.

—Ya he hablado con él. Varias veces.

—Se llevaba bien con su hermano al principio. Pero no les duró mucho.

El barullo, la cerveza, la libertad con la que nos expresábamos me empujaban a abrirme con él. Pero me contuve en el último segundo. En cuanto dije «oiga…», tuve el presentimiento de que, si se enteraba, su visión cambiaría. Inevitablemente, pensaría: «Ahí la tiene, lo suyo es otra historia de cama más». ¿Quién iba a intentar entenderlo? ¿Quién querría hacerlo? Él, yo, todos nos dedicamos a juzgar sin conocimiento de causa. Es así. Para simplificar, nos quedamos con la primera explicación porque con ella nos basta para satisfacer nuestro lado conformista.

—Oiga…

—¿Sí?

—Oiga, ya se ha demorado acompañándome a Bicêtre. No me gustaría que…

—Es verdad. Tengo que marcharme. No es que mi mujer vaya a preocuparse, pero… Debería conocerla. Ella milita…, ¿sabe? Y, bueno —dijo, abotonándose con dificultad la chaqueta—, si me necesita por cualquier cosa de su hermano…

Caverna: una hermosa palabrita que hace pensar en hechizos. Caverna, fiebre, rojo de fiebre, rojo sangre, radiografía, escupitajos, bacilos, hospital, formularios, papeleo, atención al paciente, pruebas, visitas médicas, pinchazos, laberinto tortuoso y su culminación: todo eso es el sanatorio.

Lucien se quedó poco tiempo en Bicêtre. Volvió a casa, y fui a verlo dos veces. Si bien mi primera visita no fue bien acogida, la segunda pareció complacerlo, a pesar de tener con él a Henri, insultantemente optimista, tal como uno se cree obligado a

mostrarse en presencia de un enfermo. Tenía que marcharse, pero no se decidía a hacerlo. «¿Qué son tres meses?», replicaba Henri. «Te dicen tres meses; luego se quedan contigo seis». «¿Y qué? Leerás, descansarás…». Anna no abría la boca. Tenía la esperanza de que Lucien no se fuera. Yo la miraba con rencor, pensando: «Sucia, mujer sucia; es ella quien lo ha contaminado. Lleva en sí el mal, seca como está, pálida, con ese aspecto enfermizo. Su madre murió de eso».

—Aincourt no está tan lejos: iremos a verte cada mes.

—¡Ah!, eso sí que no, ahorrádmelo —protestó.

Sus ojos no enfocaban nada concreto, recorrían la habitación de objeto en objeto y vuelta a empezar. Ya fuera por el deterioro físico, por huir hacia adelante o por las ganas de evadirse, muy pronto acabó cediendo y nos dijo: «Me iré». Cerró los ojos, hizo ademán de buscar los cigarrillos, que tenía prohibidos, y se dio una buena cachetada en el muslo.

—Os toca jugar a vosotros. Yo os miro.

Ingresó en Aincourt el 15 de abril. Aquella partida resignada propició el milagro que Arezki deseaba: Lucien me dejó al cargo de su habitación. Anna aceptó el intercambio. Tomó mi relevo en la residencia y yo ocupé —bendita revancha— los espacios de los que su llegada me había expulsado.

—Quince mil es inviable para ella, que no trabaja. Cógete el cuartucho y ya me lo devolverás cuando salga.

Se llevó los discos, el electrófono y los libros. Cuánto se parecía aquella vida a la de la jungla: en ambos casos, los placeres y las alegrías se originaban en las penas ajenas. Mientras arreglaban entre ellos las cuestiones prácticas, yo acariciaba con la mirada la mesa, la cama, el marco de la ventana, desde el que veríamos las colinas ir pasando del azul al púrpura.

Gilles vino a la cadena y se interesó por la evolución de Lucien. Intenté mostrarme contenida, seca, sucinta, pero notó que me emocionaba. Me mandó al coche que se acercaba, y cuando me bajé todavía estaba allí, pero Mustafa le estaba diciendo algo y gesticulaba mucho, así que me quedé al margen. Al poco, miró en mi dirección al cruzar el pasillo.

El 20 de abril caía en domingo. Yo había acelerado la mudanza de Anna, que no conseguía cerrar la maleta y ponía el pretexto de

un par de zapatos cuyos tacones se dibujaban bajo la frágil tapa.

—Bueno, pues lléveselos en la mano.

—Claro. Tiene razón.

Me arrepentí de ser tan brusca, a lo que ella contestaba con su falsa humildad. Me asaltaba de nuevo la imagen de su rostro abotagado por las lágrimas, tal como lo había visto sin querer el día de Año Nuevo. Así lo tendrá esta noche, me dije. Me la imaginaba en la celdita de la residencia, ebria de sollozos ahogados en el edredón.

Antes de marcharse, Lucien había hecho un aparte conmigo.

—Si puedes, échale una mano al principio. Henri se encargará de buscarle algo. No la dejes sola. Te lo compensaré cuando salga. Por lo visto allí te enseñan un oficio durante la convalecencia.

Pero no fui capaz de renunciar por ella a aquel primer domingo. Llevaba dos días anticipando la llegada de Arezki, la libertad total que ofrecen cuatro paredes…

Me había dicho: «Te llamaré. Qué finolis es esto de poder telefonearte ahora. Te diré si voy o no. Han causado verdaderos estragos en el barrio. Quince arrestos. Todos de dirigentes».

Por la tarde me tumbé como había visto acostarse a Anna y me solté el pelo para parecerme a ella. Leí un poco, me acerqué a la ventana, volví a tumbarme esperando hallar sosiego en el sueño. Arezki había llamado a mediodía. «No, no iré. Ya te lo he explicado. Me es imposible salir hoy; tengo que quedarme aquí. Mañana, mañana por la noche. Seguro».

Tuvimos que esperar al miércoles para vernos. Arezki entraba por la mañana en el taller, iba derecho a la cadena, me apretaba la mano con fuerza y esperaba a mi lado hasta oír la sirena que marcaba el arranque de los motores.

—No te preocupes.

Leía mi mal humor en las arrugas de mi cara.

El miércoles, por fin, me susurró:

—Crimée, a las siete.

Cogí mi tablilla y mi lápiz, entusiasmada. Mustafa trabajaba en silencio. Le pregunté qué le pasaba.

—Oh, nada.

Daubat, que venía por el pasillo, se interesó por Lucien.

—Aún no sé nada. Llamaré mañana; pero está muy tocado.

—¡Ay, la pintura! Es una pena, un hombre tan joven y que esté así…

Tenía unas bolsas rojizas y de aspecto granuloso bajo los ojos, y su voz de malandrín sonaba más débil.

—Yo tampoco ando muy allá. Me cuesta horrores levantarme por las mañanas. No veo la hora de jubilarme.

Y todos decían lo mismo. Suspiraban por la jubilación. ¡Cuándo llegará!

—Hawa, estás molesta conmigo. Pero ¿quién tendría que enfadarse? Te he pedido y te he suplicado que me lleves contigo a tu ciudad. Podríamos haber vivido con la abuela. Al menos, hasta ayer yo podía, estaba libre… o casi. En la lucha clandestina, ahora eres alguien, luego no eres nadie, luego vuelves a serlo… Figúrate: quince hermanos detenidos, todo el barrio desorganizado. Pero da lo mismo: la guerra no durará para siempre. Eres mi Hawa. Esta noche estoy libre. Será más duro que antes, ya sabes, pero nos las apañaremos. Estás conforme, ¿no?

¿Qué significaba *Hawa*?

—Entonces, ¿nos veremos menos?

—Un poco menos, sí. Pero durante más tiempo cada vez, dado que tenemos la habitación.

Cuando llegamos a Saint-Denis e hicimos la ronda por los comercios de la plaza con el fin de hacer la compra para la cena, perdió el entusiasmo. Delante de la puerta de la pensión, le sugerí:

—Pasemos sin hacer ruido; todavía no me conocen demasiado bien.

Pero el encargado, que bajaba por las escaleras, se cruzó con nosotros y se giró al mismo tiempo que yo. En cuanto cerramos la puerta, Arezki sacó el pan y la fruta. Mirando hacia la cama, exhaló un suspiro y se sentó para encenderse un cigarrillo.

Después, me atrajo hacia él.

—Hawa, te lo ruego, baja y ve a buscarme vino, ¿quieres? Necesito beber algo esta noche.

La cena se alargó. Arezki había recobrado la alegría. Estaba planeando venir dos o tres noches a la semana.

—También deberías dejar la fábrica, pero esperemos un poco más.

Yo hablaba mucho. Llevando consigo el vaso, que todavía no

había terminado, Arezki se acomodó en la cama.

—Deja todo eso, los cacharros… Ven aquí.

Conocí el placer de dar placer. Habíamos dejado la ventana entreabierta y el aire de la noche nos despertó.

—Enciende la luz —me pidió Arezki.

Se puso a fumar con aire pensativo. Por culpa de la habitación, yo ya no sabía muy bien si éramos nosotros mismos o Lucien y Anna, cuyas poses imitaba. Conversamos hasta el alba, cuando el sueño nos venció de nuevo.

—Quería negarme…

Arezki hablaba con voz pastosa.

—Pero si hubiera opuesto resistencia, me habrían golpeado delante de ti o te habrían arrestado también. Lo vi claro en apenas unos segundos.

—¿De qué estás hablando?

Ya se había dormido.

La alarma del despertador me sobresaltó. Me arreglé de puntillas, sin encender la luz. Arezki seguía durmiendo. Quería observarlo; pero, para protegerse de la débil luz del amanecer, se había envuelto en la sábana, de la que sobresalían unos cuantos mechones negros. La habitación iba iluminándose, los objetos iban perfilándose, sus contornos aún conservaban una agradable falta de nitidez. Arezki se movió. Corrí hacia la cama. Nos miramos en silencio.

El encargado, que estaba sacando los cubos de la basura, nos vio salir juntos.

Arezki compró un periódico, pero se lo guardó sin leerlo, apretado bajo el brazo. Se lo cogí y le enseñé las noticias relacionadas con la guerra. Se encogió de hombros. Antes de que el autobús parara en la porte de Choisy, me apretó muy fuerte los dedos, y yo le devolví el apretón.

La sirena estaba sonando cuando ocupó su puesto en la cadena. Yo ya estaba allí desde hacía unos minutos, conversando con Mustafa sobre trivialidades. Me invadió una auténtica borrachera y brotó en mí todo el ímpetu que me había faltado durante la noche. Me puse a hacer planes: le daría un mordisco en el brazo cuando, por casualidad, nos encontráramos a solas en el trabajo; lo besaría en la sangradura, ese punto frágil en el que se cruzaban sus venas,

exageradamente hinchadas, de modo que aquel gesto inusual, fuera de lugar, le sirviera de prueba de mi cariño.

Desde la marcha de Lucien, y a pesar de la presencia de Arezki, me sentía aislada. Mi hermano nunca me había sido de la más mínima ayuda, pero saber que estaba cerca, presente, me tranquilizaba. Bernier intentaba en vano cogernos con el pie cambiado y seguía a Arezki con la mirada cuando se acercaba a mí. Si en ese momento yo hubiera cometido cualquiera fallo profesional, me habría sancionado sin piedad. Aquella mañana cometí errores… Gilles no disimuló conmigo su irritación. Yo soportaba sus reproches en silencio, mientras que Bernier se deleitaba. A la hora de la pausa, Gilles vino a buscarme. Me llevó delante de una carrocería y me enseñó el salpicadero. Lo había dejado pasar sin marcar el defecto, que, sin embargo, saltaba a la vista.

—¿Se da cuenta?

—Sí, no es del mismo color.

—¡Justo! Y podría enseñarle otros. ¿Qué le pasa? ¿Está enferma? ¿Es porque le preocupa Lucien? ¿O los acontecimientos? Ya sabe, Élise, que implicarse a la desesperada no sirve para nada.

Viendo que no tenía intención de responderle, no insistió más. Al salir del taller, el delegado me abordó.

—No debe dejarse mangonear. Un jefe, por mucho que sea Gilles, no tiene derecho a hacerle quedarse después de la hora.

—Se interesaba por mi hermano.

—¿Delante de un coche que usted había revisado?

Me aparté de él y bajé para hacer unas llamadas. Primero, llamé a Anna a la residencia, pero no estaba. Entonces pedí que me pusieran con Aincourt. No conseguí que me dieran ninguna información sobre el estado de mi hermano.

Me arrastré de un automóvil a otro el resto de la tarde. Por la noche volví a mi habitación y a mi cama, donde me quedé dormida sin quitarme la ropa.

Al día siguiente, el encargado me entregó una carta que había dejado Anna.

—Aprovecho la ocasión para recordarle que está prohibido invitar a pasar la noche a cualquiera que no esté registrado —gruñó —. Sobre todo, a… extranjeros.

> Élise, ayer me acerqué a Aincourt, pero era la hora del tratamiento y no pude estar con Lucien. Me han dado noticias tranquilizadoras. Tenemos permiso para visitarlo el 4 de mayo. He avisado a Henri. Nos llevará él.

—¿Vendrás, Arezki?

—No, ¿qué se supone que pinto yo allí?

—Podrías conocer a Henri, a Anna; estoy segura de que a Lucien le alegraría hablar contigo.

—No; ni a Henri ni a Anna: no me apetece conocer a nadie.

Vino el domingo, como había prometido. La víspera me había llamado por teléfono, pero la presencia del encargado me hacía sentir incómoda a la hora de contestarle.

—Élise, ¿estás molesta conmigo? ¿Te has enfadado? Si me quieres, has de apoyarme. ¿Me quieres?

—Sí, por supuesto.

—Iré mañana. Por la noche estoy libre y me quedaré hasta el lunes. ¿Te parece?

—Sí, claro.

Nos fumamos un cigarrillo a medias. Arezki hacía trampas y le daba dos caladas, luego me lo pasaba; y yo hacía trampas también, ya que me limitaba a soplar para que la punta se enrojeciera. Aún no habíamos encendido la luz, a pesar de que la noche ya había invadido la habitación, y, en los segundos que el cigarrillo duraba encendido, nos observábamos de soslayo. No sabía qué hora era, pero imaginaba que sería tarde. No me atrevía a romper aquella siesta nocturna en la que Arezki parecía recrearse. Se le escapó un suspiro, y le pregunté:

—¿Qué te pasa, Arezki? Pareces triste. ¿No queríamos una habitación para los dos? Pues la tenemos. Estamos aquí juntos. ¿Qué es lo que te pone triste? ¿Qué te falta?

—Sí, has dado en el clavo. Me falta algo. Me cuesta explicártelo. Me falta imaginación. Ya no soy capaz de imaginar el futuro. No consigo soñar…

—¿Y no te interesa el presente?

—Siento como si ya hubiera pasado. ¿Me entiendes?

Le acaricié el pelo. El contacto con él me hizo estremecerme. Durante años había ansiado tocarle el pelo a Lucien. Cuando era

pequeño, se lo peinaba yo y adoraba hundir en él los dedos, orgullosa como estaba de su espesor, de su reluciente castaño; luego, un buen día, me apartó la mano de malos modos y nunca más volví a hacerlo.

—Seremos como los muertos de hace siete mil años.

—¿Qué?

Me había incorporado y lo miraba, convertido en una efigie morena cuyo perfil revelaban las luces de la calle.

—No, no te asustes. Es un verso de un poeta árabe, se me ha olvidado el principio. Dice que hay que vivir el momento. Escriben todo eso en épocas de tranquilidad o cuando el peligro ya ha pasado. Nosotros también vivimos el momento. Enciende la luz, Hawa. ¿En este cuarto no tienes ninguna bebida fuerte?

Me levanté y busqué en el armario empotrado bajo el lavabo. Solo encontré un frasquito de ron, de esos que se compran para aromatizar las crepes. Estaba empezado, y vertí lo que quedaba en un vaso grande. De broma, traté de levantarle la cabeza y hacérselo beber. Me costaba lidiar con su tristeza, me incomodaba.

—¿Te gusta el color azul?

—Sí, mucho. Pero hay varios tipos de azul.

—El del mar, una mezcla de verde y de azul. ¿Has visto el mar alguna vez?

—No, nunca.

—Un día lo verás, y el mes que viene te traeré un gran albornoz del azul que a mí me gusta.

—Una bata de casa, Arezki. ¿Ves como sí tienes imaginación? Desear es imaginar.

—¡Y gritar es convencerse!

—Más que nada estás cansado. Por el modo en que te has tirado en la cama al llegar, me lo he figurado. ¿En qué condiciones vives? ¿Cuándo descansas?

Me pidió que le pasara los cigarrillos que había dejado en la chaqueta.

—Me paso el día corriendo de un lado para otro… Los polis no se andan con bromas, ¿sabes?

Olió el vaso, dio un sorbo y lo dejó sin acabar de beber.

—No me gusta el ron. En fin, dame lo que haya, cualquier cosa.

La bombillita que Lucien había puesto se filtraba a través de la

pantalla roja lo justo para matizar los ángulos de nuestros rostros. Fumar le desataba la lengua a Arezki. Pero me costaba escucharlo. Quería defenderme de él; me negaba a aceptar la desesperación, cerraba la puerta a las sombras para que no entraran. Él hablaba. Miraba fijamente la pantalla de la lámpara carmesí y se quejaba en voz baja, apagada. Como Lucien, decía que el cuerpo no cuenta, que hay que usarlo y sacarle partido; y que ni el cansancio ni las noches en vela importan. Decía que la lucha es enseñar a los hermanos a lavarse, a no lanzar escupitajos en el metro, a cotizar, a ser precavidos, a disimular, a agachar la cabeza, a obedecer.

—No te imaginas cómo son los hombres —suspiraba—. Yo, el primero. Aquí, bebo; fuera de aquí, castigo a quien bebe. La guerra no hace mejores a los hombres.

Yo lo animaba, lo tranquilizaba. Además, ¿no se suponía que la guerra estaba llegando a su punto culminante? En la opinión pública iba perfilándose una especie de despertar, de toma de conciencia.

—¿En quién? —me cortó—. En Élise, en Lucien. ¿En Henri? ¿Cuántos sois?

Como protesté, me dio la razón para contentarme.

—Ven aquí conmigo, pero cierra la ventana. ¿No te parece que hace frío? Cuéntame.

Recurríamos a aquel truco: contarnos los que fuera. Hablar sobre la abuela, el puerto, los paisajes cabileños, con sus objetos y sus criaturas inmóviles, inofensivos, tranquilizadores. Y la trampa surtía efecto. Luego, eso sí, una simple palabra, un suspiro o un remordimiento nos devolvían a una especie de núcleo, de punto fijo.

—No podré verte en toda la semana.

Agaché la cabeza y pregunté:

—¿Y el sábado?

—Ah, no, el sábado, no; lo sabes perfectamente.

—¿Crees que va a caer el Gobierno?

—¿Qué Gobierno?

—Pues el francés, por supuesto. Lucien decía antes de marcharse que eso podría cambiarlo todo.

—¿Cuándo vas a ver a Lucien?

—El domingo que viene, con Henri y Anna. Ven con nosotros.

Hizo una mueca y dijo:

—Lástima… Podríamos haber pasado juntos todo el domingo. Me habría venido por la mañana temprano…

No le respondí. Un largo silencio se interpuso entre nosotros. Después me di cuenta de que se había dormido, y lo tapé.

Por la tarde abría las ventanas de la habitación y esperaba a solas la llegada de la noche; la claridad del crepúsculo me bastaba. Encendía la luz solo en la penumbra más absoluta. Hasta el viernes me mantuve firme en mi proyecto, incapaz de imaginarme dándole a mi hermano la impresión de que Anna era su única salida. Cuando aquella mañana me coloqué, como quien no quiere la cosa, junto a Arezki y le pregunté «¿Vendrías el domingo si te esperara?», me prometió que sí y decidí no ir a ver a Lucien.

Durante la pausa de mediodía, los delegados distribuyeron octavillas delante de la puerta de la fábrica. La dirección había rechazado reunirse con ellos unos días antes, y nos invitaban a juntarnos aquella misma tarde. «Las promesas nunca se cumplen. Solamente las hacen para apaciguar las reivindicaciones».

Por la tarde, cuando los delegados expusieron la situación, allí no éramos más que unos cuantos. Un obrero del taller que estaba detrás de mí me susurró:

—Y sus amigos los árabes, ¿dónde están?

Ninguno de los obreros extranjeros estaba presente en la reunión.

Mentí sin rubor cuando me llamó Anna. La excusa que le puse olía a embuste. Pero mientras hablaba con ella, comprendí hasta qué punto quería yo a mi hermano y que la cancelación de esa visita no hacía más que exacerbar el cariño que le tenía. Anna no ocultó que agradecía que no fuera; se le notaba en el tono de voz. Me prometió que se pasaría a la vuelta y que me traería noticias de él.

Estuve el domingo entero esperando a Arezki. No vino. Hacia las seis y media, llamaron a la puerta. Entró Anna y, sin sentarse, me relató su visita a Lucien, acortada debido al tratamiento que le administraban. Le brillaban los ojos; su voz, que temblaba de la emoción, tenía un poso de alegría mientras me informaba de los planes de mi hermano. Quería salir de allí. Había dejado claro que no permanecería todo un trimestre lejos de ella.

«Un mes más y me piro». Ella contaba con contrariarme, con que

yo protestaría apelando a la sensatez, a la razón, a la salud. Me limité a preguntarle: «¿No se ha sentido muy decepcionado por que yo no haya ido?», una pregunta estúpida, a la que me respondió plegando los labios en señal de burla.

—La próxima visita tendrá lugar el 2 de junio.

—Iré, téngalo por seguro.

A las ocho, Arezki llamó por teléfono y me dijo: «Ya voy».

Estaba molesta con él, convencida de que me había mentido.

No trató de disimular.

—Sí, lo hice a propósito.

—Y te lo has pasado bien, ¿no?

—Sí.

Aquella noche estaba relajado. Planeamos numerosas salidas en un futuro indefinido.

—Deberías dejar la fábrica, pero espera a las vacaciones, dentro de dos meses.

Yo pensaba: «¿Y la abuela?». Sin embargo, no la mencioné ni le hablé de mi hermano. Yo tampoco era capaz de soñar ya.

Una carta a Lucien sin respuesta y unas cuantas noches con Arezki, por ahí o en la habitación, me tuvieron ocupada hasta el martes, trece. Aquella mañana, Bernier se me acercó y, sin perder su alegre sonrisa, me informó de que mi prima se había ido a pique.

—Su trabajo es malo malo. Hay que ir revisando detrás de usted. Deja pasar defectos. Para llevar un buen control, no se puede girar la cabeza; hay que mirar al vehículo y no al que está dentro.

Le pregunté qué quería decir.

—¿Que qué quiero decir?

Arezki estaba allí, muy cerca, escuchándonos.

—Valore mi trabajo y no otra cosa, por favor.

—¿Piensa que le tengo miedo porque su morito nos está escuchando? —exclamó.

Lo último que quería es que Arezki interviniera. Y, para evitarlo, debería haberme batido en retirada, pero perdí el control y tiré mi tablilla y el lápiz al suelo, pregonando que iría a ver al delegado. Ya no tenía miedo; las miradas de los otros ya no me incomodaban. Bernier se volvió hacia Arezki.

—¿Y tú qué pintas ahí? Le has llenado la cabeza de pájaros, ¿verdad? ¿Eres tú quien le da alas?

No oí la respuesta de Arezki. Después, aseguró que solo le había dicho: «Déjame en paz». Pero lo vi empujar a Bernier, que se interponía en su camino. Bernier lo cogió por el cuello de la camisa y, para soltarse, Arezki lo mandó contra el coche que venía de camino. A Bernier no le pasó nada, pero tropezó y terminó sentado en la cadena.

—Te van a poner de patitas en la calle.

Se levantó con la ayuda de Daubat, que apareció por allí, avisado a saber por quién, y luego se fue a la oficina acristalada del jefe de taller.

A mediodía llamaron a Arezki al despacho para comunicarle su despido. Salió del taller sin decirme nada, después de haberles dado la mano a los tunecinos y a Mustafa. Tras la pausa, este me entregó un papel. Arezki estaría esperándome en Crimée.

Se había colocado frente a la luz, que le daba justo bajo las cuencas de los ojos y dibujaba una máscara ciega, impresionante y siniestra.

—¡Estoy en el paro!

Por mucho que riera y minimizara lo sucedido, yo calibraba las consecuencias de aquello. A mis preguntas, respondió:

—Sí, a partir de mañana me pondré a buscar trabajo.

—Yo también me voy. Sin ti no puedo quedarme allí.

Al salir, alguien dijo en voz muy alta:

—Parece que ha habido follón en Argel. Lo acaba de decir la radio.

Aquella observación pasó rozándonos sin distraernos de nuestras preocupaciones. Hacia las nueve volví sola a casa y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, lloré. Al día siguiente me tocaría ir con esa jeta de bicho que se le pone a una al dormirse anegada en llanto. Le había prometido a Arezki que aguantaría hasta final de mes.

—Hasta que yo no tenga trabajo, no lo dejes. No es plan de quedarnos los dos a un tiempo sin dinero.

En la porte de Vincennes, encontré un sitio para sentarme y abrí el periódico. Pero, ya fuera por el cansancio o la preocupación, no comprendí la importancia de los acontecimientos que estaban teniendo lugar. Sin Arezki, sin su rostro asomando entre las chapas y la chatarra, me sentía como desnuda en medio del frío. Los días

anodinos me parecían ahora el colmo de la felicidad. A última hora de la tarde Gilles pasó acompañado de los de las batas blancas. Sentía que tenía que marcharme, y se lo expliqué a Arezki cuando me encontré con él en la place
d'Italie.
Caminamos un poco; hacía bueno. La situación era grave, me anunció, y pude verlo en el tamaño de los titulares en la prensa vespertina. Todavía no había encontrado trabajo. Al día siguiente iría a preguntar aquí y allá; terminaría consiguiendo algo, por fuerza, concluyó para tranquilizarme.

De repente lo que estaba ocurriendo me hizo entrar en ebullición. Hablaba del tema con una emoción que hacía sonreír a Arezki. En aquel momento su situación me causaba menos inquietud, preocupada como estaba por leer los periódicos, por las discusiones en la fábrica, por las continuas conversaciones telefónicas con Henri y Anna. Vivimos intensamente aquellos días, convencidos de que había llegado por fin la hora de que sucediera algún cambio radical, satisfechos de estar en la onda aunque no sabíamos en cuál; el caso era que nos sentíamos inmersos en ella, indispensables, movilizados, al fin útiles. Le escribía a Lucien día sí y día no. Me respondía. Las noticias, que también le llegaban, lo volvían loco. Hablaba de «mandarlo todo a paseo y venirse». Estaba al margen. En la fábrica el ambiente había cambiado. Me parece estar viendo a Gilles en el parque donde se apilaban los automóviles, entre la porte
d'Ivry
y la de Choisy. A su alrededor, un grupito. Me llamaba y les decía a los demás: «Tiene buenos contactos». Echaba cuentas: «En tal taller hay cinco muchachos del Partido; en el setenta y seis, son ocho». Gilles decía: «Lo que cuenta no es el ayer, sino cuántos somos hoy por hoy». El propio Daubat sacrificaba la hora de la pausa y se venía con nosotros. Se unieron muchos, de hecho. También mujeres. Gilles estaba exultante. «En Francia hay una vieja tradición republicana que se despierta cuando el peligro acecha». Solo unos cuantos intransigentes se negaban a firmar las mociones, las resoluciones, los llamamientos, los compromisos. Por la cadena corría algo, algo espeso, caliente, reconfortante, que nos conectaba los unos a los otros y que Gilles había bautizado como *la*

fraternidad obrera. Ese entusiasmo y ese ímpetu conocieron su canto del cisne el 28 de mayo.

Arezki se había mostrado sarcástico.

—Eso no sirve de nada: ya es tarde.

Estaba molesta con él por su escepticismo y su incredulidad.

El 27 de mayo me llamó por teléfono. Yo estaba acabando de cenar. No habíamos podido vernos esa tarde, pues él estaba ocupado.

—Ahí andamos. Me han prometido algo para el 15 de junio. Aún no es seguro. Pero pinta bien. Trataré de ir esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. En media hora, una hora.

Me acordé del encargado y de sus quejas.

—Ven después de las once: así nadie te verá entrar.

—Eso es muy tarde: es la hora de las redadas. Da igual, ya nos veremos mañana.

—Mañana es la manifestación. No sé cuándo terminará.

—¡Ay, la manifestación!

Hice caso omiso del deje irónico.

—Bueno, haré lo posible para ir después de las once. En caso de que haya algún impedimento…

—Me llamarás mañana. Ven esta noche, Arezki. Pero ten cuidado con el encargado. ¿Y si salgo a esperarte en algún sitio? Entraríamos juntos, sería más prudente.

—No, espérame en la habitación.

Pero esperé en vano. El veintiocho me levanté en un estado que rayaba en la embriaguez. Abrí la ventana, miré la calle, el horizonte sin humo y la línea naranja a ras de los tejados anunciando un día de calor. Trabajamos hasta mediodía. Echaba de menos a Lucien. Me lo imaginaba en el verdor de Aincourt, empalagoso como una chuchería para sus ojos ávidos de asfalto y adoquines. Luego cogimos el metro en grupo. Para caber, tocaba apretujarse, desaparecer tras las espaldas de los metaleros, de los carteros, de los albañiles. En cada estación intentaban subirse nuevos grupos en los vagones, llenos a reventar. Los mismos que por la noche se enzarzaban en una pelea por una simple patada o un roce reían juntos y se trataban con camaradería. El metro pasaba como un río en el que desembocaban incontables afluentes de hombres

acarreando banderolas, pancartas, calicós enrollados, banderas. Algunos, los más viejos, lucían corbatas rojas. Me rodeaban obreros que yo había metido en el saco de los cabrones y los racistas de la fábrica, y mi sobreexcitación era tal que me daban ganas de pedirles perdón por haberlos juzgado mal. Todavía no entendía que estaban allí como las veletas: movidos por el viento que soplaba.

Minúscula entre los hombres, cerraba los ojos de la emoción. Iba preparando la crónica que le haría a Arezki. ¿Seguiría riéndose si viera el océano que sumergía la place de la Nation?

Gilles se acercó a mí.

—¿Qué, Élise? ¡Conseguido!

—Sí, creo que esta vez es la buena.

—Es como en el treinta y seis —dijo detrás de mí Daubat.

—Los estudiantes…

Estaban desplegando sus banderolas. Letras, Medicina, la residencia Antony…

—¡Y ahí está la Renault!

La punta de lanza de la clase obrera francesa avanzaba entre aplausos.

Fuimos a pie hasta la place de la République cogidos del brazo y gritando consignas. Habríamos caminado todavía más lejos. Allí un joven chalado se encaramó a la estatua y la llenó de flores. Todo París —corazón y extremidades— estaba allí, sin dislocarse ya. Unos helicópteros sobrevolaban a la muchedumbre. Detrás de mí, alguien dijo:

—¿Y si aparecen los *paracas*?

—¡Que se atrevan a venir…!

Dejamos atrás la place de la République. Éramos una multitud, invencible y unida. El chaval que acababa de hablar se daba un ligero aire a Lucien. Pero se diferenciaba de él por la expresión resuelta y tranquila de su rostro, por su mayor corpulencia. En sus ojos veía alegría, entusiasmo, y pensé: «Aquí está la versión triunfante de Lucien».

Me quedé hasta el final, hasta el instante en que el espectáculo de la plaza desierta hizo trizas mi confianza. De vuelta a casa, a regañadientes, repetía para mis adentros, como una estúpida: «*Res publica*, la cosa pública». Arezki no me llamó, pero no me preocupó mucho. Estaba demasiado cansada. Cuando me desperté, el sol

entraba en la habitación. Miré la hora: ya era tarde para ir a la porte de Choisy. Qué más daba: la mañana ya estaba perdida. Pasé y volví a pasar varias veces ante el haz de luz. No cabía en mí de alegría. Me parecía que era el comienzo de una nueva era y que la víspera habíamos llevado a cabo un amago de revolución. Salí, compré varios periódicos y pan fresco para almorzar. Recorté las fotos de

L'Humanité

y se las guardé a Lucien. El café humeaba en el rayo de sol, que se extendía ahora hasta la mesa. El pan fresco se desmigajaba al cortarlo, y aquel remolonear era la prolongación del disfrute de la víspera, que aún me embargaba.

Recorriendo las páginas de los periódicos, me enteré de la muerte de Lucien. Me levanté, corrí al espejo y me miré en él sujetándome la cara con las manos. Volví a la mesa, busqué la llave, bajé a hacer unas llamadas. Llamé a Anna: no estaba. Luego, a Henri. «Ha salido», dijo su casera. Subí, abrí la puerta, eché el cerrojo, miré el cuenco y las migas de pan. Allí estaba el periódico, viscoso como una serpiente, y no me atrevía a tocarlo. Me puse de rodillas, dije: «Lucien, Lucien, Lucien». Me entraron arcadas y corrí al lavabo. Solo conseguí escupir. Abrí los postigos, miré hipnotizada el periódico y no volví a cogerlo hasta pasado un buen rato. Estaba en la última página, entre los sucesos, con el titular: «Trágico accidente a la salida de Mantes». Aún tuve que esperar. Mis ojos se negaban a leer las escuetas líneas, que informaban de lo siguiente:

> El miércoles por la mañana, hacia las cuatro, un joven que conducía un ciclomotor halló la muerte en la salida de Mantes. El conductor del camión de la Sociedad Lechera que se lo llevó por delante ha prestado declaración en la gendarmería. La víctima, Lucien Letellier, de veintidós años, recibía tratamiento en el sanatorio de Aincourt. La motocicleta en la que circulaba había sido sustraída a uno de los empleados del establecimiento. Según lo dicho por el automovilista que iba detrás de él, el joven conducía a gran velocidad y sin luces. Al pitarle el coche, aumentó la velocidad. Manteniendo a duras penas la trayectoria, fue a estamparse contra el camión que iba en sentido contrario. La muerte fue instantánea. Se desconoce por qué el joven enfermo huía en plena noche y adónde se dirigía.

Aún no sentía el dolor. Conseguí salir, ir hasta la oficina de correos, desde donde redacté un mensaje de correo neumático para Arezki: «Ven rápido, es urgente. Élise». Ni Henri ni Anna se encontraban en sus casas. Llamé a Aincourt. Me informaron de que Lucien se encontraba en Mantes.

Puse rumbo al hostal y escogí el lado de la solana, como si eso todavía pudiera resultarme placentero. Entonces se abrió la herida, y lo que manaba de ella me vaciaba de toda sustancia sin dejar en mí más que el dolor. Subí las escaleras jadeando y, ya en la habitación, me apreté contra las sábanas para ahogar mis gritos. El tiempo fue pasando. Arezki no daba señales de vida. No conseguí contactar con Henri hasta la noche. Estaba al corriente. Anna, también. Estaba en su casa; me dijo que estaba sufriendo como una loca, de un modo trágico y obsceno.

—Es espantoso, Élise. Todavía no me lo creo. ¡Lucien! Venía a París, ¿verdad? Qué locura. Por una manifestación inútil. ¿Ha leído los periódicos de la tarde? Por supuesto, cuente conmigo. Mañana iremos allí juntos. Sea fuerte. Siempre lo ha sido. Hasta mañana por la mañana. No se mueva de ahí, espéreme.

¿Se estaba olvidando Arezki de mí? ¿No podía venir?

Esperaba que abriera la puerta para refugiarme en sus brazos y llorar. Por la mañana me desperté en la cama. Había dormido y soñado con Lucien. Un bonito sueño lleno de color en el que discutíamos por tonterías. Cuando Henri llamó a la puerta, estaba lista. Le dejé un mensaje al encargado, que lo cogió a regañadientes. Arezki podía venir en mi ausencia, y tenía que informarlo.

—Demos un rodeo por
Goutte-d'Or,
se lo ruego —le pedí a Henri.

Y le expliqué el motivo.

Entré sola en el hostal y subí hasta la habitación donde nos había cogido por sorpresa la policía. Llamé a la puerta. Esperé. El hombre que vino a abrir me preguntó de malos modos:

—¿Qué? ¿Qué quiere?

—Arezki. Me gustaría verlo.

—No está.

Entonces, me eché a llorar y, como si para él tuviera algún sentido, le dije:

—Lucien ha muerto.

Desconfiado, empujó la puerta, pero insistí:

—Necesito verlo. Me llamo Élise. Tengo cosas que contarle. Graves.

Era muy feo y bizqueaba.

—¿Dónde está? ¿Puede hacerle llegar un mensaje?

No entendió la expresión, ya que dijo:

—¿Qué?

Insistí hasta que por fin soltó prenda:

—Lo cazaron el martes por la noche, en el metro.

—¿Sí?

—Sí, eso es todo.

Por supuesto que es todo. Cogen a uno, viene otro para ocupar su lugar. «La revolución es una apisonadora. Pasa…». Me parecía estar viendo el gesto que él había hecho.

Un anciano bajito de bigotes largos venía subiendo las escaleras.

—¿Conoce a Arezki?

—Yo no conozco a nadie.

Tenía un calor de espanto con la falda de paño. Se me pegaba a las pantorrillas. Henri me esperaba en la esquina de la calle, aspirando los aromas de la alcazaba, hablando con un argelino desconfiado que se iba por las ramas.

—Lo han detenido. El martes por la noche. ¿Le importaría esperarme? Voy a donde Feraht.

Era el del restaurante en el que habíamos cenado alguna que otra vez. «Su hermano está casado con mi hermana…».

—Voy con usted, Élise.

Feraht no sabía nada.

—Detienen a tantos…

—¿Adónde lo han llevado? ¿Cómo puedo saberlo?

—Bueno… —dijo—. A la Villette o…

—No puedo marcharme, Henri. Tengo que averiguarlo.

—Pero no va a averiguar nada. ¿Quién va a informarla? ¿La policía? Tenga paciencia y aguarde; puede que lo suelten.

De golpe me vino a la cabeza Mustafa. Nos detuvimos en la porte de Choisy y esperé a la salida. Corrí cuando sonó la sirena, y llegué a la puerta en el instante en que el guardia la abría. La gente se quedaba mirándome porque sudaba y cogía el aire a bocanadas.

Pasó Mustafa. Me abalancé hacia él.

—Lo cazaron el martes con Slimane, a quien soltaron ayer.

Le rogué que me condujera hasta aquel Slimane.

—No puedo: no quiero que me pongan de patitas en la calle. Arezki no llevaba la nómina.

Me explicó donde vivía Slimane y se disculpó:

—Tengo que comer.

Me sentí tentada de alcanzarlo para contarle que mi hermano había muerto. Pero ¿qué habría cambiado eso? Al igual que Arezki, él también se había endurecido. Abriría sus ojillos de par en par, tendría que relatarle el cómo y el cuándo allí mismo, en la acera, a pleno sol, en plena vida.

Para complacerme, Henri me llevó a la rue Chartres, a la dirección que me había proporcionado Mustafa.

—No es solo por la nómina. Si se la hubiera mostrado, los polis quizás no lo habrían metido entre rejas, pero… no puedo opinar, no sé nada.

—El martes por la noche, hacia las nueve, me llamó por teléfono y me dijo: «Ya voy…».

—Lo sé, estaba con él. Estuvimos charlando en un café y fuimos caminando hasta el metro. Fue allí donde nos detuvieron.

—¿Y luego?

—Luego, no tengo ni idea. Yo estaba en regla. No vi adónde se lo llevaron. Nos separaron. Ahí ya no estábamos juntos.

—Venga —dijo Henri—, sea razonable, Élise. Tenemos que salir para Mantes. Aquí no va a sacar nada más. A la vuelta, si quiere, le echaré una mano. Hay que tener paciencia.

Llegamos a Mantes el viernes a última hora de la tarde y regresamos a París el lunes por la mañana. Henri fue de gran ayuda. Yo hacía exactamente lo que él me indicaba. El mío era un dolor recatado, presentable. Lo único que sentía era una especie de mutilación, ligeramente anestesiada por los distintos trámites, idas y venidas de Aincourt a Mantes y de Mantes a París. Henri me dijo que no debía ver a mi hermano, que eso no serviría de nada; que, de ahora en adelante, el único pensamiento con el que deberíamos quedarnos era su bello rostro de joven alocado. Acepté mansamente. Me daba la impresión de que estaba preparando una ceremonia para Lucien de la que él estaba ausente. Eso sí, lo último

que quería era que se pareciera al olvido, a la muerte.

El lunes, a las siete, salimos de Mantes. Me imaginé a Lucien huyendo, alterado por el claxon, creyendo que lo perseguían, torpe, temblando, nervioso.

«Qué locura —había dicho Henri—. Por una manifestación inútil…». ¿Había sido solo por eso? ¿No había precipitado su decisión el deseo de volver a ver a Anna? Ante esa hipótesis, a la que no le otorgaba ninguna credibilidad, Henri me había replicado con tono impaciente:

—¡Pero si Anna formaba parte de un todo!

Allí, en aquel paisaje llano, había tocado a su fin la aventura de su vida. Una vida malgastada, una muerte ridícula. Los jóvenes héroes de nuestro siglo morían al volante, entre el estruendo de sus bólidos, y él se mataba en una motocicleta. De su final no quedaría más que una imagen caricaturesca, sin ningún romanticismo. Él también había querido estar en el ajo; había creído que París estaba a punto de estallar, pero París solo había estornudado. Lucien ya no existía más que en quienes lo habíamos querido.

—¿Y qué? —habría dicho, con su tono mordaz—. ¿Ahora qué?

Íbamos cruzando una aldea cuando en una cuneta vi a un niñito que llevaba en brazos dos panes y se lanzaba a cruzar. Entonces me vino a la cabeza una canción que había aprendido mi hermano a los doce años, más o menos, y que repetía en su cuarto, por las escaleras, silbándomela a la cara a modo de desafío:

> Hanz de Cholequenoque tiene cuanto quiere,
> y lo que tiene no lo quiere,
> y lo que quiere no lo tiene.
>
> Hanz de Cholequenoque dice cuanto quiere,
> y lo que dice no se lo cree,
> y lo que cree no lo dice.
>
> Hanz de Cholequenoque va adonde quiere,
> y adonde va no se queda,
> y donde se queda no se acomoda.

—¡Hanz de Cholequenoque eres tú! —le decía yo.

Y durante mucho tiempo lo llamé por aquel mote, lo cual le hacía montar en cólera.

—De vuelta en París. La llevo directamente a casa, ¿verdad? Nos meteremos por los bulevares periféricos, iremos más rápido.

Henri comprendió que yo no quería hablar y guardó silencio desde que salimos. «De vuelta en París»: aquellas palabras me despertaron.

Desde Mantes, ciudad con encanto, hasta el pont de Saint Cloud, justo después del túnel que abre y cierra la autopista, el verde de los árboles y de los campos, la indecisión del cielo —gris por aquí, rosa por allá— y todas las horas que acababa de vivir entre susurros en los pasillos de hospitales, las oficinas de la Administración, aquel viaje a Aincourt en el que me habían devuelto los efectos personales que había dejado Lucien, los tres despertares en el hostal, cuando, al abrir los ojos por culpa de los ladridos de un perro o de los cacareos procedentes de un corral cercano, aquella idea terrible hacía añicos la felicidad incipiente y me dejaba estúpidamente inerte, con un zumbido en las orejas y el aliento amargo; la mezcla de texturas de aquellas imágenes y emociones me había envuelto, separándome de los vivos. «De vuelta en París». El velo se rasga. El campo y el suave viento en el follaje del verano ya próximo prolongaban todavía la ceremonia fúnebre ofreciendo su calma. Pero aquí empiezan la ciudad y sus excesos. Un reloj de péndulo da la hora. Las calles son rectilíneas, carentes de misterio. El horizonte es ahora un retazo de cielo entre construcciones contiguas. Es de un azul incontestable. Va a hacer calor; las mujeres lucen vestidos sin cuello ni mangas. Unos árabes hacen un agujero en una acera. Al evitar el viaducto de Auteuil, los atascos se multiplican. Así es París. Camiones de reparto, vehículos pesados, autobuses: comienza la jornada. Desde la porte de Versailles circulamos al ralentí; escruto a la gente que va por la acera, a mi derecha, como si pudieran responder a mi pregunta. Y aquí, en medio del estrépito de la ciudad, acabo de encontrarme con Arezki.

Aparecen los edificios de la ciudad universitaria. El ladrillo rojo de sus paredes recuerda a los colegios ingleses, tal y como los vi en los libros de texto de mi hermano. Entre dos pabellones, una rosaleda y un jardín le confieren al conjunto un aura de plenitud. Salas de estudio, habitaciones desde las que seguramente se aprecie el batiburrillo de rosas sobre el verde… Por esto, por las piedras antiguas y por unos cuantos estudiantes que se internan en el

bulevar, me convenzo de que Arezki no corre ningún peligro. Más allá, a la salida del pabellón marroquí, un muchacho con el cuello de la camisa abierto bosteza. Estira el brazo libre. Aunque Arezki no regresara, removería cielo y tierra. Hay abogados, periódicos. Aquí la vida de un hombre tiene su valor. Alguien se alzará para gritar, protestar, exigir. El 28 de mayo no fue un sueño.

En la porte de Gentilly, la carretera inicia una suave bajada. El cemento de las gradas del Paris Université Club deslumbra al sol. En una pancarta puede leerse: «Poterna de los chopos». La palabra suena a potencia. Artículos setenta y seis y setenta y ocho: «Atentado contra la seguridad interior y exterior…». No lo soltarán tan rápido.

Pasamos ante un monumento de piedra blanca: A LAS MADRES FRANCESAS. Los homenajes, el culto reverencial vienen luego, cuando ya es tarde. La bajada va suavizándose y subimos hacia la place d'Italie.

La conozco perfectamente; echo un vistazo rápido a la izquierda, a la inscripción que hay en esa condenada fábrica vieja: «Automóviles, maquinaria para la madera». Me parece estar oyendo el ruido enloquecedor de la cadena. Siento el tacto tibio de la chapa.

Al tomar la bajada de Charenton, el traqueteo del automóvil —el bulevar está en obras— me hace oscilar entre la esperanza y la angustia. Y los recuerdos se entremezclan con ellas al pasar ante la place de Limagne. Arezki decía: «De Limace». También decía: «El monte de piedá», y a mí me encantaba aquella palabra.

En el pont National, al ver el agua, pienso en los cadáveres que arrastra: lo cuerpos que tiran en determinadas noches de grandes redadas, en plena embriaguez de odio; los cuerpos de los débiles que se han ido de la lengua y a los que la muerte castiga. Ajeno al lugar, el Auberge du Régal observa a los conductores que pasan sin detenerse ante ningún semáforo en rojo.

En el boulevard Poniatowski se alzan esas construcciones que rodean a París con su fealdad de antes de la guerra. Casas antipáticas, de fachadas toscas, piedra apagada, vanos indecisos y grandes patios interiores privados de la luz del sol, en las que vive toda una aristocracia obrera que aspira a la burguesía. Pisoteada, machacada por la indiferencia, las ideas preconcebidas, ¿cuánto

vale aquí la vida de un árabe? Estas casas exudan gusto por el orden. Lo han expulsado, enviado de vuelta a su país, a la guerra. Por mucho que grite, ¿quién me escuchará? Si vive, ¿dónde está? Si ha muerto, ¿dónde está su cuerpo? ¿Quién me lo dirá? Le han quitado la vida, sí, pero ¿qué han hecho con su cuerpo?

En la porte de Vincennes, el bulevar se bifurca, y, en un inmenso cruce, se erigen pisos nuevos y luminosos cuyas galerías de toldos azules o naranjas crean la ilusión de las tardes de calor en las que uno bebe de un vaso empañado mientras escucha un disco. ¿Quién se preocupará por Arezki?

Henri vuelve a reducir la velocidad. Vamos detrás de un camión que escupe humo. A mi derecha, está Montreuil; del otro lado, la rue
d'Avron.
Los pasillos del mercado de Les Halles harían desbordar la paleta de un pintor. Ver las filas de frutas y las pirámides de hortalizas me arranca de cuajo un jirón de esperanza. Miles de personas se encaminan como hormigas hacia los primeros frutos de la temporada formando una especie de muro ante los puestos.

Encajado entre dos autobuses, al automóvil le cuesta la subida de Bagnolet a Les Lilas. En una obra a la altura de la porte de Ménilmontant, unos obreros se toman un descanso y beben. Mañana uno de ellos no volverá, y aparecerán cincuenta para ocupar su lugar. Hay tantos, demasiados, como una reserva inagotable, en continua renovación.

Después de Les Lilas, en la curva que baja hacia el Pré-Saint-Gervais, surgen los paisajes de Aubervilliers, descoloridos por la calima. En la explanada yerma, una extraña y solitaria iglesia despierta mis ganas de entrar, pero Henri va conduciendo muy rápido. Hasta pasada la porte de Pantin no volverán a aparecer los cuchitriles de ese otro París que no va a París más que para el 28 de mayo: inofensivo, fácil de manejar, que se contenta con poco. Entramos en el túnel bajo la porte de la Villette. Presiento que no volveré a ver a Arezki.

—Gracias, Henri.

—Si necesita ayuda con lo que sea, llámeme por teléfono. La llamaré una noche de estas para ver si sabemos algo de su amigo. No parece que a Anna le apetezca verla estos días, pero convendría

que no estuviera sola. ¿Qué opina?

No tenía opinión. El dolor de Anna me era indiferente. Henri no insistió.

Los días siguientes dormí mucho. El sueño se apoderaba de mí, y yo lo absorbía como un calmante. Entre dos duermevelas, me acerqué a la fábrica y pedí el finiquito. Volver a ver la cadena, el taller, habría sido hurgar en la herida; así que me quedé en el despacho de personal. Advertido de mi presencia, Gilles bajó. Su compasión, comedida por cuanto era sincera, me conmovió, pero no tanto como para hablarle de Arezki. Sacaba conclusiones de aquellas últimas jornadas con una lucidez notable y se lanzaba a por el futuro sin desanimarse.

—Se marcha, ¿ya lo ha decidido?

¿Qué otra cosa podía hacer? Me concedí dos semanas antes de coger el tren de vuelta. Iría a todas partes, llamaría a todas las puertas. Atrás había quedado el tiempo de los remilgos. Ya no me costaría entrar en un café lleno de hombres, preguntar, que me vieran y me juzgaran. Me hacía reproches terribles al recordar las dudas, las reservas que habían asfixiado los esbozos de un proyecto común. Pero, aun culpando a mi propia naturaleza, me reconocía incapaz de domarla. Arezki me había amado sin ignorar nada de ella, sin dejarse engañar nunca por mis promesas. Sin forzarme, había calculado que el tiempo y el contacto físico contribuirían a que me implicara más.

Una noche, fui a ver al tío. Me recibió muy mal. No quería líos; decía que no sabía nada, ni siquiera que habían detenido a Arezki. Su mejilla derecha, desde el ojo a la nariz, presentaba un moratón violáceo. La cafetera no estaba a la vista; me pregunté dónde escondería ahora el vino.

Volví adonde Feraht, pero no había averiguado nada. Me invitó a sentarme, sirvió una naranjada y hablamos de Arezki, de la guerra. Sus observaciones eran de una frialdad espantosa; las palabras *tortura, muerte, sufrimiento* se volvían huecas al salir de su boca. Sabía que un día lo arrestarían y que le tocaría el turno de estarse calladito. La desaparición de Arezki era algo natural, formaba parte de una lógica ineludible que solo me conmovía a mí.

—La idea que yo tengo es que lo han *devuelto*, lo cual sería malo. No llegan muchos. ¿Es posible que esté en una cárcel de aquí?

¿Cómo podríamos saberlo? ¡Toca esperar! Quizás llevaba encima unos papeles comprometedores, pero me extrañaría: era prudente de sobra. ¿Y si alguien lo ha denunciado? Los hay que cantan. No es fácil cuando te ves a solas con ellos, con las manos atadas… No es como en la barra del café… no hay testigos.

Quise dejarle mi dirección, la de nuestra casa, ya que me marchaba. No la aceptó.

—¡Ni un papel, ni una dirección! Es demasiado peligroso.

Y, por último, fui a ver a Mustafa. Delante de él me atreví a llorar. Mi dolor lo estremeció. Aceptó quedarse con mi dirección y, si un día Arezki volvía a aparecer…

—Si es que no me he muerto yo —añadió.

Tenía que hacerle una última pregunta.

—¿Qué significa *Hawa*?

—¿Cómo?

Se lo repetí, esforzándome en la pronunciación.

—¿*Hawa*? Es «Eva».

—Gracias.

Cuando le anuncié mi partida, Anna se apresuró a preguntar:

—Y la habitación, ¿qué?

—¡Pues puede volver a ocuparla si lo desea!

Por teléfono, su voz era todavía más susurrante.

—Sí, no me gusta la residencia. Pronto empezaré a trabajar y…

—Venga el 22. Tendré las maletas listas y le entregaré la llave.

—Hasta pronto.

Fue la primera en colgar.

Me niego a pensar en lo que me espera. La visión de MarieLouise me resulta insoportable solo con imaginarla; me horroriza su pena, lo cual no es justo. Es una víctima, y la detesto. Intuyo también que seré dura con la abuela y que, una vez que la ternura inicial quede atrás, rehuiré toda conversación. Tendré que trabajar y, probablemente, optaré por uno de esos empleos en los que las relaciones humanas brillan por su ausencia. La vida de verdad habrá durado nueve meses.

Anna acaba de marcharse. De la habitación y de mi vida. ¿Volveré a verla algún día? Se ha disculpado:

—Llego con mucha antelación, pero no tengo alternativa. Sí,

cojo yo la llave. No tiene más que tirar de la puerta. No la olvidaré, Élise. Sí, estoy trabajando. En el triaje de correos contratan a auxiliares temporales en verano. Debo irme: no hay muchos autobuses los domingos. Dejo la maleta en la silla.

Me ha tocado con su mano gélida.

Acaba de cerrar la puerta y, para verla una última vez, me asomo a la ventana y la sigo con la mirada. Cruza y se dirige hacia el callejón, enfrente de la marquesina del autobús. Un coche arranca lentamente marcha atrás: el de Henri. Este abre la puerta; ella sube.

El negro abismo de la soledad no se la tragará tampoco en esta ocasión. Pero ¿a qué árbol ha ido a arrimarse? La compadezco. Sufrirá. Un día Henri la dejará tiritando. Lucien seguirá siendo la herida sangrante de su sexo y de su corazón.

«¡Esta eres tú dentro de treinta años!», se había burlado él al ver a una indigente. Con Henri estará a salvo unas semanas, unos meses. Vendrá a verla a esta habitación. El encargado no se enfadará. En la misma cama, cada uno de nosotros habrá conocido su *cuartito de hora de ternura*. Anna empleará a Henri a modo de bálsamo para curar la llaga. Sus sucesivos amantes no habrán sido más que eso: una venda en una herida, la herida de la vida, contrahecha, con su cojera congénita. Pero, tras cada hombre, la úlcera se abre cada vez más.

¿Qué fuerza nos ha faltado? ¿Dónde está la falla que nos ha impedido dominar eso que tan fácilmente llamamos *destino*? ¿Hasta qué punto somos culpables? Esas bonitas flores que en nosotros se mezclaban con las malas hierbas no habrán servido, pues, más que para trenzar coronas fúnebres. Lo que teníamos que defender, lo que debíamos conquistar, quedó atrás. Son Henri y sus semejantes quienes luchan en nuestro lugar. ¿Qué harían con la victoria si la consiguieran? Que se retire de mí como una tempestad marina todo lo que es pensamiento. El dolor me acecha, agazapado en mi porvenir, camuflado entre los recuerdos. Aguarda para golpearme, pero lo esquivaré y me defenderé de él temerariamente. Expulsaré de mí hasta la más ínfima imagen. Pero bajo las cenizas se mantendrá firme la inevitable esperanza. No sé de dónde vendrá el viento que la avivará. No sé hacia dónde me empujará. Puedo sentirla. Desde mi sepulcro, la siento. Indistinta, informe, intangible

pero presente. Me repliego en mi interior, pero no moriré ahí.

CLAIRE ETCHERELLI (Burdeos, 1934) es una escritora francesa. Cuando se instala en París trabaja en una fábrica. El trabajo en cadena con toda su dureza, las relaciones humanas conflictivas y el racismo aparecerán en su primera novela *Élise o la vida de verdad* (*Elise ou la vraie vie*, en francés). Claire Etcherelli fue dirigente sindical y se comprometió en la defensa de los intereses independentistas de Argelia.